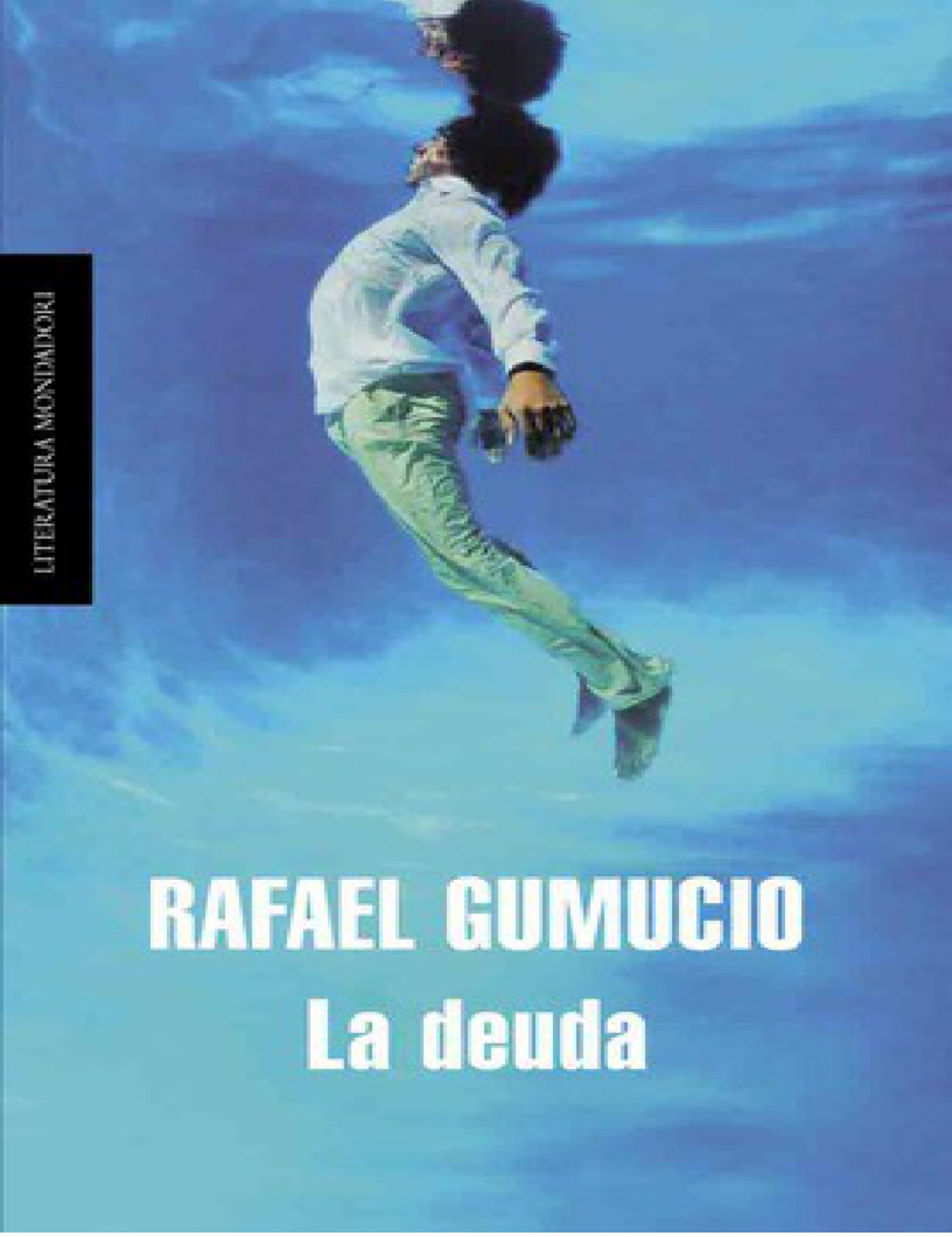


LITERATURA MONDADORI

RAFAEL GUMUCIO

La deuda

Índice

Cubierta
Parte I
Parte II
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

La deuda

RAFAEL GUMUCIO

MONDADORI

Barcelona, 2009

ACLARACIÓN

Esta novela se inspira en dos historias reales que ocuparon las portadas de los diarios chilenos por algunos meses. Los personajes y sus acciones son, sin embargo, completamente ficticios y no guardan relación alguna con hechos y personajes existentes.

Para Álvaro, Pedro, Ángel y Patricio, mis amigos empresarios, que me enseñan todas las semanas cómo llegar a ser adulto.

(Una pasión obstinada) *El rencor consiste en la obstinación en que cuando ya no es así siga siendo así, porque una vez ha sido así: una culpa de hace 50 años se convierte en 50 años de culpa.*

Rafael Sánchez Ferlosio
La hija de la guerra y la madre de la patria

I

1

Casi toda su vida adulta la había vivido oculto tras una barba tupida y negra.

A los veintidós años, recién casado y con un expediente de expulsión de la universidad que jugaba en su contra, Fernando Girón sentía con absoluta urgencia que su apariencia tenía que ser amenazante, seria, convencida, adulta y profunda. Sin pensarlo se dejó crecer una barba falsamente descuidada, como las de los *hippies* en las películas, o la de los guerrilleros cubanos en los panfletos o la de los próceres del siglo XIX en los libros de historia. Por lo demás, en el país donde se hizo hombre, el Chile de los años ochenta, era común entre su grupo de amigos esconder la boca detrás de un velo fúnebre, ensayar una cuidadosa pausa antes de cualquier pronunciamiento, esbozar una disimulada sonrisa intermedia antes de saber si había espacio suficiente para hablar sin ser espiado.

Esta mañana de verano, sin embargo, Fernando decide renunciar a ese comodín y jugar con sus propias cartas. Una tijera, dos maquinillas de afeitar y de pronto Fernando se sorprende a sí mismo pagano, adulto, niño y soldado romano a punto de una batalla. Una cara de afiche, de portada de libro, de héroe incluso.

Sigue así, mirándose complacido al espejo, unos segundos más. ¿Y si, como en la película de Pink Floyd, se afeitara todo el pelo, las cejas y el pecho? Se avergüenza dulcemente de su propia ocurrencia. Van a pensar todos los huevones que tengo cáncer, se dice. Raparse, eso solo lo hacen los viejos pretenciosos cuando se están quedando calvos.

Es de maricones mirarse tanto al espejo, se reprocha a sí mismo finalmente, sin moverse un centímetro del campo del reflejo. Pero luego su mirada se encuentra con la nube de vello negro que cubre el lavatorio inmaculado y ya no está tan seguro de nada. La imagen tenía algo de siniestro, de duro, de irreparable. Un no sé qué de ominoso, hubiese dicho un escritor. Pelos, sus pelos como patas de araña, un horror mudo, algunas canas rabiosas, pelos intensamente negros esparcidos sobre el lavatorio intensamente blanco.

Ya basta, huevón, decide. Esto ya se está poniendo patológico.

Se rasura algunos pelos rebeldes de las mejillas, humedece el resultado y da por despejado su rostro, más joven pero no tan joven, correcto, fresquito, listo. Al salir de la cabaña en dirección de la playa, donde su mujer lo espera con su bikini negro, olvida por completo su nueva cara tan rápidamente como había olvidado la antigua.

Recordó de nuevo su rostro recién rasurado en la oficina, el primer

día de trabajo después de las vacaciones.

Pobrecito, tendría que haberle avisado que me iba a afeitar, pensó al cruzarse con Juan Carlos Riquelme, su contador, dueño de una barba idéntica a la que Fernando acababa de despedir de su vida. No solo la barba de Juan Carlos, sino también la ropa, los modales y la manera de caminar, de hacer rodar la erre en la boca, eran las de Fernando. Y también los otros, más allá, en la oficina de producción, que imitaban sus zapatos, el pelo despeinado e incluso su reloj con la correa de cuero de chancho.

Fernando bajó la cabeza y la mirada, avergonzado del tono condescendiente, por no decir hondamente clasista de su observación, ese tono que había aprendido de su mujer, en quien sonaba completamente natural.

Es una mariconada de mi parte, siguió castigándose para sus adentros. Soy yo el enfermo mental, el egocéntrico de mierda que los eligió porque se parecen a mí. Pero qué tanto, le estoy poniendo mucho, pensó de inmediato, arrepintiéndose de su propio arrepentimiento. Esa era otra de sus decisiones de verano, dejar de lado para siempre la culpa cristiana, esa seguridad parroquial en que había vivido hasta ahora y empezar a fluir, a vestirse de colores, a tener ideas locas, a comunicarse con el mundo por internet. Ya basta de duelo, de llanto, de víctimas, de documentales sobre pobres muy pobres. Fernando quería ahora locura, negocios, luz. Con ese impulso pagano empujó a su contador y a Walter Ramírez, su jefe de producción, hacia la sala de reuniones.

—¡A trabajar, esclavos! —bromeó, blandiendo un látigo invisible—. Se acabaron las vacaciones, vagos de mierda.

Fernando Girón salió de la sala de reuniones una hora y treinta y tres minutos más tarde, completamente arruinado.

2

Después de las bromas habituales sobre el veraneo de Juan Carlos («Puta, estái todo blanco, huevón. ¿Veraneaste en el ropero de nuevo?»), Fernando pasó revista al halagador panorama del año que se venía. Era 1998 y había logrado conseguir para su guión —una adaptación de la novela *El río*, de Alfredo Gómez Morel— todos los fondos públicos disponibles para un cineasta chileno. Tenía plata suficiente para filmar su película ya en junio, y la perspectiva de ir consiguiendo los recursos para revelar la película en Brasil, montar en España y estrenar en Chile.

Como un pájaro que sube a saltos de una rama a otra, esa mañana de marzo se sentía traspasado por una inesperada liviandad. Había soltado las amarras, los lastres; ahora era libre, liviano. Se asumía, salía de cien clósets de un solo salto, ya no le tenía miedo al exceso de luz. Solo para no desentonar con el escepticismo básico chileno, exponía con ironía la carta Gantt, e imitaba el acento de los españoles al relatar la muy productiva reunión que sostuvo con Lola Films en Madrid, tosía coquetamente al recitar los millones conseguidos, llenaba sus frases de paréntesis, de pequeños chistes masticables. Hasta que de pronto Juan Carlos lo interrumpe tímidamente levantando el dedo, como en el colegio:

—No se va a poder… No…, no se va a poder…

—¿Qué no se va a poder? ¿Por qué dices eso? ¿Qué pasó?

—Básicamente, no se va a poder hacer nada de lo que está presupuestado —responde el contador con la vista fija en la mesa lacada negra—. Básicamente, debemos ochenta millones de pesos. Las declaraciones de impuestos…, un hoyo en el balance, un error en el banco… Fui yo. Tuve que desviar fondos para cubrir unos hoyos de otros clientes…, otras cuentas, de otras cosas, por problemas de otra gente… Tuve que afrontar gastos extraordinarios estos últimos cinco años, no antes. Solo estos cinco años, nomás. Mi hijo, básicamente, una deuda de mi hermano, la salsoteca se le quemó, pero no me justifico, no… Yo vengo a dar la cara. Eso quería, quería dar la cara…

Pero la cara es lo que menos da Juan Carlos Riquelme. Sus ojos, con unas ojeras enormes, hinchadas, redondas, no miran al frente. La boca, detrás de la barba descuidada y encanecida, apenas se mueve mientras el resto de su cráneo permanece anclado en la nada. Su voz, metálica, inexpresiva, sin modulaciones, es la voz de los muertos. Es la voz de la muerte misma, piensa Fernando, que se siente secuestrado más que arruinado, chantajeado más que robado.

—Mírame, huevón —exige, porque le aterra no ver esos ojos agachados—. Ya, pues, mírame.

Pero tampoco saca nada con que Juan Carlos le mire, y se da cuenta cuando su contador le obedece. Su cara no dice nada. Esa frente pálida, ese pelo asquerosamente negro, las uñas amarillas, circuncidadas, la sinusitis crónica. Palidez, temblor, fiebre, pero no arrepentimiento. Al revés, algo de orgullo, de firmeza, de combate en sus manos que se aprietan la una a la otra sobre la mesa.

—¿Pero qué pasó, huevón? —se toma el pelo Fernando, intentando al mismo tiempo levantarse y quedarse sentado.

No hay respuesta. Solo la cara clausurada e impermeable de Juan Carlos Riquelme, la penumbra de la sala contrastando con el sol aplastante en el jardín de la entrada, la tubería destrozada en la vereda y el hilo lento de agua que, como una perezosa serpiente, levanta a su paso palos de helado, envoltorios de chicle, hojas muertas.

—No sacas nada, Fernando —interviene Walter al fin—. Este huevón no te va a decir nada. Hay que arreglar esto entre nosotros…

—Pero, este huevón…

Girón señala desesperadamente a Juan Carlos. No quiere gritar, no quiere correr, quiere llorar, quiere arrugarse sobre sí mismo como una hoja de papel en el fondo de un puño, condensarse en un punto, volverse nada, desaparecer y gemir, gemir y desaparecer.

—No sigas, no se saca nada con este huevón —lo sigue aleccionando Walter como si Juan Carlos no estuviera sentado entre ellos—. Nos quiere ver cagados, eso es todo, nos quiere ver comer en su mano el hijo de la gran puta.

Fernando cede al fin al consejo de Walter y decreta, amenazando con el dedo índice a su contador:

—¡Ya está bien! No sacamos nada con hablar de esto ahora. Mañana, huevón. Mañana te quiero aquí mismo con todo claro, negro sobre blanco. Todas las cuentas claritas. Un informe completo mañana. Después vemos cómo nos arreglamos. ¿Está claro?

3

Un informe mañana. Un informe, negro sobre blanco, mañana. Todo clarito, todo, todo. No pensó Fernando Girón en vigilar a Juan Carlos Riquelme, su estafador, en retenerlo, detenerlo, llamar a Carabineros, a Investigaciones o alertar al resto de la productora. Solo pensó en salvarse y salvar a Walter, salir de esa habitación lo más pronto posible, volver corriendo al pasillo, al aire, a la calle. Ser libre, arrancar como si él fuese el criminal y no la víctima, como si de verdad todo esto fuese un simple secuestro, y la plata que Juan Carlos se llevó, solo el rescate que debía pagar para que los soltaran sanos y salvos.

Mañana, huevón, mañana, piensa Fernando al dar por terminada bruscamente la jornada laboral y abandonar la productora como si estuviera embrujada. Tiempo de más para agarrar sus cosas y largarse en el primer avión. ¿Pero cómo se va a ir si vino a entregarse él mismo sin que nadie se lo pidiera? Pero claro que puede irse, se replica Fernando. Le di la oportunidad, se la regalé en bandeja: tendría que ser demasiado huevón para no irse corriendo, argumenta y contraargumenta como si retorciera entre sus dedos un pequeño hilo de metal blando.

Walter me habría obligado a detenerlo si supiera que no iba a volver mañana, prosigue en su meditación febril. Capaz que vuelva mañana, capaz que entregue el informe. No es cualquier estafador, este huevón. Es Juan Carlos Riquelme, el sonriente, el impecable, el humilde, el consecuente, el leal Juan Carlos Riquelme. Es Juan Carlos, que en sus ratos libres lee libros de lingüística de Chomsky, que aconseja con su mujer a otras parejas en la parroquia de su barrio. Es, en fin, ese mismo Juan Carlos que se queda a veces en la oficina la noche entera, mirando la pantalla azul del computador sin teclear nada.

¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo no investigué? ¿Por qué habla ahora, justo ahora? Ahora que todo estaba bien, ahora que todo estaba tranquilo… Las preguntas pasan a toda velocidad cerca de su rostro como bólidos en una carretera. ¿Pero qué pasó? ¿Qué le hice yo a este huevón? Y Fernando Girón, acurrucado en su auto, revisa su vida entera en ocho segundos y medio. ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí, justo a mí? Yo no soy rico, huevón. Mi casa, mi auto, un solo auto, no tengo nada más, no quiero tener nada más en la vida. Hay tanto estafador en Chile, Juan Carlos, tantos millonarios frescos de raja que se merecen que los estafen…Yo soy de clase media, huevón, yo soy de

Macul nomás. Yo no le he robado nada a nadie…

4

Efectivamente Fernando era de Macul, lo que en el codificado lenguaje chileno quiere decir que venía del centro mismo de la clase media media. Roto, cuico, cuma, siútico, rasca, gente como uno, flaite, longis, chulo, pije, lenguaje, el de esta clase media, plano en apariencia pero que encubre valles, quebradas, ríos subterráneos donde nos internamos con la inconsciencia de unos exploradores suecos que quieren sacar unas decenas de buenas fotos y no saben que tendrán que devorarse entre sí para sobrevivir. Un suelo erosionado donde nuestros personajes se ven obligados a levantarse y que durante siglos apenas tiembla, pero que cuando lo hace no perdona ni a la más humilde pared que intenta desafiarlo. Lenguaje intraducible, entonces, porque todos los que lo usan creen entenderse perfectamente y tropiezan en cada palabra que significa lo mismo y lo contrario y eso y lo otro. Nidos de infinitos malentendidos que se entienden perfectamente entre sí y que son los verdaderos protagonistas de este libro, de esta novela y de cualquier otra, si se piensa bien. ¿Porque de qué hablan las novelas si no es de malentendidos, de frases fuera de contexto escuchadas de pasada en un jardín, almas que son y no son almas muertas, tiempo perdido que es y no es el tiempo que perdemos, de metáforas entendidas de manera literal y de frases literales entendidas como metáforas?

Fernando, entonces, al hablar de Macul hablaba de una comuna casi anónima al suroriente de Santiago. Pero también se refería a una avenida enorme flanqueada de plátanos orientales que se disuelve en casas de un piso o dos, una villa cualquiera, su villa donde vivió hasta los veintitrés años entre gente cualquiera de un barrio cualquiera. Cajeros de banco, profesores de matemáticas (como su padre), contadores, pequeños comerciantes, viudas de ingenieros civiles, un universo donde bastaba que una pareja se separara para que los muros empezaran a agrietarse, las madres a regatear en la feria y los niños a fumar en la esquina.

Fernando era de Macul, pero el mismo hecho de que tuviera Fernando que aclarar que era de Macul marcaba una diferencia profunda con el resto de sus vecinos. Los que son realmente de Macul no tienen que decirlo, se les nota en el pelo y en la piel. Los que son de verdad de Macul intentan justamente callarlo, pasarlo por alto, olvidarlo y hacerlo olvidar. A Fernando, en cambio, una extraña conjunción genética le había regalado un pelo castaño claro y unos ojos casi verdes. Siempre pareció un niño del barrio alto. Tuvo esa

suerte. Lo becaron, acogieron, alojaron, le permitieron estudiar en la Universidad Católica y casarse con una niña del Villa María Academy. Sus compañeros de pelo más tieso y negro, de piel más oscura, ni siquiera lo intentaron. Llegaron tarde a la prueba coeficiente dos, dejaron embarazada a una vecina, se emborracharon el día de la entrevista crucial. Se quedaron, así, delante de las puertas de sus casas mirándose las rodillas y con un gesto de desdén que daba a entender que les importaba una raja toda esta huevada.

No mató a nadie, no hizo trampa, no le quitó a nadie su lugar, no había, pensaba, explicaba ahora, se justificaba Fernando Girón, ninguna violencia, ninguna traición, ninguna incoherencia en esos cambios bruscos a los que le había acostumbrado la vida. Lo expulsaron de la Universidad Católica, se casó casi a escondidas, se dejó barba, no tenía un peso pero justo entonces un primo de su esposa le presentó al cineasta Silvio Caiozzi, que lo contrató y lo salvó durante cuatro años de la cesantía y la miseria. Dejó la publicidad por los documentales, pensando en vivir pobremente pero con dignidad, pero justo se acabó la dictadura y empezó a acumular videos institucionales y proyectos varios para todo tipo de canales de televisión. Se peleó con Sanhueza, su socio de entonces, porque estaba cansado de sus chanchullos políticos, y justo en aquel momento la Chantal, una productora francesa, le pidió una serie de documentales sobre los mapuches con los que se salvó por otros cinco años más.

Nadie se había atrevido a decirle hasta ahora —como lo acababa de hacer Juan Carlos Riquelme, con esa desproporcionada, esa desconocida virulencia— que era precisamente esa lógica sonriente, esa feliz concatenación de azares, lo que hacía nacer una rabia infinita en los que luchaban a golpes y sobrevivían como podían. No se envidia la riqueza ni el talento, se envidia la suerte que nadie merece. Y más todavía esa suerte discreta y humilde de la que hacía alarde Fernando Girón, esa providencia simpática que jugaba, sin convencer a nadie, a ser común y corriente.

Pero yo no pedí eso, yo no pedí nada, solo escribir guiones en mi habitación, solo filmar películas para hacer feliz a la gente, se defendía Fernando camino a su casa. No soy un estafador, no soy un millonario, soy un náufrago que nada contra la corriente. Soy un tipo que quiere salvarse. ¿Sabe todo eso Juan Carlos? ¿Me habría robado si supiera bien de dónde vengo, adónde voy, qué soy, en qué creo? Si conociera a mi papá, si hubiese conversado con él aunque sea diez minutos, ¿se habría atrevido a robarme?

Tras un breve silencio en el que las palabras se asientan, Fernando sigue. ¿Y si me odia este huevón? ¿Y si simplemente me odia? Pero no, cómo me va a odiar este gallo, ¿qué le puedo haber hecho yo para que me odie tanto?

Esta vez la duda vino acompañada de una palabra que hasta ahora no se había atrevido siquiera a imaginar. Un enemigo. Mi enemigo.

Y, como un niño que encuentra una daga entre la ropa de su padre, Fernando jugó con la idea de tener un enemigo. Un niño que no puede impedir acariciar la daga, asustado por su filo, la pequeña línea de sangre, la suave rajadura en la piel que deja tras de sí. Pero de inmediato abandona la idea y, burlándose de su propia seriedad: Cómo voy a tener un enemigo yo, soy demasiado poca cosa para tener un enemigo.

5

El *jeep* que antecedía al Subaru de Fernando vira hacia Isidora Goyenechea. Queda la calle libre para el cineasta y de pronto todo se hace liviano, luminoso, simple y feliz. Acababa de tocar fondo hacía un segundo y no le quedaba otra que ascender rápidamente entre burbujas hacia la superficie. Está vivo, está entero, las mismas dos piernas, las mismas dos manos, la misma cara, la misma esposa, es él mismo, exactamente igual que ayer, que esta misma mañana. Una deuda, cifras, plata, flujo de caja y flujo del mundo, un río, como el de su guión, que mata a los imprudentes pero también riega los huertos y abreva los caballos. Maldita avaricia austera de los viejos democratacristianos, como su padre, y de los viejos comunistas, como los padres de muchos de sus amigos, que querían vivir sin deudas, que detestaban las empresas, la bolsa, la especulación, que rechazaban el riesgo tal como rechazaban la vida misma, la vida, esa especulación, esa estafa permanente. ¿Y cuándo se ha visto a un cineasta, uno de verdad, que no esté siempre en bancarrota? Orson Welles, por ejemplo, y Martin Scorsese, y Raúl Ruiz y la leyenda de ese amigo al que le chupó toda su herencia. Apostar plata en emociones, millones de pesos en anécdotas no puede ser un negocio legítimo. Si uno no arriesga no gana, si uno no estafa no es honesto, si a uno no lo arruinan no tiene derecho a hablar con los grandes.

Soy feliz, completamente feliz, concluye como si acabara de salir de una terapia de drogadictos rehabilitados. Soy asquerosamente feliz. No me da vergüenza. Soy un idiota feliz.

Y, sin intentar imaginar siquiera una estrategia, siente que tiene el problema casi resuelto. Acelera un poco más al entrar en la rotonda Pérez Zujovic. Seguro que hay una solución. Si no, Juan Carlos se habría fugado sin decir nada. Si este gallo quisiera cagarme ya me habría cagado hace rato… Mientras quede entre nosotros, solo Walter, solo Juan Carlos, va a estar todo bien. Seguro que Juan Carlos ya tiene una solución pensada, por algo confesó. Hay que tratarlo con confianza, con cariño, no asustarlo. Hay que domesticarlo como a un caballo que se asusta con su propia sombra.

Sin mirar ya hacia dónde va, conduce de memoria hacia su casa, en la calle O'Brien. Su mujer, con el argumento de que ya se había sacrificado demasiado por Fernando, le había exigido vivir en Vitacura, en la parte alta de la ciudad, lejos del barrio La Reina, más *hippie*, donde vive la mayor parte de sus colegas y amigos. Llega hasta la reja cubierta de enredaderas, hasta los pastelones de cemento que lo

obligan a avanzar en curvas por el jardín de entrada. La Lili le abre la puerta y le saluda, pero él no responde, concentrado en alcanzar el teléfono de la habitación más lejana para marcar, agachado y escondido, como si regresara al vientre de su madre, el número de Walter Ramírez.

—Mejor no le digas nada a nadie. Manejemos esto entre tú y yo, solitos. Sí, sí, claro, estas huevadas pasan todos los días. No, si no es tan grave tampoco. Tú sabes cómo es de exagerado el Juan Carlos. Esto se va a arreglar solo, no te preocupes. No se lo digas a nadie, solo te pido eso. Discreción total, Walter. Confía en mí, huevón. Está todo bien, todo bien, no te preocupes.

6

Ebrio de adrenalina, Fernando se levanta victorioso de su refugio fetal. Mañana, todo mañana. Si vuelve Juan Carlos, perfecto, y si no, ya sabe a qué atenerse. Pero ahora no sirve de nada preocuparse. Yo puedo con esto, yo no soy un niño, yo ya sé cómo.

Le gusta esa sensación de calma y de solemnidad, ese sentimiento de conspiración y heroísmo que lo embarga. Problemas de adulto, de ejecutivo, de mandatario delante del teléfono rojo. Disfrazarse siempre ha sido para Fernando una manera de sobrevivir. Sobrevolaba ahora su vida como si alguien la filmara. Se escindía de él una cámara que lo filmaba, que lo vigilaba, que lo relataba para una posteridad extraña. ¿Quién estaba detrás del visor? ¿ Juan Carlos o ese extraño narrador que quisiera también sobrevolar la escena, mirarla discretamente desde arriba, como los duelos en las películas del oeste? Quizá no era otro que el propio Fernando, que contemplaba su casa con verdadera admiración. La tarde, el jardín sin niños, la luz sobre el pasto, todo limpio, bonito, exacto, tranquilo.

No me puede cagar la vida ese gallo. Yo sigo siendo el mismo, yo tengo mi cabeza, mis manos, yo puedo volver a ganar todo lo que perdí. Mi vida es mucho más que la productora, que la plata, que la película incluso. No me conoce este gallo, no sabe qué libros me gustan, qué música escucho, no sabe qué pienso cuando me quedo callado, de qué me acuerdo cuando despierto en la mitad de la noche…Yo tengo una vida propia, una vida entera que Juan Carlos no conoce. Yo estoy bien. El que está mal es él, el que está cagado es él…

Siente que todo, incluso su ruina, hasta su miedo, está a sus pies. De pronto, a través de la puerta mal cerrada de la cocina entrevé a la Lili, a quien antes, espantado y malhumorado, se ha olvidado de saludar. Le parece reconocer su malestar en la manera en que la mujer pela majaderamente unos huevos duros, encorvando un poco la espalda y mirando de refilón hacia el suelo: el primer signo de quien se siente ofendido, el comienzo de un enojo, el breve temblor de una impaciencia.

—¿Cómo está, Lili? —grita temeroso hacia la cocina—. No la saludé antes, perdone; estaba apurado.

Ese es el voceo absurdo tan chileno en el que Fernando siempre siente que está a punto de caer, y más frente a la Lili, porque la Lili sabe que él no viene, como su esposa, del mundo de los patrones.

—No se preocupe, don Fernando. ¿Quiere tomar algo?

—No, nada, muchas gracias.

No pedirle nada a la gente que trabaja para él, ser demasiado bueno, demasiado culposo, piensa brevemente Fernando, quizás haya sido su principal error como jefe, la debilidad que a la postre le abrió la puerta a la estafa.

—Un vaso de agua, por favor.

Se resarce, pero una vaga vergüenza eléctrica lo recorre entero. Sonríe, intimidado por su propio bochorno, y alza ligeramente la cara hacia una mancha de sol para que la Lili no pueda ver la incomodidad oculta en su sonrisa.

7

Nos alejamos de Fernando, del jardín y de la casa para retroceder en el tiempo. Un día cualquiera de esos que sabemos que no existen más que en las novelas. Un día cualquiera, entonces.

Camino a su casa, en el Paradero 28 de Vicuña Mackenna, todo volvía a ser para Juan Carlos Riquelme precario, húmedo, como cuando era niño y se sabía más callado, más vulnerable y más exigente que los otros, más despiadado también. Más expuesto a las burlas de sus compañeros de colegio, de parroquia, de partido, de oficina, más frágil, y por eso mismo, más cruel y más capaz que todos ellos de defenderse y vencer al final.

En el Paradero 12, cuando lo bajaban a la fuerza del bus en pleno atardecer, sentía que su existencia titilaba como las sirenas sobre los autos. Todo a su alrededor era ruido, construcción, tierra removida, ideogramas chinos de neón. Incomprensiblemente feliz, Juan Carlos caminaba hasta la rotonda del Paradero 14. Carteles de farmacia, de restaurantes, de supermercados hundidos bajo la montaña que, como una enorme ola, amenazaba las casas. Parado en las sombras, fingiendo que esperaba un nuevo microbús que lo llevara a Puente Alto, Juan Carlos respiraba libre.

Estoy vivo, pensaba. Estoy vivo en medio de la calle. Solo y principesco. Tengo que llegar a la casa, tengo que hacer lo que sea para llegar a mi casa. Tengo que atravesar todos estos escollos, toda esa gente y estas risas para llegar a mi casa, Fernando. A mi casa que no conoces, pero que siempre te felicitas de haberme ayudado a comprar. Mi casa, eso que no conoces, mi vida, mis cuentas, eso, tu vida, tus cuentas que yo conozco de memoria.

Es justa toda esa injusticia, después de todo. Una vez, cuando no tenía nada ni a nadie, Fernando le había salvado la vida. A cambio, Juan Carlos lo había hecho todos los meses de abril, todos los meses cuando había que descontar el IVA, todos los días cuando había que firmar cheques, depósitos, balances e informes. Y todo lo que Fernando pasaba por alto y olvidaba, los manejos bancarios raros que no alcanzaba ni siquiera a vislumbrar y que Juan Carlos sentía un extraño placer en esconder.

Camino a casa, solo y perdido, muerto de frío y feliz, le da igual a Juan Carlos que el farol deje de iluminarlo. Ya nadie puede asaltarlo o matarlo. No es inocente, tiene secretos, hace chanchullos, no es un santo, no es una víctima. Por un segundo, o menos que eso, piensa en su propia e invulnerable crueldad, y toma un bus más chico y

vacilante que el anterior, que sube con dificultad por Vicuña Mackenna hasta unos álamos desnudos junto a unas antenas reproductoras de radio. La villa, recién construida e inmaculada, con sus muros y sus rottweilers ladrando ansiosamente tras las rejas de las casas. Todas las casas están protegidas por esos perros hermanos y primos entre sí, y siempre hay un cartel de una empresa de seguridad que asegura que todas las alarmas están conectadas con la comisaría más cercana. Todas menos la suya, su desprotegida casa, sin auto en la cochera porque su hermano se lo había pedido prestado hacía dos años y ni se le había ocurrido devolvérselo.

Tendría que escribirle una carta a su esposa, la Nelly, piensa Juan Carlos. Tendría que explicarle por qué eso que la Nelly llamaba la pesadilla, los primeros años de su apurado matrimonio, arrancar al sur, trabajar en cualquier cosa, volver a Santiago para vivir de allegado de casa en casa, no le parecía a él una pesadilla, que esos años terribles eran los mejores de su vida. Que era al menos mucho mejor que este sueño de villa nueva, rottweilers y rejas blancas. Tendría que escribirle que quizás ella sabe en qué consiste vivir, cómo hay que seguir adelante, pero habría que decirle que también él sabe, que no puede dejar de saber lo otro, lo que parece no existir ahora, justo lo contrario, las tardes perdidas y los perros abandonados. El tiempo que se va, las fuerzas que se fueron, lo que no pasó, lo que nunca va a pasar. Esos patios de la calle Tocornal o Ñuble, donde colgaban las carrocerías de los autos desguazados, esas veredas en la orilla más olvidada del centro de Santiago, donde vendían piezas robadas de escusados en medio de una pila de revistas con fotos del matrimonio de Rainiero y Grace Kelly. Y ese Chevrolet enorme, aplastado y azul que se detiene y pregunta dónde se escondió el subversivo, el comunista Germán Riquelme Rondín, su hermano, que pasa de una casa de seguridad a otra, y Juan Carlos que cubre su huida y después, bajo las órdenes de su tía Ester, tiene que quemar todos los libros y huir también él.

Pero para qué le va a escribir, si la Nelly sabe todo eso. Se casó con él sabiendo justamente eso. Tan pequeña, tan enérgica, tan irritable, tan entera, la Nelly. Si le explica, aunque sea por carta, si le dice cualquier estupidez sin sentido, ella es capaz de recorrer la mitad del mundo, de quemar el continente entero con tal de obligar a Juan Carlos a precisar sus pensamientos, con tal de quedarse ella con la última palabra.

Abre la reja de su propia casa. Los juguetes en el pasto, unos sacos de cemento con los que iba a agrandar la terraza, la manguera anudada fantasiosamente. Así prepara su silencio Juan Carlos Riquelme camino a casa. Así se entrena para alcanzar, como su hijo Javier, una impecable distancia. Separar las piezas azules para jugar a

intentar unirlas, sin querer unirlas de verdad, ciego aunque vea perfectamente, sordo aunque escuche del todo, mudo porque quiere y porque no quiere.

Juan Carlos camina, falsamente distraído por el jardín de entrada a su casa, semiderruido o semiconstruido, da lo mismo. A dos metros de la puerta se detiene. Antes de volver a su vida, la vida que no se piensa, la que simplemente se vive, se queda allí como una visita cualquiera, como un ladrón, como un hijo pródigo, mirando por la ventana cómo el televisor le habla a un salón vacío.

8

Volvemos a Fernando, que volvía también a su casa después de un día de trabajo. Desde la casa, y no desde fuera de ella como su contador, miraba su jardín. Intentaba, por esa tarde al menos, mantener su caracterización de espía cansado, duro pero elegante. Pero también sabía que si no le contaba a su esposa, si mantenía el secreto un minuto más, iba a convertirse en una gelatina verdosa que lo devoraría, que ya le estaba devorando el cerebro.

—Pasó una cosa en la oficina, una tontera… —empieza, vacilante.

No podía dejar de sentirse intimidado por su mujer, tan pequeña, compacta, brillante y cantarina, que a timbrazos había obligado a la Lili a abrirle la puerta aunque las llaves de la casa le colgaban alegremente de la mano.

—Se volvió loco Juan Carlos. No pagó los impuestos, firmó unos cheques sin fondo. Un enredo latoso, no te voy a aburrir con eso. Dejó la cagada, en resumen. Pero tengo todo pensado, no te preocupes, tengo todo solucionado. Si tú…

—¿Cuánto? —lo interrumpió en seco su mujer.

—Unos ochenta millones más o menos. Eso dijo, todavía no lo he calculado bien. Pasó recién esta mañana. Pero no debe ser tanto tampoco, no te preocupes, tú sabes como es de exagerado Juan Carlos. Lo tengo todo bajo control, todo pensado —sigue Fernando, feliz y mojado como un potro recién nacido—. Todo calculado. Me pasan el segundo pago de la Corfo en abril y en julio recibo el primer pago de los españoles. Tengo dos contratos medio pendientes para la señal internacional de TVN. Por último, vuelvo a pedir el Fondart. Seguro que me lo dan de nuevo. Tú tienes la plata de tu tía Chela, nos barajamos con eso hasta el fondo de la Corfo y después vamos viendo. Yo te devuelvo todo después, no te preocupes, en un año salimos del hoyo. Un año a más tardar. Un año nomás y después nos damos la gran vida…

—¿Qué plata de mi tía Chela? ¿De qué plata me estás hablando?

—La plata que te dejó tu tía, los quince millones que te dejó la tía Chela. ¿Te acuerdas? Yo con eso pago los desahucios, vendo las máquinas, reduzco la productora. Con quince millones hago maravillas. ¿Por qué me miras así? ¿Tienes esa plata, no?

—¡No me levantes la voz, Fernando! Por favor… —amenaza ella, aunque su marido está muy lejos de haber levantado siquiera moderadamente la voz.

—No me digas que te gastaste la plata, Fernanda —se horroriza

Fernando—. Dime la verdad, Fernanda. ¿Te gastaste toda la plata?

9

Fernanda y Fernando, Fernando y Fernanda. Nos hemos callado pudorosamente hasta ahora esta coincidencia, contagiados de la vergüenza con que Fernanda se disculpaba cada vez que se presentaba en público con su marido del brazo.

—Qué cosa más ridícula, ¿no es cierto? Parecemos un dúo folclórico.

Aunque de tarde en tarde pensaba que era eso, justamente la vecindad de sus nombres, lo que los mantenía unidos. Obligados a seguir juntos, aunque solo fuera para no tener que contarle esa ridícula historia a nadie más, bromear de nuevo sobre ella con tanta gente nueva a la que conocería si dejara de estar junto a él: «Mi ex marido, Fernando…»; «¿Cómo se va a llamar Fernando tu ex marido, mijita?». Por lo demás, la coincidencia fue lo que les permitió romper el hielo en esa escolástica sala del Campus Oriente de la Pontificia Universidad Católica.

—Si tuviéramos un hijo, ¿cómo le pondríamos? ¿Fernán, Ferrán? —bromeó ella.

—Pongámosle Ferdinando. Más exótico —dijo él.

Divertido este gallo, pensó ella con sorna, pero le gustó que ese niño se atreviera, como pocos de sus compañeros, a seguir sus bromas hasta el fin. Lo miró por primera vez con detención. No lo encontraba, como sus amigas, buenmozo o misterioso. Muy pequeño, muy finita su cara, muy peinadito y arregladito, definitivamente siútico, clase media arribista, de esos que dicen césped en vez de pasto y fallecer en vez de morir. No le creía ninguna de sus historias legendarias sobre la pobreza en su población o sobre su trabajo clandestino en la Izquierda Cristiana. No sucumbía ante sus astucias universitarias, pero le gustaba esa pequeña valentía de seguir el chiste, de mantener firme sus pupilas verduscas en las de ella, de imaginar aunque fuera en broma tener un hijo con ella.

Un chiste, ese del hijo, que casi se hizo realidad unos meses después, cuando, tras un breve escarceo PND (Por No Dejar, como anotaba en clave en su libreta), se acostó con el futuro cineasta y se quedó embarazada.

—Ese esperma tuyo de roto, tan resistente, y la tontera de irse afuera, ¿de dónde sacaste esa cochinada? —explotó ella cuando él le pregunto por enésima vez por qué andaba de pronto tan pesada con él —. Qué cosa más asquerosa es ser mujer, qué esclavitud… ¡Me cagaste la vida, hijo de puta indecente!

Fernando palideció y se quedó sin habla, hasta que de pronto, con los ojos brillantes, dijo:

—Es maravilloso.

Y no importa lo difícil que sea, lo duro que vaya a ser todo, no quiero que abortes, siguió declarando con cada vez más entusiasmo. Ese hijo es mi hijo, yo soy católico, revolucionario pero católico. El aborto es un engaño capitalista que ve el amor como algo desechable, un producto de consumo que se regala y se pierde porque sí. Si tú quieres me lo regalas, lo crío yo solo, pero tú no abortas ni cagando.

Palabras que le importaron menos a Fernanda que esa vacilación, que ese combate contra su propio terror del que salió victorioso por ella y solo por ella. Creer que era posible tener un hijo y dormir abrazados en la playa, y perdonarse todo, y llamarse con diminutivos y hablar de didi, titi o lili, de nísperos, ositos y pajaritos. Todas esas cursilerías infinitas, todas esas siutiquerías fatales (como habría dicho su madre), cuya compañía supo de pronto que necesitaba con urgencia para seguir respirando.

Tontera, ingenuidad, siutiquería que hacía que todo lo imposible fuese posible: ese pequeño departamento en la calle Obispo Pérez que no tenía casi ventanas, el matrimonio en el registro civil sin los padres de ella pero con el padre de él orgulloso y feliz en primera fila, la vida casi feliz que luego el niño a los cinco meses de gestación rompió, junto con las aguas y la placenta.

Fernando perdonándola, acariciándole la mano, limpiándole la frente hasta que todo quedó limpio, ido. No solo el feto, también los ataques de ira del padre de Fernanda cuando le anunció que se iba a casar con ese don nadie, el desprecio de su madre, la risa de las compañeras de los distintos colegios en los distintos rincones del mundo donde había estudiado, y el abuelo que se murió delante de ella y el tío que la toqueteaba, que su padre, que su madre, sabían que toqueteaba aunque no decían nada porque vivían en su casa y se emborrachaban con su whisky. Esa vida supuestamente diplomática y principesca que ella sabía que no era otra cosa que una sucesión de mendicidades, de ruegos, de humillaciones.

Todo fuera, todo limpio sobre ese escusado diminuto, todo humedecido y sangrante hasta quedar libres los dos y aún niños y solos, abrazados sobre una enorme mancha de sangre y tejidos, un solo nudo de carne que los obligaba a abrazarse para no temblar.

¿Cuántos años habían pasado desde entonces? Dos, tres, seis, nueve, once. Once años de relativa paz, once años de silencio mutuo, de tolerancia exasperada a veces, hasta llegar a hoy en que los dos, erizados, crispados como gallos de pelea, se enfrentan por unos millones de pesos de más o de menos, sabiendo que el otro tiene la razón, pero que está por eso mismo completamente equivocado.

10

Volvamos entonces discretamente al salón donde los esposos se arrancan los ojos cuidadosamente, tratando de que no duela demasiado.

—Es mi plata. Me la dejó mi tía Chela ¡a mí! —se defiende Fernanda alzando la voz, a ver si así intimida a su marido y termina la discusión de una vez por todas.

—No sé, creo que por lo menos tengo derecho a saber en qué te gastaste esos quince millones de pesos.

Para sorpresa de su mujer, Fernando, aunque con la voz temblorosa, apenas firme sobre la médula de sus rodillas, resiste el torbellino.

—¿A ver, en qué crees tú que me los gasté? —lo encara Fernanda, con su sonrisa más glacial.

—No sé. Ese es el problema, justamente: no tengo ni idea de qué haces tú con la plata.

—¡¿Y quién se arruinó aquí?! —chilla Fernanda—. ¿Quién bota la plata en esta casa? ¿Tú o yo?

—Tú me odias —dice abismado el cineasta—. No hay caso, tú me odias.

—No seas tonto, Fernando. ¿Cómo yo te voy a odiar? No empecemos de nuevo con eso. —E intenta ella, arrepentida de su vehemencia, un tono más conciliador—. Yo te quiero, yo no quiero gritarte. Tú sabes, lo hemos hablado mil veces. Eres una persona maravillosa. Yo te apoyo en todo y no quiero pelear contigo. Pero, ¿por qué supones que vas a tapar tus hoyos con mi plata, con una plata que piensas tú, sin preguntarle a nadie, que está disponible para ti cuando tú quieras…?

—Vivimos en la misma casa, soy tu marido… No sé, yo supongo que estamos para ayudarnos. Yo supongo que…

—¿Por qué supones tanto tú? Es una enfermedad tuya eso de suponer.

—Si me contaras, si me informaras al menos…

La amedrentada parsimonia con que Fernando no se rinde, a pesar del miedo que siente, por un segundo hace sonreír a Fernanda. Pobrecito, está realmente cagado este gallo, piensa, quiere abrazarlo y perdonarlo, pero se retiene sabiendo que al final puede ser peor para los dos.

—Quince millones de pesos, Fernanda. Quince millones es mucha plata. No sé en qué puede uno gastarse quince millones de pesos así como así.

—En esta casa, Fernando —suelta ella de un solo golpe de aliento, súbitamente irritada por la precisión numérica de su marido—, en esta casa donde tú vives, donde lo pasas maravillosamente, donde jamás preguntas cuánto cuestan las cortinas, la campana de la cocina, el parqué nuevo, el arreglo de la tina donde te gusta retozar como un pachá… En esta casa, Fernando, y durante muchos años y, por lo que veo, sin que tú lo advirtieras… En tu casa, nada menos que en tu casa…

Herido por la rotundidad de la respuesta de su esposa, Fernando se jibariza como un arbusto bajo las llamas y se deja caer apesadumbrado en el sillón, a lamentarse.

11

—Viste, nos ganó el hijo de puta. Nos ganó.

Ciego y sordo, Fernando niega con la cabeza, sin poder conformarse.

—Esto es lo que quería ese huevón. ¿Te das cuenta, Fernanda? Esto es exactamente lo que quería que pasara.

—No pasa nada, mi amor —depone instintivamente las armas Fernanda, yendo a sentarse junto a su marido—. Ya, pues, no te pongas así. Es una decepción, es duro yo sé, pero ya vas a ver que mañana se te olvida todo. Es un pobre tipo ese gallo. No puede hacerte nada…Yo tengo amigos en Investigaciones, mi amor. Vamos a secar en la cárcel al hipócrita ese.

—Quizá vuelva mañana —intenta consolarse Fernando—. Quedamos en eso al final. Tiene que llevarme un informe mañana.

Fernanda deja escapar un suspiro hondo y maternal.

—Es tan loco este huevón —intenta explicar su marido—, que es capaz de volver a la oficina mañana.

—No va a ir, no te preocupes —Fernanda trata de ser lo menos terminante posible—. Ni mañana ni nunca. Te estaba poniendo a prueba, por eso te contó todo, solamente para ver cómo reaccionabas. Eso los excita, a ese tipo de personas, ver cómo reacciona la gente. Son todos exhibicionistas en este país de mierda, lo único que quieren es que los miren. Pero no importa, mi amor. Ya pasó. No te obsesiones. Esto pasa todo el tiempo, así son los negocios, esto es lo más normal que hay en el mundo.

Pero su marido no escucha ni quiere escuchar. A solas, siguiendo una melodía propia, agacha y levanta la cabeza, como un caballo que se resiste a que pasen las riendas detrás de su cuello.

—¿Tú realmente crees que no va a ir mañana a la oficina? —pregunta, antes de dejar caer la cabeza sobre las faldas de su esposa, que le dice que sí, que está segura de que no va a ir, ni mañana ni nunca.

—Tiene todos mis papeles este gallo, todas mis cuentas. Sabe todas mis cosas ese conchesumadre.

—Tú no tienes nada que esconder, no te preocupes. Tú eres creativo, tú eres original, tú eres honesto, tú no tienes nada que reprocharte, mi amor. Juan Carlos era un flojo, acuérdate, hacía todo a última hora. Piensa en todos los problemas que tuviste por su culpa antes de esto. Una mosquita muerta. Tú eres honesto, tú cumples, no eres mediocre, siempre lo supe. Tú no estás a su nivel, tú haces bien tu

trabajo sin andar lloriqueando por ahí. Tú eres un ejemplo para este país de ladrones.

Pero él no la oye, aunque sigue con la cabeza rendida entre las manos de su mujer, que le acaricia con cuidado, mirando a la nada mientras la noche y el frío entran por la ventana abierta.

—No es la plata, es la vergüenza. Mira cómo estamos. Él nos pilló, nos sacó la máscara, nos dejó en pelotas. Estamos solos. ¿Te das cuenta? Solos en el mundo.

—Vamos a ir con calma, mi amor. *Baby steps* —le explica ella con un término robado a un ridículo siquiatra de una película cómica—. Una cosa después de la otra. Yo hablo con la policía, con el Ministerio del Interior, yo te busco mañana mismo un abogado bueno y barato. Mi tío Eduardo o cualquier amigo de él. No creo que nos cobre. La familia es la familia después de todo. Tú preocúpate de arreglar las cosas en tu oficina. Avísale a la gente, ve cuánto se llevó este desgraciado, ordena las cosas. Yo me encargo del resto.

—¿Pero por qué hizo eso Juan Carlos? ¿Qué sacaba con hacer esto ahora? Podría haber robado más disimuladamente por último, sin hacer tanto ruido, sin necesidad de meterse en ese lío.

—No importa por qué lo hizo, lo hecho, hecho está. Basta de llorar, celebremos. Tomémonos unos buenos tragos, comamos algo rico donde tú quieras. O aquí mismo, no necesitamos salir a ninguna parte. Basta de llorar, mi amor, seamos felices.

12

Y lo intentan; se levantan como recién salidos de la anestesia, se sonríen con un cariño que se parece a la extrañeza, a la sorpresa, al temor incluso. Sonríen para respetar el pacto recién firmado. Descorchan el vino de las grandes ocasiones que Fernando tenía envejeciendo cerca de la lavadora. Bailan con la música de una radio que emite anuncios y promociones en mapudungun. No tienen casi hambre ya, pero se obligan a comer unos tallarines chinos que Fernanda prepara en el *wok*. Fernando la acompaña comentándole su teoría sobre el ego de la gente que usa sus dos nombres en vez de uno solo, Julio César, Juan Pablo, Luis Alberto, Juan Carlos; pero, asustado al pronunciar el nombre de su verdugo, retrocede y calla.

—¿Qué pasó? —pregunta Fernanda—. ¿Por qué pusiste esa cara?

Fernando no responde, vuelve a la sala como un niño castigado, con su copa en la mano. Ella corta el fuego de la cocina y va a buscarlo. Se sienta nuevamente a su lado, pero ahora sin necesitar fingir su cariño, con verdadera piedad. Le acaricia la espalda, la nuca, la frente afiebrada, el mentón desnudo, ahora sin barba, sin protección alguna. Desnudos sus huesos, su piel, su cara, sus ojeras, por fin en el miedo todos sus músculos, todos sus escrúpulos, todos sus temores, todas sus médulas, reunidas, compactas. Uno e indivisible ante el castigo.

¿Cómo deja escapar a su ladrón pidiéndole que confiese por carta?, piensa la esposa. ¿Cómo espera que venga mañana a pedirle perdón por haberle estafado? Y esa manía de tratar los hechos como si fuesen ideas probables sobre las que se puede especular al infinito. Y esa otra ciega necesidad de que lo quieran las sillas, las mesas y los contadores auditores, y que además se lo digan. Y sin embargo lo ama por eso mismo. Porque en el mundo de los crueles, de los fuertes, de los vivos, en el que ella vive por derecho propio, Fernando va a ser siempre un aprendiz que la necesita para no morir. Y defenderlo, salvarlo, ungirlo y perdonarle le da sentido a su vida y utilidad a su fuerza. Ama así en Fernando la misma debilidad que amó en su padre. Diplomático y surrealista de salón, que vivió perseguido por la ansia de su esposa, las urgencias de sus hijas, la posibilidad de ser un genio y el terror de ser solo un caballero chileno.

Y solamente entonces, sentada a su lado, consolándolo por segunda vez, acariciándole con cuidado la espalda, comprende ella que tiene razón Fernando, que esta vez sí están solos, completamente solos. Sin hijos, sin casa en la playa, sin suegros, cuñados, parejas de amigos. Ni siquiera tenían la razón, pensaba a veces. Estaban equivocados,

ontológicamente equivocados, forzando el destino o a Dios, que en cada feto que se ahogaba en hemorragias, dejaba en claro que no los quería juntos, que no tenían futuro, que eran solo fruto de la testarudez, hijos del toque de queda y el estado de sitio.

Irracionalmente juntos, cuando todas las parejas que se casaron al mismo tiempo que ellos se habían separado. Escondidos en un búnker más que en una casa, en sus ropas, en sus gestos iguales a los demás, pero siendo en secreto ahora más débiles, más culpables, más solos que todos cuando un contador se llevaba la plata. Frágiles e invencibles, consolándose en el sillón como una pareja de orangutanes jubilados, sin atreverse a encender ninguna luz para no ver los pliegues de su ropa burlarse cruelmente de ellos.

13

Se acostaron oficialmente a medianoche. Se besaron vestidos, encima de la cama. Dudaron unos segundos y se detuvieron. Sin comentarlo siquiera, a los dos les pareció ahora una cursilería sin nombre hacer el amor en son de paz. Por lo demás, no podían confiar del todo en el suelo que pisaban, en los cuerpos que distraídamente usaban. No estaban en condiciones de asegurar que nadie los observaba, que los intrusos, los invasores, no hubieran entrado en la casa.

—Eres lindo —le sonrió ella al ver la disimulada llama de angustia en los ojos de él—. Todo esto es una tontería, ya vas a ver. Mañana se te va a olvidar todo.

Y se durmió sin la menor dificultad, pateando los cobertores para dejar sus piernas al aire. Su marido quedó así, solo, estirado en el escaso espacio que su mujer le dejó en la cama.

Para qué me acuesto, si lo más probable es que no voy a dormir ni un solo segundo. Mejor me voy a ver la tele, suspiró, sin levantarse. Pero, muy al contrario, se acurrucó sobre su lado derecho, tratando de taparse con las sábanas azules.

Para su sorpresa, no le invadió la culpa ni el odio ni la rabia, ni el fuego ni el hielo. Su cuerpo pensaba por él, usado, golpeado y al mismo tiempo gozosamente vivo, entero, dispuesto a abrazar su propio agotamiento como a una vieja muñeca que una niña encuentra intacta entre los restos de un incendio.

14

Un jueves al mes, el grupo de sicopedagogas que atendía a Javier, el hijo de Juan Carlos Riquelme, reunía a todos los padres de sus pacientes para que intercambiaran experiencias. Los hombres, arrastrados por sus mujeres, se instalaban en la pequeña sala llena de colchonetas y juegos infantiles. Eran generalmente hoscos, tímidos, esquivos, agresivos al principio, hasta que uno de ellos rabiaba contra los servicios de salud y se liberaban de a poco todos de sus parkas azules y de sus deudas hipotecarias.

—Yo aprendí a ser valiente con el Vicente… —descubría uno al borde del llanto.

—Yo, gracias a la Begoña aprendí lo que es el amor de verdad… —diagnosticaba otro aprobando con la cabeza sus propias palabras y volvían a ser húmedos, quejosos, felices.

El amor que no espera nada a cambio, gratuito y total, compartían ya sin pudor. Terminaban abrazados a unos perfectos desconocidos rezando todos de la mano el padrenuestro.

¿Qué aprendí yo de Javier?, se preguntaba Juan Carlos esperando su turno. ¿De qué lección podría alardear él, qué mensaje podría justificar la sorpresa, el costo, el dolor?

El silencio… Ese silencio en especial.

El silencio. Eso es lo único que había aprendido de su hijo. El silencio de Javier, su impasible tranquilidad que nada tenía de tranquila ni pacífica, que era su orden, su jerarquía. Un silencio que exigía, un silencio que vigilaba, un silencio que controlaba todo a su paso. Ese silencio y esa sonrisa suave pero cruel que su hijo no abandonaba casi nunca, ese silencio que obligaba a todos los que pasaban por el salón donde jugaba solo con los dos pedazos de plástico azules a no escapar de su lado pero tampoco a acercarse demasiado. Su cuerpo sobre la alfombra que sabía que por sus hombros y sus piernas pasaba el centro de gravedad de esa casa.

Los otros niños habían enseñado a los otros padres a luchar, a no resignarse, a perseverar. Javier, en cambio, parecía decirle a Juan Carlos que el camino era justo el contrario. Su silencio y su sonrisa, decía, anulaban el sentido de cualquier palabra, de cualquier valentía, de cualquier solución. Para esa mirada, para esa sonrisa, solo existían las piezas de un juguete azul sin forma ni sentido, que hay que hacer calzar cueste lo que cueste. Eso había en el mundo, nada más que piezas de un juguete azul al que no le importa si eres valiente o cobarde, si tienes la razón o estás equivocado.

Quizá no está enfermo el Javier, pensaba entonces Juan Carlos. Quizá no habla porque no tiene nada que decir, nada que agregar, nada que comentar. Quizá él es el sabio y nosotros los autistas profundos, los afásicos o como se llame eso que tiene. Pero esta idea no consolaba a Juan Carlos. Porque si su hijo tenía razón, si su desprecio y su silencio eran razonables, si su indiferencia era una forma de resistencia, entonces eran ellos, Juan Carlos, la Nelly y Mabel, los equivocados. Eran ellos, su esposa, su hija, él mismo, los que le quitaban a su hijo su única forma de salvarse de las cáscaras de naranja resecas sobre la estufa a parafina, y de los «gracias a Dios» y «hasta mañana, si Dios quiere» de las educadoras diferenciales.

¿No sería más justo, más paternal, militar a favor del silencio de su hijo? ¿No sería mejor de una sola vez destrozar los exámenes, los xilófonos, los lápices de color, las terapias a caballo y las conversaciones con delfines? Acabar con todas las herramientas de los jueces, dejar de colaborar con los extorsionadores, no escuchar a los que diagnostican que su hijo tiene un problema y quedarse él también callado. Imponerse el silencio, no complicar el juego de su hijo con un sentido sino comprender las piezas azules como su hijo las comprendía, separadas y sin sentido, testarudamente solas sobre la alfombra.

Pero antes mismo de intentar rebelarse se rendía. Era su turno, decían su nombre, le sonreían por adelantado. Se levantaba en medio de las salas llenas de juguetes y dibujos de osos y conejos y contaba la historia de su hijo como ya había ensayado mil veces contarla. Su nacimiento que fue un milagro, sus primeros meses que fueron otra sucesión de milagros y luego un doctor, y otro, y otro más cada vez más pesimista. Pero la esperanza es lo último que se pierde, la esperanza aparentemente absurda que crece cada día: cuanto peor es el diagnóstico mayor es la esperanza. Eso es lo que aprendió de su hijo, dice: la esperanza.

La esperanza. Eso es lo que dice. Pero eso es justo lo que su hijo le enseñó a no tener, justo lo que su hijo le enseñó a perder, a pasar por alto, a olvidar. Eso reivindica ante los otros padres que lo abrazan y lo consuelan y se ríen y brindan con coca-cola, devoran papas fritas y sándwiches de migas.

15

A la mañana siguiente, Fernando Girón llega a su productora con una agenda clara de tareas por cumplir. Evaluar los daños, estar seguro de lo que pasó y contarlo después todo a sus empleados —nunca antes se habría atrevido a llamarlos así—, y pedirles paciencia y comprensión.

Se quedó de pie delante de la fachada de su empresa. Tampoco él la habría llamado así, temeroso de la pomposidad del término. Este simple posesivo, *mi* empresa, *mi* casa, *mi* productora, lo incomodaba. Empleados que no eran empleados, empresa que no era empresa, empresario que no quería reconocer que lo era. La productora que no era otra cosa que una casa con jardín, hecha para ser habitada, construida para una familia feliz: un refugio arrendado, con un mar de tablillas sueltas en el parqué, el patio lleno de cajas de cartón con cintas tres cuartos y VHS, las cañerías de los años cincuenta. Vasos plásticos manchados de café, colillas, caricaturas en la pared, la higuera que se secó, el baño de servicio que se rebalsó y que nadie nunca volvió a reparar, el viejo póster de una película holandesa, los enchufes quemados, y Raquel, que exigía un uniforme y unos audífonos con micrófono como las secretarias de verdad. Y los gemelos, que no son gemelos y ni tan solo hermanos pero que nadie puede distinguir uno del otro, y la voz aflautada de don Hermes, el sonriente júnior de setenta y tres años, y la escalera mordisqueada por los pasos, y la Pilar, que se enfada con todos aunque se equivoca más que nadie… Y de pronto la vergüenza, la íntima, la indefendible, la invencible vergüenza. ¿Cómo les explico? ¿Qué les digo? No van a poder pagar el colegio de sus hijos, no van a poder ir al dentista, se van a quedar sin casa solo porque no vigilé bien las cuentas, solo porque confié en un tipo en el que no tenía que confiar…

Apurado, como un ladrón, Fernando entra en la casa. Se tragó a grandes zancadas los escalones. Ayer habría dado la vida por encontrarse a Juan Carlos Riquelme en la cima de la escalera. Ahora le incomoda atrozmente la sola idea de imaginarlo allí. No se concebía ya a sí mismo sin deuda y estafa: eso era él ahora, un tipo al que estafaron. Su vida comenzó ayer, antes era un niño, antes pasaba el tiempo contando historias porque no tenía ni una sola historia que contar.

Por menos de medio segundo fija la mirada en las imágenes pegadas en el panel de corcho. Sonrisas en una plaza de Curicó, tomatera delante de un iceberg en Aysén, filmación de la continuidad de Televisión Nacional, empujones, abrazos. Ninguna foto de Fernando,

como si solo su equipo pudiera reírse en su ausencia, como si esperaran que se fuera para ser felices.

Pajas mías, exageraciones, se perdona a sí mismo la paranoia. Sigue subiendo la escalera, ahora con energía y decisión. Se asoma a la oficina de producción, donde Pilar se dedica a chismorrear por teléfono.

—¿ Juan Carlos? —pregunta.

Última esperanza, que sabe improbable, pero que prueba por si acaso.

—Se fue temprano ayer. No ha vuelto.

Fernando sonríe para disimular el súbito punzón en el pecho.

—¿Y Walter?

—Ese no llega nunca antes de mediodía.

¿Qué tendrá en la cabeza este huevón del Walter, llegar tarde justo ahora, cuando más lo necesito?, piensa Fernando. Pero decide seguir siendo positivo y resolutivo.

—¿Me puedes traer todo lo de contabilidad a mi oficina? Todos los libros, los recibos, todo lo que encuentres. Dile a Raquel que llame a Walter, que lo busque por cielo y tierra. Lo necesito ahora mismo. Trae todos los papeles para mi oficina.

Y, sorprendido por el tono ejecutivo de sus palabras, firme, decidido, sin bromas ni ruegos, cierra la puerta de su despacho para sonreír abochornado como un niño que se cuela en una película de adultos mostrando un carné de identidad falso.

16

Sentado en su oficina, recuerda de súbito las fotos de su equipo en el panel de corcho. Continuistas, fotógrafos, choferes, electricistas, directores de arte con el pelo teñido de blanco, camarógrafos, todos felices, todos juntos con sus parkas delante del ventisquero.

¿Realmente quiero a estos huevones?, se pregunta Fernando. ¿Los quiero porque me quieren a mí? ¿Y si no me quieren? ¿Y si nunca me han querido realmente?

El Pitufo Rangil, el eléctrico, le había dicho que de Fernando admiraba sus manos finas y pequeñas, sin una dureza. Manos de príncipe, manos de hombre que piensa, no como las suyas, llenas de durezas y quemaduras. Manos, las de Rangil, que arriesgan la vida por guiones, por ideas, por intuiciones que no entiende, sacando enchufes y transformadores de una caja de madera colorida y circense, pasando cables de alta tensión semidesnudos entre pozas de agua negra, colgado apenas de una rama a punto de quebrarse. «Ya está listo, jefe. » Y la luz que se enciende justo donde Fernando la necesita. Porque Rangil confía, y Lucio confía, y el Bestia confía, y la Azafata del Caleuche confía, y hasta Gastón Labbé, entre broma y broma, también confía. Todos confían y posan felices para la foto del diario mural, soplando el café instantáneo, con dos dedos detrás de la cabeza de sus compañeros.

Piratas, pensaba a veces Fernando, mercenarios todos, malos alumnos de sus respectivos colegios, que sin embargo respetaban como nadie la jerarquía militar de los rodajes. Días que son noches, kilómetros que se recorren en minutos, calles que se cierran porque sí, lluvia en pleno verano, millones de pesos para todo y al mismo tiempo unas carpas frías sobre el suelo duro y sándwiches de pan con mortadela. Se enorgullecía de su ojo para formar equipos. La perfecta mezcla entre viejos llenos de mañas como Gastón Labbé, jóvenes poco sistemáticos y geniales como el Vampiro Pereira, artistas visuales, vanguardistas varios, un danés perdido que llegó a Chile por amor, todos mezclados. Su equipo. Una sola línea gris bajo el cielo celeste de la calle Irarrázabal, y todos juntos, igual de pobres, igual de barbudos, comiendo la colación en Las Alegrías de España. ¿Para qué robar si todos somos lo mismo, una familia viviendo en la misma casa?

Y siente Fernando que tiene la responsabilidad de proteger a su gente, de cuidarla, de dosificar la información. Por ellos, y solo por ellos, siente que tiene que ser serio, tranquilo y pausado, averiguar en detalle el tamaño de la deuda y no hablar nada antes. Ni un solo

rumor, ni una sola frase de más. Silencio. Por el momento nada más que silencio.

17

La lealtad, ya se sabe, es casi siempre una ilusión óptica. Fernando piensa que tiene que proteger a su equipo de un secreto que ellos ya conocen. Por su parte, su equipo cifra su única esperanza en el silencio con que Fernando esconde lo que sabe, señal de que la cosa no es tan grave como dice todo el resto del medio cinematográfico nacional. Porque Juan Carlos no se había entregado en un acto de solitario heroísmo, como suponía Fernando. Las sospechas de varios de sus clientes, los ultimátum de tres de ellos, lo habían forzado a apurar su confesión y su huida.

Si nadie se había dado el trabajo de informar a Fernando era solo porque se suponía que él era el más informado de todos. Por ese extraño encandilamiento en que nos deja el horror cuando es demasiado real, nadie se había atrevido aún a cruzar los datos de las distintas sospechas y actuar en consecuencia. Al denunciar, todos temían ser vistos como cómplices, todos veían en el silencio del vecino una amenaza para sí mismos. Viendo las llamas consumir las paredes, esperaban que alguien gritara fuego para empezar a quemarse.

18

—Gracias, Pilar —dice Fernando, recibiendo sobre su escritorio tres archivadores repletos de papeles y copias de carbón.

—Hay un montón más en la bodega —dice con desgano Pilar—. ¿Los quieres todos?

—No te preocupes, con esto estoy bien.

Incómodo, agradece torciendo las cejas mientras Pilar abandona la oficina con su mueca de hastío tradicional. Abre aterrado el primer archivador que encuentra, el de 1989. La tinta verde (¿quién se cree este huevón?, ¿Pablo Neruda?), la letra minúscula y redonda de Juan Carlos en los haberes y deberes. Su firma, la de Fernando, en las declaraciones de renta, los talonarios de impuestos, los balances anuales, su descuidada firma, que estampó una y otra vez sin leer los documentos.

Cifras, esquemas, planillas, copias de carbón, un abismo de papeleo en Impuestos Internos, la caverna de las retenciones, los canales subterráneos de las facturas, cartolas, inscripciones de dominio, resumen del IVA anual. ¿Cómo sería esa gente, esas oficinas, donde el destino de Fernando, sin que él supiera cómo, se trababa y destrababa? Un infierno tibio de planillas Excel, de protectores de pantalla con recién nacidos mofletudos, de archivadores húmedos por dormir bajo el desagüe de un baño de oficina pública.

—Hay que trasladar todo a una cuenta de depósito a plazo fijo en dólares. Lo otro hay que declararlo pero con extensión —le decía sonriendo Juan Carlos—. Pero no importa, no te preocupes, lo hago yo.

—Pero esa plata la debemos entera, Juan Carlos —se agitaba inútilmente Fernando—. Vamos a ir a la quiebra si no pagamos ahora.

—No te preocupes. Otra sociedad con otros dos nombres y otro número de identificación fiscal, lo hace todo el mundo. Déjame a mí. Pura rutina, no te preocupes, que te lo hago en cinco minutos.

Así las deudas no eran deudas sino inversiones y las boletas se convertían en contratos que en el balance de fin de año volvían a ser boletas a través de unas facturas, sin dejar rastros. «No te preocupes, no te preocupes, es muy simple, no pasa nada…» Como todos los magos, los actores, los astrólogos, los profesores universitarios, Juan Carlos se había preocupado de traducir todos sus actos a un lenguaje propio, en que ninguna palabra valía lo mismo que en el mundo de los civiles.

—Esto es así pero nominalmente, nomás. Es y no es, no sé si me

entiendes. Plata contable, pero no real… —decía Juan Carlos, con una sonrisa condescendiente que ahora le duele a Fernando hasta el fondo mismo de las tripas—. Es una tontera, no tiene importancia. Una lata, para qué te vas a meter tú en este lío. Yo lo arreglo —terminaba victorioso el contador, llevándose los papeles, los datos, los nombres con su eterna sonrisa de perdonavidas.

Escrituras públicas, adendas, avenimientos: sigue recorriendo Fernando los archivadores. Sin ser abogado ni economista ni sicólogo ni notario siquiera, ese hombre tenía conocimientos de derecho, de economía, perspicacia sicológica y una verdadera notaría en el cerebro. Juan Carlos era demasiado inteligente para su puesto, piensa Fernando ahora. Si hubiese nacido con otra cara, otro apellido, en otro barrio, habría sido físico nuclear, catedrático, ministro de Hacienda.

Pero ganaba mucha plata este huevón, corrige Fernando su diagnóstico de hace dos segundos. No era ningún proletario, no era ningún pobrecito, este huevón. Tenía clientes en todo el medio, viajes a Cuba y a Ecuador, amigos actores, directores, locutores, que lo trataban como a un socio. Sabía ganar plata, invertirla, tenía a sus hijos en buenos colegios y con las mejores sicopedagogas, sonreía, era feliz.

Entonces, ¿por qué? Entonces, ¿quién es Juan Carlos Riquelme? ¿Un creyente, un fiel, un sobrio, un luchador, un humilde hijo de puta que no mata ni a una mosca? ¿O un ladrón, un pillo, un sicópata? Ninguna de las dos cosas, se fuerza en concluir Fernando Girón. Siempre, desde ese lejano año fiscal de 1991, que ahora Fernando revisa en los archivadores, desde antes incluso, desde su nacimiento, Juan Carlos era un estafador de mierda, conchesumadre, hijo de puta…

Pero le cuesta un mundo que los insultos le salgan naturales. Los usaba solo porque le ayudaban a borrar la sensación incómoda de haber sido penetrado por su estafador. Porque más allá de su orgullo, de su billetera, lo que había quedado herido en él era su virilidad. No le habían robado o engañado, lo habían violado, lo estaban violando. No era del todo raro que así fuese: el resentido no quiere ser sino poseer. Mientras la envidia es solamente una variación del odio, es decir, una de las formas que adopta el amor, el resentimiento es eminentemente sexual. El resentido que toma, goza, entra y abandona, necesita quemar puentes entre él y los testigos de su infamia. De ahí que sea el resentido el que habitualmente se ofenda contra su víctima, de ahí que use contra ella toda su fuerza para aplastarla.

La envidia es así, platónica, mientras el resentimiento es aristotélico. La envidia se agota en palabras, el resentimiento necesita actos. El envidioso es un melancólico, un artista sin pincel o lápiz, mientras que el resentido es un empresario, un hombre de acción.

Un miserable, un perfecto y admirable timador profesional, sigue

Fernando, intentando así enrabiarse contra su amo. La sonrisa cálida, el chaleco tejido por la mamá con motivos de llamas y volcanes, el hijo enfermo del que todo el mundo se apiada (¿cómo va a ser malo un tipo que tiene un hijo autista y se desvive por él?), todo le parecía ahora a Fernando perfectamente calculado. ¿Y el sempiterno sándwich de jamón y queso en pan negro que todos los días sacaba Juan Carlos de un *tupperware* para almorzar? ¿Qué papel cumplía en el plan ese sándwich de jamón y queso?

Era el centro mismo del plan, descubre de pronto. No le importaba la comida, no distinguía entre un vino y otro. Su único placer era escuchar a la gente. Católico, de izquierda, buen hijo, buen hermano, buen marido. Estúpidamente, se daba cuenta ahora, Fernando pensaba que la pureza tenía que ser pura, que la falta de sensualidad de Juan Carlos lo hacía más confiable. ¿Pero Hitler no había sido abstemio y vegetariano? ¿No sentía el Führer una santa repugnancia por las borracheras, las orgías y las drogas?

No hay estafador ebrio: los ebrios son siempre los estafados. En esa simple idea, la pureza de los que no toman vino y no comen de más, se alojan todos los engaños, todos los robos, todas las tiranías de este mundo. Pero no, no es una ilusión de la que la humanidad pueda sanarse con solo pensar mejor: es una necesidad, una urgencia. Alemania la sintió ante la derrota y la ruina de la Primera Guerra Mundial. Fernando también, en medio de la dictadura y el vértigo de su matrimonio con la niña más bonita del Campus Oriente. No creyeron por debilidad, Alemania y Fernando, creyeron porque necesitaban creer, como quien necesita glucosa para recuperarse de un desmayo.

Hitler, Alemania. Fernando se ríe de su propia grandilocuencia. No es para tanto. El pobre tipo se confundió nomás, se tentó con los millones que pasaron por sus manos. De puro ansioso se cagó la vida, este compadre. Un católico, que como todo católico lo único que le gusta es tentarse. Un revolucionario anticapitalista que, como todos los revolucionarios anticapitalistas, se volvió loco con la plata. No es nada grave lo que pasó, no es tan raro, le pasa a todo el mundo. Me duele porque lo quería a este huevón, porque lo conocía, porque en momentos duros estuvo conmigo, se consuela Fernando. Crecimos juntos. Crecimos juntos hasta que nuestros caminos se separaron. Nos empezaron a interesar distintas cosas, empezamos a ver la vida de manera distinta, el mundo, los negocios. Él no se atrevió a decírmelo, eso es todo. Se quedó callado. No supo cómo terminar la relación, y estalló por no conversar conmigo a tiempo…

Algo parecido había ocurrido con Sanhueza, su antiguo socio. Partieron juntos, se sacaron la cresta al principio, sigue meditando con entusiasmo Fernando sobre los archivos abiertos. Crecieron, Sanhueza

quiso ganar más, comprarse un helicóptero, almorzar de igual a igual con Jaime de Aguirre, Juan Carlos Altamirano y Fernando Acuña en el Squadritto. Entonces se pelearon. Se amenazaron con demandarse y sacarse hasta el último centavo, pero al final allanaron sus diferencias y siguieron siendo amigos. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con Juan Carlos, culparse, odiarse un tiempo y después perdonarse, abrazarse, acordarse de los viejos tiempos? Pero, ¿la violencia? ¿El odio tranquilo y sonriente con que Juan Carlos Riquelme le lanzó a la cara su estafa? Eso no puede explicarse con una simple crisis de crecimiento. Hay venganza ahí, hay años de rencor acumulado, piensa Fernando desesperado, viendo que las piezas que hacía un segundo encajaban tan bien ahora se retuercen fuera de control.

Todo lo comprendo, todo lo disculpo, intenta una vez más reconsiderar su posición Fernando, pero el odio, ¿de dónde sale tanto odio?

19

De pronto, sin tocar la puerta, Gastón Labbé entra en la oficina de Fernando Girón y se deja caer cuan largo es en el sillón de cuero.

—Las minas de ahora son terribles, huevón —empieza, sin saludar ni detenerse—. Me estoy tirando a una mina de diecisiete años, compadre. Me tiene el pico gastado de tanto chupármelo. Puta lo que está pasando con la sociedad chilena, ¿ah? Todas putas las niñitas de ahora. Una mina exquisita, un culo hecho a mano…

—Ahora estoy medio concentrado en algo, Gastón, hablemos después mejor…

Quiere protegerse de la alarmante proximidad de su productor de campo, Gastón Labbé, cincuenta y seis años de toda suerte de abusos en el cuerpo, una impetuosa leyenda de bigotes canosos y caídos al modo de la Unidad Popular de Salvador Allende, que filmó con Raúl Ruiz, le pegó un golpe en el hocico a Nelson Villagra y se fue de putas con Dean Stockwell y Kris Kristofferson en Nicaragua.

—Perdona, es el último que tengo —dice, y le muestra a Fernando un habano que le queda grande, porque, a pesar de sus botas de vaquero y su arrugada ropa de safari, Gastón es pequeño, inesperado y ágil como un sátiro electrificado—. Deja que me fume este purito y me voy —sonríe el productor con el rabillo del ojo. Nada le gusta más que impacientar a su jefe. Fernando lo ha echado ya cinco veces pero lo ha recontratado otras tantas porque a la hora de la verdad nada importan sus insultos, sus caóticos horarios, sus quemantes apodos: Gastón tiene una capacidad única de estar en todas partes y en ninguna, y eso lo vuelve insustituible.

—¿Qué quieres?

Fernando ve dibujarse un plan en la sonrisa de su productor de campo, ya teme la broma, ya se levanta para protegerse de antemano de una salpicadura invisible.

—Nada. ¿Tienes fuego?

—No.

—Las huevás que están diciendo allá abajo, puta, las huevás que dicen… Yo no creo, no puedo creer todo esto que están diciendo allá abajo. Conmigo Juan Carlos se portó increíble. Todo en orden, un rey conmigo.

Se detiene el productor unos segundos a contemplar la palidez de su patrón, más completa, más violenta aun de lo que esperaba.

—¿Qué están diciendo allá abajo?

—¿Es verdad, sí o no?

—¿Qué cosa?

Si sigue palideciendo, teme Gastón, el pobre hombre se va a desmayar.

—No te hagas el tonto. ¿Cuánto se llevó?

—No sé —se rinde Fernando, buscando algo en qué apoyarse, algo sólido que permita que la nada deje de girar alrededor de él—. Poco, no mucho, entre treinta y sesenta millones. Algo así, no sé, no lo he contado bien.

—Ochenta millones, puta el huevón maricón…

Gastón deja entrever que conoce la cifra exacta, que gentilmente, a cambio de otras confesiones, no se la va a seguir refregando en la cara.

—Parece que a O'Brien le sacó hasta el alma y como a él, a quince más: un tremendo botín se llevó el huevón. Yo no entiendo, te juro que no entiendo, como conmigo fue un ángel Juan Carlos… ¿Tú conoces mi casa en El Arrayán? Los últimos tres millones los puso él de su bolsillo, me ahorró hasta el último centavo, hizo todo el papeleo él sin que yo se lo pidiera. Y eso que no era mi amigo, eso que andaba yo todo el día tomándole el pelo, acuérdate. Se llevaba mucho mejor con los demás. A ti te adoraba, por ejemplo, siempre hablaba maravillas de ti. Puta el huevón, hacerte esto justo a ti…

Fernando, en el colmo de la palidez, decide parar por fin la masacre y camina hacia su productor de campo, tratando de atraer a su verdugo a la salida.

—Esto es delicado, Gastón. Te agradecería que de momento no hablaras con nadie. Es mejor que no cunda el pánico. Vamos a hacer las cosas bien. Los cotilleos, los rumores, lo único que hacen es agravar las cosas. Vamos a ir con calma, con discreción…

—Cuenta conmigo, compadre, yo soy una tumba. Aunque en el medio todo se sabe, tú sabes cómo son todos en este país de mierda.

—Sí, sí, claro… Pero te pido discreción por el momento, no hociconear demasiado dentro de lo posible hasta que sepa bien yo cómo es la cosa —dice Fernando, empujando suavemente al productor fuera de su oficina.

20

—Y este tipo, justo este tipo… —murmura a solas Fernando, volviendo a su lugar detrás del escritorio.

Me da lo mismo que me cagues a mí, me da lo mismo que me destruyas la vida. Seguramente tienes razón, seguramente fui una mierda contigo. Me fue demasiado bien en la vida, me olvidé de los pobres. Lo que tú digas, lo que a ti se te ocurra yo te lo admito. ¿Pero Gastón? Salvar a Gastón, justo a Gastón… No es un artista este huevón, es un borracho, es un irresponsable, es una mierda con sus hijos. Ese huevón no es como nosotros, Juan Carlos, ese huevón no tiene moral, a Gastón no le importan las personas, rabia Fernando para sus adentros como si el contador pudiera escucharlo. Porque podía aguantar con razonable *fair play* que su contador fuese un ladrón, pero le resultaba intolerable la sola idea de que su estafador pudiera ser injusto.

Y oye alejarse la risa estentórea de su productor de campo. La oye mezclarse con las risas de toda la oficina, todos unidos en el mismo regocijo, todos enmascarados, empolvados bajo voluminosas pelucas del siglo XVIII, estirando los pies para que caiga a la primera zancadilla.

—¿Dónde se metió el huevón de Walter? —salió Fernando, sudado y rabioso, de su despacho.

Pilar, acompañada ahora de Irene, se limitó a levantar los hombros en señal de perplejidad.

—Todos al patio —ordenó Fernando—. Quiero a todo el mundo en el patio en dos minutos más.

¿Qué se cree ese imbécil de Labbé, ese ladrón de Juan Carlos, ese irresponsable de Walter?, volvió salivando de alivio y rabia hasta su oficina. ¿De quién creen que se están riendo? No les va a salir tan fácil la gracia a todos estos, delira, buscando en el sofá su chaqueta torcida en la que Gastón dejó impresa la huella de sus botas.

Ejecutivo y lleno de resolución, baja a saltos la escalera. Puede ver por la ventana que está lejos de reunirse aún todo el equipo en el patio. Se detiene en el pasillo, da vueltas sobre sí mismo dos veces, masticando obsesivamente su discurso.

—Váyanse todos a la chucha. Váyanse a la mismísima mierda los conchesumadre. Qué se creen, qué se han creído los hijos de puta…

21

Las camisetas que dicen Harvard, NYU o FBI, los pantalones cortos de verano, las caras que tiemblan un poco, que esperan, que sonríen, que se empujan, demasiado jóvenes incluso los más viejos, unos dientes de más, de menos, un maquillaje exagerado, una calvicie mal escondida, los nombres, los sobrenombres, todo ablanda su rabia, todo deshace en migajas su discurso.

—¿Y Gastón, dónde se metió? —le pregunta al viejo Hermes, el júnior de setenta y tres años que acabará aquí su carrera de recadero para empezar la de enfermo que busca hijos y sobrinos que lo saquen y pongan en distintos hospicios.

—Se acaba de ir don Gastón —responde el júnior, feliz de ser útil aún—. ¿No lo vio? Después de hablar con usted se retiró. Tan chistoso como siempre, don Gastón. Dijo que volvería la próxima semana.

Ni cinco segundos se quedó el hijo de puta, anota Fernando. Ese es tu héroe, Juan Carlos, ese es tu amiguito, ese es tu artista, el que a primeras de cambio se va a la calle a contarle a todo el mundo lo cagado que estoy.

La suerte está echada, piensa Fernando. Lo han dejado solo. Gastón y Walter, todos, lo han dejado solo. Que se vayan a la mierda estos mamones. Nada de contemplaciones, nada de sutilezas.

—Bueno, quería reunirlos aquí porque… —A pesar de su decisión, de su aparente seguridad, todo en él retrocede, todo falla y falta. No ve bien, apenas escucha, no tiene manos, pies, cara—. Quería reunirlos aquí para que habláramos… Bueno, hubo un problema… Una cosa… Un problema de plata, si somos bien sinceros…

Los empleados se agitan impacientes mientras Fernando, como los niños y los perros en las piscinas, bracea sin avanzar.

—Hubo un pequeño desbarajuste de plata…

—¿Cuánto? —grita una voz sola desde el fondo del patio.

—¿Cómo dices? —avanza Fernando un paso para intentar ver la cara de su insolente interrogador. Pero este se esconde entre las siluetas de los otros empleados.

—¿Cuánta plata se llevó? —insistió otra voz sin cara al otro lado del pelotón.

—No sabemos todavía, tenemos que hacer los cálculos, pero es bastante plata. Bastante más de lo que pensábamos que podríamos gastar en esta etapa del proyecto…

Quejas, ruidos, amenazas.

—¡Está todo en orden, no se preocupen, está todo bien! —levanta

las manos Fernando para calmar el oleaje—. Tampoco tenemos que volvernos locos. Tenemos que tomar todo esto con calma. Está todo bajo control.

—¿Nos van a pagar este mes? —pregunta una voz femenina.

—Este mes, y el próximo y el otro si hacemos las cosas bien.

—Cagamos, compadre —se escucha a lo lejos.

Fernando avanza medio paso para tratar de darle un rostro a esa voz, a ese pelotón sin labios al que no sabe cómo dirigirse.

—Si tienen alguna pregunta podemos conversar todo el rato que quieran. Yo estoy abierto a todas las consultas —dice mientras se permite bruscamente deshacerse en sudor y palabras para sentirse más en confianza—. Esto tampoco es una tragedia. Podemos seguir perfectamente bien. Es mucha plata, la verdad, pero tenemos un margen de error en que nos podemos mover todavía. Somos una empresa pobre, nunca hemos sido muy ricos. Siempre hemos tenido presupuestos chicos. Eso nos ayuda al final. Estamos acostumbrados a remar en contra de la corriente…

—¡Me están violando acá atrás! —grita el Chilly Willy, el bromista del grupo. Todos se ríen, algunos se quejan.

—Esta huevá es seria, Chilly Willy…

—No seas desubicado, Chilly Willy…

Y más empujones y más risas.

—Vamos a salir de esto, lo prometo. Vamos a salir juntos de todo esto, no se preocupen, lo prometo —dice Fernando mientras el pelotón se dispersa, hablando unos con otros.

Fernando, bañado en sudor, pide permiso para ir al baño. Nadie se lo impide.

22

Se moja los ojos y ve delante de él a una mujer regordeta de la que no recuerda si se llama Cintia o Laura.

—Don Walter ya nos había avisado de esto. A mí al menos me avisó. En su auto, una vez que salimos, me dijo que iba a pasar todo esto.

—¿Ayer? ¿Te dijo algo ayer el Walter?

—No, en diciembre, antes de la Pascua. Me dijo que él me iba a buscar trabajo. Yo no lo tomé en serio porque, usted sabe, don Walter es bien bromista en general. Por eso no le dije nada a usted, porque no creí que estaba hablando en serio.

—¿Pero qué te dijo específicamente?

—Todo. Esto.

—¿Pero qué? —se desespera Fernando.

—Que me fuera con él, me dijo, que yo le acompañaría allá donde él encontrara trabajo. Yo no le creí nada porque, usted sabe, don Walter es muy rementiroso.

23

—Lo hicieron mal estos huevones —le dice Germán a Juan Carlos, mostrándole a su hermano los muros negros, los sillones de poliéster convertidos en una mancha informe y parda, la ceniza por todas partes, la pintura resquebrajada colgando del techo, un póster de La Habana del que solo queda una palmera—. Si hubieran empezado por ahí, si hubieran tirado bencina sobre los sillones, se habría quemado todo esto más rápido.

Su hermano Germán no puede dejar de exhibir sus conocimientos en materia de incendios y explosivos, conocimiento que precisamente lo vuelve, a ojos de la aseguradora, el principal sospechoso del siniestro que asoló su propia salsoteca. Germán no puede evitarse nada, no sabe, no quiere, no puede controlarse, piensa Juan Carlos. Ese su problema, esa es su cruz. Todo para él es un juego. Nada es serio, nada es irreversible, todo está siempre por verse, volando en un equilibrio precario en que nunca deja de ser él un acróbata que da giros en el aire.

No se repondrá de ese fracaso, adivina de antemano Juan Carlos. Intentará importar camarones congelados, venderá bajo cuerda remedios para dializados, perderá a su tercera esposa y a su tercer par de hijos. Pero esa sonrisa imperdonable que Juan Carlos perdona, ese placer de caminar por la pista quemada, eso no se lo puede quitar nadie. Preso, endeudado, arruinado, sospechoso, esa libertad, ese descaro es suyo y solo suyo. Esa es su desgracia, piensa Juan Carlos, pero es también su gracia, su única gracia. Es insolente, es inconsciente, pero también es libre.

Entre esos objetos ya sin cara, derritiéndose, escapando por las paredes, buscando el aire, imitando sus curvaturas y sus espirales, Germán está en su elemento. Germán, su hermano, como todo en esta salsoteca, siempre en llamas. Huyendo de los asesinos de la CNI, cambiando de nombre, de esposa, cayendo en la cárcel, saliendo libre rumbo a Bélgica, volviendo sin un peso, peleado con todos sus amigos, abriendo una salsoteca con un ex militar que confesaba sin culpa su participación en sesiones de tortura. Su hermano que no tiene vergüenza de pedir, de mentir, de pelearse con cualquier vecino por una parrilla o el nombre de un jugador de fútbol. Su hermano que no le tiene miedo a nada, salvo a quedarse callado, como tantas veces se queda Juan Carlos, admirándolo, esperándolo, respaldándolo, limpiando su nombre, arreglando sus cagadas. Su hermano en llamas que no pide disculpas por nada ni por nadie y que, aunque hace daño

y maltrata y olvida, siempre es perdonado tarde o temprano.

Eso que lleva tanto tiempo Juan Carlos protegiendo quizá no necesita protección alguna, piensa de pronto el contador auditor. Su hermano que baila en medio de su salsoteca carbonizada, al ritmo de una melodía que solo él conoce y que Juan Carlos, de lejos, muy de lejos, se limita a adivinar. Su propia melodía, que ni los golpes ni el hambre le pueden quitar, eso que tiene él y poca gente más, eso que es suyo, inalienablemente suyo, y que Juan Carlos quiere y envidia. Esa sonrisa que, al revés de lo que aparenta, secretamente lo protege a él, a Juan Carlos, al seguro, al bien pagado, al amigo de los famosos, al casi empresario Juan Carlos Riquelme.

—Es terrible el fuego —alza cómplice una ceja Germán hacia su hermano mostrando las barras de metal torcidas que bajan sinuosamente del techo—. No perdona nada el fuego. No perdona.

24

Las cartas sobre la mesa. Déjenme que cambie el foco de esta historia y abandone a la víctima y al victimario para centrarme en el testigo principal, Fernanda Valdés, la única inocente en esta historia llena de culpables.

—¿Pero cómo era el contador ese, qué hacía, cómo hablaba? —le pregunta con sincero interés periodístico Mauricio Lastra, el más antiguo de los admiradores de Fernanda Valdés, enamorado de ella sin esperanza desde el primer año de universidad.

—Un roto, un latero, qué quieres que te diga —responde hastiada Fernanda—. Al pobre tipo ese le subieron los bonos a la cabeza, le hicieron creer que era poco menos que dios y se creyó el cuento. Estoy mareada de hablar del temita todo el día, Mauro. Vámonos luego a un restaurante, será mejor. Llévate la botella para el auto, quiero emborracharme, quiero terminar hecha un trapo esta noche. Mañana no quiero acordarme ni de mi nombre.

Obediente, Mauricio se lleva la botella de Jack Daniels hacia el auto deforme a fuerza de estacionarse a empujones. Todas las semanas juraba ir a desabollar el cacharro, como él lo llamaba, pero nunca tenía tiempo. Hija de diplomático que solo escuchaba música concreta, a los veintitrés años, con la misma intensidad con que leía todo lo que caía en sus manos (sobre todo si era grueso y difícil), había dejado por completo de leer. Despreciaba a los que continuaban con ese vicio cobarde. Shakespeare ahora escribiría telenovelas, decía a cualquiera que se atreviera a hablarle de televisión cultural, y no faltaría ni al más miserable *focus group*. Ella al menos no faltaba a ninguno. Sabía de todas las oscilaciones estadísticas, monitoreaba las más ínfimas tendencias, le interesaba hasta la obsesión la cosmovisión de las dueñas de casa, del taxista más ladrón, de las nanas más peruanas. Todas las pasiones, todos los olvidos, todas las metáforas se escondían en esos gráficos que su padre le había enseñado a despreciar. Su vida entera era, por lo demás, una venganza contra ese desprecio al vulgo, a la tontera, a los lugares comunes donde ella sabía ahora que temblaba el corazón del mundo.

Así, segura de asir con la mano el universo entero, volcaba cada célula, cada hormona en su trabajo. Sentía como una urgencia personal, una necesidad irreprimible que ese trabajo rimara con su espalda, su menstruación una y otra vez aplazada, su sonrisa y sus tacones que se torcían cuando menos se lo esperaba, obligándola a patear con rabia sus zapatos inservibles en el pasillo del canal y seguir

descalza hacia la oficina de sus numerosos jefes, a quienes seducía descaradamente a cambio de una firma al pie de un contrato, de un informe o de una campaña de marketing estratégico.

Ese agotador trabajo, en el que se extenuaba hablando por dos teléfonos al mismo tiempo y almorzando tres veces al día con tres distintos lateros infinitos, alejaba a Fernanda durante el día de toda angustia, de toda duda que no fuese inmediatamente soluble. En la tarde mandaba a llamar a su oficina a Mauricio Lastra, que de alguna forma trabajaba para ella —terminaba unos informes sociológicos que ella sabía que nunca le entregaría—, y sacaba del segundo cajón de su escritorio una botella de Jack Daniels que tomaban a escondidas. Y criticaban a todo el mundo y se reían y luego, jugando a estar más borrachos de lo que realmente estaban, se encaminaban a un restaurante a esperar que cayera por completo la noche. Él, para no llegar demasiado solo a su mansarda de la calle Monjitas, ella para ahorrarse algo de la angustia perpleja de su marido esperándola en el salón de su casa para mostrarle archivadores llenos de copias de boletas, informes y recortes de diarios que probaban que al final no había pasado nada tan grave, que todo estaba en orden, que todo era lógico y normal.

—Tú qué vas a ser de izquierda —discute entonces Mauricio camino al restaurante, intentando proteger la botella de los constantes arrebatos de Fernanda—. Tú no eres de izquierda ni de derecha; tú eres fascista, integralmente fascista.

—¿Cómo voy a ser fascista yo? No digas tonteras, Mauro. Yo fui miss Clandestinidad en el Campus Oriente. Yo soy lo más revolucionaria que hay… Ya, pues, no seas egoísta, alcohólico de mierda, sírveme otro trago.

Mauricio procede, manejando con total desconocimiento de las normas de tránsito y de las leyes de la mecánica, mientras el auto avanza a tropezones por la avenida del Cerro.

—Es lo que yo digo, eres fascista. A ti te gustan las metralletas, las botas, los músculos. Eres sadomasoquista, en el fondo, Fernanda, ese es tu problema en la vida. Te falta un buen látigo…

Fernanda le sonríe discretamente al retrovisor. Hay algo de ensayado, de artificioso y repetitivo en estos encuentros que la reconfortan.

—Es tan divertido… Estás muy seguro de que me conoces pero en el fondo no me conoces nada. Es tan tierno eso de ti… Por lo demás, me da lo mismo que me llames fascista. Ser de izquierda, ser de derecha, ya no significa nada para mí a estas alturas del partido. Hay gente que me cae bien de izquierda, hay gente que yo adoro de derecha. Eso es todo lo que me importa en la vida ahora a mí, las personas. Tú, por ejemplo, aunque eres de centro-centro me caes pésimo. Ya llegamos,

bájate.

Mauricio obedece. Aunque es suficientemente viejo para saber que en el fondo es una perniciosa tontería, no puede evitar quedarse siempre con la última palabra.

—Eso de que la izquierda y la derecha da lo mismo, es el centro mismo de la ideología fascista, no sé si sabías. Pero como eres una analfabeta funcional y te importa un pito ser mínimamente rigurosa, te pasas en cinco segundos por la raja toda la teoría política moderna…

Fernanda no finge siquiera escuchar a su amigo y tropieza feliz por el descampado que sirve de estacionamiento al restaurante y al teleférico. Una escalera, y en las faldas del cerro San Cristóbal un chalet rústico, el restaurante El Divertimento, comida chilena e italiana, administrada por una pareja de hermanas salvadoreñas.

—Unas empanadas de las chicas —le pide Mauricio al mozo que lo recibe a la entrada del local.

No intenta siquiera alcanzar a su amiga que reina ya por completo sobre el salón. La mira desde el umbral del recibidor, como un fantasma que vuelve a la vida después de un par de siglos de distracción. Ejecutivos calvos con servilletas colgando del cuello, señoras caníbales abochornadas por la menopausia, barbudos productores que devoran un costillar prehistórico, a todos Fernanda Valdés les arranca una sonrisa, un comentario, un halago, una promesa, mientras deja a la vista de Mauricio la parte interior de sus rodillas, la piel blanca de lactante, la agilidad desprotegida de sus talones, que buscan desesperadamente protección y al mismo tiempo niegan rotundamente, con un pequeño contorneo luminoso, su propia debilidad, su sed de refugio, su necesidad de salvación.

Pero todo es fugaz en Fernanda. Luego, la insistencia de los gordos productores para que se siente con ellos empieza a incomodarla y, con una última sonrisa, un poco asqueada, se despide de todos y vuelve a la mesa de su compañero de curso.

—Eres una puta, Fernanda —la felicita Mauricio—. Eres la puta más grande del mundo.

—Gracias por el piropo —sonríe Fernanda, mientras levanta su copa de pisco sour—. Salud.

25

Después de quince minutos de disimulo, Mauricio intenta volver al tema del contador, que un día sí y otro también está en la portada de algún diario.

—¿Pero cómo se siente Fernando? ¿Qué dice de todo esto?

—No finjas ahora que te cae bien Fernando. Has pasado toda la vida hablando mal de él. Acuérdate, tú fuiste el que me dijo que era un pusilánime. «Pusilánime», eres tan cursi tú, elegir justo esa palabra para cagarme la vida.

—No lo decía necesariamente como un defecto —suda Mauricio, avergonzado de que le recordaran la infantil virulencia de sus celos estudiantiles—. Yo también soy un pusilánime, toda la gente inteligente es pusilánime en el fondo. Me parece que ser valiente es una huevada sin nombre a estas alturas del partido. Es hasta una falta de inteligencia, una falta de mínima sensibilidad.

—Pusilánime… Qué rebuscado, qué manera de odiar la tuya.

—Yo no odio a Fernando. Al revés, me cae bien. Me preocupo por él, te juro, en serio. Lo veo en el diario todo cagado y me preocupo por él. No te rías, Fernanda, es verdad. Eso es algo que me podría haber pasado a mí perfectamente. Yo no tengo un peso, soy un inútil, pero si tuviera plata, si tuviera una empresa, estoy seguro de que me pasaría más o menos lo mismo que a tu marido. Ya, pues, deja esa sonrisita irónica. Me cae bien Fernando, en serio. Lo quiero, aunque solo sea porque te soporta a ti. Es un héroe, un mártir incluso.

Pero hace ya varios segundos que Fernanda no escucha a su amigo y que desvía toda su atención hacia una de las mesas del fondo del local.

—Mira, las de *Contacto*, están gozando las muy putas. Odio a esas niñitas. Se creen profesionales solamente porque son frígidas. Odio a la gente del Canal Trece, odio a toda la gente de la Universidad Católica, odio a los católicos en general. Odio a los ateos también y a los musulmanes y a los budistas y a esos idiotas que se afeitan la cabeza, a esos no los puedo ni ver. Odio a todo el mundo, últimamente. Estoy hecha un monstruo, qué horror, todo me da asco, les vomitaría en la cara a todos.

—¿Pero cómo llegó a tanta gente ese contador? —insiste Mauricio, temeroso de que se le escurriese entre los dedos la noticia—. ¿Cómo le hacía las cuentas a la Patricia Mir, al fascista de Antonio Castillo y al diputado Arces al mismo tiempo? ¿De dónde sacó esas redes este gallo?

—Están aliviados todos, mira —sigue la ejecutiva, concentrada en las mesas vecinas—. Somos el chivo expiatorio de todas estas mosquitas muertas. Nos arruinamos nosotros para que no se arruinen ellas. Desgraciadas de mierda, cínicas asquerosas, mira sus piadosas sonrisitas.

Con los ojos mojados de heroísmo, levanta súbitamente el pecho y declara valientemente:

—Pero me da lo mismo, pero me importa una raja lo que piensen esas fascistas de mierda, que las maten a todas, que las infecten de sida los maricones de sus maridos, que sus hijas salgan todas putas, que se les revienten todas las varices en la cara. Lesbianas frustradas, solteronas cochinas, yo soy joven, yo soy libre, yo quiero que me violen todos los negros de África, que me violen ahora mismo, yo soy una diosa. Váyanse a la misma mierda todas esas gordas envidiosas…

Más tarde intenta cumplir su propósito con una serie de músicos de pelo largo y camisetas con calaveras, que hacen girar entre ellos un par de pitos de marihuana y una petaca de ginebra. Pero luego estos quieren arrastrarla con ellos hasta el fondo de los matorrales y tiene que huir del brazo de Mauricio hasta su auto.

—Son todos unos maricones en este país. ¡Yo soy una diosa, una diosa griega! —grita para convencerse de que está realmente ebria.

Y quiere más, cualquier cosa en cualquier lugar, con tal de pasar la noche en vela, pero no logra siquiera que Mauricio acepte su ofrecimiento de violarla ahí mismo, en el auto. Tiene así, a las dos de la mañana, que dejarlo en la puerta de su departamento en el centro.

26

Brumosa, conduce de memoria por la Costanera hasta su casa. Se abraza al volante mientras amanece. Se rebela bruscamente contra el mareo que la invade, abre la puerta y se derrama en el asfalto seco. La reja de su casa, con su ridícula protección de arbusto, el edificio de ladrillo rojo de cuatro pisos, la ilusión de una ciudad, el sueño de un suburbio feliz, su vida, piensa Fernanda, toda su vida, su vida entera, elegida por ella pero tan distinta a ella.

¿Pero cuándo, pero cómo, pero hasta dónde eligió todo esto? Y ahora recuerda a su padre, ese cobarde que la dejó sola, su padre que la escupió al mundo, su padre al que ella por puro amor le escupió al rostro. Su padre, que la quiso rápida, cruel, encantadora, intransigente, que la quiso niño entre tantas mujeres, que la quiso inteligente entre tantas idiotas. Su padre que, por todo eso mismo y más, la condenó cuando trajo a la casa a ese izquierdista mojado de Fernando. Su padre que la defraudó entonces, su padre que no la defendió, que tuvo miedo, su padre que estaba equivocado pero que tenía por el solo hecho de ser su padre toda la razón del mundo.

Cobarde de mierda, gime a su padre la hija, caída en el suelo. Obedecer a mi mamá, tenerle miedo a los milicos, jugar ahora, cuando ya nadie te cree, a ser un caballero chileno. ¿Pero en qué soy yo más valiente que él? Me casé con el enemigo, hice mi vida con él, compré una casa, me equivoqué, fui feliz e infeliz y normal y rara. ¿Pero qué tiene eso de valiente? ¿No hicieron lo mismo mis hermanas, mis amigas del colegio, mi mamá, mi papá? Yo me casé por amor, yo no le regalé mis joyas a Pinochet, yo no mentí, yo no hice trampa, yo siempre dije la verdad, alega en su defensa. ¿Pero a quién le importa la verdad? La mentira tiene nuestros dedos, nuestro olor, como el esperma de una vela que vamos modelando con esos mismos dedos una tarde de lluvia. La mentira somos nosotros. La verdad es un extranjero, un intruso, un enemigo. Eso es lo que su padre sabía, eso es lo que no alcanzó a explicarle bien. Ese fue su malentendido, esa fue su deuda.

Un leve soplo de vergüenza, de civilidad, la fuerzan a levantarse lentamente del suelo. El frío, ese maldito frío cordillerano de Santiago que obliga a todos en esta mierda de país a ser tan serios, que no deja a nadie soltarse, bailar, dormir en el suelo, reírse solo sin sentir que los vecinos te están espiando. ¿Soy mala, soy buena?, se pregunta a cuatro patas sobre la vereda. ¿Soy el diablo? ¿Soy una puta, una maldita puta? No, soy una santa. Ese es mi problema en la vida, me

porto como una monja. Ese es mi error. Veinte años con el mismo tipo, ni un revolcón con nadie, soy en el fondo una beata de mierda. Coqueta, mal hablada, vestida con minifaldas inflamables, tocando de refilón el trasero de los actores de teleserie, fingiendo a cada segundo estar a punto de besar a todos los miembros del directorio del canal, pero al final pasmosamente fiel. Contra su voluntad, contra sus cálculos, contra sus propios consejos, testarudamente fiel, asquerosamente fiel, siempre.

¿Por qué chucha soy tan buena? ¿Acaso no se había permitido el roto de mierda de Fernando Girón ponerle los cuernos con una secretaria de rodaje gorda, chica y hedionda? ¿No se había enamorado el fresco asqueroso —según él, platónicamente— de la actriz de un programa piloto que gracias a Fernanda no logró vender a ningún canal de televisión? ¿Pero por qué hace esas cosas el tonto de Fernando? ¿Por qué, si se rinde, sigue corcoveando?, se pregunta en silencio Fernanda apoyando su espalda contra el frío laminado de una carrocería desconocida. ¿Por qué si me ama, si le dice al mundo entero que me ama, me muerde la mano apenas puede? ¿Por qué, si se supone que lo tengo completamente domesticado, sigue siendo, cuando nadie lo ve, cuando ni él mismo lo nota, un niño salvaje?

Y esta tontera de la estafa, la obsesión, la lata infinita de darle vueltas infinitamente al mismo tema infinito, sin hacerme caso en ninguno de los consejos que le doy. Fernanda se queja, de pie sobre sus vacilantes tacones, mareada y muerta de frío, sosteniéndose apenas contra la reja de su propia casa, y siente que tiene que vengarse de la distancia que su marido puso entre ellos, de su egoísmo supremo. Eso de perder la paz, la plata, la vida de los dos, sin preguntarle nada a ella. Sacrificar todo por un capricho, jugarse todo solo para ser un santo y confiar y ser bueno y quedar bien en la foto. Todo a la basura por querer ser siempre el bueno de la película. ¿Qué quiere, que le den una medalla por no leer las cartolas del banco, el tonto?

Infiel con una secretaria de rodaje, vaya y pase. Enamorado de una actriz, bueno, qué se le va a hacer. Pero verlo abrazado a su ruina, comprometido con su estafador, enamorado de su deuda, contento de no tener un peso, eso sí que no. Y de larva pasa Fernanda a ser pantera. Depredador terrible que sin embargo pasa la vida temblando, huyendo ante posibles enemigos, la mayor parte del tiempo imaginarios. ¿Será este el verdadero orden de la naturaleza: que las bestias más temibles sean también las que más miedo tienen? ¿Quién es más temible y más temeroso que el hombre? ¿Y la mujer, esa mujer que al fin intenta levantarse del suelo, que arrastra los brazos jugando a ser un zombi, es una presa o un depredador? En la cadena alimenticia de su propio matrimonio, ¿quién es Fernanda Valdés, qué

lugar ocupa?

Yo ya no lo quiero, eso es lo que pasa, yo ya no lo quiero. Yo nunca lo quise, pobre niño resfriado que me contagió con su peste, que me quitó a mi papá, que me alejó de mis hermanas, que me hizo el hazmerreír de mis amigas del colegio. Este desgraciado arribista que, en resumen, me cagó la vida, ¿qué se cree? ¿Qué mierda quiere? ¿Qué me importa? Lo quiero a veces, lo admito, quizás también lo amo, pero que se vaya a la mierda. Es un cabrón, es un pobre cabrón de mierda. No me merece, que se muera…

Y, a punto de caer, se sostuvo sobre un árbol enano de hojas moradas. Le sonrió a su propia confusión, feliz de poder mirar frente a frente, sin susto ni timidez, el final de su matrimonio.

Soy libre. Se acabó todo. Estoy borracha como una cuba, voy a vomitar en cualquier minuto, pero soy libre. Soy mala, soy cruel, pero no me importa. El mundo entero, toda la imbecilidad del mundo entero, todo eso me importa un carajo ahora. Soy libre, soy yo, estoy sola, más acompañada que nunca, más cerca, más invisible, más rabiosa, más feliz que nunca. Sola y hambrienta, dispuesta a devorarme a mí misma. Que se vayan todos a la chucha, que se vayan todos a la misma chucha.

27

Siete años antes, cuando era periodista de la recién creada revista *Caras*, Fernanda Valdés se dejó arrastrar por una amiga a donde un adivino pálido y ceceante, que parecía un funcionario público de película polaca. Recibió a Fernanda en una pieza sin ventanas de su minúsculo departamento de la avenida Grecia. Se sentó acomodándose en su propia sonrisa irónica hasta que de pronto Miguel Ángel, el adivino, le preguntó por qué creía ella que no podía tener hijos.

—¿Cuándo le dije que no podía tener hijos? —se alarmó ella.

—Cada uno de nosotros es un sistema integral, yo puedo ver en tus manos lo que te pasa en el hígado, por ejemplo. Es como un círculo en que todo comienza y termina y vuelve a empezar. ¿Tu marido es artista? ¿Pintor? ¿Escultor? Trabaja en la televisión, dices. ¿Viste?, yo te veo toda entera, como un todo integral. No te preocupes, no te agites, yo te voy a ayudar. Estás en buenas manos. ¿Tienes alguna foto de tu marido por aquí?

Y en un abrir y cerrar de ojos el adivino pasó de una actitud de deferencia cursi a una familiaridad brusca que desconcertó a Fernanda, pero al mismo tiempo la sedujo como si fuera un bailarín que la tomara por la cintura en la mitad de una pista de hielo en que ella resbala sin control.

—Veo una rabia muy grande, una rabia que crece cada día. ¿De dónde viene esa rabia? —diagnosticó instantáneamente el adivino después de la primera tirada de cartas.

—¿Qué rabia? No tengo ninguna rabia. Todo está perfecto, no estoy enojada con nadie que yo sepa —se resistió Fernanda.

—Mira, el Loco es el presente, no es una carta necesariamente mala como mucha gente cree, es una carta de cambio. Y ahí el Carro de la Fortuna y la Emperatriz, que domina todo. Esa eres tú, la Emperatriz. Tu energía es lo que los protege a los dos, a tu marido y a ti. Una energía muy fuerte que los salva a los dos de todas las cosas negativas que podrían llegar a ocurrir si no estuviera protegiéndolos. Es como la capa de ozono: si hay un agujero en la capa de ozono es un desastre, ¿no es cierto? Tenemos que hacer un escudo protector distinto, independiente de ti. No sé si me entiendes, un manto que los cubra a los dos sin que ocupe toda tu energía. Doce sesiones es lo mínimo para este tipo de trabajo.

Luego ata a sus muñecas una cinta verde, azul y roja, le pide que se arrodille y levante una vela encendida hacia la oscuridad de un baño convertido en gruta de Lourdes. A Fernanda le gusta de pronto no

tener dignidad, entregarse, rendirse. Le gusta no ser ella, no tener defensa, cerrar los ojos y seguir pronunciando mantras inservibles hasta temblar de un solo escalofrío inesperado, que le recuerda algo que supo de niña y que no tiene palabras ni imágenes para nombrar ahora.

Y aparece una rabia reconocida, desnudada por primera vez en años, pero que al fin la abandona y ahora todo es tan simple y frío como el agua en el fondo de un pozo. Todo está aquí, en sus rodillas flexionadas, en su cerviz entregada, en su vientre vacío donde un niño espera la calma para ser engendrado y salvarlos.

—El umbanda es una disciplina espiritual que sintetiza el cristianismo con el culto a los espíritus ancestrales. Viene de África —comienza a recitar su lección Miguel Ángel, la voz plana, cuidadosa, sin saltarse una palabra de las que tiene anotadas en un cuaderno escolar con la Sirenita en la tapa—, pero también de aquí, de las culturas precolombinas. ¿Me entiendes? No es nada raro, no te preocupes, yo no voy a caer en trance ni a empezar a hablar en lenguas extrañas.

A lo lejos suena incesantemente un teléfono.

—¡Ya, pues, Larissa, el teléfono!

Y el adivino que se seca la frente para volver a concentrarse y retomar el tono pastoso y suave con que intenta hipnotizar a su paciente.

—Esto es un trabajo que vamos a hacer juntos, Fernanda. Tú y yo. Necesito de toda tu ayuda, de toda tu confianza, de toda tu energía. Tú eres la que convoca, yo solo soy un medio. Necesito tu fecha de nacimiento, tu signo. Trae una foto de tu marido o algo que él haya tocado últimamente. Los nombres de sus padres, los tuyos. Llévate estos santos mientras tanto, san Cosme y san Damián, los gemelos, la mujer y el hombre, el yin y el yang…

Fernanda no escucha nada, concentrada en la capa de armiño azul que Miguel Ángel extiende, como si se tratara de un ser vivo, sobre una silla que hacía de trono. La capa de un rey, el lujo siempre superfluo de los cuentos de hadas en los que su padre no la había dejado creer. La capa y los cuentos de hadas, la noche y la magia, la puerta de un reino donde perdonaban de antemano su poder, donde la querían justamente por ese poder instintivo que atravesaba el alma de cada gerente de programación, que hundía a actrices de teleserie y a animadoras de programas infantiles porque olía sus infidelidades futuras, ese poder que no retrocedía ante nadie ni nada con tal de no ser acallada, opacada, olvidada, pero que tenía que esconder en su casa por miedo a ser la bruja que queman, la Juana de Arco que le devuelve la corona al rey para ser luego, de inmediato, olvidada y abandonada a la muerte.

Pagó sin vacilar los trescientos mil pesos por curación, aunque el adivino insistía en que la plata no le importaba, que era solo un símbolo, un sacrificio, como en la Biblia los carneros que se degollaban sobre el altar. En un mes más un embarazo, prometió el adivino, y la vida protegida y feliz para siempre.

—Tú eres muy poderosa —diagnosticaba Miguel Ángel—, tú tienes toda la fuerza en ti. Puedes mover el mundo entero si tú quieres. Confía en tu propia fuerza y nadie nunca va a poder hacerte ningún daño.

28

Habían pasado ya dos meses de ritos amazónicos, plumas azules, huevos duros en la cartera y vírgenes quemadas en los bolsillos cuando Fernanda decidió que todo era una estafa. No estaba ni ligeramente embarazada, no mejoraba en nada su vida matrimonial. Sentía que no tenía derecho a contaminar su vida con muñecos *kitsch* y pastillas que olían a ratón muerto. No podía dejar que un tal Miguel Ángel Aguilera fuese el único testigo de su debilidad y de su entrega. Todo era un *bluf* y ese adivino, un estafador a quien por salubridad pública habría que sacar de circulación inmediatamente.

La venganza fue su primera y única opción. Persiguió por cielo y tierra al charlatán de mierda ese para que le devolviera cada peso que le había obligado a pagar. Otra víctima que conoció en las pesquisas iniciales, la Tuti, una cincuentona con la cara desencajada a golpes de cirugía estética, la ayudó. Bajaron y subieron furiosamente quince mil escaleras, amenazaron por teléfono a completos desconocidos. No dejaron un solo parasicólogo sin interrogar ni una sola amenaza que proferir hasta que, finalmente, Miguel Ángel accedió a una reunión en una gasolinera del Llano Subercasseaux.

—No tengo más, me lo gasté todo. Quería operarme, pero no voy a poder.

—¿Operarte de qué? —preguntó Fernanda.

—Porfa, no sean crueles, no sigan con esto. No puedo más. Por favor no metan a mi familia en esto. Por favor, por favor, qué les cuesta, no sean malas. Yo sé que me porté mal, yo sé que estoy en deuda con ustedes, es un karma que estoy pagando, se los juro. Yo rezo por ustedes todos los días, yo sigo bendiciéndolas a distancia. Estoy arrepentido de lo que hice, pero, por favor, déjenme en paz.

—¿Operarte de qué? —insistió Fernanda, sinceramente intrigada.

—Del sexo se quiere operar este gallo asqueroso —se impacientó la Tuti, que había comprendido todo desde el primer minuto.

—¿Quieres ser mujer, Miguel Ángel? —sonrió Fernanda—. ¿En serio?

El adivino bajó la cabeza, avergonzado.

—Pero qué cosa más cómica. ¿Cómo vas a ser mujer tú, Miguel Ángel? Eres muy feo, quedarías horrible como mujer.

Pobre idiota, quería ser ella. Delgada, enérgica, poderosa, de clase alta como ella, pensó Fernanda, una mujer igual a ella. Quería pagar, quería sufrir por lo que en Fernanda era gratuito y natural.

—Puedo hacerles bendiciones gratis, a ustedes y a quienes quieran.

—Miguel Ángel intentaba estúpidamente llegar a un acuerdo—. Escudos protectores contra el mal de ojo, reiki, runas… Puedo pagarles con mi trabajo todo lo que les debo.

—No, no, cómo se te ocurre —se indignó la Tuti—. Queremos plata aquí y ahora. No te hagas el tonto. Para cobrarnos por tus chanterías ni te arrugaste. Paga ahora o hablamos con tu mamá en Concepción, que no sabe nada de todas tus estafas y hace tiempo que te está buscando. Está muy preocupada por ti, tu mamá, me llama todos los días para saber de ti.

—Yo les pido perdón, yo les pido mil perdones. No quise hacer ningún daño a nadie. Mi mamá está muy enferma. Mi mamá se está muriendo, no me pueden hacer eso. Ustedes son buenas personas. Son señoras, son damas, gente educada, tienen que comprender, no me hagan esto.

Y de pronto, vigilando que nadie viniera por la vereda, Miguel Ángel se arrodilló ante ellas y se puso a sollozar.

—Por favor, se los ruego. Yo no soy malo, déjenme ir…

Fernanda tendió a perdonarlo, pero la Tuti no la dejó. Fijaron así otra fecha de encuentro en la que el adivino pagaría todo de una vez. El 20 de agosto en la Plaza Egaña, frente al Pollo Caballo, el restaurante, a las siete en punto, sin falta.

Envueltas en la adrenalina de la venganza, ni siquiera se les ocurrió a las estafadas que el adivino podía no acudir a la cita. Llegado el día, muertas de frío, vieron las dos amigas caer la noche sobre la Plaza Egaña, intentando rivalizar en severidad y seriedad. Media hora, una hora, una hora y media.

No llegó, definitivamente no llegó ese chanta asqueroso. Maldijeron, resoplaron, planearon más venganzas, pero luego se dieron cuenta de que era absurdo todo esto. Riendo las dos en el auto de vuelta a sus casas, ya no les importó mayormente que les devolvieran o no la plata. Como venganza, la cara amarillenta del adivino rogándoles de rodillas en plena Gran Avenida, les bastaba y sobraba. Dieron así, a golpe de risas, por cerrado el caso.

29

Hubiese sido todo mucho más claro si le hubiese podido contar a su marido su propia estafa, su propia venganza, su propio fracaso. Pero no podía, se le atravesaba en la garganta ese matiz, esa explicación.

Fernanda era tan tonta, tan torpe, tan ingenua como él. Pero no puede evitar pensar que en esa risa final en el taxi estribaba toda la diferencia. No había navegado como Fernando entre el perdón y la condena sin decidirse por alguno de los dos. Simplemente había seguido su instinto hasta el final, se había vengado todo lo que pudo y, cuando no pudo más, dio vuelta a la página.

Sentía que decírselo ahora, siete años después, sería regalarle argumentos para que él se escudara en una infinita red de recriminaciones. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Qué más no me has contado? ¿Y para qué tanta majadería?

Así, eso que los unía, eso que les hubiese permitido comprenderse mejor, los separaba aun más profundamente. De este modo, su error común era lo menos común que tenían.

30

Fernanda abre la reja, que chirría como en las películas, y se le acaba toda la audacia. Casi en puntas de pie, como para pasar desapercibida, camina hasta la puerta. Se abraza a ella para que no haga ruido y la delate. La casa dormida y en silencio ignora a todos los animales —serpiente, pantera, reina sin trono, vengadora anónima, mujer casi infiel— en que Fernanda acaba de metamorfosearse. Aquí era una esposa, una cuidadosa madre sin hijos, una niña traviesa que se escapó de noche, que se arrepiente de su transgresión antes de que nadie la acuse de nada, y avanza sin ruido por el pasillo de la casa que amanece.

En el dormitorio, medio oculto, la cara hundida en los hombros, la espalda curvada, lista para recibir los golpes, duerme Fernando Girón. Instintivamente la esposa acaricia el transpirado pelo de su marido. Lo peina con suavidad, le acomoda el flequillo y, sin cambiarse de ropa, busca en la tibieza que irradia su marido un lugar donde acurrucarse como un animal herido sobre un lecho de hojas muertas.

31

No necesitaba fingir que se había acostado sobria, ni explicar cómo ni con quién se había emborrachado anoche. Esa era una de las ventajas de estar casada tanto tiempo con el mismo hombre: hay cosas que no hay por qué contar, que el otro prefiere que no cuentes. Se incorporaron así esa mañana de sábado, con lentitud, cada cual a sus puestos en la mesa de desayuno.

—Estuve ayer en Puente Alto, en la casa de este gallo… Fuimos con un grupo… Todo atroz, una cosa espantosa. Los vecinos le rayaron toda la casa. La esposa no tiene un peso. El hijo está en el hospital, se va a morir en cualquier minuto… —contó Fernando, en un tono falsamente distraído.

—¿El hijo de quién?

—El hijo de Juan Carlos. ¿No te conté? Fuimos con Juanito Web, Hinostroza y otros gallos más. La mujer, inflexible, dura, terrible. No quiere colaborar, dice que le da lo mismo que la mandemos a la cárcel. El niño se está muriendo. Tiene no sé qué huevada en el hígado que, como no habla, nadie se dio cuenta que tenía. Es una huevada peor que el autismo lo que tiene ese niño, me explicó la Paty Mir ayer. Este chico tiene una insensibilidad total.

—Pucha, qué pena. Oye, ¿tú crees que las termas de Cauquenes son muy ordinarias para llevar a esos japoneses que tengo que pasear?

—Robar, yo lo entiendo —sigue imperturbable Fernando en sus propias cavilaciones—. Si yo estuviera en su situación, quizás yo también robaría. No sé, uno nunca sabe lo que haría en esos casos… Pero dejar morir a tu propio hijo, abandonarlo así como así en un hospital de mierda… ¿Cómo puede mirarse la cara en el espejo cada mañana con su hijo a punto de morir en cualquier momento?

—¿Te importa a ti todo eso? —dice Fernanda con voz de escalpelo, cortante, precisa, fría.

Pero la manera en que su marido agacha ligeramente la cabeza, la vergüenza que no sabe esconder, la confusión que no quiere mostrar pero que se desnuda sola, apiada enseguida a Fernanda.

—Bueno, no sé…, un poco. Mal que mal, estamos en el mismo barco después de todo. Lo que le pasa a él de alguna forma también me pasa a mí y viceversa…

—Esto ya no da para más, mi amor. Esto se acabó. Tenemos que dar vuelta a la página —siguió la esposa, emocionada, aprisionando entre sus manos, cerca de su pecho, las manos de su marido—. Es su vida, no nuestra vida, es su mierda, no nuestra mierda. Ahora tenemos que

preocuparnos de nosotros dos. Eso es lo más importante ahora, tú y yo…

—Su hijo se está muriendo en un hospital de mierda y este huevón no deja ni un peso y se va. Esto no es normal. Juan Carlos no hacía huevadas así normalmente. Juan Carlos no es así.

—No es tu hijo, no es mi hijo. Es su hijo, de él, de nadie más que de él. Es su problema, es su decisión, es su vida. No podemos vivir por él. Tenemos que seguir viviendo nosotros nuestra propia vida, mi amor.

Sí, claro, aprueba Fernando bajando la mirada hacia el suelo. Parece comprender, incluso compartir el punto de vista de su esposa. El pasado es el pasado, el presente es el presente, su vida es su vida, el contador es el contador, él es él.

—Yo trato de no pensar en eso —vacila Fernando—, yo trato de pasar a otra cosa, te juro que trato, pero Juan Carlos no era mi contador solamente, no teníamos una relación meramente laboral con este gallo. No es una fábrica de zapatos, es una productora. Hacemos películas, trabajamos con imágenes, con historias, con emociones, uno no puede evitar hacerse amigo de la gente con que uno trabaja. Juan Carlos, de algún modo, era mi amigo también, ese el problema. No mi mejor amigo, no mi único amigo, pero era mi amigo al final.

—*Era* tu amigo, tú lo dijiste —vuelve Fernanda a masticar cada palabra de la manera más didáctica que puede—. Ya no *es*, mi amor, *era* tu amigo. Eso es pasado y tú ahora tienes que mirar hacia el futuro.

—Ojalá fuera tan fácil… —alega tímidamente Fernando, porque sabe que ella tiene toda la razón del mundo, pero que la razón no le basta, que no le sirve de nada, que le incomoda incluso, que lo frena en esa caída que él siente que es también en cierta manera un vuelo.

—No es fácil, pero no es tan difícil tampoco —se impacienta Fernanda ante el testarudo silencio de su marido. La pereza de los culposos, la falta de coraje de los melancólicos, piensa ella.

—No eres el primero ni el único a quien estafan en Chile, mi amor. Que pase algo como esto es lo más normal que puede haber, a todo el mundo le pasa. La cantidad de historias que escucho yo todos los días en la oficina, la cantidad de amigos nuestros que han pasado por cosas como esta. Sin ir más lejos, este mismo contador tuyo estafó a unos quince gallos más. ¿Tú los ves? ¿Tú hablas con los otros? ¿Qué te dicen? ¿Qué te aconsejan los demás?

32

Por supuesto que hablan, claro que se reúnen las víctimas de Juan Carlos. Lo hacen ahora casi a escondidas en una mesa al fondo del Café de la Isla:

—Todos me miran como si fuera un puto millonario ahora. Creen que uno vive en una mansión, que se la pasa en Miami —se queja el Pluto Rodríguez.

—Doscientos millones suena como mucha plata —agrega Juanito Web—. Pero no es plata mía, es plata de la empresa.

—Estamos cagados en este país. Estamos completamente cagados. Hacer bien tu trabajo, que te vaya bien en la vida, aquí es un crimen —interviene el humorista Charli Vitamina.

—Y uno tiene familia que mantener después de todo. Uno no vive de los aplausos, huevón —argumenta el ex cantante de rock y actual estudiante de derecho Álvaro Hinostroza.

—Parece que salvó al Gastón Labbé —comenta Juanito Web.

—¿A ese loco lo salvó? —se horroriza Hinostroza mientras Fernando esconde avergonzado la cabeza.

—Le regaló hasta plata.

—Era raro este huevón —concluye Pluto, interpretando el sentir de todos.

A Juan Carlos le importaba el cine nacional, dicen los cineastas. Le apasionaba la política, piensan los políticos. Se conectaba con sus emociones, repiten las actrices. La verdad es que ninguno está del todo seguro de cómo era su contador.

Comprendía, en eso y solo en eso estaban todas sus víctimas de acuerdo, mejor que cualquier contador, que para los artistas, para los intelectuales, la plata no era un problema de cifras sino de pudor. Eso es lo que lo hizo poderoso, único. Sobre los libros contables y los balances dejaba caer una sábana blanca que cubría las heridas y las vergüenzas de todos ellos, que ahora quedaron desnudas, a la vista de todos.

De pronto, un parroquiano se acerca a su mesa e intenta abrazar a Juanito Web, al Pluto Rodríguez, a Álvaro Hinostroza o a Charli Vitamina.

—Puta, supe lo que les pasó. Qué mala onda. Qué cosa más terrible. Los contadores son lo peor que hay en el mundo.

Y de mala gana los famosos aceptan el abrazo de condolencia, los consejos, las anécdotas. Le firman un autógrafo para los hijos, la cuñada, la mejor amiga de la suegra hasta que, desencajados y

confundidos, vuelven por fin a sentarse a la mesa.

—¿Viste? Se está riendo —se queja el Pluto Rodríguez, mientras el admirador señala jovialmente, ya desde la vereda llena de sol, a los famosos arruinados—. Están felices los hijos de puta. En este país de mierda están todos felices de vernos cagados.

Y apura el café para pasar luego al whisky y dar por terminada la tarde.

33

Pero Fernando también tiene otros amigos menos contagiados por el caso, que se esfuerzan por reunirse con él y tratar de consolarlo. Productores, directores y diseñadores que se cansaron de ser *freelancers*, que fundaron sus propias pequeñas y medianas empresas, que hablan de su primera bancarrota como quien habla de la primera mujer con la que se acostaron.

—A mí, si debo menos de siete millones en el banco no se me para el pico —explica Arellano—. En serio, me quedo completamente impotente.

—Por suerte yo tenía una ejecutiva de cuentas ninfómana en el banco cuando empecé. Sin esa mina yo quiebro al año. Buena para el pico la mina, loca, completamente loca…

Y se ríen de una secretaria que se hizo pasar por periodista y se acostó con Silvio Rodríguez cuando vino a Chile, y del chino Vergara, que les vendía viajes falsos a unos pobres lisiados, y de ese gallo al que en Nicaragua se le cayó dos veces una maleta llena de dólares a un río y después ganó tres veces la lotería en Santiago.

Luego los ponches reemplazan el vino y las brochetas a los porotos negros con arroz a la brasileña del Phone Box Pub. Se levantan una y otra vez para cancelar por celular reuniones urgentes. No quieren dejar la mesa donde pueden por fin hablar en confianza de estafas y de ruinas, esas cosas que en general no se pueden dejar escapar en ninguna reunión porque traen mala suerte.

Y Jaime brinda y maldice a Santiago, a Chile entero, este país de mierda, y jura que el próximo año va a terminar con todo esto y se irá a vivir a Tunquén, a leer diarios de la década pasada y a mandar a la mierda a todos los frescos de este país de ratones mediocres. Y Jaime, que se cagó por fin a Concard, al que se la tenía jurada. Y más cuentos del Trauko Fernández y sus cinco esposas, dos suecas, dos mexicanas y una chilena que jode más que las otras cuatro. Y los sindicatos, y las leyes laborales que le parecen una ridiculez, «Te juro que estoy cada vez más facho», y los inspectores del trabajo que nunca están de tu lado. Y los tribunales laborales que te preguntan si vienes del lado de los buenos o de los malos, y los malos siempre son los empresarios, siempre los empresarios son culpables de todo por «cometer el crimen terrible de crear empleos, de hacer funcionar el país». «Puta, yo traté de ser justo, puta, yo era comunista, acuérdate, pero ahora me importan una raja todos estos huevones llorones. »

Hasta que de pronto Gianini se aparta del barullo de sus amigos y se

acerca a Fernando Girón, para preguntarle.

—¿Cómo te sientes tú con todo esto?

¿Cómo me siento?, repite incrédulo la pregunta para sus adentros Fernando. Es lo único que nadie le ha preguntado aún. ¿Qué siente? Ocupado en resistir, en soportar, en defenderse, no se ha permitido aún aclarar sus propios sentimientos:

—Tú sabes, se te da vuelta todo, la amistad, la traición, la culpa… —recita por si acaso.

—¿Culpa? ¿Por qué, huevón? —pregunta Gianini, sinceramente sorprendido—. No tienes nada que reprocharte, compadre. Lo alimentaste, lo trataste bien, le diste trabajo a este huevón. ¿Sabes lo difícil que es conseguir trabajo en este país? ¿Por qué vas a sentir culpa tú?

—Esas cosas no pasan porque sí —insiste avergonzado Fernando—. Uno tiene una cierta responsabilidad en…

Pero, agitado, su amigo lo interrumpe antes de terminar la frase.

—Él te robó a ti, tú no le robaste nada a él. El que se tiene que sentir culpable es él, no tú.

—Pero no prever, no saber lo que piensa tu contador… —insiste cada vez más tímidamente Fernando.

—La culpa es una huevada, compadre, no sirve para nada la culpa. Nos cagaron la cabeza los curas con eso. Uno nace y muere solo al final, el resto son puros accidentes. Cada uno rema para su lado en esta vida. No tiene nada de malo eso. Es más claro, te confundes menos. Puta, todos podríamos andar lloriqueando que no nos dieron todo lo que queríamos, pero yo no quiero que me regalen nada, yo quiero conseguir mis cosas por mí mismo, con mi propio esfuerzo.

Tiene razón Gianini, piensa Fernando, sin culpa todo es más claro, más preciso, pero también más terrible, más sangriento. Sin culpa no hay arriba ni abajo, ni bien ni mal, estás solo, los fuertes con los fuertes, los débiles con los débiles y, en medio, en ese lugar en que antes se construían ciudades y libros y religiones y sinfonías, un páramo absurdo. En ese mundo donde los grandes administradores de la culpa, la Iglesia y el comunismo, han sido disueltos, el que mata a un moscardón puede quedar insomne por semanas, y el que asesina un pueblo entero puede dormir en perfecta calma.

¿Y qué habría hecho Fernando Girón si no existiera la culpa cristiana? Fue la Iglesia católica, apostólica y romana la única institución que apostó por él. Fue la izquierda, la clandestinidad, las ONG, la plata de los holandeses los que completaron su educación, los que lo vistieron y los que lo alimentaron. Incluso el sexo, la pasión de las niñas perfumaditas de la Universidad Católica se debía a la culpa que sentían ellas por no saber dónde quedaban los barrios más humildes de la ciudad.

Fuego, puro fuego de paja y bencina que calienta mucho pero se quema rápido y no deja rastro, es ese mundo sin culpa que propone Gianini. Porque los enfermos, porque los pobres, porque los huérfanos no se pueden dar el lujo de vivir sin culpa. La culpa es una casa para todos los abandonados, un arma para los desarmados. Es su gramática, la lengua con la que se comunican, su única entrada al mundo de los limpios, de los ricos, de los puros. El idioma en que Fernando y Juan Carlos se entienden, el vocabulario que los hará algún día de nuevo hermanos, que los salvará de hundirse en la nada.

Y de pronto se siente Fernando Girón como Charlton Heston en *El planeta de los simios*, mirando espantado la Estatua de la Libertad semihundida en la arena, último mohicano de un Chile cristiano, francmasón, tímido y alcohólico, pequeño y mediocre contra el que todos los filósofos y artistas nacionales se rebelaron alguna vez, pero que daba menos miedo que esa alegría de desvirgado en el Phone Box Pub, que esa fiesta de guerreros, que esa reunión de estranguladores, de decapitadores profesionales que se muestran complacidos las heridas unos a otros, los hematomas y los dedos cercenados. Combatientes medievales, caballeros que pueden vencer a cualquier enemigo menos a ese humilde cocinero, a ese sonriente escudero, a ese olvidado bufón que envenena su sopa con tres gotas de cianuro y una sonrisa resignada.

34

¿Y si simplemente lo perdonara?

Si fuera un buen cristiano y perdonara a Juan Carlos de una vez por todas, piensa obsesivamente Fernando cuando lo asaltan los ataques de reencantamiento católico, si lo abrazara, si lo bendijera, si lo humillara de puro resignado, si lo devorara tembloroso de cenizas, llama que vacila en su pecho, que con un solo abrazo se ahoga y apaga… Porque eso es lo que hacen los cristianos, perdonar para vencer, aceptar el beso de Judas para que este se sienta obligado a lanzarse al primer barranco que encuentre y no gastar tiempo y fuerzas en ajusticiarlo.

La otra mejilla, piensa Fernando, a punto de la santidad. La otra mejilla, vuelve a repetir para convencerse. La otra mejilla, intenta por tercera vez… Pero nadie en su sano juicio puede ofrecer la otra mejilla, se rebela. Esa es la peor mentira de los Evangelios. En el momento de la pelea nadie tiene la entereza de detenerse, nadie la valentía de entregar su rostro sin defensa a la rabia del enemigo porque está el miedo, el miedo del que golpea. Está el terror de los contendientes, que no les permite detenerse, disculparse, agacharse, que no deja a nadie rezar, sonreír, hablar siquiera.

Los que golpean, los que son golpeados, no son ellos, sino otros que no perdonan y que no lo hacen por rabia o por odio sino por vértigo. Ese el problema. El problema no son las ideas generales en las que todo el mundo está de acuerdo, sino los detalles diarios: la mejilla que tiembla, la mano que no se detiene después del primer golpe porque también tiembla. ¿Y dónde explican los Evangelios qué hacer con el hijo del enemigo, que se muere en el hospital Sótero del Río por no gritar, por no quejarse a tiempo, por no sufrir como sufren los demás? ¿Y cómo odiar a un padre al que se le muere un hijo autista? ¿Y cómo no odiar a un padre que lo deja morir sin hacer nada, que se roba millones de pesos y no le deja a su esposa y a sus hijos ni un centavo? Cristo viene al mundo, dice tres frases bonitas, deja la cagada en la tierra y después se va al cielo, dejándonos a todos perdidos, enredados, perdonando sin perdonar, vengándonos sin saber cómo se hace.

No, no se puede vivir sin culpa, eso lo sabe, pero Dios tampoco aclara cómo se vive con culpa, cómo se vive la culpa sin hacerse culpable de otros cientos de crímenes invisibles. Los cristianos solo podemos comprender a Dios a condición de que nos consideren niños, a condición de que, como los niños, no seamos libres, vivamos

escondidos en el jardín de la casa de papá. Nos deja en medio, el maricón de Jesús, casi buenos, casi malos, perdonando casi y casi sin perdonar nada más, sonríe Fernando, intentando disolver su angustia en estas grandes elucubraciones, que abarcan la humanidad entera y que le permiten hacer desaparecer de sus pupilas el rostro de Juan Carlos, ese rostro que ve a todas horas y que tiene exactamente los mismos rasgos del Cristo del Santo Sudario, ese que usaron para hacer toda la papelería de la visita del Papa a Chile; visita, por lo demás, sobre la que realizó un polémico documental para la televisión suiza.

Condenando como Cristo, castigando como Cristo, perdonando como Cristo, eligiendo a Gastón entre todos los pecadores, dándole a él el derecho a seguir juzgando. Eso es lo terrible: ese contador se cree Dios y quien cree ser Dios tarde o temprano termina en parte por serlo.

Y piensa en su padre, sentado en el salón del departamento que Fernando le compró. Su padre, que parece no querer entender la gravedad de la situación, demasiado agradecido con su hijo, que le compró el departamento donde vive y complementa mes a mes la pensión exigua que lo alimenta, para abrirse a la posibilidad siquiera de que pueda tener problemas.

—Así es el mundo de la tele —insiste machaconamente el padre en sonreír—. Ya vas a ver cómo sales bien de todo esto al final. Tú tienes todo en tus manos. Eres un tipo serio, eres un tipo confiable, a ti la gente te respeta.

Y Fernando no saca nada con explicarle que no, que ahora no es tan fácil, que esta vez quizás no se salve.

—Estas cosas se arreglan hablando —concluye el padre con una mueca dolorida que deja en claro que aunque no quiere saber, sabe, que sabe demasiado y por eso niega incluso la evidencia más innegable, el simple hecho de que el estafador no quiere negociar, que se escapó de Chile, que no hay nada que conversar—. Es un malentendido, seguramente. Conversando bien las cosas todo se arregla, ya vas a ver. Siempre hay una solución para todo. Hay que tener paciencia. Hay que esperar tranquilito que las cosas se arreglen solitas. No se saca nada con ponerse nervioso, hijo. Calmado, paso a paso, tranquilo, tranquilito.

35

Finalmente, Fernando terminó por buscar consuelo o explicación en Sanhueza, su antiguo socio, el único de sus amigos al que no había que contarle todo desde cero. Lo encontró más pequeño de lo que recordaba, su barba de chivo encanecida, enseñándole con un gesto triunfal una serie de fotos de su soñado helicóptero rojo y blanco.

—Aterriza en cualquier parte. Le pones bencina normal en cualquier gasolinera. Mira la nariz en punta. ¿No es una belleza, compadre? Tengo hasta frigobar adentro.

Luego, sin embargo, revela en voz más baja que el helicóptero está a la venta. Mal, mal no le ha ido, pero bien tampoco. Tiene un solo cliente, un amigo de colegio celoso y caprichoso, ahora millonario dueño de algunas viñas y de quien depende completamente.

Comparten así durante otros diez minutos noticias vagas. Hasta que al final ya no pudieron evitar el tema que los convocaba: la estafa, la confesión tan brusca de Juan Carlos Riquelme, su huida tan rara después de haberse denunciado a sí mismo. No, no le sorprende a Sanhueza. Nada le sorprende de Juan Carlos, dice. Si hubiese quemado su casa estando él adentro, si hubiese donado todos sus órganos por Fernando, tampoco le hubiese sorprendido. No era Juan Carlos un tipo estable, un tipo normal. ¿Pero qué tipo normal podía haber trabajado con nosotros en esa época, acuérdate? Y a Fernando le pareció percibir en la sonrisa de Sanhueza el indicio de una enorme nostalgia por ese tiempo atroz durante el cual vivían con miedo a los militares, filmando documentales sobre la fermentación del pisco y campeonatos de bicicletas, haciendo entrevistas semiclandestinas a sindicalistas mesiánicos y a líderes indígenas.

—A Juan Carlos había que vigilarlo de cerca —seguía Sanhueza con placer y haciendo gala de un conocimiento de las entrañas de la productora que abandonó hace cinco años supuestamente feliz—. Había que escucharlo, había que tratarlo con cariño. Yo tenía grandes conversaciones con él. ¿Su casa, su esposa, sus hijos? Claro que los conozco. Su mujer, una mina chiquitita, mucho carácter la mina, llevaba los pantalones en la casa. Ella siempre se hizo cargo sola del niño mayor, ese que no habla, ese que no come si no le dan la comida en la boca, un caso terrible, imagínate, compadre, una huevada atroz. ¿Se está muriendo? Puta, qué pena. ¿Que no vaya a verlo, que lo deje solo, que abandone a sus hijos y a su esposa? No, no me impresiona. Ya te dije, no me impresiona nada de Juan Carlos. ¿Tú conoces al hermano, el del Frente Patriótico, el que estuvo preso? Un borracho,

un tarado increíble como de doscientos kilos, bueno para la pelea, loco como una cabra. Nada que ver con Juan Carlos, pero en el fondo igualito. Si hablaras con él entenderías todo. Juan Carlos lo admiraba, le pagó todas las deudas cuando quemó su propia salsoteca. Lo salvó mil veces de la cárcel al pobre huevón demente. ¿Y el resto de la oficina, cómo se lo tomó? ¿Qué dicen los otros? ¿Ramírez, la Pilar, el Chilly Willy?

36

Fernando, con cierta incomodidad, cuenta de Walter y de su brusco abandono del barco, de las sospechas, más que ciertas, que lo vinculan con la estafa. Le cuenta de la Pilar, a punto de ser despedida, pero ahí todavía, de Raimundo, de los gemelos Ramonet, que se han quedado en la empresa solo porque Gastón Labbé los convenció de no abandonar el barco. El inesperado Gastón Labbé, al que Juan Carlos le consiguió su casa, al que salvó de la ruina mientras hundía a todo el resto del medio audiovisual.

—Se cagó a medio Chile este huevón, pero salvó a Gastón —intenta Fernando sonreír para disimular que su sorpresa es en el fondo una queja—. Acuérdate de cómo Gastón se reía de Juan Carlos, de cómo lo agarraba para el chuleteo todo el tiempo… Pero yo no debería criticar a Gastón. Se ha portado como un príncipe conmigo el famoso Gastón, la verdad. Impecable, nada que decir…

De esa forma púdica, Fernando intenta esconder la vergüenza de depender de la buena voluntad de uno de sus empleados más díscolos, el mítico productor de campo, la gran leyenda del cine chileno, Gastón Labbé, que con su sola presencia le dice a la gente del medio que la cosa en la oficina de Fernando no está tan mal como parece, que aún hay alguna esperanza. Es esa esperanza a la que se aferra Fernando como puede, aceptando sin chistar la petición de Gastón de acompañarlo en su eterno reparto de pensiones alimenticias.

—No te preocupes, compadre, yo sé a quién le puedes pedir plata. Tengo un amigo que es amigo de un amigo de un turco cagado en plata que tiene unos negocios un poco turbios en Temuco. Metes en la película a su esposa y te financia lo que sea. La mina es rica, la operaron entera.

—No sé, lo veo medio difícil, Gastón. Una mina así en *El río*. En la película todos los personajes son marginales y las pocas mujeres que hay en el guión son todas putas. Yo creo que debe haber soluciones más simples, imagino…

—Te pusiste muy *sophistiqué*, compadre —diagnostica el productor de campo—. Antes no eras así. Te olvidaste del pueblo, huevón… No pongas esa cara. Ya, pues, anímate. Yo te quiero más que la chucha, compadre. Tú eres como un hermano para mí. Yo te voy a ayudar, huevón, no te asustes, yo te voy a ayudar en esto. ¿Otro maremoto?

No saca nada con negarse, Gastón ya levanta la mano hacia el esquivo mozo.

—¡Dos maremotos! No pongas esa cara. Tampoco es tan terrible.

Echa a la Pilar, yo tengo una mina que es muy buena secretaria y que cobra la mitad. Es sobrina mía. Tenemos que empezar a echar gente. Estamos pobres, huevón. Esta huevada es seria.

Da lo mismo que Fernando apruebe o se niegue, da lo mismo qué diga o no diga: su caso ya está juzgado por Gastón, es decir, por el medio audiovisual entero. Es culpable y no hay posible apelación para la sentencia. Fernando llevó a Juan Carlos al medio audiovisual y contagió la infección. Es culpable, pero en su infinita bondad le perdonarán su crimen si se somete, lo protegerán si se agacha y acepta las bromas y los consejos de Gastón Labbé.

Fernando finge entonces emborracharse hasta que el propio Gastón se aburre de sus risas estentóreas. Después, ambos salen vacilando y agachados de la cueva en que se han escondido. La noche sobre la calle San Diego, el frío como un martillazo sobre el hierro, la oscuridad como un metal en la forja. Está solo, nadie sabe, nadie entiende, nadie quiere saber nada. A su paso, unos locales cierran las cortinas metálicas, otros sacan a la vereda las fotos de las mujeres en toples con estrellas sobre los pezones, calzones dorados, las manos abiertas, directo de Lima o de Antofagasta. Y Gastón descansa en una esquina iluminado por un solo foco rojo, las cejas sobrepobladas, la risa incorregible.

—Pipeño, helado de piña, durazno y cherry: eso es un maremoto… —balbucea, orgulloso de su lección gastronómica, y se aplaude mientras gira despacio sobre sí mismo como un mono a cuerda.

Y Fernando sigue de largo dejando a su amigo en esa esquina. Necesita estar solo frente a la noche, ser un hombre arruinado, perdido, tonto pero autónomo, propio, independiente. Quiere llorar y llora al llegar al semáforo de la calle Tarapacá. Va a venir el invierno, piensa, como si ligar sus lágrimas a una idea más general lo aliviara. Va a venir el invierno, va a llegar el invierno y voy a seguir cagado, estafado, arruinado. Voy a quedar sin un peso, solo en medio del invierno, y a nadie le importa. Ni a mí me importa. No soy nadie, completamente nadie, abierto en tres, destrozado y al mismo tiempo normal, entero, sin importancia alguna. Un pobre huevón del que se burlan un rato y después dejan solo por puro cansancio, por sacrosanto aburrimiento fatal…

Y luego Fernando sonríe, trata de sonreír al menos, para volver a llorar unos segundos más tarde abrazado a un poste para fingir que está completamente ebrio, que ya perdió la costumbre de beber tanto, que eso lo explica todo. Todo, toda esa inmensidad de vacío y tropiezos, de incertidumbre y vergüenza, está contenida ahora en esa sola sonrisa vacilante que no sabe cómo disimular su propio temblor. Una sonrisa que quiere y no quiere contarle todo a Sanhueza.

37

—La verdad es que estamos saliendo del hoyo bastante rápido —prefiere informarle Fernando a su antiguo socio. Pasa por alto la risa de Gastón, su chantaje, su horrible libertad—. Todos se han portado muy bien conmigo. Los del Zeus no me cobraron por los equipos, los del Fondart me dieron prórroga hasta el próximo año. Hasta a mí me sorprende lo rápido que estamos saliendo de todo esto, la verdad. En algún momento pensé que íbamos a tener que ir a la quiebra. Fue terrible, te juro.

—¿Y la película, en qué está? —preguntó Sanhueza, con una sonrisa sincera en la punta de los labios.

—¿La película? —se sorprende Fernando con la pregunta: en eso no ha pensado hasta ahora—. Sí, claro, la película. La atrasamos para dos o tres años más. Primero salimos de esta y después vemos cómo hacemos la película.

—Tienes que filmar esa película —interrumpe Sanhueza—. Tienes un gran guión. Es una gran idea. Algo que nunca se ha hecho en Chile. Tienes que filmarlo de todas maneras.

—No, si está todo calculado. Todo está andando, no te preocupes —finge Fernando.

No quiere escuchar a su amigo porque sabe que la película, solo la película, se interpone en su plan de salvación. Con ella no hay salida posible, pero sin ella la salida no tiene ningún sentido.

—Dos o tres años más, como máximo, y volvemos a la preproducción…

De pronto un silencio inesperado, piadoso, necesario y al mismo tiempo incómodo, se interpone entre los dos. La buena educación, la timidez, la simple sorpresa de encontrarse, cede ante algo más recóndito. Súbitamente cruza por la cabeza de Fernando la imagen de Gastón Labbé a las tres de la mañana durmiendo en el suelo de la oficina entre dos mujeres semidesnudas, esa libertad que se tomó el viejo de mierda. Esa libertad que se toman todos con él, llevándose escritorios y computadores de la oficina, como en un desahucio.

—Yo no soy una mala persona —afirma Fernando con inevitable tono de pregunta—. Yo no trato mal a las personas. Yo trato de ser justo, yo trato de ser bueno con la gente. Quizá me falta ser más autoritario a veces. Quizá soy demasiado suave, quizás no escucho bien a la gente, como tú siempre me decías, pero no soy malo. No merezco que me traten así, ¿no te parece?

Sanhueza se cuida de no responder a la duda de su amigo y prefiere

ir a buscar las palabras en el fondo mismo de un gran suspiro de nostalgia.

—Tú tienes talento, Fernando. Yo ojalá tuviera algo así. No me quejo, yo he hecho todo lo que he querido hacer en la vida. Pero a la hora de tomar decisiones es tanto más fácil tener una película, una novela, algo a lo que aferrarse. Yo te envidio eso. Ojalá yo hubiese tenido algo así en la vida.

—¿Cómo me vas a envidiar tú? Todos los que trabajan conmigo se ríen de mí, todos me roban apenas les doy la espalda, se van sin avisarme de un día para otro. Pueden hacer lo que quieran conmigo, no tengo cómo defenderme.

—¿Te importa realmente todo eso? ¿Eso es lo que te importa realmente en la vida? ¿Ser un buen jefe? ¿Tener una productora que funciona?

—Estás hablando como un gurú de feria, Sergio. Debo setenta millones de pesos al fisco, no me puedo dar el lujo de pensar lo que quiero y no quiero en la vida…

—Justamente por ello. Mucho mejor. Te arruinaron, te estafaron, no tienes nada que perder. Estás obligado a hacer tus cosas ahora, no te queda otra. Estamos viejos, huevón, no tenemos tiempo para seguir haciéndonos los pendejos toda la vida. Haz lo tuyo. Filma, huevón, no importa cómo, no importa con qué, filma. Hazme caso, filma, olvídate de todo lo demás. Filma.

38

«Filma, huevón, filma. » Aquella pequeña frase llena de convicción era la fe que Fernando necesitaba con urgencia. Su consejo, pero también su confianza, sus ojos brillantes, su voz paternal, su nostalgia por ese tiempo horrible en que Fernando era el talentoso y su amigo el de la plata. Una especie de profecía que se hizo fuerte en su mente cuando, esa misma noche, soñó que flotaba feliz en medio de un banco de tiburones hambrientos.

Los dientes de los escualos, su amenaza, el baile lento en torno a su jaula, extrañamente no le asustaron. Estaba más allá del miedo, flotando en plena armonía y tibieza, protegido. Se levantó sorprendido de sentirse tan bien. Tuvo la bondad de no despertar a su mujer, aplastada de cansancio después de pasear por una semana entera a unos inversores japoneses.

Los tiburones, interpretó enseguida, son Juan Carlos y Walter, pero también Gastón y Jaime y Gianini. Todos sus amigos, todos los que creían que él era débil, que no sabía lo que quería, y que se aprovechaban de él, lo presionaban, lo apuraban. Bestias hambrientas que coqueteaban con la corriente, secuestradores despiadados que jugaban a olvidarlo todo solamente para abalanzarse a máxima velocidad sobre la jaula que protegía a Fernando y quebrarse los dientes contra los barrotes.

Ser fluido, limpio, liviano, la última tecnología virtual, digital, portátil. Sigue interpretando de manera cada vez más aleatoria su sueño: a la mierda la nostalgia por el cine de 35 milímetros y acetato. Filmar, filmar y filmar, como decía Sanhueza. En cualquier formato, ahora mismo, filmar, filmar, filmar sin pedirle permiso a nadie, sin esperar fondos, ayudas, concursos. Él no era empresario, él no era productor, él era —aunque la palabra le daba un poco de vergüenza ajena— un artista, un artista de verdad.

Nada de equipos, nada de TVN, nada de gritos, de grúas, focos y planchas de plumavit. Nada de ese rumor, de esas risitas ahogadas cuando él caminaba por el set. Nada de machos que se las saben todas y ante los que hay que imponerse o agacharse. Nada de borrachos que violan todo lo que encuentran en el camino. Nada de chantajistas que se cagan a sus ex novias porque sí. Nada de niños bonitos que viven de lo que les prestan los estafadores. Nada de alcohólicos que se las dan de machos cabríos.

Nada de Gastón, en suma. Nada de Gastón, el protegido del estafador, el elegido por el hijo de puta de Juan Carlos Riquelme.

Gastón, a quien a primera hora Fernando Girón manda a llamar a su oficina.

39

—Tengo una mala noticia, compadre —anuda Fernando incómodamente los pedazos de un discurso que no sabe si quiere que sea cercano o formal, frío o ardiente, que nazca de la amistad defraudada o de la simple decisión administrativa—. Vamos a hacer algunos cambios en la productora, un nuevo esquema. Vamos a reducir todo, nos vamos a concentrar en pocas cosas. Tú y yo tenemos que pensar en otro tipo de relación…

—¿Me estás echando, compadre? —bromea Gastón, completamente seguro de que eso era completamente imposible.

—Bueno, no… O sea, no se trata de eso, es más complejo que eso… —titubea Fernando antes de recuperar de nuevo el aplomo. ¿No quería echar a la Pilar la semana pasada, el maricón de mierda? ¿No se pasa la vida alardeando de todas las ofertas que tiene para dejar la productora? Que se vaya a la cresta el traidor de mierda. Ahora va a ver lo que es bueno—. Vamos a pensar un nuevo esquema de trabajo en que… No te necesito más, Gastón. Por el momento no te voy a necesitar más… Va a cambiar todo en la productora. Vamos a reducirnos al máximo. Como mucho, una secretaria: todo lo demás lo vamos a externalizar.

—¿Cómo, conchetumadre? ¡Me estás echando de verdad!

—¡Sí, huevón! —Súbitamente quiere ser cruel, decir todo, no quedarse con nada—. No me sirves, estás fuera.

Y de nervios, pero también de placer, del visible placer de herir a su enemigo, Fernando sonríe.

—¿Cómo que no te sirvo? —Gastón mueve las carpetas y las cintas del escritorio en el que Fernando se escuda, como si se hiciera un camino a machetazos para alcanzar a su rival—. ¿Cómo que no te sirvo, conchetumadre? ¿Qué crees que soy yo, hijo de puta? ¿Tú qué te crees que soy?

—Baja el tono, Gastón. Estamos en la oficina. Hablemos como personas civilizadas. No nos pongamos a gritar. No es nada personal, Gastón, no es nada contra ti. Ya no nos sirves. No eres útil para nosotros. Pero la vida es larga, el mundo es un pañuelo, tú sabes. Seguro que nos volvemos a encontrar.

—¡Te voy a matar, huevón! ¡Te voy a sacar la cresta, pendejo reculeado! —se abalanza Gastón sobre su jefe.

—¡Estás loco, huevón! —patalea Fernando bajo las garras de su productor de campo.

Un monitor, dos sillas, tres diplomas y una pila de cintas de video

caen, se quiebran, se mezclan con los dos cuerpos enzarzados en el suelo que muerden, gritan, babean.

—¡Cómo que no te sirvo, conchetumadre! ¡Tú no eres nadie sin mí, tú no existes sin mí! —grita desaforado Gastón mientras intenta asir el cuello de Fernando con las dos manos.

—¡Me está matando este huevón! ¡Sáquenme de aquí! —grita Fernando hasta que finalmente los gemelos Ramonet usan todo su peso para separarlos y llevarse a Gastón con ellos.

—¡No me toquen! ¡No se atrevan a tocarme! —siguió gritando y pataleando el productor de campo escalera abajo—. ¡Te voy a matar, hijo de puta! ¡Te voy a sacar la cresta!

Morado, jadeante, Fernando recupera a duras penas el aliento.

—¡Se acabó el hueveo! —chilla con sus rescatadas cuerdas vocales aún chirriantes y resbalosas—. Se acabó. Todo va a cambiar ahora. Aquí mando yo. ¡Se acabó!

No acepta la ayuda de Pilar y Hermes. Se levanta titubeante y solo entre los restos de la refriega. Torcido y carraspeante, se sostiene escasamente sobre su escritorio.

—¡A trabajar! —ordena, casi sin voz—. Se acabaron las vacaciones.

Sus empleados obedecen con más sorpresa que ganas y lo dejan solo en su oficina. Una sonrisa plena, una felicidad completa, un cosquilleo escénico lo colman de pronto. Era eso lo que le faltaba, lo que fallaba: imponerse, ser bien hombre, decir que no, mandarlos a la mierda a todos. Orgullo es lo que falta. Valentía y orgullo. Siente en las entrañas la violencia, el alivio, la impertinencia, la urgencia de una lluvia tropical.

Llama a su esposa.

—Lo hice. Se acabó esta huevada. Ya está hecho. Soy libre. Es el principio del fin. Ya saben todos quién manda aquí. Tenemos que celebrar, mi amor. Te amo tanto, eres maravillosa. ¿Dónde estás? Te voy a buscar ahora. No te muevas, voy para allá.

40

—Era Fernando —vuelve Fernanda a su mesa de La Pizza Nostra, donde almuerza con la Nené, la Sofi y la Marilú, sus amigas de colegio.

—¿Fernando, tu marido? ¿Cómo está? ¿Qué cuenta? —pregunta la Sofi.

—Acaba de echar a un fresco de raja de su oficina, un loco de atar —informa—. Un idiota más o menos inofensivo pero que mi marido identificó como su principal problema. Un cuento largo y más o menos latero, típico de Fernando…

Se detiene por miedo de dejar escapar el cansancio, el escepticismo y la sorna que le provocan últimamente las decisiones de su marido. Pero después llega Fernando, y la sonrisa incómoda y noble con que responde a las preguntas de las amigas le vuelve a gustar. Un poco misteriosamente, le gusta este tipo que envejece como los malos actores, agregando maquillaje y con las canas mal teñidas, pero sin dejar de ser en el fondo mismo de su alma un eterno estudiante universitario que lo sabe todo y no comprende nada. Algo frágil, torpe y vivo, algo que había sido sucio y seguía siéndolo hondamente.

—Me lo llevo, no me lo toqueteen más —intenta Fernanda una pantomima de celos para divertir a sus amigas—. Vamos a estar solitos nosotros un poco, perdonen. —Y risas y empujones y una caricia perdida en la nuca sudada del cineasta—. Vamos, mi amor —insiste.

Salen del restaurante, pasan por tiendas de ropa nueva que imitan la ropa usada. Feliz y mareado, Fernando empieza a enumerar los restaurantes donde podrían seguir celebrando. Hay una zona nueva en Vitacura llena de restaurantes de todas partes del mundo. Está el Madroñal y la comida española que a ti te gusta tanto. Cerca de ese, en Isidora Goyenechea, otra serie de restaurantes caros y apetitosos entre los que podemos elegir.

—Vamos a la cama —interrumpe bruscamente Fernanda el informe gastronómico, evitando a conciencia todo tipo de diplomacias—. O nos vamos a la cama ahora mismo o vuelvo con mis amigas.

Porque sabe, con total urgencia, que tiene que pasar por encima de sus resquemores y prejuicios, y terminar de una vez por todas con este absurdo embargo sexual que se impuso entre ellos desde que su marido se arruinó hace dos meses y medio.

—¿Dónde? —pregunta él.

En la casa está la Lili. No quiere que la empleada los espíe, y los

moteles son tan sórdidos, y no saben dónde quedan, cómo se entra en ellos, cómo se pide una habitación.

—¿Qué tal el hotel Valdivia? —propone milagrosamente Fernanda.

La idea parece perfecta. El Valdivia, un hotel parejero pero con estilo, famoso por sus habitaciones —sevillana, medieval, marroquí, japonesa, africana— decoradas con fruición elaboradamente cursi y adonde van muchas parejas casadas para sus aniversarios de boda.

—¿Sabes dónde queda el Valdivia famoso? —pregunta ella, ya en el auto.

Teme que Fernando diga que sí, por supuesto, señal inequívoca de que habría ido con otras, el muy puto.

—No sé la dirección exacta. Más o menos por Diez de Julio con Vicuña Mackenna, dicen. Le puedo preguntar a Arellano. Pasa el día metido en moteles, ese gallo, sabe de todas esas huevadas.

—¿Pero qué le vas a decir a Arellano? Qué plancha más grande.

—¿Qué tiene? Estamos casados.

Pero Fernanda se cubre la cara con la mano, como una niña, mientras agita coqueta sus pestañas como si le protegiera el rostro un velo de encaje.

—Ya, pues, mi amor, no te vas a poner beata ahora.

—Soy beata, ¿y qué? Estudié en colegio de monjas. En cuatro colegios de monjas de cuatro países distintos, para ser más exacta. Tengo más derecho que nadie a ser beata. Me tendrían que regalar una virginidad nueva las monjas asquerosas del Villa María por todo el tiempo que perdí con ellas.

—Estás tan linda últimamente… —intenta acariciarle el pelo Fernando mientras con pudor la niña se niega.

—Qué barrio más horroroso. Mira que es fea esta ciudad. Apurémonos, no tenemos toda la tarde.

—¿Ya no te gusto? —dispara sorpresivamente Fernando.

—¿Por qué dices eso?

—Dime la verdad, no me mientas. Yo puedo aguantar, no soy ningún niño. Solo dime la verdad.

La súbita palidez, sus labios mojados, su cara de niño estudioso, castigado, desmienten su afirmación. No, él no aguantaría la verdad, él no soportaría ningún tipo de rechazo.

—Claro que te quiero, no es eso, no es tan…

—Yo sé que últimamente he estado como distraído —interrumpe el cineasta—, yo sé que no he sido un muy buen marido, que he estado como ausente estas semanas, concentrado en mis cosas, distraído. Soy consciente de eso. Pero se acabó, ahora está todo claro. Yo soy el dueño de lo que me pasa ahora, yo tengo el control ahora.

Busca en su esposa una señal de aprobación a su discurso, digno de graduación de alcohólico anónimo. Fernanda, pálida, mira hacia una

mancha de sol en el retrovisor. Necesita algo más personal para convencerla, siente Fernando, algo más íntimo, algo que la incluya a ella también. Pero todas las palabras resbalan entre sus dedos, todo se le escapa, no sabe dónde, cómo, cuándo. Y decide de pronto ser sincero, dejar escapar todo, no quedarse con nada pegado al pecho.

—No quiero perderte, Fernanda. Es egoísta, lo sé, pero te necesito. No sé cómo decírtelo, no sé cómo expresarme muchas veces contigo. Te veo tan fuerte, tan segura de ti misma, que siento que no te puedo decir nada, que no te puedo convencer de nada. No tengo palabras cuando estoy contigo, se me escapan todas. No sé nada, no entiendo nada, solo sé que te necesito. Soy tan indeciso al lado tuyo, soy tan torpe contigo al lado, pero te quiero. Eso es lo que sé, es lo único que sé. Te necesito más que nunca y me duele que tú no me necesites como yo te necesito a ti…

—No es eso. Yo te necesito también. Pero algo pasa que no…

—¿Qué pasa? Dime, no te preocupes. Me puedes decir todo. Yo aguanto. Sea lo que sea yo aguanto. Dime ¿qué pasa?, ¿qué te pasa a ti?

La necesita desesperadamente, no puede vivir sin ella, pero está dispuesto a aceptar la sentencia, a regalarle la posibilidad de decir «yo no te quiero, yo nunca te quise».

Fernanda responde con un suspiro largo y profundo, un solo suspiro largo y profundo que espanta a Fernando, las manos agarrotadas sobre el manubrio del auto esperando en cualquier minuto el silbido de la guillotina.

—Es como los sonámbulos —intenta ella desordenar y hacer espontánea una frase largamente meditada y ensayada que se desarma, alarga y confunde de puro esperar escondida en el granero —: si uno despierta a los sonámbulos se mueren, pero si uno no los despierta se caen por la escalera y se mueren igual. Es un poco así estar casada contigo últimamente, es un poco como estar casada con un sonámbulo. Siento que no puedo despertarte sin matarte, siento que no puedo dejarte dormir sin que te mates. Haga lo que haga siento que te estoy matando.

Silencio pesado, desconocido silencio, interrumpido por unas sirenas de bomberos mientras el tráfico extrañamente se condensa hacia la vereda y se despeja en el centro de la calle.

—Pero yo ya me desperté, mi amor —exclama de pronto Fernando, el pelo incendiado de entusiasmo—. ¿No te das cuenta? Me desperté solito. Tú tienes toda la razón del mundo, esto era como un sueño, esto era como una pesadilla, pero ya se acabó. Ya se acabó, estamos vivos, es maravilloso. No tuviste que hacer nada, al final me di cuenta de la mierda en que estaba metido y me desperté a mí mismo…

—Eres tan tonto tú, tan tonto que eres. Por eso te quiero —dice

Fernanda tomando entre sus manos la cabeza de su marido mojada de entusiasmo.

No lo quiero quizás, ya no lo amo, se abre a pensar Fernanda, pero antes de irse siente que tiene que darle un millón de besos de despedida y trescientas explicaciones infinitas que la obligarán a quedarse diez años a su lado, o veinte, o mil, hasta estar completamente segura de que el fin es realmente el final.

Suenan las sirenas cada vez más cerca.

—¿Dónde queda esa cochinada de hotel? Estoy hecha una perra en celo. No puedo esperar más.

—Tendría que ser más o menos por aquí. Irarrázabal con Diez de Julio, una calle chica. ¿No será esto que se está quemando?

Sí. Eso era. Esa casa sin fachada, ese laberinto de ventanas ahumadas sobre el que temerariamente los bomberos comienzan a trepar, ese es el hotel Valdivia en llamas.

De inmediato, Fernando trata de apaciguar a su esposa:

—No importa. Comemos algo rico y dejamos lo otro para la noche. Una botella de champaña, unos *sushi* en el Japón o en ese otro restaurante japonés de la calle Merced…

No alcanza a terminar la frase cuando Fernanda se baja del auto.

—No puede ser. Hijos de puta.

Y la gerente de comunicaciones avanza hacia los bomberos para interrogarlos en tono perentorio como si se tratara de unos mozos que ha pillado escupiendo en su sopa. La habitación Sevillana se está quemando, por dentro está todo el hotel carbonizado, le informan. Nadie lo va a poder usar por lo menos durante dos meses.

—No nos van a ganar estos desgraciados. Vámonos a la casa, me importa un pito la Lili. Vamos. Que se mueran todos.

Su marido, los bomberos, Santiago entero, la hora de almuerzo, todo da lo mismo. Está frente a frente a los gigantes, sola y encendida, dispuesta a darle una lección al mundo entero. Desafiada, burlada, Fernanda está ahora dispuesta a cualquier cosa con tal de salvar su matrimonio, un matrimonio que hace menos de tres minutos daba por completamente terminado.

—No tenemos por qué apurarnos, tenemos toda la vida por delante, mi amor —intenta Fernando morigerar el ímpetu de su mujer que lo tiene aterrado, a cien kilómetros por hora en plena ciudad.

No saca nada. Resbalan frente a sus ojos calles y veredas vacías que se llenan de pronto de escolares, autos, rotondas y semáforos hasta que estacionan en diagonal, de cualquier manera, con los faros encendidos.

—Hola, Lili. No, no queremos almorzar. No estamos para nadie. No se le ocurra tocarnos la puerta ni en broma —ordena Fernanda estirando la mano hacia atrás para tomar la de su esposo y arrastrarlo

hacia el dormitorio.

41

Sobre el sexo y la violencia se pueden decir todo tipo de mentiras sin ser nunca desmentido por alguien. Por eso los malos directores de cine y los pésimos escritores se dedican principalmente a estos temas. Su imaginación puede con toda gratuidad inventar todo sin ser corregida. No hay testigos. En sentido estricto no estamos ahí, no estamos presentes cuando se consuma el acto. Recordamos solo segundos, detalles, objetos, frases, solo restos de eso que es siempre tarde o temprano un naufragio. Como lo hiciera un piloto, la memoria eyecta su asiento de la cabina apenas ve acercarse el peligro. Si el avión se quema, si todo se destroza, la memoria quiere asegurarse de sobrevivir al choque y quedar indemne después del orgasmo o los disparos.

Quizá también es lo que buscamos en el sexo, esa discontinuidad, ese punto final que separa un párrafo de otro, el silencio y la luz directa a los ojos que encandila. Por lo menos eso buscaban Fernando y Fernanda en su coito de la hora del almuerzo.

Solos y desnudos, tan cerca que ya no se miran. ¿Son felices o infelices? ¿Están aliviados o no? No importa, no les interesa. El sexo de los novios es una invasión, una forma de fundirse, un intento de controlar la mente del otro. El sexo de los casados es, por el contrario, una discreta y suave declaración de independencia simultánea y mutua. El regalo de un segundo a solas, eso es lo que los esposos se entregan en la cama, esa suave soledad que les permite ser los niños que los habitan… Pero de pronto el gozne que chirría, la puerta que se abre sola…

—¿Dejaste la puerta abierta? —se asusta Fernanda, atribuyendo a su marido su propia distracción—. Qué horror, debe haber escuchado todo la Lili.

—¿Qué te importa? Estamos casados.

—Se debe estar muriendo de la risa, la tonta esa. Qué vergüenza. ¿Cómo le pido mañana que te zurza los calcetines después de oírnos tirar como monos?

Y con deliciosa ingenuidad recuperada se cubre la cara con las sábanas. Pero Fernando presiente, debajo de la tela, la sonrisa de la niña traviesa. Esa sonrisa tonta, epidérmica, incendiaria que aún no sabe pedir disculpas. La infancia de esa cazadora, sin arrepentimiento, sin penumbra, que sin dejar víctimas mata a todos los cervatillos del mundo.

Fernando la destapa, ella se resiste.

—No seas pesado, estoy escondida.

Juegan a manotazos, se rasguñan riendo, acaban cada uno con la resistencia del otro. Se besan y se ríen más. Tiene Fernanda aún el extraño pudor de buscar lo que queda de la sábana y tapar sus dos cuerpos. No se levanta sin embargo a cerrar la puerta. Se esconde como menor de edad en la casa de los padres y, murmurando y mandándose mutuamente a callar, vuelven a enredarse uno en el otro escondidos en su propia casa.

Pero seamos por una vez decentes y, con pudor cinematográfico, enfoquemos la ventana, atravesémosla, movámonos hacia otro barrio, en el lado opuesto de la ciudad, donde esta historia, que parece acabar aquí, recién empieza.

42

Nada sacaron sus amigos con intentar explicarle a Gastón Labbé que era una bendición ser despedido de una productora en quiebra.

—¿Cómo no se dan cuenta? —respondía desafiante Gastón—. Girón y todos esos pijes de la Universidad Católica, Girón y todos esos hijos de puta posmodernos son los que nos quieren cagar. Es un símbolo ese tipo, ese huevón es el diablo, ¿cómo no entienden eso?

Porque nadie, excepto su hijo Simón, parecía convencido de los argumentos del productor de campo. Eso no hacía más que enardecer al padre y enrabiar al hijo, que había dejado sus escasísimas ocupaciones para acompañar a su padre en el peregrinaje de productora en productora.

—No nos pueden hacer eso, papá. Tú eres un dios comparado con ese mediocre. Te juro que lo voy a matar con mis propias manos cuando lo vea…

Hasta que, después de un día y su noche de quejas, cocaína, whisky y maldiciones, deciden padre e hijo recurrir al único abogado en que ambos confían.

Abrazados, la ropa manchada de orina, comida y sudor, convertidos en un solo ser vacilante de cuatro piernas y dos brazos y medio, desembarcan así en la tranquila oficina de la calle San Antonio donde había instalado su despacho otro de los hijos de Simón, el recién titulado, licenciado en derecho, Pablo Labbé Carrasco.

43

Tenía este exactamente la misma edad que su hermano Simón. Sin embargo, no era su gemelo o mellizo. Mientras su primera esposa esperaba a su primer hijo, Gastón Labbé, perseguido por los militares, se escondió en el entretecho de un panadero del partido. La hija de su protector no tardó en quedar embarazada del fugitivo. Las dos criaturas nacieron, la legítima y la clandestina, con algunos días de diferencia y ya cuando el padre había huido a Berlín Oriental y recalado después en Suecia, España, Nicaragua y nuevamente en Chile, fugitivo primero y luego a cara descubierta.

En el trayecto fue acumulando más hijos y ex esposas. Por años se negó a aceptar la paternidad de ese niño moreno y callado que se le parecía de manera alarmante. Finalmente, cuando la madre le aseguró en todos los tonos que no pediría nada a cambio, aceptó darle el apellido y algunas apuradas lecciones de vida a su nuevo retoño.

Como sus hermanos, Pablo se empeñó en admirar sin restricciones a su más bien ausente padre pero, a diferencia del resto de su nueva familia, no imitó su propensión a la vida bohemia. Gracias a sucesivas becas y créditos universitarios, estudió derecho en la Universidad de Chile. Como le horrorizaba pedir un favor, mucho antes de que se lo exigieran pagó el crédito fiscal y subarrendó su oficina sin ventanas al final de un pasillo interminable de la calle San Antonio, pagando seis meses por adelantado, sin pedir ni un crédito ni deber una letra.

Todo lo oponía entonces a ese hermano y a ese padre que torpemente intentaban sentarse al mismo tiempo en la misma silla, pero eso no le impedía sentir por ellos una mezcla de lástima y admiración, de respeto y perplejidad, necesaria, por lo demás, para fingir interés ante esta nueva queja terrible que su hermano le exponía.

—Ese huevón de Girón es un hijo de puta, tienes que hacerlo cagar en la cárcel —dijo Simón Labbé totalmente imbuido de su papel de vocero de su padre—. Dile al papá que te cuente los negociados que hacía con el manco ese del Partido por la Democracia. Dile que te hable de los videos fantasmas de ese corrupto conchesumadre. Ese mediocre está lleno de falsedades. Está metido en todas las cagadas habidas y por haber esa mosquita muerta asquerosa.

—¿Pero tienes algún papel, alguna prueba? La liquidación de sueldo, la declaración de impuestos. Algún contrato, algo por escrito…

Pablo le hablaba a su hermano pero miraba a su padre, apoltronado y confuso, arrugado y suspirante. ¿Está borracho o está lúcido el

papá?, se preguntaba. ¿Está cansado o enojado? ¿Todo esto es idea de él o una locura más de Simón? ¿Hay que tomarlo en serio o simplemente llevarlo con una sonrisa a la puerta y asegurarle que, por supuesto, que cómo no, que algún día?

—¿Qué te importan los papeles? —siguió desafiando Simón—. Humilló al papá, esa mierda humana se rió del papá. Lo echó, imagínate, ese hijo de puta se atrevió a echar al papá.

—Sí, yo estoy contigo, Simón. No me cabe la menor duda de que este gallo es un ladrón. Seguro que está metido en todo tipo de chanchullos como todos esos frescos izquierdosos de la Concertación, por lo demás. Pero necesitamos pruebas, contratos, documentos.

Hasta que finalmente Gastón, como un escolar extraviado, levanta el dedo índice de su mano derecha y acaba de una vez con su misteriosa neutralidad.

—¿La ley? De eso hablamos, ¿no es cierto? De la ley. ¿Pero de qué ley?

Pablo levantó unos centímetros un tomo del Código Civil que providencialmente descansaba sobre su mesa.

—Esta ley, papá.

—Primer mandamiento: honrarás a padre y madre —recitó Gastón con los ojos cerrados—. La primera ley de todas. Honrarás a padre y madre. ¿Quién es tu padre?

—Necesito argumentos, escritos, papá. Necesito empezar por algo, basarme en algún documento…

—¿Pero quién es tu padre?

—Usted, por supuesto.

—Eso es todo, no hay nada más que decir. Yo soy tu padre, tú eres mi hijo. Eso es todo. ¿Está claro? No te preocupes, los papeles te los va a mandar la Coni. Tú haz lo que tienes que hacer. Primer mandamiento. El primero de todos… Vamos, Simón, dejemos trabajar tranquilo a tu hermano.

Y, con la solemnidad de un viejo jefe sioux, Gastón recogió las articulaciones desencajadas de su cuerpo, su ceño fruncido, sus manos endurecidas, nudosas como la madera, para levantarse de la silla con lentitud, sin dejar de mirar hipnóticamente las pupilas de su hijo abogado.

44

En el transcurso de la tarde, Simón intentó discutir con su padre la estrategia elegida.

—Pablo no va a hacerle nada al maricón de Girón, a lo más una cagada de querella en la Inspección del Trabajo, papá. Le falta garra al Pablo, le falta calle. Tenemos que encargarnos nosotros de este huevón, papá. No lo podemos dejar escapar así al fresco de raja del Girón…

—Pablo va a hacer lo que tiene que hacer —siguió inamovible el padre en su convicción patriarcal.

Simón insistió un poco más, pero un nuevo gesto de exasperada impaciencia de su padre terminó por acallarlo. Para seguir demostrándole su lealtad, Simón convocó a tres amigos suyos de su época rastafari, los que, entre interminables rondas de marihuana brasileña, se mostraron totalmente de acuerdo con su amigo.

No sirvió de nada. Horas más tarde, borracho y drogado, Gastón permaneció inconmovible, seguro en sus decisiones. Padre e hijo terminaron así la tarde en el restaurante Ana María, abrazados a una madre y a una hija igualmente gordas y estropeadas.

—Ustedes nos tienen para el hueveo a nosotras —se quejó la madre, cuando de manera demasiado pública Gastón dejó caer la mano entre sus piernas generosas—. Cuando todas las otras los mandan a freír monos, ahí recién nos llaman a nosotras.

—No digas eso. Yo te amo, chiquitita —se quejó Gastón con voz aflautada—. Tú eres una princesa, mi amor, una verdadera preciosura. ¡Linda! Tus dientes de marfil, tus ojos de rubíes, de rojo carmesí, tus pechos como dos palomas salvajes…

Y aprovechaba cada adjetivo, cada metáfora para besar y apachurrar a la gorda con más fuerza y convicción.

—Mira, aprende de tu papi —le dijo la hija a Simón, que impúdicamente le chupeteaba la oreja—. Él sí sabe tratar a las mujeres.

—Cállate, puta culeada —respondió el hijo.

—Ya pues, Simón, más respeto con las damas… —le levantó la voz Gastón.

—¿Qué van a ser damas estas putas culeadas? Lo único que quieren estas gordas calentonas es que les metan el pico hasta el fondo.

—¡Imbécil! —chilló la hija.

—¡Asqueroso! —concluyó la madre.

Simón soportó con estoicismo la lluvia de insultos. Mientras su

padre le sonriera y lo aprobara, no le importaba que el resto del mundo le escupiera en la cara. Pero sin la menor señal de ironía, esta vez su padre tomó partido por las féminas.

—¡Mira, huevón, no entiendes nada de nada! —exclamó enojado, y luego, dirigiéndose a las dos mujeres, les hizo una señal para marcharse juntos.

—¡Pero son unas putas, papá! Son unas pobres putas estas minas… —rogó el hijo, agarrándose de la chaqueta de su padre—. Ya pues, papá, no te vayas, sigamos tomando. Mandemos a estas minas a la cresta. Te consigo unas minas mil veces mejor que estas en diez minutos si quieres…

—Suéltame, huevón. Ya pues, suéltame. —Y Gastón empujó como pudo la mano de su hijo lejos de los faldones de su chaqueta.

—Yo estoy contigo, papá, yo soy el único que siempre está contigo. Ya pues, siéntate, qué te cuesta, te pido otro whisky, un etiqueta negra, ya, papá…

En un confuso intento, Simón se abalanzó sobre su padre para tratar de abrazarlo.

—No te vayas, no seas maricón, ¡no me dejes solo!

Pero se resistió el viejo productor de campo, rabiosamente, empujando a su hijo unos metros más atrás.

—¡Suéltame! Ya no eres mi hijo, ya no eres nada mío…

Y volvió Simón a tratar de abrazarlo, y volvió Gastón a empujarlo y a amenazarlo:

—No te quiero ver nunca más.

—¡No me puedes hacer esto! —chilló el hijo mientras sus manos se volvían garras que trataban de aferrar lo que encontraban, pelos, mejillas, chaquetas, algo, cualquier cosa que abrazar hasta el final de la noche.

—No me toques, no te atrevas a volver a tocarme… —seguía Gastón, borracho como una cuba.

Y ayudado por las dos rescatadas doncellas se deshizo por fin de los gemidos y llantos de su hijo, y empezó a caminar rengueando hacia el auto de sus prometidas.

Las dos mujeres, confundidas en la oscuridad y el frío, lo consolaron al unísono.

—Un mal hijo, un malagradecido, una mala persona…

Y tomaron más pisco, más vodka, directo de la botella, y se besaron con descaro en el estacionamiento, y ellas rogando que ya no más, que se acabó, que soy una mujer casada, que es mi hija, que es mi mamá… Besos, ya pues, cálmate, ya no más, no más, bueno ya, otro, el último, el último, nunca más.

45

Se dieron cuenta enseguida de que estaban demasiado incómodos en ese auto para consumar la orgía tricolor. «Mejor vamos a mi casa», propuso entonces la hija.

—Está prendida la luz. Mierda, parece que volvió el Lucho. Si me pilla el Lucho, me mata. Es más celoso que la cresta… Bueno, me voy. Gusto de conocerlo. Chao, mamá.

Los veteranos, ahora solos e igualmente ebrios, intentaron terminar con su apareamiento en la casa de ella en la Villa México, pero a Gastón la respiración entrecortada de los nietos, hijastros, sobrinos —cinco en una sola cama en el dormitorio de al lado— lo desconcentró. Al final decidió gastarse sus últimos pesos del desahucio y llevarse a la gorda a un motel, a uno precioso con cascadas y jacuzzi y pajaritos que quedaba por ahí, por allá, más allá…

—¿Dónde chucha se metió el motel? —pregunta la Gorda, en medio de la bruma más completa, las calles sin nombre y las casas todas iguales.

—¿Dónde está esta cosa, Gastón? ¿Adónde me llevas? ¿Me quieres raptar?

—Por aquí, por aquí parece que es, detrás de esos árboles. No, no es ahí… No se ve nada.

—Vamos a chocar, estaciona, estaciona.

Así, hasta el motor del auto terminó por abandonarlos, o al menos la fuerza y la paciencia para hacerlo andar. No les importó. Semidormidos, semiabrazados, esperaron en un descampado a que la bruma se disipara.

46

No se sabe si siguieron dormidos, o si la sirena del tren alcanzó a despertarlos. Algo debió vislumbrar Gastón, supuso el carabinero posteriormente. Mientras el cuerpo de ella se confundía completamente con la carrocería del auto, las piernas del productor de campo, sobre el pasto, al lado de la locomotora colisionada, yacían separadas de su cuerpo.

Con todo el silencio que le faltó a Gastón, con toda la discreción de la que no fue capaz el productor de campo, esa misma mañana murió el niño Javier Andrés Riquelme Carvallo.

—Dada su condición resistió mucho —le dijo a su madre la señora Nelly, como si pudiera extraer de esta sobrevivencia *in extremis* algún tipo de orgullo.

Luego le mostró la lista de espera de donantes de hígados, y el lugar setenta y seis donde alcanzó a esperar su hijo antes de morir y dejar su puesto a un jubilado de Concepción.

47

Dos cadáveres de los que, por cierto, Fernando Girón nada sabe. Dos cuerpos que de alguna forma, sin tocarlos, mató.

Después de despedir a Gastón, fue fácil para Fernando hacerle caso a Sanhueza y reordenar su vida en torno a su película. En menos de una semana finiquitó los contratos de todos sus empleados, se convirtió en *free lance* y se dedicó a reescribir su guión para abaratar los costes de filmación y adaptarlo a su nueva situación financiera. Filmarla con cámara de mano, piensa, feliz de volver a tener solo preocupaciones artísticas, tipo Dogma, como esos daneses que hacen películas con cero pesos, a medio camino entre el documental y la ficción. No caer en la piedad, en el folclorismo, en el pintoresquismo, en el sensacionalismo, el naturalismo, el existencialismo, el fascismo. Aunque justamente la gracia de *El río*, la novela de Gómez Morel en que se basaba su guión, es que era tiernamente fascista, falsamente social, terriblemente amoral. La historia en primera persona de un niño que duerme bajo los puentes. El relato sicopático del más extraño de los escritores chilenos. Y esa escena en que el niño ve en el reflejo de una botella a una mujer desnudarse, deforme y felina, senos que son y no son los de su madre, un cuerpo que no se sabe muy bien cómo entra en la botella y la mujer que toma su forma, que gira infinitamente en espiral, reflejo, delirio o carne, no se sabe. ¿Cómo cresta se filma eso?, se pregunta obsesivamente Fernando, hurgándose la nariz mirando las fotos de las locaciones colgadas justo encima de su escritorio. ¿Efectos especiales? ¿Un pequeño movimiento de cámara circular? ¿Muchos fundidos en cámara lenta? ¿O quizás algo, solo sugerir el sexo, el delirio, el incesto sin mostrar nada raro, dejando que el espectador presienta lo que no ve?

Es una gran historia, sería un crimen filmarla mal, sigue evaluando para sus adentros. Quizá debería regalarle el guión a otro director con más experiencia. ¿Pero a quién? Nadie en Chile tiene la sutileza, la valentía, la audacia para hacer algo así. ¿Fuera de Chile? Coppola, Scorsese, Kusturica, algún director hindú. Pero no son chilenos y la película es chilena, totalmente chilena, piensa Fernando como afiebrado. Quizá tendría que hacer otra película primero, para adquirir más experiencia. Yo tengo un problema para contar historias, me he salvado hasta ahora porque en los documentales está la verdad que guía. Las cosas ya pasaron, yo las cuento y no tengo que convencer a nadie de nada. Aquí, en cambio, tengo que inventar todo, cada pieza, aquí tengo que seducir, tienen que confiar en mí, tengo

que jugar a que la verdad existe aunque sea mentira, aunque todos sepamos que es mentira. Ese ha sido siempre mi problema, no sé mentir. Me fijo en detalles, cuento el final primero, me angustia el suspenso, me gusta demasiado la elipsis. Incluso entre los amigos, en las fiestas, relato los cuentos al revés. Siempre empiezo por la teoría y se me olvidan los detalles, no me importan los nombres, nunca me fijo en cómo se visten los personajes. Pero si exagero ese defecto puede ser hasta una gracia, mi única gracia. Puedo ser un genio justamente por eso, porque no sé contar una historia. Como Godard, que filma siempre como un aficionado, pero que tiene las escenas de acción más reales de todo el cine, porque la realidad también es un cineasta aficionado. Y para qué hablar de Raúl Ruiz, que hizo teoría de eso de contar mal, de pasar por alto la estructura dramática que en la vida no importa, que es una mentira, la peor de todas las mentiras.

Pero sus tormentos no solo tenían que ver con las complejidades del guión. Cuando terminó la versión final, hace dos años, se sentía lo suficientemente impune, lo suficientemente joven, fuerte, invulnerable, como para filmar a un montón de niños pobres dejando salir sus diminutos penes de entre sus harapos. ¿De dónde sacaba ahora la desvergüenza para pedirles a unos niños actores hacer eso? ¿Con qué cara podía él —el estafado, el burlado, el hazmerreír del medio audiovisual— mendigar ahora plata, rogar por créditos que sabe a ciencia cierta que no va a pagar nunca, para filmar a niños que matan loros y a madres que hacen el amor delante de sus hijos? Ya no le es tan fácil despreciar la moral, los orfanatos, los curas, como cuando era joven. ¿Pero cuándo chucha dejó de ser joven? Sabe la fecha exacta. Hace apenas dos meses, el día en que su contador se llevó todos sus ahorros. Sus ahorros y su vergüenza y su descaro y su orgullo.

Abandona. Empieza a escribir otro guión por si acaso. Una comedia urbana, la historia de su propio romance con Fernanda. Algo liviano, simpático, pero al mismo tiempo «intensamente personal». Comedia de equivocaciones a la italiana, con todo tipo de crítica social, pero liviana y divertida. El padre de ella que los fulmina y maldice blandiendo una espada del Cid Campeador, su pariente lejano. La madre que se ofrece para calmar sus ansias sexuales con tal de que deje tranquila a su hija. Un *graduado* a la chilena. Se puede llamar así incluso, *El titulado* o *El licenciado*, para hacer un guiño a la película de Dustin Hoffman. Todo en tono demente, sin pies ni cabeza, cambiando situaciones y lugares para que su familia política no se ofenda. Pero pronto la obligación de ser divertido cada tres escenas lo angustia. Siente, mientras escribe la comedia, que tiene algo importante que decir en la otra película, la de *El río*, que por pura cobardía no quiere filmar. Y él quiere ser valiente, eso es lo que más le importa en el

mundo, ser valiente al menos en el cine si no puede serlo en la vida.

Vuelve a la primera versión de *El río*. Pega, en un documento en blanco, escenas que rescata de una versión y de otra. Está contento. Se levanta de puro entusiasmo, toma agua, coca-cola, jugo de naranja para calmar su ansia, y vuelve a sentarse en su escritorio. Releído con calma, el guión le parece torpe, debutante, pero distinto, raro, genial quizás. Puede ser, quién sabe… No quiere sacrificar el impulso, la originalidad, pero quiere que se entienda. Corrige tímidamente entonces, intenta simplemente arreglar un poco lo que parece demasiado ilógico sin tratar de explicar mucho, dejando que sople un poco la locura. No puede. Se encuentra hundido, corrigiendo palabra por palabra, borrando grandes bloques para volver a construir pacientemente su historia. Ya no es su guión, siente, está lleno de desarrollo, de antecedentes, de consecuencias, ya no es suelta, libre, revolucionaria. La voz en off explica demasiado. Típico recurso de las películas chilenas eso de la voz en off. Es mejor dejar que la película se cuente sola. Pero la gracia de la novela es que no se cuenta sola, es que hay una voz esquizoide que la cuenta. ¿Cómo mostrar en la película que el protagonista que cuenta la historia miente para seducir a su siquiatra? ¿Cómo dejamos en claro que el niño es un sicópata que trata de ser lo que su doctor quiere que sea, que no tiene verdadera conciencia del bien y el mal, que es un seductor, que es un peligro y al mismo tiempo una víctima?

En el libro todo eso respira entre líneas, pero en el cine no hay espacio entre las líneas, lo que se ve, es. No hay duda. Vuelve a empezar desde la primera página y los detalles y los cortes por fundidos… no, fuera, mejor que sean directos, crudos, sin adornos. ¿Y cómo mostrar que está drogado el que cuenta la historia sin mostrar que se droga? ¿Cómo mostramos que no confiamos en lo que nos cuenta el niño sin que desconfiemos de la película entera?

Los ojos chirriantes, la cabeza llena de palabras. No puede más. Se levanta bruscamente, saca su chaqueta de la silla.

—Voy y vuelvo —le avisa a la Lili, cerrando la puerta tras de sí.

48

Necesita la calle, el ruido, la gente, pero el barrio donde Fernanda lo arrastró a vivir no tiene nada de eso. Cuadrados de pasto, árboles nuevos, rejas, condominios, una empleada asustada corriendo hacia su casa y un auto que vigila la vegetación. Silencio, frío, una gasolinera al fondo de las callejuelas. Finalmente, en plena avenida Vitacura, el supermercado, donde al menos hay música ambiental, colores, productos y señoras que, como Fernando, pasan la tarde entera a la espera de que sus carros choquen con otros carros y empiece algo parecido a una conversación.

Pero él ni siquiera puede refugiarse en las compras. No tiene cheques y menos tarjetas de crédito. Su esposa no le negaría un aumento de su mesada (cinco mil pesos al día, diez si tiene que ir a comer con un amigo) si él se lo pidiera gentilmente; lo dejaría hacer una compra intempestiva al mes. Pero tiene que pedir, tiene que sonreír, tiene que agradecerle a Fernanda, tiene que prepararse con tiempo para ser impulsivo, tiene que prever para improvisar.

Intenta mirar los productos en las góndolas como cuadros de una exposición —analizar su color, su forma—, hasta que finalmente, en la pescadería, unos gritos atraen por fin su atención. Una empleada muy joven, una niña muy pálida con el pelo rojo se niega a sacarse los *piercings* que lleva en la nariz y en el labio.

—Uno de los dos, Eli, por lo menos uno de los dos. ¿Qué te cuesta?

La evidente belleza de la niña ablanda al gangoso supervisor, que quiere negociar.

—¡No me toques, milico de mierda, rata asquerosa! —insulta la niña, sacándose la toca y el delantal con vistoso gesto de asco y arrojándoselos a la cara al supervisor.

—No te vayas a ir así nomás, oye. Eso no se hace. Aquí uno renuncia con un día de antelación, por lo menos —dice el supervisor, tratando de arrastrarla hacia él.

—¡No me toques, degenerado! —vuelve a chillar la Eli, mientras aplasta los pies de su captor con sus botas.

Más forcejeo, más escupos y finalmente la niña que blande como arma un trozo de corvina.

—¡La mercadería no! ¡No toques la mercadería! —palidece el supervisor ante el sacrilegio.

—¡Pásate tus pescados por la raja! —le responde ella, lanzando al suelo la corvina, escupiendo justo sobre las agallas del pescado.

—¡Vas a tener que pagar! ¡Esto no se va a quedar así, ya vas a ver!

Voy a hablar con don Julio —grita inútilmente el supervisor, mientras la niña avanza hacia la salida con su dedo medio retrospectivamente apuntando hacia el cielo.

Fernando, intrigado, sigue a la niña hasta una plazoleta vecina donde, creyéndose sola, se sienta a llorar. Mi mami me va a matar cuando sepa, gime, sin preguntarse quién es ni qué hace ese señor que se sienta a su lado.

—Lo único que quería era tocarme las tetas, el hijo de puta —sigue quejándose del supervisor.

Fernando no puede evitar observar que la niña, como todas las mujeres que hablan intensamente de sus pechos, apenas tiene senos, pero sí una linda cara redonda y blanca, de rasgos definidos y delicados. Una cara de actriz muda que contrasta de modo alarmante con los *piercings*, el tatuaje en la nuca y el pelo intensamente rojo sobre la cabeza.

La niña tiembla un poco de frío, suspira ligeramente y sigue insultando al supervisor y regañándose a sí misma por confiada, por no mandar a la mierda a este hijo de puta desde el principio. No es justo, los hombres lo único que quieren es tocarle las tetas a ella, a los fascistas lo único que les importa es que se saque los *piercings*, a su mamá lo único que le interesa es que se quite la tintura encendida del pelo.

—¿Quieres un helado? —interrumpe tímidamente Fernando las lamentaciones de la niña, que por fin parece verlo, sonreírle con dulzura, con piedad, con una suave y jovial sorpresa.

—¿Un helado? ¿Qué crees que soy, una niñita? —lo corrige en un tono completamente infantil.

—Un trago, entonces.

—Eres bien loco tú —decide ella—. Un helado, un trago, un trago, un helado, eres bien loquito tú.

Y en menos de un segundo pasa así de la desolación completa al entusiasmo, a la alegría incluso. Y habla del Freddy, de la Laura, del Huguito, del Pelado. Cuenta su vida sin preguntarle nada a su interlocutor. Se levanta, se vuelve a sentar, camina.

—¿Quieres conocer al Freddy? No te quedes sentado, ven conmigo.

49

Y le muestra el barrio, al otro lado del río, la población campesina de Lo Barnechea, lunar de pobreza en medio de las mansiones y condominios nuevos que intentan trepar hacia el cerro Manquehue. Guiado por la niña, jugando a ser una hada distraída, bajan hacia el lecho seco del río donde sus amigos patean ruedas inútiles y envases de plástico. Conversan con total naturalidad con ese hombre que podría ser su padre. No le explican nada, siguen con sus diálogos de ayer o de anteayer.

Oír, qué alivio, acomodarse suavemente en el otro, con calma, volver a ser feliz como un feto en el útero. ¿Cuánto tiempo hace que no escucho?, piensa de pronto Fernando mientras absorbe con una suave sonrisa el relato de la joven. Solo escuchar, nada más que escuchar. ¿Cuánto tiempo llevaba fingiendo que lo hacía, solo para perderse en la nada? ¿Cuánto tiempo llevaba adivinando lo que va a decir el otro, pasándolo por alto incluso sin detenerse a escuchar por escuchar, gratis?

El río diminuto que allí se deshace en brazos y riachuelos rabiosos, las montañas y el sol redondo y frío sobre los volcanes, la luz rosada y naranja y púrpura, y finalmente los jóvenes del Mapocho que patean cajas en el suelo mientras hablan de todo y de nada. La primera imagen de un nuevo documental, piensa instantáneamente Fernando. El río de la novela de Gómez Morel, cincuenta años después. De pronto, plano de las casas con jardines regados por las empleadas cuyos abandonados hijos viven en la otra orilla. Después un giro de cámara de 180 grados hacia las casuchas de madera y el peladero y los caballos hambrientos recorriendo el lecho del río, rastreando basura. Los ricos, los pobres, el campo, la ciudad, el pasado, el futuro: un solo plano sin cortes, las dos orillas frente a frente. Los créditos, sin música: *Mapocho*, una película de Fernando Girón.

En realidad, dos películas en una: el documental sobre los jóvenes de Lo Barnechea y la adaptación de *El río*, de Gómez Morel. Una sola película de por lo menos cuatro horas de duración, en varios formatos y varios tiempos. Dos orillas, el pasado y el presente. La ficción y el documental. El mito y la realidad. Todo Chile en una sola película que ya sentía, sin cámara y sin luces, que se filmaba dentro de él.

Pero ya es de noche y Fernanda seguramente ya llegó a la casa preguntándose dónde cresta se metió su marido. Sintiéndose culpable por haber mirado demasiado la armoniosa cara de Elizabeth, Fernando se disculpa con los jóvenes y corre de vuelta a su hogar.

Tiene que anotar la idea antes de que se le escape, empezar a escribir un guión nuevo que integre la historia de Gómez Morel en este nuevo contexto. Una gran película o un bodrio inservible si se equivoca un milímetro. Los semáforos, los faroles, los perros en las rejas intentando morderlo. Suda entusiasmado, tiene miedo de que un ataque cardíaco lo mate allí mismo justo antes de empezar a filmar su obra maestra. Llega a su casa, donde la Lili termina de anotar un recado que no entiende del todo.

—Se murió un amigo suyo, dijeron. Gastón Labbé. Lo atropelló un tren, parece. Anoche. Hablaban muy rápido, no alcancé a anotar bien lo que dijeron.

50

Un tren… Qué huevada más grande. Solo le puede pasar eso a Gastón. Se necesita un tren, todo un tren a toda velocidad, para matar a ese huevón. Un tren, este huevón atropellado por un tren… ¿Pero qué se hace en estos casos? ¿Qué tengo que decir?

Le avergonzó de pronto su ropa mojada de sudor, su aliento descosido, su pelo desatado y recordó de nuevo a los niños en el lecho del río, el brillo del crepúsculo en el pelo rojo de Elizabeth. Fue joven un segundo, se olvidó de todo, un minuto, un segundo de descuido, una sonrisa de más a esa niña en el supermercado y los muros de la represa se llenan de filtraciones y el cemento se hace arena y viene la ola, la inundación.

Fernando repara de nuevo en Lili y vuelve a pensar en Gastón Labbé. Ya no hablamos solo de una estafa, solo de un robo, de plata, de cifras. Ahora hay sangre. Un tren en medio de un tipo, un grito justo antes de morir. Un muerto. La muerte misma presente, aquí, ahora. Se acabó, volvió a repetir para sus adentros, y de pronto la exclamación se volvió un alivio. Se acabó la productora, se acabó la deuda, se acabaron los amigos de antes, el círculo se cierra. Se acabó, ahora hay un muerto, un barranco, un espacio vacío. Todo tiene sentido ahora. Un punto y aparte que termina con el párrafo, un clímax le da sentido a la película. Y Fernando se peina el pelo sudado como si acto seguido tuviera que dar una conferencia de prensa sobre la muerte de su amigo.

—No se preocupe de nada —le dice a la Lili, que no está ni ligeramente preocupada—. Todo va a estar bien. Va a ver que todo va a estar bien.

51

Nos damos el lujo nuevamente de sobrevolar la ciudad y posarnos inesperadamente en las Pompas Fúnebres Carrasco de la avenida Portugal.

¿Maquillaje, seda, flores, manillas plateadas, cedro barnizado? Pablo Labbé responde entonces a todo que sí, lo más caro, lo mejor que tenga, mientras ve a su hermano acercarse a la trastienda de la funeraria donde los maquilladores preparan a su padre. Pablo, por primera vez en su vida, pide un crédito de consumo al banco sin mirar siquiera los intereses: va a pagar de una sola vez todos los gastos funerarios de su padre, sin consultar al resto de la familia.

Tranquilo, Simón, dice Pablo, harto ya de haber presenciado todo tipo de espectáculos protagonizados por su hermano.

Se abrazan. Simón jura que esta vez no va a gritar, que está calmado, que sabe lo que está haciendo. Y lo intenta, muy despacio, como si acabara de cumplir noventa años esa misma mañana. Un paso, dos, tres, un segundo o dos de fingida calma, de ensayada solemnidad, y luego sus cejas que se tuercen, su boca que las imita, sus mejillas que se arrugan y los ojos llorosos en su cara que se estruja como un trapo y llora y gime y maldice.

—¡Te mataron los hijos de puta! ¡Te asesinaron los conchesumadre! —dice una voz derretida por las lágrimas. Simón se arrodilla a sollozar hasta que Pablo se apiada y se acerca a levantar del suelo a su hermano—. Es mi culpa, yo lo dejé morir, huevón. Si me hubiera quedado con él, estaría vivo… —gimotea en los brazos de Pablo.

—No es tu culpa. Tú no hiciste nada malo, lo acompañaste todo lo que pudiste.

Simón levantó los ojos desorbitados, unos ojos que brillaban con fanatismo.

—No se mató, lo mataron. Lo cagaron, los maricones, lo cercaron, lo envenenaron hasta matarlo, los hijos de la gran puta.

Sí, claro, aprueba Pablo con la cabeza, porque sabe que es inútil discutir ahora los detalles. Dos empleados de la funeraria ayudan a Simón a levantarse. Pablo, exhausto, mira cómo su hermano abandona a tropezones la trastienda de la funeraria. Luego se gira y, para su sorpresa, se encuentra por primera vez frente a frente con el ataúd.

—¿Quiere ver cómo quedó su papá? —le pregunta el maquillador de cadáveres.

La cara hinchada de Gastón Labbé, con dos capas de base de maquillaje y toda suerte de bandas y parches que mantienen apenas

unidos los huesos rotos de su calavera. Asustado por el espectáculo, Pablo desvía los ojos hacia el cielo raso para respirar hondo. A eso lo redujeron, a una caricatura informe y asimétrica. Una pelota de esas de las pichangas, destrozada a punta de barro y patadas. Tiene razón, mi hermano. No soportaron que fuera generoso, no soportaron que fuera libre, no aguantaron que fuera auténtico el papá. Le echaron los perros encima, lo echaron a patadas, lo mataron de a poco.

Y le duele ahora a Pablo la sonrisa condescendiente con que tantas veces trató a su padre, las veces que le aconsejó ordenarse, ajustarse a un presupuesto mensual, dejar de huevear tanto. Le duele no haber entendido el mensaje de su padre, su lugar en el mundo, no haber luchado siempre de su lado, y su sonrisa irónica, su impaciencia, todo eso le da ahora náusea, asco y rabia. Le duele haber colaborado de algún modo, él y su corbata, él y sus amigos del gobierno de la Concertación, con los que persiguieron a su padre.

Un héroe, su papá, piensa con la vista pegada al cielo raso para evitar la cara del cadáver. Un valiente, un combatiente que se desangró sin quejarse de sus heridas. Los viejos estandartes, la revolución, el MIR, la lucha, la honestidad frente al descaro, al acomodo de la transición política, la mentira, la corrupción, piensa afiebradamente Pablo. La felicidad asquerosa de los felices. El ruido de los autos en la avenida Portugal, la mañana que sigue como si nada. Los asesinos, todos los asesinos que sonríen pensando que son incapaces de matar a alguien, que son inocentes, todos esos hijos de puta que no matan ni a una mosca pero sí a todo el resto de los insectos.

—Le tuve que poner un ojo de vidrio —explica el técnico funerario —. Lo deshinché como pude. No sé cuánto va a durar así. Yo que usted le tapo la cara. Me da lata porque trabajé un montón en su papá, pero la verdad es que es lo mejor para ustedes.

El maquillador indica la ventanilla del ataúd. Pablo no se resigna e intenta encontrar tolerable la imagen de su padre entre algodones y vendas. Parece un cantante de Las Vegas arruinado. Muñeco de cera semiderretido y con peluquín. Espantapájaros después de un ventarrón. No, no hay manera, decide Pablo, y con un solo gesto del mentón permite que el empleado deje caer una cubierta de cedro barnizado sobre el rostro de su padre.

52

En el entierro, Fernando juntó valor y se acercó a Pablo Labbé. De todos los hijos de su ex productor de campo, le pareció que el más largo y encorbatado, el que no se derramaba como los otros en gritos y llantos histéricos, era el que mejor entendería la sinceridad de sus condolencias.

—Yo quería mucho a tu papá. Éramos como hermanos, tú sabes… Era una gran persona tu papá, un gran tipo, un gran amigo…

¿Un amigo?, parecía preguntar el silencio impasible con que Pablo recogía, pesaba, timbraba las frases de Fernando. ¿A los amigos se los echa a patadas del trabajo?

Mejor no sigo, supo Fernando. Trató de detenerse, de frenar el sudor, las disculpas, la picazón por todo el cuerpo, pero el silencio del cementerio pudo más que su voluntad de callar.

—No pudimos hablar al final… Es lo que más lamento yo. No pudimos aclarar las cosas. Es lamentable, no tendría que haber terminado así, no es justo…Yo, de saber lo que iba a pasar, yo habría…

Pero es absurdo, siguió corrigiéndose Fernando a medida que hablaba. ¿Cómo podía saber yo que a Gastón lo iba a atropellar un tren? Después de todo, yo no soy Dios. ¿Qué podría haber hecho de modo distinto si lo hubiera sabido? Lo que pasó, pasó. No tengo que disculparme por no morir, no tengo por qué pedir perdón por estar vivo…

—Yo lo quería a tu papá, yo lo admiraba, eso quería decirte ahora. Era una gran persona. Tenía sus manías, sus obsesiones, como todo el mundo. Eso es lo que lo hacía querible, era como era, era auténtico, no mentía. Eso quería decirte, nada más. Cualquier cosa que necesites, cualquier ayuda que necesites me llamas. Cualquier co…

—Gracias. —Con una súbita sonrisa impermeable, Pablo dio por acabada la masacre—. Muchas gracias —repitió, y retiró su mano de la de Fernando para dejarse abrazar por una cincuentona con anteojos de sol que se lanzó desesperadamente a apretujarlo.

53

Fernando se quedó solo en su rincón de pasto, sin saber qué hacer con las manos. Un segundo, dos, tres, cuatro. Con la mirada intenta preguntarle al deudo qué hacer, pero los ojos de Pablo, achinados como los de Gastón, pero sin la sonrisa que compensaba su cualidad afilada, sin el descaro que en el productor de campo convertía todo en actuación, en juego, lo evitan ahora.

Un minuto entero Fernando se queda esperando hasta que otra ola de abrazos le sirva de excusa para abandonar discretamente el prado y, cojeando de vergüenza, volver a la loma donde lo espera Fernanda, que sabiamente no quiso perder su neutralidad.

54

—No me saludan los conchesumadres. Los conozco de toda la vida y no me saludan —se queja al llegar a la altura de su esposa—. Hijos de puta, hijos de la gran puta, les di trabajo a todos, los ayudé cuando no tenían un peso, les salvé la vida a varios y no me saludan.

—Ponte derecho, mi amor —contesta la esposa, refrenando su impaciencia. Tiene la impresión de que ha vivido esta escena cien mil veces—. Ya, pues, cambia esa cara. Más derecho, más derecho. Sonríe. No les des el placer de verte sufrir a estos peleles.

—¿Por qué me odian tanto estos huevones? Yo no los odio a ellos, yo los quiero a casi todos. ¿Qué les cuesta saludarme aunque sea?

—Pero mira cómo son. Mira lo cagados que están todos.

Y Fernanda le muestra a su marido el cortejo funerario con la punta más asqueada de sus dedos. Mujeres gordas o demasiado flacas que no se cortaron su pelo largo a tiempo, viejos con botas vaqueras, hinchados electricistas, tristes maquilladoras, perdidos militantes de ayer leyendo poemas y saludos combativos con el puño izquierdo que no se atreven a levantar del todo.

—No le da ni para odiar a esa gente —sigue diagnosticando Fernanda.

Tiene razón Fernanda, concede el cineasta. Todos estos coqueros, todos estos vagos redomados, definitivamente no son capaces de algo tan riguroso, tan persistente, tan trabajoso como el odio. Pero, ¿y esa mirada de Pablo, que intenta asegurarse de que Fernando sigue en su rincón, de que no se ha mezclado con el cortejo? ¿Y Simón, el más sudado y desaliñado de los hijos de Gastón, que mira directamente a Fernando con todo el desprecio del mundo? Simón, que le habla al oído a su hermana, y su hermana que le habla al oído a Celery, que le habla a su vez al oído a Trabucco, y Trabucco al oído de Hernán Duclós, quien de mala gana obedece y, cavilosamente, camina hacia la loma donde está Fernando Girón.

55

Dos siluetas mudas, una conversación al oído. La resistencia de Fernando, primero, su negativa de plano y luego, finalmente, su aceptación resignada. Otro apretón de manos y Duclós se aleja con gesto respetuoso para volver al cortejo fúnebre, dejando a su amigo encogido y pálido.

—Quieren que nos vayamos —le informa a su esposa que se ha mantenido distante, intentando evitar que su marido la exaspere del todo—. El hijo mayor dice que no va a continuar la ceremonia hasta que nos vayamos nosotros.

—Vayámonos entonces —decidió a solas Fernanda.

—Este es un lugar público, no nos pueden echar así.

—Es su muerto, mi amor, pueden hacer lo que quieran con su muerto —dijo Fernanda, acariciando la nuca de su marido con impaciencia y cariño—. Vámonos, será mejor. Dejémoslos que se metan su entierro por donde les quepa.

—No son dueños de Gastón —refunfuña el cineasta—. Yo a Gastón lo conozco mejor que todos estos huevones juntos. Quince años trabajando juntos, quince años uno al lado del otro. Quince años. Nadie ha trabajado más tiempo con este gallo en el mundo.

—No hagamos el loco, por favor —suspira con disimulado hastío la esposa—. Vámonos ya.

—Yo lo quería a este huevón. Yo a este huevón sí que lo quería.

—Yo me voy. Si quieres, tú te quedas. Yo ya no tengo nada que hacer aquí…

Finalmente, Fernando obedece y camina detrás de su esposa. Las otras tumbas en el pasto, los cipreses, los pinos, las palmeras, los ángeles de cemento, las araucarias. A dos pasos del portal, Fernando se vuelve hacia el cortejo.

—¿Por qué me odian tanto? ¿Pero qué les hice yo? ¿Qué hice mal? —parece rogarles a las sombras en la lejanía, allí donde ven bajar lentamente el ataúd en un montacargas.

Una frase, un gesto, una bendición, un desmentido que le permita seguir su camino sin volverse a cada paso, sin sentir en su espalda la fiebre y la electricidad.

—Yo no maté a nadie —asegura a las pequeñas siluetas en la lejanía —. Yo no podía saber lo que iba a pasar. Yo no soy adivino.

—Ya, pues, mi amor. Salgamos de aquí. Este lugar es un horror. Todo ese pasto, todas estas lápidas tan blancas… Parece un supermercado, es lo más sórdido que hay. —Llama impaciente

Fernanda a su marido—. No mires hacia atrás. Se acabó este circo. Vámonos a casa.

Pero Fernando no obedece y se da la vuelta hacia atrás, una, dos, tres, cinco, cien mil veces, incorporando las volteretas a su modo de caminar. Luego el cortejo se hace demasiado ínfimo en la distancia y ya están en la explanada de la entrada y no hay nada que se pueda hacer.

56

Fernando había cometido la imprudencia de estacionar fuera del cementerio y le acababan de arrancar los retrovisores.

—Por la mierda, los hijos de puta… —empieza a gemir, a moverse y removerse como si le hubiesen arrancado un dedo de raíz—. Justo a mí, justo ahora… ¡Que se vayan a la chucha, que se vayan todos a la misma chucha!

Y sin poder controlarse esconde la cara y se larga a llorar sobre el capó del auto.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué siempre a mí?

Lloraba más y más y más, sin control ni sentido, como si necesitara llenar de lágrimas una zanja, un valle, un desierto entero.

—Ladrones de mierda —gemía sin oírse, sin importarle que lo oyeran—. Ladrones, hijos de puta, hijos de la gran puta, ¿qué les hice yo? ¿Por qué me odian tanto? No tengo la culpa, yo no tengo la culpa… Hijos de la gran puta…

Fernanda permanecía impávida a unos metros de su marido. Si me necesita, pensaba, que estire su mano hacia mí, que pida esa ayuda que normalmente le doy gratis, que se agache al menos, que me lo pida de rodillas. Que llore si quiere llorar, que se hunda en sus lágrimas, que se ahogue en sus mocos. Que nade, porque sabe nadar, sabe perfectamente salvarse cuando quiere. Por eso no me da pena, por eso yo no lloro por él. Sabe nadar, sabe salvarse solo. Ahora no quiere y ese es el problema, siguió pensando Fernanda. Ese es todo el problema.

Pero el llanto no se calmaba. La cara de Fernando por una escalera de caracol hacia el niño que fue. Recorría el llanto todas sus edades, iba a llegar hasta el lactante, el recién nacido, el feto, cuando Fernanda se apiada e intenta acercarse. Pero ahora es Fernando el que parece apartarla, el que quiere agotar su llanto solo, beber toda su sal. Hasta no tener más que hambre, sed, frío o calor.

57

Entonces, y solo entonces, permitió que Fernanda lo abrazara. Aceptó muy despacio, vacilando a cada centímetro, sus mejillas, sus senos contra su espalda, su tamaño más pequeño que el suyo, pero que misteriosamente lo englobaba y cubría.

No había ruego ya, ni traducción, ni piedad. El llanto había llenado el espacio que los separaba. Había que nadar, es cierto, para alcanzar la otra orilla, pero entre ellos había algo, olas, viento, peces.

—Quiero un hijo —dijo ella con total frialdad—. No me importa cómo. *Necesito* un hijo. Ahora.

No dejó espacio para una objeción, una duda. Era una oferta de una sola vez. Fernando no tenía que decir nada, solo quedarse si aceptaba el trato o correr a perderse si no le interesaba.

No se movió. Solo ajustó un poco más su cuerpo al de su esposa en señal de aceptación. Estaba hecho, dicho, consagrado. No sabían qué, solo sabían cuándo, ahora, ahora mismo. El resto de las respuestas no les importaban ya demasiado.

II

1

Juan Carlos Riquelme volvió a Chile un martes de un ardiente mes de febrero, exactamente tres años después de haberse ido.

Caminó así solo, delgado, moreno y recién afeitado, llevando un pequeño bolso tricolor entre los brazos. No podía haber elegido un paisaje que se le pareciera más. Rocas como costillas de un animal sacrificado, polvo estéril, espinos secos, la estatua del Cristo Redentor que celebra la accidentada amistad chileno-argentina, túneles, carreteras improbables y las nieves eternas en las cimas solo unos metros más arriba.

Acompañado entonces por el paisaje, con toda discreción, con completa humildad, entró Juan Carlos al recinto policial. Le pidieron que se sentara y esperara allá al fondo. Obedeció sin inmutarse, doblando una pierna sobre la otra con extraña coquetería femenina. Se quedó allí en silencio, sonriendo ligeramente para no correr el riesgo de desagradar a nadie.

Los carabineros, detrás del mostrador, lo miraban con indiscreta curiosidad mientras alargaban lo más que podían la espera del recién llegado. Finalmente, un capitán se apiadó y lo llamó con voz brusca.

—¿Qué quiere?

—Vengo a entregarme —tembló ligeramente, muy ligeramente, el contador—. Tienen una orden de arresto contra mí.

El policía empezó a revisar instintivamente el cartel con las fotos de los diez criminales más buscados del país.

—¿Cuál es su nombre?

—Riquelme Rondini, Juan Carlos Orlando —le dictó a otro funcionario, que buscaba en la base de datos de un computador.

—No lo encuentro. ¿En qué año más o menos cometió el ilícito?

—Hace dos años, más o menos —intentó precisar Juan Carlos, que había imaginado su arresto como algo rápido, solemne, fríamente legal. Nunca esta modorra burocrática, nunca esta tan chilena falta total de dramatismo.

—¿Ese es usted? —Y el carabinero giró la pantalla de su computador para mostrarle a Juan Carlos Riquelme su foto en blanco y negro. Su cara hinchada, sonriente, insomne, feliz y cansado sin razón, desenfocado, barbudo, cubierto, disfrazado, escondido—. Ahí está: falsificación de documento público, fraude al fisco.

—Sí, soy yo.

—Pucha, que está cambiado —comentó el capitán—. Está arrestado, entonces. Vamos a llamar a Investigaciones en San Felipe. Siéntese.

Carrasco, vigílelo.

Quejoso, el cabo Carrasco salió de detrás de su escritorio y acompañó a Juan Carlos Riquelme hacia la silla de formalita blanca donde volvió a sentarse el contador con una sonrisa incómoda que intentaba disimular una indudable sensación de triunfo.

2

—¡Ah, tú eres el que estafó a Juanito Web! —exclamó un teniente.

Y el resto de la dotación se sintió de pronto iluminada. Claro, es él. Es el mismo que salió en la tele.

—Fue hace mucho tiempo —comentó con humildad el arrestado.

—Un café, Carrasco, tráiganle un café al amigo. Juanito Web, tan simpático que se ve por la tele el compadre. ¿Cómo es en la vida real?

La repentina solicitud de los uniformados no hizo sino aumentar la timidez de Juan Carlos. Respondía las preguntas de sus involuntarios captores con frases resbalosas y vagas.

Los carabineros luego vieron con decepción cómo terminaba su asedio al llegar la patrulla de Investigaciones al retén.

—¡Ya, levántate! —ordenó con pachorra el jefe de los detectives al detenido. Con una mueca de desprecio indicó el pequeño bolso tricolor que Juan Carlos llevaba consigo—. ¿Eso es tuyo? ¿Qué llevas ahí?

—Objetos personales.

—A ver, a ver… —desconfió el detective, mientras ordenaba a uno de sus subordinados que levantara el bolso del suelo y lo abriera para que él, con las cejas torcidas de orgullo de sabueso, hundiera su mano entre las camisas sucias para extraer, no los fajos de dólares que esperaba encontrar, sino un desodorante en barra envuelto en un calzoncillo más bien amarillento.

Humillado por su hallazgo, el detective en jefe ordenó a gritos a sus subalternos:

—¡Esposen a este payaso! Lo interrogamos mejor en San Felipe. Llévenmelo para el auto. Ya, pues, apúrense, no tenemos toda la tarde.

3

Juan Carlos, en el asiento trasero de la patrulla, miró las montañas que daban paso a más montañas, y un desfiladero negro y gris, y un cóndor que planeaba a lo lejos, y un río rabioso que se convertía sin previo aviso en una cascada. El mundo antes de tener nombres, el primer día de la Creación y después el segundo, el tercero, álamos y un poco de pasto y los rieles de un tren que ya no corría por esas alturas y un camión que esperaba repuestos.

Pronto la brusquedad de los detectives se condensó en bromas tontas, apodos de allá abajo, preguntas primero violentas e impertinentes, luego amables, casi gentiles. Así, en medio del murmullo de voces, Juan Carlos volvía a tener cuerpo, piel, como si la conversación chilena, las noticias de los últimos tres años que los detectives le entregaban en un boletín sucinto (las elecciones que casi ganó Lavín, pero que al final ganó Lagos por tres puntos; la Marlen Olivarí, una nueva mina rica que desfiló sin calzones en Calama), le devolvieran entidad y sentido a sus huesos.

—¿Qué hiciste con la plata, compadre? —pregunta por fin un detective.

—La gasté —responde incómodo Juan Carlos, inexplicablemente sorprendido por la pregunta.

—Te diste la gran vida, compadre… —sonríe cómplice el jefe de escuadrón—. Minas, trago, fiesta…

—Trabajé en una constructora y en una pensión —corrige con severidad el detenido al policía.

—¿Para qué, si eras rico? —se extraña el resto de la patrulla.

—Es muy cara la vida en el extranjero —responde Juan Carlos, y vuelve a bajar el mentón y a buscar sus rodillas.

Serio, silencioso, casi hostil, desvía la mirada hacia la ventanilla. Ve pasar vacas y ovejas, y casas y perros que corrían tratando de morder las ruedas del automóvil. Disimuladamente, Juan Carlos se acaricia la mano izquierda con la derecha. Un dedo después de otro. Barrancos, valles, montes, falanges y huellas digitales que volvían a tener derecho a dejar sus marcas impunemente sobre barandas, jarrones y cristales. De a pedazos, centímetro a centímetro volvía a sentir su piel, sus dedos, sus uñas muy correctamente recortadas y la palma tibia en que se abrazaban sus manos esposadas.

Pero luego le avergonzó la claridad de su placer. Levantó las cejas y los labios hacia los detectives para cubrir mejor el reencuentro de sus manos.

4

—¿Qué diría usted a las víctimas? —le pregunta un periodista joven en plena improvisada rueda de prensa en el cuartel de Investigaciones.

¿Qué le diría? Juan Carlos se queda callado unos segundos. ¿Qué les puede decir? ¿Que pensaba en ellos todos los días? ¿Que rezaba por ellos todas las noches en distintos hoteles paraguayos? ¿Qué están dispuestos ellos a escuchar? ¿Que les robó por amor?

—Nada —termina por confesar—. Lo que pasó pasó, ya no se puede hacer nada.

—¿No les pediría perdón, por ejemplo? —trata un reportero de empujar su titular de mañana: «Contador de la farándula pide perdón a los famosos» o más efectivo aun: «Contador de la farándula: “pido perdón”». Y abajo una foto pequeña de alguno de los famosos, preferentemente mujeres, que rechazan las disculpas.

—¿De qué serviría eso ahora? —suspira el contador con repentina severidad—. Yo vine a aclarar todo. No quiero que sigan pagando justos por pecadores, eso es todo. A eso vine, a que se haga justicia. Gracias, me tengo que ir, me están esperando para almorzar.

Y sin levantar los ojos del suelo, empuja su silla hacia atrás, se levanta y camina hacia la sala de guardia del cuartel de Investigaciones de San Felipe.

5

Orgullosos de alojar a una celebridad, los detectives del cuartel agasajan a Juan Carlos Riquelme con bebidas, empanadas y hasta un poco de vino tinto.

—Ya, pues, no nos hagas el desaire, tómate aunque solo sea una copa más —exigen a coro.

—Gracias, pero no tomo —se disculpa Juan Carlos—. Tomaba harto cuando joven. Me metí en muchos líos por culpa del trago.

Pasa por alto que los mayores líos los había tenido sobrio, por exceso de sobriedad. Toma la botella de Fanta y se sirve, soportando con espíritu de *fair play* las silbatinas de los detectives. «Maricóooonnn, toma, hazte hombre. »

—Riquelme, al patio: te vienen a ver.

Juan Carlos se disculpa ante su auditorio y camina hacia el jardín. La hiedra seca, los arbustos polvorientos, las flores pulverizadas por el sol y, debajo del parrón, la Nelly, temblorosa y compacta, con un vestido azul demasiado abrigado para el calor aplastante del valle del Aconcagua.

—¿La niña? —pregunta Juan Carlos, pálido.

Porque sentía que solo la presencia de su hija, de eso que tenían en común, que los mantenía unidos a la distancia, podría haberlo salvado de la pregunta directa, dolorosa y urgente que a continuación Nelly le lanza a la cara.

—¿Por qué volviste?

—¿Trajiste a la niña?

—Te van a matar. ¿Tú sabes eso? No te van a dejar ni un hueso bueno tus amigos de la tele.

Tan pequeña, tan cuadrada, tan real la Nelly, piensa Juan Carlos, que durante tres años había dialogado con el rostro sin cuerpo, sin tamaño de su mujer vuelta fantasma.

—Ya sé, no te preocupes, lo tengo todo pensado. ¿La niña sabe que estoy aquí?

—Para ella tú estás muerto. Eso le dijo a todas sus amiguitas del colegio nuevo… Lloraba todas las noches al principio, fue terrible, adelgazó mucho, la tuve que cambiar tres veces de colegio… —Pierde el aliento, hace una pausa, respira hondo y, más calmada, vuelve—. Tu hermano Germán está frenético con esto, se lo tomó como algo personal, no habla de otra cosa, se pasa el día consiguiendo plata, firmas, apoyos, cualquier cosa con tal de sacarte de la cárcel…

—Dile que no quiero nada. —Se levantó con un reencontrado

orgullo patriótico Juan Carlos—. Yo no quiero que nadie más se sacrifique por mí, no quiero que sufra nadie más por culpa mía. Ya pagaron demasiado justos por pecadores en esta cosa. Se dijeron muchas mentiras, se engañó a demasiada gente, yo vine a decir la verdad. A eso vine, eso es lo único que me importa ahora, que se diga toda la verdad…

—Eres un justiciero, entonces. A eso viniste, a salvarnos a todos.

Y Juan Carlos no puede impedir sentir el calor abrasivo de la ironía sobre su piel.

—¿A quién le importa la verdad, por favor, Juan? Todo estaba tan tranquilo, todo se estaba empezando a arreglar para nosotras y tú vuelves con la tontería esa de la verdad.

—Yo sé que lo hice todo mal, yo sé que me equivoqué contigo; por eso vine, a explicarte a ti también, a contarte…

Pero la Nelly, aleonada, lo interrumpe.

—¿Qué te costaba escribir por lo menos, qué te costaba llamar por teléfono siquiera?

—Te llamé…

—Dos veces en tres años. Eso no es llamar.

—Yo nunca fui bueno, Nelly. —Juan Carlos aprovecha que ella retoma su aliento para tratar de imponer el discurso que traía ensayado desde Paraguay—. Yo traté de hacer las cosas bien, yo traté de ser un buen marido para ti, yo traté de ser un buen hombre, pero no pude. No me salió. La iglesia, el partido, las actividades en el centro de padres de Javier, todo eso era una gran mentira. Yo no quería seguir mintiendo, yo no quería seguir mintiéndote, yo quería vivir con la verdad. Yo no quería engañarte más.

—¿Tú crees que me engañaste un solo segundo, Juan? —interrumpió tempestuosamente la Nelly—. Quizá soy una tonta, quizás soy una ignorante, pero no soy ninguna ingenua. Yo siempre supe que eras distinto a los demás. Yo pensé que eras distinto porque eras mejor que los demás, pero eras peor, mucho peor. Ese fue mi error. Mi error, mío y de nadie más. Yo la cagué solita, no tiene nadie que venir a meterse…

Iba a seguir la Nelly con cada vez más fuego, más rabia, más viento, pero se paró en seco porque se había jurado, antes de la entrevista, evitar todo sentimentalismo innecesario.

—¿Cuándo te llevan a Santiago? —preguntó, evitando a conciencia los ojos del contador, que la seguían con encendida admiración.

—El jueves, dicen. De aquí directo a la Penitenciaría hasta que termine la investigación. Pero no hay nada que investigar, yo ya dije todo lo que tenía que decir. No tienes que venir a verme, si no quieres. Solo me gustaría ver a la Mabel, cuando ella quiera. Nada más. Si quieres que nos separemos, lo hacemos cuando quieras. Yo no tengo

problemas con eso. Podemos empezar los trámites ahora mismo si quieres.

—Yo me casé una sola vez y para toda la vida. Sé que es una tontería, pero así me educaron a mí. Me tengo que ir ahora. Vine en bus, tengo pasaje para las cinco. Tengo que llegar temprano a casa. La niña empieza el colegio mañana. Está en octavo, es la mejor alumna del curso.

Sin levantar la mirada del suelo, se agitó buscando sus brazos, sus pies, su bolso, su falda, para finalmente contraer el rostro y peinarse con extraña coquetería su escaso pelo castaño oscuro.

—Yo quiero que todo sea simple ahora, yo no quiero más enredos, Juan. Eso es lo único que quiero, que todo sea simple. No lo compliques todo de nuevo, por favor, eso es lo único que te pido.

6

Parece Juan Carlos conceder la petición de su esposa. Nada más, se acabó todo, no más enredos, no más palabras, no más complicaciones. Pero como si no pudiera retenerse, toca la mano de la mujer que tiembla pero no huye, que ciegamente, la cara crispada de miedo, repite «no, por favor, no», sin moverse ni un centímetro del alcance de su enemigo. Hasta que el fin se acerca medio paso, diez centímetros, un solo golpe de aliento.

—¿Y Javier, dónde…? —lanzó Juan Carlos, pero las palabras se le atragantaron mientras daba un paso a un costado para que un rayo de sol le ahogara los ojos, los rasgos, y así no ver ni sentir su cara que preguntaba dónde habían enterrado a su hijo.

—Donde tus papás, como tú dijiste —respondió rauda la Nelly, sin querer abundar en detalles. Tenía derecho a evitarse al menos ese dolor, pensó. Nadie, y Juan Carlos menos que nadie, le podía exigir volver a pasar por esto. Un breve movimiento de sus cabezas los liberó a ambos del *impasse*—. No te preocupes, todo se hizo como tú dijiste. Como siempre, todo se hace como tú dices.

7

Hacía tres años que Fernando y Fernanda no veraneaban por sus propios medios. Cercados por las deudas y por los exámenes de fertilidad, no querían ni podían darse ese lujo. A lo más se permitían ocasionales escapadas a la playa, a casas de amigos o familiares que los alojaban como quien acoge a unos hijos adolescentes. Ese verano en particular los sorprendemos en el campo. Los sorprendemos nosotros y también se sorprenden ellos milagrosamente jóvenes, raramente inocentes, sin sospechar siquiera que han vuelto los testigos, que su libertad es más intensa que hace una hora porque, justo en este momento, ha vuelto a ser una libertad vigilada.

Les embargaba en casa ajena una extraña timidez que los excitaba en vez de espantarlos. Hacían el amor por la tarde con la boca tapada por la mano del otro para no despertar a los reales adolescentes de la casa. A escondidas robaban algo del queso de fundo que esperaba en la cocina debajo de un trapo húmedo y se miraban cómplices por encima de la mesa cuando Mario Álvarez, el jefe de Fernanda, se emborrachaba e insultaba a su esposa.

Caminan así de felices y clandestinos esa tarde de fines de febrero de 2001, se suben de pronto a dos caballos misteriosamente ensillados para nadie. Cabalgan, Fernanda con prestancia, Fernando siempre a punto de caerse, hasta la casa de los inquilinos y luego a un prado donde ella galopa a pesar de los ruegos de su marido.

—Ya, pues, Fernanda, ¿no ves que mi caballo hace todo lo que hace tu caballo?

Hasta que, sin previo aviso, se baja ella en plena marcha y se ríe feliz de la torpeza con que su marido trata de imitarla.

—Tú quieres matarme, Fernanda, tú lo único que quieres es quedarte con mi herencia.

Bromea sin aliento el marido levantándose del charco de barro en que terminó por caer.

—¿No hay nadie? —pregunta ella, y recién entonces se atreve a tomarle la mano a su marido y caminar con él entre los parronales.

Sus cuerpos limitados, sudados, plenos y al mismo tiempo humildes, encogidos ante la presencia del tiempo, sin nada ya de desafiante, crispado o agudo. Se gustan, se reconocen, se olvidan, hasta que al final del camino Fernanda ve una alberca de cemento y agua fría que señala saltando feliz.

—Bañémonos —propone, y saltando de gusto queda en calzones y sostén, y se tira al agua.

Fernando, sorprendido por la velocidad y la resolución de su esposa, se queda de pie, vestido, al borde de la alberca.

—Sácate todo, así no vale —ordena el esposo, levantando picarescamente las cejas.

—Me da plancha… Bueno, ya. —Y la niña se desabrocha el sostén y toma sus senos entre sus manos—. ¿Así te gusta? Son chiquititas, las pobrecitas, no sé qué tanto le ven los hombres a las pechugas. Son tan poco elegantes las pechugas cuando están sueltas… Son tan animales… Ya, pues, tírate, no seas fresco, sácate la ropa.

—¿Está muy fría el agua?

—Ya, pues, no seas cobarde, Fer. Empelótate y tírate un piquero.

Y de mala gana, con una ligera sonrisa de sensual complicidad, Fernando se saca los zapatos.

Está a punto de bajarse los pantalones cuando suena insistentemente su celular.

8

Juan Carlos Riquelme, dice la voz al otro lado de la línea.

Juan Carlos Riquelme, repite la voz. En un segundo, en menos que eso, nuestra cámara da la vuelta entera alrededor de Fernando. Es de cristal, se quiebra, una fisura lo recorre ya por entero. Su estafa como la luz fría y directa de un foco, única y sola en el espacio sin color.

—¿Qué pasa? Estás pálido, mi amor —pregunta Fernanda desde el agua.

—Volvió —se limita a decir, sin aclarar el sujeto de su frase—. Vino a entregarse esta mañana. Vino desde Argentina, se entregó, está en San Felipe ahora.

9

Hace casi tres años, Juan Carlos Riquelme salió de Chile como si nada, mostrándole su carné de identidad al policía de Investigaciones en el aeropuerto. El caso aún no había estallado, nadie lo perseguía, solo sospechas, rumores, y no tenía ninguna razón para usar un nombre falso. En Buenos Aires, cuando su caso acaparaba las primeras planas de los diarios chilenos, pensó inventar una identidad falsa: llegó incluso a decidir que se llamaría Álvaro Campos. Firmó así varios registros en pensiones y hostales, pero luego se dio cuenta de que era inútil. Su nombre real tenía justamente la ventaja de ser completamente anónimo, de no atraer hacia él ninguna sospecha.

Se disolvía así en Flores, en Caballito y más allá aun, en las fronteras de lo que los argentinos llaman el cono urbano. Hasta que de pronto oía unas voces hablando en chileno, riendo de alguna broma, gritando en un callejón, y escondía la cara, acercaba su sombra al muro, apuraba el paso y decidía pagar por adelantado el mes de pensión, poner en un bolso lo poco que llevaba encima e irse más lejos, fuera de la ciudad, hacia el norte, siguiendo el río Paraná.

Y ya no solo las voces: la simple palabra «Chile» en la portada de un periódico o en la voz de un locutor de radio, le hacían preguntarse si no se había relajado demasiado, si no había dejado detrás alguna pista que permitiera llegar a él. En esa huida en la que ya ni se preguntaba de qué huía, qué crimen había cometido, imaginaba el país entero, a cualquiera de sus ciudadanos, persiguiéndolo. Volvía a bajar la mirada y a esconder el mentón. Olvidaba decir su nombre a quienes se lo preguntaban y volvía a pagar por adelantado y a tomar el primer bus hasta el pueblo más lejano, y luego llegaba la frontera, misteriosamente sin guardias, y la selva miserable que se le pegaba a la camisa.

Llegó así a Ciudad del Este, el antiguo Puerto Stroessner, en Paraguay. Ahí nadie le preguntaba el nombre a nadie. Hacía demasiado calor, ese calor pegajoso y absurdo como para preocuparse seriamente por algo. Juan Carlos trabajó primero en una cuadrilla reconstruyendo en el barro una zanja que todas las noches la lluvia destruía. Pasó así meses indistinguibles, en una eterna primavera excesiva, cavando y baldeando la poza de agua sucia. Hasta que se dio cuenta de que su obstinada presencia en un trabajo por naturaleza esporádico e inconstante, podía hacer sospechar a los capataces. Renunció sin avisar, un día cualquiera. No se demoró un solo día en encontrar un nuevo trabajo. Se transformó entonces en el

recepcionista del hotel Los Cisnes, propiedad de un libanés a quien Juan Carlos cayó en gracia de inmediato.

Ahora era él quien preguntaba los nombres y las nacionalidades a los pasajeros, era él el encargado de avisar a la policía si veía algo sospechoso. En Ciudad del Este nadie era absolutamente nada, el portugués se mezclaba con el guaraní y ese castellano con ligero acento rioplatense a ratos. Para Juan Carlos, que siempre tuvo talento para imitar otros acentos, no fue difícil hacerse parte de esa confusión. Cuando insistían demasiado, mentía a medias y revelaba que era chileno, de Copiapó, pero que llevaba quince años en Paraguay. Muy pronto no necesitó ya cuidarse ni esconderse. Ascendió a administrador del hotel, arrendó una pieza en casa de una anciana que luego sufrió una apoplejía severa y empezó a depender de él para alimentarse y movilizarse. Dos veces al día le daba la papilla a cucharadas mientras una banda de pájaros hambrientos saqueaba los arbustos del patio. En esa ciudad sin rutina, Juan Carlos se maravillaba de haber encontrado una que le acomodaba.

¿Cuánto tiempo se iba a quedar allí?, pensaba Juan Carlos al mirar la ciudad desde la terraza del hotel. Buscaba con la mirada el Puente de la Amistad que separa Ciudad del Este de Foz de Iguazú, en Brasil, siempre lleno de autos que se devoraban a bocinazos, y esas montañas de electrodomésticos nuevos, y las prostitutas que no saben ya qué edad tienen, y la lluvia, la maravillosa lluvia sobre las carpas de plástico de los comerciantes recién llegados. La lluvia y la selva, que se presiente allá a lo lejos, más allá de los edificios casi nuevos, descascarados por la humedad. Y un rayo de sol anaranjado y rosado en medio de las nubes que dejan entrever por un segundo el cielo luminoso, mientras se instala la noche sobre los toples y los casinos sin nombre donde se juegan Rolex falsos comprados esa misma mañana. ¿Cuánto se iba a quedar? ¿Un año? ¿Dos? Ya no le importaba: su cuerpo había eliminado a la persona que fue, flotando como un fantasma entre dos reencarnaciones sin trascendencia.

Hasta que una sobrina de la anciana, embarazada de un desconocido, vino de Minga Guazú a vivir con su tía. Sus ojos minúsculos y negros empezaron a seguir a Juan Carlos por toda la casa y sus dientes muy blancos aprendieron a sonreír cuando lo oía discretamente intentar ir al baño a medianoche. Ella tampoco dormía y, mientras cosía y limpiaba la ropa a Juan Carlos, escuchaba la radio tarareando canciones de amor llenas de «todo», «siempre», «destino» y «eternidad», pronunciado en su castellano vacilante con puntas de guaraní.

No tenía derecho a amarla, pensaba Juan Carlos, pero no amarla era condenarla a prostituirse, era hacer imposible su presencia en esa casa, y también negarse a esa suavidad nueva, a esa sensación de que

quizás todo volvía a tener sentido y lugar. Y ese quizás es el pecado, concluyó atormentado: pensar que todo puede volver a la normalidad, que él tiene derecho a esa niña, a esos brazos. El amor, ese horror, ese lobo que no le era permitido, y la falta de amor también imposible, su lugar en medio de las dos rejas de alambre de púa, que sabía ahora lo hacían doblemente sospechoso. Y se quedó mirando los equipos de música y video, los vasos, las vasijas, los juguetes coreanos que había comprado sin pensar o pensando en regalos para unos niños hipotéticos, sus hijos seguramente, cuando volviera a Santiago. A Santiago, donde había decidido no volver nunca más.

Vio entonces la trampa abrirse a sus pies, y tuvo vértigo. Mareado pero decidido, volvió a abrir el bolso y a guardar en él las cuatro cosas que traía consigo al llegar a la ciudad. Esperó que los pájaros gritaran desaforadamente a la primera luz del alba para levantarse de la silla y, sin dejar una carta de despedida siquiera, partir.

10

—Tendría que ir a verlo —trató de decidirse Fernando—. Eso sería lo más sano, tendría que ir a la cárcel a hablar con él.

—¿Para qué? —volvió a preguntarle su esposa—. Lo único que va a hacer este gallo es volver a atormentarte. Eso es lo que quiere, a eso volvió.

Fernando Girón decidió hacerle caso a su esposa y pasar por alto sus presentimientos negativos, sus pesadillas diurnas, sus teorías teológicas y tratar el asunto con frialdad ejecutiva. Quizá será buena la llegada de este tipo, quizás tiene razón Fernanda y esto es el comienzo del fin. Pero al día siguiente vio la foto de Juan Carlos en la portada de *Las Últimas Noticias*, delgado y sin barba, con una camisa verde abotonada hasta el cuello. ¿Lo habría reconocido de verlo en la calle, así, sin barba, delgadísimo? No, concluye, claro que no. Podría haberse cruzado tres mil veces en el Paseo Ahumada con ese extraño que conocía de memoria sin reparar en que estaba frente a su peor enemigo.

Y se sorprendió revisando instintivamente su vida, como si tuviera que explicarse ante su antiguo empleado recién llegado. Poseído una y cien veces por su enemigo, Fernando lo recibía así ahora, como a un viejo amante que vuelve hambriento de la guerra y al que hay que contarle las novedades de la casa. Mi vida, Juan Carlos, mi vida sin ti. La deuda que seguía pagando de a poco, como el dividendo de una casa que misteriosamente se hubiese quemado y saqueado antes incluso de ser construida. Esa deuda que ahora era la película, por lo menos su guión, que descansaba después de pasar por las manos de tres guionistas argentinos y un español que le recomendó probar suerte, escribir por encargo para otros directores, tener que explicarse ante un extraño. Y Fernando, que en eso estaba, ofreciéndose como guionista para todo tipo de series de televisión y películas hasta que lo contrataron como subgerente de programación en Chilevisión.

Una oficina de paneles de madera, una secretaria y un televisor gigantescos. Cintas y devedés sin carátula que tenía que revisar, evaluar y luego negociar con sus productores. Disfrutaba de este trabajo de oficina mucho más de lo que había esperado, se justificaba ante la sombra de Juan Carlos.

Y es Fernando ahora el que, como un contador auditor a la hora del inventario, muestra los libros, las cuentas, los informes, los haberes, los deberes a su patrón para que este encuentre dónde está la deuda.

Días de lluvia y de sol, reuniones de directorio o de producción, en

los que sentía que al fin comprendía cómo pensaba, cómo vivía, cómo era la gente normal. Ni buena ni mala, solo incompleta, ciega justamente porque veía todo, asustada y por eso mismo digna de ser querida y también por eso mismo miserable. Comprendía, escuchaba, quería, perdonaba pensando algún día dirigir en una sola película toda la verdad que tragaba como si se tratara de oxígeno. Un día, cualquier día, sentía que la película se filmaría sin esfuerzo, solo de puro comprender el mundo.

Todo era tan lógico, todo era tan simple ahora, Juan Carlos. Su plata y su esfuerzo iban a pagar las deudas y los doctores que le inyectaban hormonas a Fernanda para embarazarla antes de que cumpliera cuarenta y un años. Vivían los dos, ya no en la casa, en esa misma casa que ya no tenían plata para arreglar o cambiar por otra, sino en el cuerpo de Fernanda. Su temperatura, sus lluvias y sus tempestades se convirtieron en la única meteorología que Fernando necesitaba consultar todas las mañanas. No pensaba que nada distinto de un embarazo o una menstruación pudiera ocurrirles.

Y ahora Hinostroza lo llamaba al celular para avisarle que el contador había vuelto a Chile, que se había entregado a la policía. Todo su pasado en estado puro resumido en un solo nombre: Juan Carlos Riquelme. El mismo y otro, otro y el mismo Juan Carlos Riquelme.

Le gustaba ser parte de una gran máquina, órgano de un cuerpo, cara entre otras caras que no saben tu nombre pero que de igual modo te saludan y te sonríen. La tibieza del comedor, donde las cocineras se disfrazaban a veces de chinas o huasas para servir el mismo puré y la misma carne mechada todos los días. La lluvia que mojaba el aserrín con que los auxiliares, en sus delantales azules, intentaban proteger el suelo del único pasillo hacia los estudios. Los viejos decorados, cubiertos de mallas de plástico en el hangar, entre los que Fernando caminaba súbitamente protegido, cuidado, salvado del rumor de la luz cortante y sin matiz de allá afuera.

11

Por un tiempo, Fernando perseveró en su nervioso optimismo, hasta que el grupo de víctimas se reunió con el abogado, uno solo para todo el grupo: habían llegado a la conclusión de que eso sería menos confuso para los tribunales.

Le gustó verlos de nuevo reunidos, como partes de una misma gran familia, un ruidoso curso del mismo colegio. Más gordos, más canosos, pero también más serios, más asentados en la vida, menos irritantemente ambiciosos e inmaduros.

—Yo sé que para algunos de ustedes es difícil resistirse —sonreía burlonamente el abogado—, pero les agradecería que por el momento prescindieran de dar entrevistas. Junten fuerza, váyanse a un monasterio, conecten el buzón de voz en el teléfono, hagan yoga, pero por favor no hablen con nadie.

Fernando Girón mira las cabezas resignadas, culposas de sus compañeros, aceptando el sermón y la burla del abogado. ¿Por qué nos trata como si fuéramos niños, este abogaducho de mierda?, se rebeló para sus adentros.

Y siguiendo el dictado de su instinto, por primera vez en mucho tiempo, Fernando se levantó de su silla y empezó a cuestionar abiertamente el tono cuidadoso, casi clandestino que el abogado quería que los querellantes adoptaran ante la prensa.

—Que seamos todos conocidos aquí no es necesariamente una cosa mala, me parece a mí —razonó en voz alta—. La gente nos escucha, la gente nos cree. ¿Por qué vamos a desperdiciar eso? No estamos mintiendo, que yo sepa: estamos diciendo la verdad. Yo creo que la gente no es tonta, yo creo que la gente entiende perfectamente quién es quién en este asunto.

Y una luz de esperanza brilla en los ojos de las víctimas que, despacio, se levantan uno a uno murmurando:

—Tiene razón este huevón.

—Qué tanta huevada.

—Qué se creen estos conchesumadres.

Y más voces, carraspeos, exclamaciones. Todos enarbolando sus banderas rojas como en una comedia musical soviética. ¿Por qué tenemos que avergonzarnos? Nosotros no hicimos nada malo. Confiamos, creímos en los demás, tratamos de ayudar, nos descuidamos porque no nos interesa la plata, somos artistas, vivimos para los demás, no ahorramos, no mentimos, no engañamos. Somos frágiles, tenemos que cuidarnos entre nosotros, tenemos que salvarnos

todos juntos.

Nada sacó el abogado con tratar de matizar y llegar a algún acuerdo. Abrazados, riendo a todo pulmón, los demandantes abandonaron en grupo las oficinas del bufete para celebrar su reencuentro.

Así, para su sorpresa, Fernando se encontró guiando a los manifestantes que lo felicitaban por haberlos liberado de las garras de la duda, guiándolos hasta el Rapa Nui, el popular restaurante de la calle José Miguel Infante, donde les sirvieron tres enormes chorrillanas y muchas cervezas y piscolas.

12

Alegremente, el grupo compartió experiencias, anécdotas, datos, chismes de estos tres años de humillación y silencio. Hablaron de todos aquellos que se negaron a darles una mano, de todos los que se aprovecharon del pánico y los siguieron cagando, de todos los que sí ayudaron. Hasta que de pronto Patricia Mir, varias veces votada en distintas encuestas masculinas como la mujer más bonita de la televisión chilena, elevó su voz débil y cristalina.

—Yo trato de odiarlo, a Juan Carlos, pero no me sale. Siempre termino rezando por él, pidiendo que encuentre lo que estaba buscando, que sea feliz de alguna manera.

—¡Pero si es un ladrón de mierda! —exclamó la multitud.

Patricia, el pelo graso mal lavado, la cara desmaquillada, misteriosamente serena en medio del murmullo masculino, primero pareció aceptar el diagnóstico de la mayoría, aunque luego, con ese cuidado, con esa suavidad que era solo una prueba más de su testaruda resistencia, insistió.

—No lo puedo odiar. Gracias a lo que pasó pude dedicarme a mi hija, pude hacer otra vida más sana que la de la tele. Yo le debo a él ser la persona que soy ahora, la verdad. Siendo bien sincera, a mí Juan Carlos me hizo un favor.

Nadie se atrevió a interrumpirla, aunque un rumor de marejada acompañaba cada una de sus palabras.

—Yo creo que él lo pasó mucho peor que nosotros —siguió Patricia, pesando cada palabra para no cometer ninguna injusticia—. Sinceramente yo creo que él sufrió mucho más que todos nosotros juntos, lo digo bien de corazón. Yo lo tengo bien adentro mío, aquí…

E indicó hacia su universalmente deseado pecho. Pero ante la mención del perdón, el Negro O'Neill se levantó indignado.

—¡Católicos de mierda, hijos de puta! Yo no perdono nada. Yo no doy la otra mejilla ni cagando. ¡Que se vayan todos a la chucha! Yo me cago en la Teletón, me recago en la Concertación. Yo no ayudo a ningún huevón más. ¿A mí quién me ayudó cuando estuve cagado? ¿A mí quién me dio una mano cuando no tenía ni un peso? Nadie. Yo quiero venganza, yo quiero que a este huevón le revienten el ano en la cárcel…

—Está preso, está solo en el mundo —insistió temerariamente Patricia Mir—. Su vida entera está cagada para siempre. ¿Qué más venganza quieres, Negro?

—Me importa una raja, yo quiero que me limpie los zapatos con la

lengua el conchesumadre, yo quiero que me chupe la callampa el hijo de puta. A ti, Pati, claro, qué te importa, si gracias a tu amiguito Juancarlitos pudiste dejar de culearte a todo el Canal 13…

Fernando, que de alguna forma se sentía responsable por haber iniciado el motín, se levantó para interponerse entre O'Neill y Patricia.

—Ya, pues, Negro, cálmate, no la cagues. Calmémonos, hablemos como personas civilizadas…

—Cállate tú, huevón de mierda —respondió el Negro.

Fernando suspiró hondo para darle una lección de moral justo cuando la Sole Aránguiz tomó al Negro de los hombros y lo calmó.

—Negrito, estamos contigo. No lo tomes como algo personal. Estamos todos unidos.

—Es que este fresco… —lloriqueaba el Negro—, de dónde sale este huevón.

—Lo cagaron como a nosotros —razona la Sole—, déjalo tranquilo. Vamos al rincón.

Y como por milagro se llevó a un lado al indignado, dejando a Fernando con todas las palabras en la boca.

13

Fernando y Patricia Mir, apartados a la fuerza, se sonrieron con discreta complicidad mientras el resto del grupo echaba al Negro de la fuente de soda.

—Tienes razón, te entiendo. Yo por mí lo perdonaría también, pero esto no es solamente algo personal. Esto tiene que ver con la confianza, porque uno trabaja básicamente con la confianza en esta cosa que hacemos. Son las reglas del juego, no sé si me entiendes —sentía Fernando que su explicación se volvía pantanosa y prefería no seguir hundiéndose en ella, pero no sabía cómo retroceder sin que los enormes ojos verdes de la Pati Mir lo desconcentraran del todo.

—¿Quieres ver a mi hija? —dijo la antigua actriz sacando una foto de su billetera.

Una niña de pelo castaño claro abrazaba a un cachorro Hush Puppies en medio de un sonriente jardín.

Fernando iba a decir «linda la niña», pero las palabras se le quedaron estranguladas en la garganta. Sonrió solamente, en señal de aceptación silenciosa.

—¿Qué edad tiene? —logró preguntar.

—Tres años —respondió orgullosa la madre.

Tres años, pensó instantáneamente, Fernando. Tres años, los mismos tres años exactos que han pasado desde que se fue Juan Carlos. Una hija nacida de la estafa, parida por el fraude. Una niña que alejaba a Patricia de ese marzo fatal de 1998 en que todo se vino abajo. Una niña, puro presente, perpetuo hoy, que hacía de natural muro de contención ante el desastre pasado, que probaba que la vida, esa cosa terriblemente contagiosa contra la que Fernando sentía a veces que su padre lo había inmunizado al nacer, seguía. Esa niña convertía el perdón no en una idea, no en una suposición, sino en una necesidad natural, como lo era en Fernando, en una calmada consecuencia.

El odio puede ser inteligente o tonto, sabio o ciego, pero es siempre estéril. En eso, como en tantas otras cosas, las tías solteronas no se equivocan. Porque no se puede odiar a Juan Carlos y tener un hijo al mismo tiempo. Porque no se puede olvidar sin perdonar antes, porque no se puede seguir viviendo sin llevarse consigo, como una botella de oxígeno, una buena dosis de olvido. Eso es justamente la niña, su sonrisa, el perro y el jardín, un certificado de olvido. Un perdón posible, una salvación de la que Fernando se sabe, de pronto, completamente incapaz.

Pero, por suerte para Fernando, luego los otros estafados se

acercaron imprudentemente al rincón que compartía con Patricia y los interrumpieron sin piedad.

—Quería pasar a verte al canal para hablarte de un proyecto.

—¿Te interesaría hacer algo en Panamá?

—Tengo un socio argentino que lo único que quiere es conocerte.

—¿Has sabido algo de Sanhueza? Está completamente desaparecido el compadre.

Y, gracias a la conversación y a las bromas, y al recuento de amigos perdidos, equivocados, simpáticos, locos, completamente enfermos, Fernando se libra con alivio de la intimidante sonrisa familiar de Patricia, de su hija, del jardín y del cachorro, de la piscina de plástico en medio de la tranquilidad del pasto. Todas esas cosas normales, toda esa cotidiana normalidad que Fernando no podía permitirse, porque él sí que tenía una deuda, porque a él sí que lo habían estafado de una vez y para siempre.

Y más chismes y más sonrisas, más abrazos.

—Maniático de mierda, se puso a quemar contratos en plena negociación colectiva…

—Esa se casó con un campeón de carreras de regularidad, imagínate la huevada aburrida, gana el que se mantiene a la misma velocidad más tiempo…

—Pobre huevona…

—La televisión chilena es una mierda…

—En Perú está la papa. En Perú hay de todo…

—Es pura arena por el momento, pero cuando pongan agua va a ser un balneario la raja. El nuevo Zapallar…

—Tú pones el equipo, yo pongo las ideas y la gente…

—Faltan más huevones así en Chile…

Y luego los abrazos de despedida a la salida del boliche, muchos, demasiados, con palmoteo en la espalda incluido.

—No te preocupes, compadre, esto es pan comido, a ese desgraciado lo vamos a cagar…

—Puta, huevón, veámonos para algo más agradable la próxima vez…

—Yo te quiero, huevón…

—El domingo en mi casa…

—Te llamo el lunes para lo de los sitios…

—Puta, qué rico verte, oye, no te desaparezcas. Sigamos en contacto.

14

Cada uno montó en su auto, su moto, su *jeep*. Fernando se quedó así solo sobre la vereda recién regada por un camión aljibe de la Municipalidad. La noche en los jardines de entrada de los edificios, la casa neogótica en la esquina de los jesuitas, los autos que descansaban calle abajo y Patricia Mir, que se gira tímidamente al final de la vereda, que se acerca vacilante a Fernando, que lo besa suavemente en la punta de los labios.

Un beso en la noche, algo sin sentido, sin razón, sin antecedentes, sin consecuencias. Solo el calor por unos segundos, solo la tibieza que ambos necesitaban para sobrellevar esta noche y llegar medianamente tranquilos al día siguiente.

Hasta que, con una sonrisa pícara, la niña se separó del señor —no en vano Fernando acababa de cumplir cuarenta y tres años, diez más que Patricia— y se limpió la huella de los labios ajenos, con su dedo índice.

—No se lo digas a nadie —suspiró, traviesa, antes de desaparecer del todo en la oscuridad.

15

Juan Carlos Riquelme tenía derecho, como todos los presos por delitos económicos, a la lujosa y tranquila cárcel de Capuchinos, pero prohibió terminantemente a su hermano y a su mujer que hicieran el menor trámite por él. No pudo impedir, eso sí, que su hermano contratara a un abogado. Un tal Pablo, hijo de un antiguo compañero de la oficina de Juan Carlos, prometió no cobrar nada, solo quería información y más información, la verdad, juraba, yo estoy como usted —le explicaba a su cliente—, a mí solo me interesa saber la verdad.

Sonriente y calmado, Juan Carlos aceptó ser esposado nuevamente y trasladado en un auto blindado hasta la Penitenciaría de Santiago. Con esa sonrisa paciente que desarmaba a los gendarmes, permaneció así, solo en el auto, rezando el rosario con la punta de los labios. Se alegró al oír bocinazos e insultos, señal inequívoca de que ya estaban en Santiago. Luego cerró los ojos y, ligeramente adormecido, esperó hasta llegar a su destino final.

Quién sabe cómo el rumor de su llegada al penal corrió entre los presos como la pólvora. Un tipo que se había cagado a los famosos de la tele. El crimen perfecto, sin sangre, sin muertos, que los vengaba a todos. «Ahí está… ¿Ese es?… Bien enano, el huevón…»

Así entró Juan Carlos Riquelme, bajo una lluvia de rechiflas y aplausos, a la galería de la cárcel que le correspondía.

—Eres bien famoso tú, parece —sonrió un gendarme recién graduado.

—No hacemos tratos especiales aquí —advirtió su superior.

—Calladito. Nada de hacerte el lindo ahora —remató un gendarme más viejo, con galones de suboficial.

La reja se abrió, aumentaron los aplausos. Juan Carlos bajó la cabeza para esconder la sonrisa que sin querer torcía sus labios. Logró domesticarla y caminar perfectamente serio detrás de los gendarmes. Los aplausos, acompañados de risas, silbidos y golpeteos de metal, no hacían más que crecer a cada paso. Pero él siguió con la cabeza gacha a sus captores hasta la galería 14.

Solo en la puerta de su celda, hizo una discreta reverencia a su público al tiempo que los gendarmes se dispersaban a punta de silbatos y gritos entre los pasadizos para intentar callar a los presos.

16

Desde el minuto mismo en que el contador volvió al país, Fernanda Valdés decidió ser discreta, no internarse nuevamente en el pantano, no caer en la trampa. Respetamos nosotros, los que contamos esta historia, su decisión. Intentaremos, dentro de lo razonable, pasar por alto lo que sigue, aunque no podemos hacerlo del todo. La buscamos, así, para una breve consulta. En su casa dijo que estaba en la oficina y en la oficina, que iba a su casa. Se esconde, en verdad, en el tercer vértice del triángulo, la casa de su madre, que se ha convertido cada vez más en su único refugio.

Su madre sonríe coquetamente, como si hubiese cometido una ínfima travesura sin importancia. Casi le arrancó la oreja a la pobre María, la empleada que tuvo el atrevimiento de hablarle de su culito. La hija trata de aleccionarla, de castigarla, de impedir que se sienta orgullosa y feliz de su mala acción. Pero, ¿le importa a Fernanda saber realmente quién tiene la razón? ¿Quiere ella realmente ser justa, ser buena?

Su madre es de su especie. Nada más le importa a Fernanda ahora. Eso es lo único realmente justo, ser injusto y estar siempre a favor de los tuyos, ser juez y parte, ser parte hasta convencer al tribunal de que solo existe tu ley, tu código, tu justicia. Eso es lo que pide Dios, si Dios existe, y sinceramente le interesa un carajo a estas alturas si Dios existe o no. No juzguemos a nadie, seamos solo pequeños enemigos de aquellos que no nos quieren, amigos de los que queremos. Lo otro es mentira, lo otro es cinismo, lo otro es cobardía, lo otro da lo mismo.

Su especie de ricos cuando Chile era pobre y ahora de pobres cuando Chile es rico. Su estirpe llena de honor, de matrimonios entre primos, de seres frágiles, raros, excepcionales, que necesitaban ser juzgados con otras reglas que el resto de la humanidad para no extinguirse.

Su especie allí, en la clínica donde moría su padre entre tantas viudas y huérfanas, donde su marido había ocupado el lugar vacío del hombre de la casa. Su marido, su pobre marido asustado que comparte con sus hermanas divorciadas o mal casadas. Un hombre, da lo mismo qué hombre, que la defienda, sorprendentemente caballeroso ese antiguo niño de Macul educado por Fernanda para esta tarea final: llevar en su nombre el ataúd del padre a la salida de la iglesia.

Esa es la única ventaja de haberse casado tan joven. Educados en el otro y por el otro, terminados en molde ajeno, deformes, inacabados si el otro falta. Era suyo, inapelablemente suyo su marido. Lo sabía

desde la estafa y lo confirmaba después de cada examen vaginal, de cada apareamiento con reloj y termómetro en que lo único que importaba era la fecundación. Suyo, un poco como eran suyas su madre y sus hermanas, como un exceso, un órgano, un barómetro, un recuerdo y al mismo tiempo un destino de su mismo color, sabor o tamaño. Su marido, un punto de partida, un refugio inevitable, presente, pasado, eterno justamente porque a cada segundo parecía dispuesto a extinguirse, aquí y ahora. Su especie aquí y ahora, ese hombre que huía tan mal, que se delataba en toda suerte de aduanas, que tan visiblemente se desconocía a sí mismo precisamente por jugar a conocerse demasiado.

¿Y ahora que el contador volvió? ¿Toda esa torpeza, toda indecisión, toda esa tontería, todo ese dolor y ese asco, esa impotencia, todo eso va a volver? Fernanda intenta no hacerlo, pero no puede dejar de pensar.

Maduró Fernando, aprendió la lección, intenta consolarse, ya no habla en abstracto, ya no se pierde en su película para justificar todo. Y estamos juntos ahora como nunca lo hemos estado antes. Sin grandes ideas, sin noches en vela, viviendo sin pasión pero apasionadamente todos los días, sorprendidos de que todo sea tan simple, tan poca cosa y tan improbable, como si flotáramos en el aire haciendo figuras como los paracaidistas.

Pero no ha cambiado nada en el fondo, se resigna a pensar de pronto, y es el mismo de antes y todo puede volver a pasar igual. Y se jura a sí misma que esta vez no quiere meterse, no quiere volver a entramparse como hace tres años. Es lo único que puedo hacer, no exigirle a Fernando que sea lo que no es, no esperar que cambie, no juzgarlo, no condenarlo, porque es mío, porque lo elegí, como dijo el sicólogo, porque es mi vida y no un accidente, no un error. No saca nada con aconsejarle o tratar de ayudarle directamente. Diga lo que diga, Fernando va a hacer justo lo contrario. Así es él, no va a cambiar. Tiene que pensar que las ideas se le ocurren a él, tiene que sentir que se salva solo. Ella debe limitarse a actuar desde una discreta distancia, remover los obstáculos de lejos, simplemente tejer su tela sin tocar nada, allanar el camino sin que él se dé cuenta.

17

Precavida, pues, Fernanda manda a su tío Eduardo Jaramillo a bucear entre los expedientes y a hablar con todos los jueces y abogados que conoce.

—Efectivamente, mijita, parece que está colaborando tu famoso contador. Está tranquilito en la cárcel sin pedir nada. Ahora tiene un abogado, eso sí. No sé para qué, si se declaró culpable de todos los cargos. Es un hombre joven, creo que fue alumno mío en la Universidad de Chile. Déjame ver el nombre… Aquí está: Pablo Labbé. Le dirigí la memoria, ahora que me acuerdo, un tipo ambicioso pero no muy brillante. Trabajó con Stewart pero se independizó después. ¿Quieres que hable con él?

—No, tío, no es necesario —dice Fernanda en tono de disculpa y sonríe por el teléfono interpuesto antes de cortar y pensar en ese nombre que extrañamente no se disuelve en su boca.

—Pablo Labbé, ¿sabes quién es ese gallo? —le pregunta a Fernando cuando le informa de las gestiones que hasta ahora había mantenido en secreto.

—Pablo Labbé…, me suena. Creo que hay un tipo en el canal que se llama así. ¿No será pariente de Gastón? Tenía un hijo abogado que creo que se llamaba así…

Luego se queda callado, perplejo. Gastón y Juan Carlos. El suicida borracho y el estafador serio. Todo ese año 1998 destrozado entre los dos, sus dos desesperaciones paralelas como las curvas de un paréntesis que ahora quieren que piense que no se cerró completamente.

—Imposible, no puede ser, seguro que no tiene nada que ver. Hay tres millones de Labbé en Chile. Sería demasiada coincidencia que fuera el mismo.

18

Pablo Labbé, el mismo, el que dejamos sobre el pasto del Parque del Recuerdo, de pie ahora en el *lobby* de un hotel cinco estrellas donde tiene lugar el seminario Savia Nueva, organizado por la Fundación Jaime Guzmán. Pablo Labbé, entonces, de pie en el *lobby* del hotel Hyatt, solo. Pablo Labbé, al que rodeamos para captarlo en todos sus ángulos, sobrevolando el piano, los ascensores dorados y transparentes, los sillones donde sirven el té. Pablo entero, opaco, tímido. Pablo, que disimuladamente tiembla y sonríe sin saber a quién. Pablo, que se siente como un espía, un intruso, y a punto de ser parte de un seminario para dirigentes de la derecha más pinochetista y cercana al Opus Dei. Pablo Labbé, entonces, cerca de los ascensores transparentes, que rememora enfebrecido su justificación ante su madre para darse coraje y no salir corriendo con su nombre pegado a la solapa de su chaqueta.

—Esa gente exilió a tu papá —se escandaliza su madre cada dos días—, mataron a tu tío Lucho, le cagaron la vida a tu abuela, esa gente…

—¿Y qué quieres, mamá? —argumenta de vuelta el abogado—. ¿Que siga siendo cómplice de los frescos de siempre que viven del gobierno sin trabajarle un peso a nadie? Los milicos mataron y exiliaron a mucha gente, mamá, eso no te lo voy a negar, pero era la guerra. ¿Habrían sido mejores tus amigos de las Juventudes Socialistas, tus amigos del MIR, si hubiesen ganado ellos la guerra? ¿Tú crees que el Che Guevara no fusilaba a los traidores? Yo hablé cien mil veces con mi papá de eso y estaba completamente de acuerdo conmigo. La guerra es la guerra. Si uno pelea no puede andar lloriqueando después.

—Pero no lo hicieron —sigue alegando la mujer, intimidada sin embargo por la vehemencia con que su hijo se defendía—. Los que mataron en Chile fueron los milicos y solo los milicos, los que apoyaron a los torturadores son tus amigos de la UDI.

—¿Desde cuándo perder te hace bueno? Ir a lloriquear ahora, como los socialistas renovados, como tus amigos, los frescos de raja de la Concertación, no es de hombres. El pueblo, mamá, el pueblo, me dices siempre. ¿Quién se preocupa del pueblo aparte de la UDI? ¿Quién está en las poblaciones? La UDI. Mientras los socialistas se hacen millonarios con los impuestos de los más pobres, mientras pactan con los empresarios, mientras venden hasta a su mamá, los de la UDI se ensucian las manos en las poblaciones. No mienten, mamá, esta gente

al menos no miente. Exiliaron al papá, es cierto, pero lo único que realmente le dolió al papá, lo único que le destruyó la vida, fue que el ladronzuelo de Girón lo despidiera. Es verdad, mamá, el único que no tuvo piedad con él fue el famoso Fernando Girón, un socialista buena onda, un gallo que se supone está de nuestro lado. ¿A esa gente tengo que respetar yo, mamá? ¿Por esa gente tengo yo que joderme la vida? ¿A esa gente tengo yo que serle leal? ¿Pero cuándo han sido ellos leales conmigo?

19

Vuelta al seminario, todos los asistentes están nerviosos, sonrientes e incómodos hasta que los dividen en comisiones. A Pablo le toca la de María de los Ángeles Lehuedé, una rubia en los huesos que se rasca insistentemente el cutis irritado y se presenta a sí misma como la «facilitadora» del grupo.

—No sé qué significa eso de facilitadora, la verdad. Suena a prostituta, visitadora, facilitadora. Tonterías que inventan ahora —dice entre suspiros despectivos la niña, que sería bonita si su nariz no se ensanchara tanto, que sería sensual, piensa instintivamente Pablo, si su cutis no se enrojeciera con los nervios, y sexy si no usara una falda larguísima y no moviera las manos y la melena rubia con tantas energías contrapuestas.

—A ver, a ver, apuremos esto, no tenemos todo el día. Preséntense y empecemos ya a debatir los puntos de la tabla —ordena la facilitadora.

Un abogado recién titulado de la Universidad Católica, el presidente de una coordinadora de centros de padres de colegios católicos, un dirigente vecinal de Pirque, una militante «pro-vida», un dirigente de la población El Pinar. Luego le toca el turno de Pablo.

—¿Y tú cómo te llamas? —sonríe con sorna la facilitadora al pillar al abogado distraído mirándole su escaso y reseco escote.

—Pablo Labbé —tartamudea al presentarse—, abogado de la Universidad de Chile, con una larga carrera de asesoría a dirigentes vecinales de Cerrillos.

—Eso sería. ¿Están todos presentados, no falta nadie?

Sonrisas, una nueva sesión de apretones de manos y la discusión que tímidamente navega entre olas de lugares comunes hasta que inopinadamente María de los Ángeles los interrumpe y apostilla:

—No, no es así, estás completamente equivocado. No tienes idea de cómo funcionan las cosas en este país.

Los miembros del grupo se miran alarmados mientras la moderadora, con su voz agudísima, sus modales de pájaro electrocutado, sigue exprimiendo a la gente a punta de ironía.

—¿Eso lo inventaste tú? Qué original… Realmente tú eres un genio. ¿Cómo no te han contratado para la NASA, con esas ideas geniales que tienes?

Hasta que los organizadores se apiadan de la cara de desconcierto del grupo y mandan a un moderador a moderar a la moderadora. María de los Ángeles acepta por algunos minutos las órdenes de la

nueva autoridad, pero no se aguanta y vuelve a opinar sin piedad.

—A la gente, en Chile, no le gusta trabajar. Ese el problema. Aquí todos son unos mimados. No hacen nada si no los obligan a patadas.

Los facilitadores se enfrentan y, de manera educada, le piden a María de los Ángeles que escuche más y que hable menos.

—Es que yo escucho mejor cuando hablo —alega ella.

No llegan a un acuerdo y todo termina con el desconcierto total de la comisión. Por fin, alguien toma el micrófono en el estrado y entrega las conclusiones delante de la pantalla en la que por la mañana se proyectaron una veintena de *power points* con cuadros estadísticos y tortas porcentuales naranjas y rosas.

En el frugal cóctel con que termina el encuentro, María de los Ángeles atraviesa sin aviso la sala para encontrarse con Pablo e interpelarlo a quemarropa.

—Pobrecito, te tocó el peor grupo. De una ingenuidad total los pobres… Realmente dan pena. Tú eres el único que dijo algo medianamente razonable. Eres de otro nivel, tú. Se nota que has vivido, se nota que tú sabes de lo que hablas.

Pablo no recuerda haber dicho nada que pudiera producir este entusiasmo. Tampoco sabe si hizo algo, ahora o antes, para que la niña lo tuteara como si se conocieran de hace mil años.

—Ya, te llevo para tu casa. Tienes cara de no tener auto tú. Vámonos antes de que esto se ponga demasiado latero.

María de los Ángeles se equivoca. Pablo sí tiene auto pero él sabe que no debe perder tiempo contradiciéndola, así que deja su Subaru descansando en el estacionamiento del hotel, mientras, insultando a quienes se le cruzan por delante, ella lo lleva a su casa complicando lo más que puede el trayecto para hablar a toda velocidad de todo y de nada.

—Soy virgen —le confiesa de pronto sin ningún tipo de preliminares —. No pongas esa cara de degenerado, tú. Sí, tengo treinta y dos años y soy virgen. ¿Y qué? No me da vergüenza. Estoy orgullosa incluso. Tal y como están las cosas ahora, no todo el mundo es capaz. Ya, pues, no sigas mirándome con esa cara. ¿Qué tiene de bonito revolcarse con cualquier imbécil en un motel hediondo a caca? Soy católica, pero eso no tiene nada que ver. Yo no tengo prejuicios. En Madrid me emborrachaba como una loca, me meaba en la calle, me reventaba comiendo, pero nunca se me ocurrió que tenía que acostarme con alguien para ser más mujer. ¿Qué es esa chulería de ser más mujer? Yo soy mujer sin eso, soy feliz sin nada de eso. En serio, no me mires como si fuera una extraterrestre. Yo estoy perfectamente feliz como estoy…

Y después de devorarlo por un microsegundo con sus afiladas pupilas, lo abandona del todo para volver a contar en detalle sobre su

beca en Pamplona, donde hizo un posgrado en Filosofía y Derecho constitucional, y su pelea contra el curso porque todos eran ingenuos, tontos, unos hijitos de papá mimados que no sabían cómo es en realidad la vida, y el decano que intentó echarla a patadas de la Universidad por agitar las desordenadas mentes de un grupo de estudiantes colombianos, y Madrid, donde trató de ser una pecadora, y del siquiatra donde desembocó después de tres semanas enteras sin dormir.

—Un pobre tipo que yo podía manipular con el dedo meñique. Odio a la gente bien intencionada, odio a la gente buena. Tú no eres bien intencionado, tú eres malo, eso es lo que me gusta de ti. Eres frío, maquiavélico, se nota al instante. Yo te vi y pensé: «Este gallo es cruel». ¿Qué haces el domingo? No, olvídate del domingo, es demasiado comprometedor. Yo no soy la novia de nadie, te aviso. No soy novia ni amiguita de nadie. Me deprime todo eso. El martes, no olvides que tenemos el curso con don Gonzalo Vial. Es un viejo chuñusco, pero es una eminencia. No le hace clases a cualquiera, es un honor que te reciba en su casa. Ya, suficiente. Tu teléfono, tu mail, dame todo. Te voy a perseguir, vas a ver. Pero sácate esa sonrisita degenerada de la cara. No te creas la muerte. Yo no soy tuya, yo soy yo, ¿entendiste? Ya, corre, ándate para tu casa, nos vemos mañana.

20

Nuestra cámara sigue girando alrededor de Pablo, feliz a la salida de la cárcel donde ha visitado a sus clientes, entre los cuales está ese amigo de su papá, que le entrega desganadamente, casi desdeñosamente, como si no hubiera pensado nunca en hacerlo, pero como si tampoco le importara estar haciéndolo, todos los papeles que le pide, aunque después, extrañamente, se niega a firmar cartas de patrocinio y demandas civiles. La cámara girando y el cielo cubierto, una gaviota, y Pablo rojo, y Pablo pálido mil veces al día, abrazado a su maletín para no sentirse desnudo, impúdico y frágil. Pablo, que llena su cabeza de frases y explicaciones para María de los Ángeles, explicaciones que jamás tiene ocasión de pronunciar porque, antes de empezar a hacerlo, ella lo interrumpe, apostrofa, desmiente, sabe, no sabe, vuelve a saber antes que él.

—Ya pues, déjame ir, no me retengas más.

Y él que intenta decirle buenas noches.

—No digas nada, me tengo que ir. Eres desesperante, me tienes secuestrada. Déjame volver a mi casa, por favor, no me sigas deteniendo más.

El martes, el jueves, el viernes lectura compartida de los diarios, análisis de encuestas, visitas a profesores y parlamentarios los otros días, y luego ella, sin avisar, en plena conversación casi profunda, se baja apurada del auto en marcha e inventa de la nada que es él quien la persigue. No es así, por supuesto. Es ella la que llama, la que insiste, la que se emborracha y maldice a los turcos infames pero buenas personas con quienes se casaron sus hermanas.

—Pero si no son turcos los maridos de tus hermanas. Son italianos, dijiste.

—Italiano, turco, alemán…, las mismas cosas. No son chilenos, que es lo que importa.

Y la mediocridad buena onda de sus padres, esos ingenuos que no saben que ella en el fondo es cruel, que ella sí sabe lo que quiere en la vida porque el mundo no perdona a los que no dudan. Ella que está condenada, maldita, que es una mala hierba, una pecadora, y sus brazos que buscan el cielo de noche para acariciarlo o golpearlo, ya no sabe.

María de los Ángeles, borracha y lúcida, indignada y feliz, de pie delante de la caseta de guardia de su condominio, sus ojos de miope (se niega con inesperada coquetería a usar anteojos) que lo buscan detrás del resplandor de los faros del auto. Su mano blanca, pequeña y

pura, que se despide con inesperada ternura y Pablo, que no sabe si es su deber o no enamorarse de esa indefensa niña que con tanto éxito, con tanto empeño, no para de defenderse para atacar mejor.

21

—Ya, ya, voy para tu casa —concede María de los Ángeles una petición que a Pablo ni siquiera se le había ocurrido hacerle—. No insistas más, voy mañana para tu casa.

Y María de los Ángeles se interna con cuidado y excitación en territorio enemigo. Todo limpio pero sin color, reproducciones de cuadros famosos, cojines rojos sobre banquetas de madera medio asiáticas y lámparas negras de esas que se compran en Falabella y que no dicen nada de su dueño. El descuidado entorno de un hombre que llega a su casa a dormir y que, apenas puede, la abandona, pero a quien la falta de empleada doméstica durante su infancia (quién sabe, piensa María de los Ángeles, ¿quizás su mamá fue empleada?) le ha enseñado a ser cuidadoso y ordenado.

—¿Qué pretendes tú de la vida? —pregunta sinceramente intrigada María de los Ángeles.

Pero cuando Pablo va a comenzar a responder, lo interrumpe, como siempre.

—Ya sé, ya sé, no me digas nada. Yo ya sé todo de ti, es cosa de verte. Tú eres el típico tipo que deja embarazadas a cada niña que se le cruza por delante. Te apuesto a que tienes toda suerte de bastardos repartidos a lo largo de Chile. ¿Cuántas novias tienes al mismo tiempo ahora mismo? Dime, confiesa, eres un degenerado…

—No salgo con nadie.

—Claro, tú eres el típico gallo que no va perdiendo el tiempo por ahí, tú solamente actúas, tú no hablas, tú tomas pero no te haces cargo. Te gusta esa y te la llevas sin preguntar nada.

—¿Me vas a dejar hablar alguna vez?

La rebelión de Pablo es seguida de unos segundos de admirativo silencio de la posgraduada de la Universidad de Navarra.

—Habla, habla, perdona. Ya sé, soy insoportable, soy una catete asquerosa, todo el mundo me lo dice siempre. —Se despeina con la mano María de los Ángeles, a punto de enrojecer del todo.

Y, ante el silencio y la atención desplegada, Pablo no sabe muy bien qué decir.

—Ya pues, cuéntame todo —exige ella.

Incómodo, logra salir de la trampa usando su comodín de siempre. Su padre, que era cineasta, cuenta, todos sus hermanos que trabajan en cosas artísticas, uno músico, su hermana maquilladora, su otra hermana no hace nada muy concreto ahora, el trago y la droga, pesa ciento ochenta kilos y ya no sale de su casa. Tiene la misma edad que

su hermano Simón, solo dos meses de diferencia, pero no son mellizos ni gemelos. No vivió con sus hermanos, sigue explicando, conoció a su padre tarde, a los doce años, antes solo supo de él por su madre. Era un aventurero, su padre, un loco que viajó por el mundo entero, que tuvo hijos de todos los colores. No, no lo odia, aunque nunca recibió nada de él, solo su risa y coscorrones a veces. Lo admira, incluso, porque su padre era una persona que vivía bajo sus propias reglas, una persona que hacía realidad sus sueños, un artista, claro, pero también un luchador, un combatiente, como se decía en esa época…

—No era un cínico como todo el mundo es ahora, no era un mediocre, él no transigía… —explica, y siente que ha dado en el meollo del asunto: la defensa de un cierto mundo caballeresco que se extinguió del planeta el día en que murió su padre.

No, no era un loco Gastón Labbé, pero tampoco era cuerdo. Sí, claro, se mandaba cagadas muy grandes, pero también era justo, también era bueno cuando quería. Era honesto, de una honestidad que ya no existe ahora. De una valentía que se acabó con él.

—Lo mataron justamente porque era valiente, porque era honesto, porque era fiel a sí mismo, porque era consecuente…

—¿Pero cómo lo mataron si murió atropellado?

—De algún modo lo empujaron, lo obligaron de alguna forma a eso.

—¿Cómo, alguien lo empujó debajo del tren?

No, claro, la cosa es más sutil, invisible casi. Y termina por entregarle a María de los Ángeles su tesoro más preciado, tres carpetas de color crema con todos los antecedentes del caso del contador de las estrellas.

—Ese contador, ¿no te acuerdas?, el que estafó a toda esa gente de la tele como hace cinco años. —Pablo siente que tiene que agregarle *glamour* a su cuento para captar el cada vez más esquivo interés de ella—. Mi papá trabajaba con él. Era su amigo, incluso el contador le ayudó a comprar una casa. Cuando estalló el caso, mi papá defendió a su amigo. Por eso lo echaron. Estaban acusando al contador de una serie de cosas injustas y mi papá se rebeló. Lee la carpeta, si quieres, igual es apasionante, están todos los famosos metidos hasta el cogote en chanchullos completamente deshonestos. Gente patética, en general, la gente de la tele. Algunos políticos también. Arces, del PPD, por ejemplo. Es como una novela…

—Algún día podríamos darnos un beso —cambia bruscamente de tema María de los Ángeles—. Así nomás, por probar, sin compromiso… Si besos yo he dado, no te preocupes, tan caída del catre no soy.

Pablo la mira con esa expresión abrumada pero sonriente que reserva para las incomprensibles salidas de ella.

—Pero no te excites, compadrito. Algún día podrá ser, mañana o de

aquí a diez años. Yo no estoy apurada, no espero nada de la vida, yo estoy feliz como estoy. Ya, déjame irme, por favor, es tardísimo. No seas roto, acompáñame al ascensor.

Obediente pero defraudado por no haber impresionado ni mínimamente a su amiga con la historia de su padre, Pablo la acompaña hasta el pasillo del ascensor, donde ella da un saltito travieso y le da un beso pequeñísimo en la punta de los labios.

—Ya, eso es todo. No te hagas ilusiones tampoco.

22

El teléfono lo despertó bruscamente a la mañana siguiente.

—¡Es una maravilla esto! —exclamó María de los Ángeles al otro lado de la línea—. Hay de todo en esa carpeta: corrupción, robo, chantaje, toda la Concertación metida. Es una bomba de relojería, Pablo, una verdadera bomba de relojería. Ya hablé con Venegas, vamos a ir a verlo en la tarde. Es un especialista en este tipo de casos: los vas a hacer arar a todos esos socialistas ladrones amigos de tu papá. Es un genio Venegas, ya vas a ver. Te vas a hacer famoso. Una maravilla, una verdadera maravilla…

Pablo, demasiado sorprendido por el efecto causado por las carpetas, no se atreve a revelar que no comprende totalmente lo que María de los Ángeles le explica a toda velocidad, luego, en el despacho de Venegas:

—La bicicleta, no sé si entiendes. Triangulaban los fondos, ¿entiendes? —insiste Venegas y su impecable afeitada al ras.

—Yo te doy una plata —se lanza a explicar por enésima vez María de los Ángeles, construyendo con su mano didácticamente cerrada un puente entre su pecho y el de Pablo—, tú me facturas a mí por un trabajo que no haces y después me das la plata a mí.

—¿Para qué?

—Las campañas políticas, hombre —se impacienta Venegas, que vuelve sobre el esquema que ha dibujado en un rollo de papel que se alarga indefinidamente sobre la mesa.

En resumen, vuelve a explicar, la Cancillería le pagaba a Fernando Girón suculentos millones para filmar documentales que este no realizaba. La plata, con total acuerdo del canciller y sus esbirros, terminaba en las arcas de las candidaturas de algunos socialistas o pepedés.

Pablo busca en los ojos de María de los Ángeles qué es verdad y qué es mentira, qué importa y qué no. Se encuentra con el brillo del hambre, la sonrisa que muerde, su cara extrañamente luminosa, severa, afilada como una niña que recoge del barro una hebilla de oro que jura no mostrar a nadie más.

No hay espacio para dudar, sabe Pablo al mirarla, y renuncia de pronto a cualquier pregunta. Caminan, ella y él, así, en silencio, a la salida del edificio de la UDI, en la calle Suecia. La tarde se quema a jirones por los cuatro costados.

—Nos vamos a tener que coordinar más tú y yo —exige ella—. No te puedo dejar solo con esto entre las manos. Es una bomba de

relojería, una verdadera bomba la que tenemos entre las manos ahora.

—Pero, ¿y si es inocente este gallo? —pregunta Pablo, que ya no sabe de quién habla y por qué, que solo quiere que ella le confirme que la realidad sigue existiendo, que este día sinfónico, ruidoso, sigue siendo parte de la continuidad de los otros días de cuarteto de cámara y sonata en sordina.

—¿Cómo va a ser inocente? Plata de todos los chilenos, Pablo, usada en asquerosas campañas políticas. ¿Tú sabes cuántos hospitales se podrían construir con la plata que gasta el gobierno en este tipo de intervencionismo electoral?

A estas alturas Pablo ya no necesitaba razones ni explicaciones, sino lemas, conceptos, «intervencionismo electoral», «plata de todos los chilenos», «hospitales que no se construirán». Eso y la sonrisa de María de los Ángeles, el roce de su mano, su cabeza que se echa para atrás, hacia el crepúsculo y las puertas de la pequeña iglesia luterana de la avenida Lota que se abren para dejar pasar a unos novios alemanes.

Aceptó así participar en todas las fases del plan. Una querella contra Fernando Girón por asociación ilícita y fraude al fisco, y luego una entrevista en *La Segunda* a la nueva pareja de abogados fiscalizadores, que denuncian un caso de triangulación de fondos reservados que involucraría al ex canciller y a los actuales ministros de Defensa y Obras Públicas.

23

Eso tiene de mágico la palabra «corrupción», que basta con pronunciarla para que el daño esté hecho. Nadie quiere oír los detalles, a nadie le importan los matices. Caminas por la calle, no eres corrupto, eres normal. Comes lo mismo que todos, te tomas tus traguitos de repente, vas al cine, miras los diarios en la tarde y te alegras de que arresten a tal o cual coimero o especulador; te espantas por el destino de este país, que no se sabe adónde va a parar. Todo va bien, hasta que de pronto es tu foto la que aparece en el diario y tienes miles de llamadas perdidas en el celular.

De un día para otro eres tú el corrupto. De pronto los préstamos son deudas, los amigos son cómplices y los olvidos, pruebas. No sacas nada con aclarar punto por punto tu participación en los hechos. No es eso o lo otro lo que juzgan. Es a ti a quien juzgan.

Todos admiten que no hay vida adulta sin corrupción. Todos se corrompen, dicen los adultos, pero solo tú eres un corrupto. Sin ir más lejos, en Latinoamérica a los ricos de nacimiento nunca se les aplica esta palabra: se les llama explotadores, vendepatrias o grandes señores. «Corrupto» es en nuestro vocabulario sinónimo de arribista. La casa con piscina, el auto último modelo y los amigos nuevos, eso casi siempre sucede con una brusquedad y descaro que ricos y pobres de nacimiento no perdonan. Con la palabra «corrupto» no se castiga el robo en sí, sino ese descaro. Corrupto no es sinónimo de ladrón, sino de sinvergüenza, de falto de vergüenza, es decir, de impúdico. El que llegó desde abajo hasta el cielo inmaculado tiene que caer porque es solo un hombre manchado de nacimiento: portador asintomático primero y después ya completamente infectado y contagioso de una de las variantes del pecado original.

Un detective que llama a Fernando por teléfono, pidiendo interrogarlo.

—¿Por qué sería? Mi abogado se encarga de todo lo del caso Riquelme.

—No es ese caso. Hay una demanda en su contra por cohecho.

¿Cohecho, yo? ¿Cohecho, cuándo? Pagar por un voto, pero si yo creo en la democracia, pero si los que no creen son los de la UDI que lo acusan. Como en una pesadilla, todo en silencio, en calma, sin comentario, una larga relación de hechos y fechas que el gordo comisario Soto de la brigada de delitos económicos le lee.

¿Cuándo? ¿Cómo? No recuerda nada. Fue hace siglos, cuando todo era diferente. Nadie pensó que era un crimen entonces. Y estaban

Sanhueza y Juan Carlos, que se encargaban de esas cosas. No dejan que se explique: solamente la enumeración de los hechos, puntuada por la palabra «cohecho».

Cohecho, es decir, corrupción: los que no quieren pagarle lo que le deben pueden hacerlo porque Fernando es un corrupto. Los que estaban cansados de visitarlo pueden alegar que ya no hablan con él porque son puros y no quieren mancharse. Las productoras a las que rechazó, la gente que no contrató, pueden sentirse orgullosos de no tener nada que ver con ese cerdo de Girón.

Como la nieve, la palabra «corrupción» quema y congela todo a su paso. Aleja a los cercanos y hace de cada paso un peligro, pero también hipnotiza y maravilla a Fernando, que mira su vida como si no la reconociera. Su vida bajo la nieve, una maravillosamente triste Navidad cualquiera.

Silencio atroz sobre el que pasan los microbuses del centro, gritan los mendigos y venden a saldos una montaña de sostenes de señora. Silencio completo, nieve invisible que cubre cada paso que Fernando da hacia la oficina del Gordo Alcántara, abogado de derechos humanos y antiguo compañero de colegio al que necesita con desesperación pedirle consejos.

24

«¡Pero soy inocente, huevón!», se alarma Fernando, asustado ante lo inconcebible de la escena: la misma persona que lo estafó ayer, hoy lo acusa de corrupción. Ahora es Fernando el sospechoso y Juan Carlos el honesto ciudadano que se inmola para denunciar al ladrón.

—¡Este huevón me robó a mí! Yo no le robé nada. Yo soy completamente inocente…

—Nadie es completamente inocente en esta vida —responde el Gordo Alcántara, rodeado de una montaña de galvanos suizos y costarricenses y de tomos de fotocopias apenas anilladas, llenas de casos de derechos humanos.

¿Pero cómo que nadie es inocente?, piensa Fernando a toda velocidad. ¿No es inocente, Gordo, la viuda del fusilado, el hijo del torturado que defiendes con tanta pasión, sin transigir nunca con nada ni con nadie? Si alguien cree que la inocencia existe, que el bien absoluto y supremo valen la pena, es ese gordo flatulento, que se niega a integrar mesas de diálogo con militares y comisiones de reparación de víctimas porque él es un puro de verdad que no pacta con el sistema.

Todos pueden ser inocentes, cree en el fondo el Gordo Alcántara, menos Fernando Girón. Este es más culpable que nadie en el mundo. Lo piensa desde siempre, cuando estaban juntos en el colegio y Fernando ganaba todas las becas y premios en que el Gordo quedaba en segundo lugar. Siempre lo supo, solo que ahora, que es oficialmente un corrupto, tiene permiso para decírselo.

—Treinta millones en cinco años es una cagada de plata, Gordo, apenas sirve para pegar unos afiches. En publicidad se mueve mucha más plata todos los días.

—Para la viuda de un fusilado, treinta millones de pesos no es poca plata, compadre.

Y más que la frase, a Fernando le duele la terrible sonrisa de superioridad con que el abogado se felicita a sí mismo por esa ágil estocada donde más duele.

—Pero, mira la gente que está del otro lado, los de la UDI, los amiguitos de Pinochet, la gente más asquerosa del mundo. Son los enemigos, no puedes dejar que esa gente haga lo que quiera en Chile.

—Te voy a ser bien sincero, compadre. Tú eres mi amigo, te conozco de cuando éramos niños, puedes ser un huevón descuidado, pero yo sé que no eres ladrón. Yo por ti hago lo que sea; pero por Lucho Monegal, por Fuenzalida, por Astorga, por esos huevones

vendidos de la Concertación, por esos tipos que ahora juegan a ser amigos de los milicos y cuando conviene nos andan pidiendo agüita a nosotros, yo no muevo un dedo. ¿Dónde estaban estos príncipes cuando los necesitábamos? ¿Cuándo han ayudado a alguien esos hijos de puta vendidos?

Pero, piensa Fernando por su lado, ¿dónde estaríamos si todos fueran como el Gordo, puristas, moralistas que no pactan con nadie? ¿Habría democracia en Chile si todos fueran honestos y llenos de principios, si no hubiésemos pactado una y mil veces con el diablo? Empezando, justifica sordamente, por las elecciones, donde la derecha tiene todos los recursos y maneja todas las empresas y la izquierda no tiene ni para imprimir carteles de propaganda. ¿No es lógico que si te proponen ayudar en eso —y conste que él no recuerda ni cómo ni cuándo se lo pidieron, cosas de Sanhueza, de otra época, de otro mundo completamente distinto al de hoy—, prestar tu nombre para darles a los chilenos al menos la oportunidad de conocer a su candidato, no te apures y lo hagas?

—Huevón, yo te dije —sigue aleccionando el abogado—: con esos huevones de la Concertación no hay que meterse. Cuando ganan, ganan solamente ellos; cuando pierden, pierde gente como tú, básicamente honesta, pero que los escucha y les cree.

El sermón tiene poca posibilidad de llegar a su destinatario, porque ahora Fernando se siente orgulloso de haberse mojado, feliz de no ser puro, de poder exhibir una mancha de sangre, de su sangre, de su corazón que tiene la piedad de latir, de temblar, de prestarse, de regalarse, de desperdiciarse. Generosa sangre, frívola y absurda, que al menos no se esconde, que al menos no miente, que está, que se entrega, que se desperdicia, que no se disculpa.

Extraña metamorfosis a la que hemos asistido. Cuando Fernando no tuvo de qué avergonzarse, arrastró consigo una enorme vergüenza. Ahora que todos señalan su vergüenza, siente, por primera vez en muchos años, algo parecido al orgullo.

25

Levanta, así, henchido el pecho mientras su amigo lo sentencia cariñosa pero inapelablemente. No saca nada con alegar inocencia, menos aún descuido, inconsciencia, olvido. Sí, se corrompió, piensa Fernando, sí, se equivocó, pero eso es precisamente lo mejor que tiene. No es puro. Está vivo. No es puro justamente porque está vivo. Tiene la piel llena de eczemas, el pelo que nieva caspa, los pulmones que se le atragantan sin razón. Es un hombre, un pobre macho, le han puesto una querella, está arruinado, pero ya no miente. Está vivo y en pie de guerra. Honor y gloria, venganza y sed a los que viven demasiado.

Y Fernando piensa obsesivamente en defenderse a sí mismo en el tribunal, en declarar ante los testigos. «La historia me absolverá», como Fidel Castro. Culpable, se va a declarar culpable, completamente culpable, y a mucha honra. Eso es lo que lo convierte en un hombre de verdad, en un héroe a quien todos deberían aplaudir y seguir como a un profeta.

Aunque obedientemente, eso sí, anota el nombre y el teléfono del abogado Álvaro Figueroa-Henning, un amigo del Gordo experto en casos imposibles. ¿Imposible? ¿Eso piensa el Gordo: que su caso es imposible? Y piensa, al salir de la oficina de su abogado y tomar el primer taxi que encuentra, en los torturados, los torturadores, los milicos, los fusilados, desaparecidos, las viudas, en toda esa gente que ha tenido el privilegio enorme de tapar con el horror sus errores. Todos esos padres, esos hijos, esos hermanos dueños de una muerte limpia y terrible, de un final gigantesco que se ajusta mal con sus vidas pequeñas, normales. Y de los que no se mueren, de los que siguen en pie, ¿quién se preocupa?, se rebela Fernando Girón en el fondo de un taxi. Los que no tienen la suerte de ser mártires, esos que tienen que alimentar a una familia, ayudar a un amigo, por último calentarse e ir de putas, ¿de esa gente quién se preocupa? Esos son los verdaderos sin voz, los que no se atreven a interrumpir los discursos patrióticos con su respiración. Los que por puro quedar vivos son llamados traidores, pobres tipos, mediocres, corruptos…

Este y otros discursos cada vez más sinfónicos va desplegando para sí Fernando mientras llega a la Clínica Las Condes. Lo esperan ahí su esposa, su cuñada Bernardita y el doctor Bauer, experto en fertilidad asistida. Hundido en su alegato interior, Fernando no escucha los resultados de los enésimos análisis. Pueden dar la vuelta a todo, pueden juzgarlo y llamarlo estafador. No importa, porque es inocente,

radicalmente, profundamente inocente. Puede que él se equivoque en todo, da lo mismo, piensa orgulloso, no va a pedir perdón por ser solo un ser humano. Y entonces le estremece el miedo, esa sensación de la que se hizo adicto hace tres años: no sentir el suelo que pisa, no saber qué distancia lo separa de los objetos que toca. Esa incertidumbre que produce vértigo, desesperación, excitación sexual. Tiene miedo de que le vuelva a gustar, de necesitar otra vez oler la podredumbre entre sus dedos hasta marearse, hasta perder el sentido de sí mismo.

No escucha casi nada de lo que dice el doctor. Le sonríe, aprueba, hasta ver cómo le entregan un pequeño envase de plástico en donde debe secretar su líquido seminal. Perplejo todavía, se deja conducir a una cabina donde es conminado a masturbarse a la brevedad.

26

No tengo que pedir perdón, no tengo que pedir perdón, murmura para sí, acariciando su intimidado pene que retrocede remolón y se esconde en los pliegues del prepucio. No es la primera vez que tiene que llenar el pequeño recipiente con su semen. Ha tenido que hacerlo varias veces en su casa y luego conducir a toda velocidad hasta la clínica para entregar la muestra a tiempo, aún tibia. También lo ha hecho dos o tres veces antes en esta misma cabina estrecha de color damasco, dotada de unas muy higiénicas revistas y un televisor con devedé que está ahora fuera de servicio. Sabía qué hacer y cómo hacerlo, pero no se lo esperaba ahora, justo ahora.

Sentado, los pantalones abajo, esta vez sentía que estaba frente a frente con su virilidad. La miraba, la despreciaba, la acariciaba. Era su invento, su creación, ser hombre, ser macho, esa cosa que colgaba desde el nacimiento pero que ha ido construyendo, domesticando y perdonando con los años, pero que no era nunca del todo suya, que seguía desafiándolo y sorprendiéndole. El frenillo, la mucosidad, las venas, una mancha larga de piel más oscura. Su pene, pobre niño que ahora parece un anciano, pobre viejo que ya no quiere más guerra.

Fernando cierra los ojos, piensa en las caderas de una mujer que recordaba del taller de costura que instaló en su casa su tía Margarita cuando su padre se arruinó: las caderas enormes, el calor de julio, el olor acre del sudor de la mujer abriéndose el delantal. Una cosa violenta y rápida. Senos caídos, mucha carne —justo lo contrario de su mujer—, un desnudo de prostíbulo de comienzos del siglo XX, y luego, testarudamente, la imagen de ese mendigo que se pasea por Providencia y la Alameda con su mano elefantiásica convertida en una fritura enorme en que todos los dedos se han convertido en uno solo.

—Qué asco —retrocede alarmado. Respira hondo, vuelve a intentarlo, tratando de evitar la trampa de los recuerdos no deseados. No lo hace, solo piensa en ese algo vago e incorpóreo que de pronto pasa a tener forma y cara—. No era idea mía. Esa insistencia en sacar a colación el pasado. Esta querella, esos datos que todo el mundo había olvidado. Ese gallo realmente me odia. Me odia Juan Carlos, me odia de verdad… Aliarse con la UDI, ser parte de la campaña de desprestigio de la derecha, el revolucionario, el puro, el consecuente, ese cínico de mierda, capaz de cualquier cosa con tal de destruirme la vida. ¿Qué quiere el conchesumadre? ¿Qué mierda quiere de mí el hijo de puta?

Fernando blande con rabia la única arma que le queda, esa que

tiene entre las manos. Tú no puedes quitarme eso, murmura para sus adentros, sin saber exactamente a qué se refiere: ¿su pene, su rabia, su mano? ¿O solo la tibieza que sube por su pecho? Yo soy un hombre, ¿me escuchas, Juan Carlos? Yo soy un hombre. Soy débil, soy una cagada débil, pero soy un hombre. Tú no puedes destruirme. Yo soy una mierda, pero soy una mierda invencible.

Y la imagen de Fernanda hace quince años, desnuda, con las cejas levantadas, hambrienta y despiadada, cruza por su mente. Sus senos de niñita erectos en un firmamento de pecas de clase alta. La primera vez que le mamó el pene. Su cuerpo arqueándose en medio de una tina blanca. «¿Nunca te ha hecho esto alguna mujer? Pucha, que te han querido poco…», y el mordisco y la risa, y su lengua de gato consolando el prepucio. Su cara blanca, su pelo dorado y esa sonrisa sorbiendo su pene rojo, arrugado y sucio.

Soy tan huevón que me pajeo pensando en mi mujer, sonríe Fernando, masturbándose ahora a velocidad de crucero. Gimotea, murmura, se queja, es feliz. Casi completamente feliz. Hasta que recuerda el envase de plástico, que conecta *in extremis* con la punta de su pene para llenarlo con los mililitros esperados.

27

El reglamento de la clínica prohíbe que una mujer sea inseminada sin que su marido la tome de la mano. Sin embargo, pocos instantes hay más intimidantes que la llegada del marido recién masturbado al lecho de su amante y esposa a punto de ser inseminada.

—¿Qué tal la paja, mi amor? ¿Rica? —Fernanda rompe la incomodidad a punta de pachotadas.

—Que eres bruta —se muere de la risa Bernardita, la hermana que acompaña a Fernanda en todos los procedimientos.

—¿Cómo te sientes tú? —pregunta Fernando con tono paternal.

—Bien, perfecto. Ahorrémonos los preparativos, empecemos luego con esto… —Fernanda le ordena con la mirada a la enfermera.

Fernando, siguiendo un libreto perfectamente ensayado, le toma la mano a su esposa y le acaricia el pelo mientras le inyectan con delicadeza su líquido seminal enriquecido y seleccionado en el laboratorio.

—Estás tan linda, estás preciosa —murmura el marido—. ¿Duele? —pregunta, aunque sabe la respuesta.

Ella se limita a sonreír.

—Se acabó, señora —avisa la enfermera.

Y la mirada de los esposos que vuelven a encontrarse como si la cópula hubiese ocurrido efectivamente. Extraña gratitud del sexo sin sexo, extraña planicie del deseo satisfecho sin que el deseo se interponga y confunda todo. El cuerpo de ella lleno gracias a plásticos y agujas y el cuerpo de él, vaciado a solas en una habitación de color damasco, se encuentran sin tocarse, sin olerse, sin sentirse.

Pero nota Fernanda una inquietud nueva en su marido, una palidez, una sonrisa forzada que no sabe disimular. No quiere preguntar qué le pasa, qué quiere, pero sabe que si no pregunta, el interrogante va a quedar flotando entre ellos. Por suerte la Bernardita desconoce los códigos de la pareja y, con naturalidad, pregunta a quemarropa a su cuñado:

—Estás pálido, Fernando. ¿Pasó algo malo?

—No, nada —responde incómodo él, profundamente aliviado, sin embargo, de tener permiso para abordar el tema que lo ronda obsesivamente hace semanas—. Ese asunto del contador que no se arregla. Estuve con un abogado amigo mío, hace un rato, y la huevada se ve enredada. Esa gente tiene unos papeles que no dicen nada, pero que uno nunca sabe… Debí haber hablado con él. Debí ir a verlo a la cárcel cuando volvió. ¿Qué me costaba ir a conversar con él aunque

fuera cinco segundos? Los malentendidos se agrandan cuando uno no habla las cosas frente a frente.

La última réplica iba dirigida de rebote a su esposa, que lo había convencido de no ir a la Penitenciaría a visitar a Juan Carlos.

—Vamos a verlo ahora —propone con total inocencia Bernardita—. ¿Dónde es que lo tienen? A mí me encantaría conocer la cárcel por dentro, lo encuentro lo más emocionante que hay.

Fernanda, guarecida en el entusiasmo de su hermana, sonríe con complicidad a su marido. Quizá esto es lo que necesitamos, piensa, alguien que no se sepa toda la historia, un mediador inocente que proponga lo obvio.

—No creo que nos dejen entrar, Berni —acota Fernanda—. Son los miércoles los días de visita, tengo entendido. Pero podríamos hablar con la señora o con el hermano quizás…

—A la señora, si prefieren. Da lo mismo, hay que hablar con alguien. Vamos ahora mismo —sigue entusiasmándose Bernardita—. Hay que tomar el toro por las astas. Ya, pues, Fernandiño. ¿Para qué te vas a ir a tu casa a preocuparte solo?

—Hoy es un poco raro, está medio nublado, no sé…

—No te preocupes por el sol, si esto no es ningún picnic, vamos —se pronuncia finalmente Fernanda, y se levanta con dificultad pero decidida de la camilla.

28

Fernando, con el resto de los arruinados, solamente había visitado una vez, hace tres años, al comienzo del caso, la casa de la esposa de Juan Carlos, pero misteriosamente conocía el camino de memoria, como si lo hubiese recorrido cada día durante todo este tiempo. Los álamos, la cordillera, la sombra de un estero y luego el polvo y la villa.

—Esa es la casa, parece, no estoy seguro —se resigna Fernando, mostrando la única casa destartalada de toda la Villa Los Tamarugos II.

En la puerta, un estudiante que come una manzana y que no sabe si está o no está la señora Nelly, pero que sin embargo los deja pasar y les pide que esperen en el salón.

Una serie de jóvenes acostados en el suelo mirando televisión, sus cuerpos entremezclados con cobertores, sacos de dormir, cáscaras de naranja, restos de salchichas y puré crudo flotando en los platos. El joven de la manzana grita como verraco hacia el segundo piso, de donde por fin aparece la Nelly, el cuerpo cubierto con una capa de plástico azul y la cabeza cubierta con una pasta negra.

—¡Qué quieren ahora, niños de mierda! —grita, hasta que distingue al antiguo jefe de su marido y a dos mujeres con cara de pájaro que le sirven de guardaespaldas—. Ah, son ustedes. —Su voz suena a la vez sorprendida y decepcionada—. Suban. Me estaba tiñendo, pero da lo mismo. Igual tengo que esperar un rato. Vengan a mi habitación.

Les explica que todos son jóvenes de provincia, que ahora arrienda habitaciones. «Tengo que arrendarles para pagar el dividendo. Son buenos niños en general, aunque nunca falta el fresco que no paga y se come la comida de todos, ¿me oíste, Charli? —Y aprovecha de golpetear la puerta del moroso—. Pasen, pasen. »

Los tres, incómodos, se sientan como pueden en la habitación abigarrada de muebles, chucherías, electrodomésticos, toallas, ropa, un televisor enorme sobre el que descansan tres tazas sucias y una tostada a medio comer.

—¿Qué quieren? —pregunta la Nelly a quemarropa—. Supongo que no vinieron a ver cómo andaba mi vida.

—Vinimos a conversar —intenta Fernando convencerse a sí mismo de que esa es su intención, conversar de igual a igual, sin sospechas y sin temor—. A conversar, nada más…

—Conversemos entonces. ¿De qué quieren hablar? —Y la mujer pequeña y cuadrada cruza sus brazos rellenos sobre el pecho con todo el hastío del que es capaz.

—Queríamos conversar de todo esto que ha ido pasando. Tu

marido, nosotros… Siento que se nos ha ido un poco de las manos este asunto. Se ha metido demasiada gente en medio. Gente que quiere sacar su propia tajada del cuento, tengo la impresión. Por eso yo pensé que quizás sería bueno que habláramos en confianza nosotros, tu familia, mi familia, frente a frente, para tratar de ordenar un poco esto. Los políticos, cuando se meten, se enredan. Esto es un asunto de familia.

—¿Pero qué quieren saber exactamente? —se impacienta la Nelly—. A mí nunca me contó nada, un día dijo que iba a la oficina y no volvió más, si es eso lo que quieren saber. Juan Carlos nunca me ha preguntado, ni antes ni ahora, qué opino yo de lo que él hace. Con él yo soy la última en enterarme de todo. Siempre fue así.

—Quizá por eso mismo nos puedes entender a nosotros —interviene enérgicamente Fernanda, pensando que, hablando de mujer a mujer, de esposa a esposa, podrían llegar más fácilmente a algún acuerdo—. Yo entiendo perfectamente lo que sufriste. Te cambió la vida, del mismo modo que a nosotros también nos cambió la vida. Por eso siento que tú también puedes entender más o menos lo que sufrimos nosotros…

—Perdón, pero yo no puedo compadecerlos a ustedes —interrumpe bruscamente la esposa del contador—. Supongo que lo pasaron pésimo, pero les aseguro que yo lo he pasado mucho peor que ustedes.

—Yo te entiendo, pero… —intenta seguir Fernanda.

—No, no entienden, no pueden entender. Me da pena por lo que pasaron, pero los veo aquí bien enteros, bien vestidos, juntos, felices.

—Pero somos iguales en esto. Somos víctimas también —intenta Fernanda.

—No somos iguales, nunca vamos a ser iguales. La gente como ustedes siempre se salva al final.

—¿Pero en qué somos tan distintos a ti? —se indigna por fin Fernando—. Yo estoy en la ruina, no puedo firmar ni un cheque, no tengo previsión, no tengo nada, me están acusando de corrupto, salgo todos los días en el diario como el peor ladrón que hay en Chile. Puede que termine preso, puede que me quiten el trabajo, que me caguen la vida para siempre. ¿Dime tú en qué crestas estoy mejor que ustedes? ¿Por qué tienen ustedes el monopolio del sufrimiento humano?

Pero la destemplada vehemencia del cineasta, que tiene anonadadas a las hermanas Valdés, apenas inmuta a la mujer del inculpado, que sigue razonando con hastío, como una anciana que atiza el fuego de un viejo brasero.

—Yo no sé. Solo sé que no estamos en el mismo bando. Yo solo sé que nunca vamos a estar en el mismo bando.

—¿De dónde sacas eso? Tú y yo estamos igualmente cagados por

culpa del mismo huevón, perdón, por la misma persona, tu marido —sigue Fernando, alado por la energía de su indignación, que dirige no solo a la Nelly sino a todos los que lo han tratado durante estos tres años como a un privilegiado que no tiene derecho a quejarse porque su vida es dulce y fácil, porque por tener la cara que tiene, el pelo que lleva, la esposa con la que está casado, su sufrimiento no puede ser real.

—Cuando pasó todo, vino aquí con sus amigos, ¿se acuerda? —suspira lentamente la esposa—. No me preguntaron cómo estaba ni si necesitaba algo. Unas sonrisas para la tele y un par de amenazas es lo único que dejaron, ¿se acuerda ahora? Así era antes, así es ahora. Perdonen, pero tengo que sacarme esto de la cabeza. —Y muestra con impaciencia su pelo pastoso—. Quema el pelo si te la dejas mucho tiempo. Después tengo que ir a la feria a comprar. Me hacen rebaja algunos verduleros, pero solo si voy a cierta hora.

Y por primera vez Fernanda nota en el breve balanceo de los hombros de la Nelly algo frágil y humano, una cierta timidez esencial por la que se apiada un poco —muy poco, casi nada— de la sorpresiva impotencia de los visitantes. Pero luego, cuidadosa de cada uno de sus gestos, la esposa del inculpado, del querellante ahora, pregunta con toda sequedad:

—¿Algo más sería?

Y los visitantes tienen que resignarse a que no haya nada más.

—Un gusto —dice la Nelly, despidiéndose de los tres mientras camina hacia el baño, donde la esperan la brocha y las peinetas con que terminará el retoque de tintura.

29

Los tres bajan la escalera en silencio. Ven la ropa sucia colgando de la baranda, el refrigerador que no cierra, los estudiantes sin camisa estirándose para asegurarse de que están despiertos. No hay nada que agregar: en diez segundos de fiebre se dijeron todo lo que llevaban trece mil horas ensayando.

A la salida les sorprende el aspecto de campamento polvoriento de la villa, que hacía unos minutos les parecía tan limpia y moderna. Árboles recién plantados que crecen tímidamente en veredas de cemento demasiado blanco, demasiado nuevo para ser creíble. El canto de grillo de los cables de alta tensión sobre sus cabezas y, más allá, la ladera de una colina desierta donde los obreros siguen construyendo casas iguales a las ya construidas debajo de un cartel enorme que anuncia el precio en UF de las propiedades en promoción.

Bernardita intenta quebrar el pesado silencio que hunde los hombros de su hermana y de su cuñado.

—Quería plata, seguro. Se le nota enseguida la pinta de chantajista a la galla esta. Pero no le hagas caso, Fernandiño, no tienen nada estos payasos, son puras amenazas. Con un buen abogado estás al otro lado.

De pronto, una manada de perros vagos, de esos que antes de que urbanizaran los cerros circulaban por aquí en completa libertad, se atreve a caminar en medio de la calle bajo la amenaza unánime de los perros de raza encerrados tras las rejas. Hasta que encuentran una plaza y se dispersan corriendo. Los rottweilers, ciegos de ira e impotencia, siguen ladrando y mordiendo las rejas que los mantienen alejados de sus competidores.

—Esto es el infierno —exclama Fernanda—. Vámonos de aquí. No aguanto ni un segundo más.

30

En el auto, de vuelta hacia Vitacura, Fernanda compadecía y al mismo tiempo admiraba la nuca temblorosa de su marido, la mano que la rascaba nerviosamente, la mueca en la boca, la crispación de sus dedos. Héroe y simple cordero a punto de ser sacrificado. Víctima y soldado. Fernanda, antes que nadie, comprendió que la batalla era inevitable y que su marido, en su profundo error, había tenido siempre la razón. No era un asunto de plata, de poder, de ego, o quizás eran las tres cosas al mismo tiempo, pero era también otra más: el derecho a ser que no podían —Fernando es de Macul y Juan Carlos de Puente Alto— compartir. O uno era, o el otro, nunca los dos juntos, nunca al mismo tiempo.

Lo que se peleaba aquí era algo parecido al honor, al buen nombre. El derecho de usar un nombre, su propio nombre. Batalla absurda para una mujer, pero esencial, según lo había aprendido de su padre, para un hombre. El duelo de don Quijote contra el caballero de la Blanca Luna, el momento en que toda farsa se convierte en una tragedia. Eso es lo más difícil para una mujer, aceptar que lo más seguro es que su caballero andante termine derrotado y destrozado, y que es incluso bueno que eso suceda, que no puede hacer nada para evitarlo, que su único papel es esperar con los paños hervidos y los ungüentos medicinales para cuando su campeón muerda el polvo.

Así, en las semanas que siguieron, Fernanda no se atrevió siquiera a volver a plantear la idea de una tregua, y menos de un armisticio, y se resignó a contratar a Figueroa-Henning, el experto en casos imposibles que el Gordo Alcántara había recomendado a su marido.

31

Pero la entrada en escena del famoso litigante concertacionista no hizo otra cosa que excitar aún más a la ya inflamable María de los Ángeles Lehuedé.

—Está moviendo todas sus fichas, tu cineasta famoso —le comenta con los ojos brillantes de permanente emoción al más bien amedrentado Pablo Labbé.

A este último le pesa cada vez más la sensación de venir del mismo lado, de compartir más o menos los mismos códigos que la gente a la que ahora persigue. Recuerda la pobreza franciscana de las campañas del Partido Socialista en que participó y las compara con las camionetas llenas de niñas rubias con toda suerte de cintas y sombreros de colores que veía entrar y salir todos los días de la sede de la UDI y no puede dejar de justificar el descuido contable de la gente del gobierno, el olvido de las boletas o lo que sea. No acepta la mentira y tampoco la frescura de Fernando Girón llevándose para su casa parte de la plata. Pero de ahí a generalizar, como hace Venegas, y a calificar a todos los socialistas de intrínsecamente ladrones, y a sus aliados, los democratacristianos, de desleales y malagradecidos con el general Pinochet, que salvó al país del comunismo, le parece injusto.

Por juicios así de veloces, por generalizaciones semejantes habían muerto amigos de sus padres y compañeros suyos de colegio. A Venegas no vale la pena contradecirlo, piensa Pablo, es un dirigente de la UDI ciento por ciento convencido. Viene de donde viene y tiene sus razones para pensar lo que piensa. Es el fanatismo de María de los Ángeles, que no plantea ni una sombra de duda, lo que intriga y ofende a Pablo Labbé.

—Tú no puedes defender a esa gente, que lo único que quería hacer en la UP era quemar Chile por los cuatro costados —dice ella.

Y Pablo intenta explicarle que la frase de quemar Chile es del socialista Carlos Altamirano, que los comunistas, durante el período de la Unidad Popular, eran moderados y reformistas. Su padre y sus amigos nunca fueron comunistas justamente por eso, y militaron en el MIR y en el Partido Socialista. Pero, sobre todo, militaron en el cine chileno, que fue su propia trinchera.

—Artistas, ¿qué van a ser artistas los amigos de tu papá? Unos drogadictos inservibles, unos ancianos marihuaneros, la peor lacra de esta sociedad…

Marihuaneros, sigue intentando matizar Pablo Labbé, pero también creativos, valientes que hicieron el mejor cine que se ha hecho en

Chile. Su padre, por ejemplo, su padre que trabajó en *El chacal de Nahueltoro*, su padre era un loco irresponsable pero que amaba la vida, que se arriesgaba por lo que creía y no le tenía miedo a nada ni a nadie.

—Córtala, me tienes mareada con tu papá famoso. Tú sabes que a mí no me interesa nada ese señor —se rebela María de los Ángeles—. ¿Hasta cuándo seguirás con la tontera de *El chacal de Nahueltoro*? Que el MIR, que los socialistas, que el ladronzuelo de Salvador Allende… ¿Hasta cuándo la misma historia? ¿Qué sacas? Tú eres mucho más interesante que tu papá.

—Era una persona valiente, mi papá, eso no se lo puede negar nadie. Era una persona que fue valiente hasta el final.

—Ya, córtala con ese viejo borracho. No veo qué le encuentras de tan apasionante a ese señor.

El joven abogado se queda callado, visiblemente enojado. Asustada y al mismo tiempo complacida por la provocación, María de los Ángeles se acerca reptando desde el suelo hacia su amigo. Se guía por el rastro de adrenalina que Pablo irradia a su alrededor. Le gusta confundirlo, excitarlo, sacarlo de esas casillas que casi nunca abandona.

—Es demasiado fácil —dice solo para oír la respiración de Pablo agitarse más todavía, para tocar su temblor, su ofensa, su límite, esa palpitación que puede abrir la puerta a otras palpitaciones, a otra cercanía que a ciegas necesita cada vez con más urgencia—. Ser valiente cuando eres un viejo irresponsable es lo más fácil que hay en el mundo. En el fondo, tu papá no tenía ninguna consistencia. Si lo piensas bien, era un tipo que nunca se enfrentó a la vida… En el fondo, tu papá era un cobarde.

—¡No era ningún cobarde! —dice Pablo, cruzando los brazos sobre su pecho en una señal de indignación infantil.

—Cobarde no. Me equivoqué, perdona, no quise decir eso. Cobarde, no —finge arrepentirse María de los Ángeles—, pero poca cosa eso sí. Un gallo superficial, poco interesante. Ya, pues, no pongas esa cara, no te piques. Mírame a los ojos.

Pablo se resiste, solo en su rincón del sofá. Testarudamente mira hacia el cielo raso, pero deja que María de los Ángeles lo peine y acaricie.

—Ya, perdóname. Tú me interesas, no tu papá, no tu hermano ni tu abuelita. Tú solamente.

—No creo que tenga ningún sentido seguir viéndonos. No pensamos lo mismo en nada, tú y yo somos de mundos completamente distintos. Creo que lo mejor sería tener una relación estrictamente profesional, tú y yo. Veámoslo en la oficina.

Pero las manos de María de los Ángeles ya lo tienen atrapado y

bruscamente se alza y lo besa.

—Viólame. Déjate de tonterías y viólame.

—¿Ahora?

—Ven, apúrate, sácame la ropa.

Y, tan confundido como obediente, Pablo le desabotona apurado la blusa. La luz de la luna ilumina los hombros de ella, sorpresivamente suaves y frágiles.

—¿Me va a doler, tú crees? —deja por un segundo la abogada toda seguridad para preguntar con timidez.

—Vamos a la cama, si quieres.

—No, no, aquí mismo, en el suelo. Soy una perra. Sigue, sigue, por favor, soy una perra asquerosa, no te pares, sigue.

Caen así, revolcados sobre la alfombra gris. Se equivocan, se muerden, se entierran los codos en la cara, las rodillas en el estómago.

—Ya, pues, sigue —exige la amante de su galán cada vez más concentrado—. Entra, por favor, entra. ¿Me va a doler mucho, tú crees?

Pablo no responde. Aprieta el cuerpo anguloso, tenso y fibroso de la abogada contra el suelo. Entra como puede, temeroso de quebrar algún hueso, de romper un ligamento, de quedar atrapado en el himen, que fuerza como puede.

—¡Duele, pucha que duele! —le gritonea la niña—. Más fuerte, más fuerte. Yo no soy de porcelana, no te preocupes. Dale, por favor, no seas suave conmigo, dale, bestia, mátame…

Pablo, casi tan inexperto como ella —es la primera virgen con la que se acuesta y solo, en toda su categoría, la cuarta mujer—, no sabe hacia dónde ir, qué decir. Sigue a ciegas hasta que siente que su pene toca algo viscoso. Deja que la napa subterránea moje la arena, invada la represa.

—¿Qué pasó? —pregunta horrorizada la abogada—. ¿Por qué te mueves así tan rápido? No pongas esa cara, pues, dime algo.

Pablo no responde y sigue bombeando hasta irse del todo. Solo entonces, agradecido y asustado, acaricia el pelo de la niña.

—¿Eso es? ¿Eso es todo? —se horroriza María de los Ángeles—. Pero qué asco.

Y cae en llanto en los brazos de Pablo.

—No puede ser. No puede ser que sea esto.

Y llora abierta, eyaculada, desnuda y manchada entre la alfombra y la mesa de centro mientras Pablo sigue acariciándole suavemente la cabeza.

—No quiero que me guste esta cochinada —solloza la niñita—. Sálvame. No me dejes, no me dejes nunca.

Y se quedan así, desnudos en el salón, llorando ella, consolándola él, por una eternidad de diez minutos de duración.

32

Al fin, tras unos pocos segundos, los que gasta en maldecir todo lo que encuentra, la niña se duerme abrazada al que ahora es su amante. Pablo recuerda, no sabe por qué, un caballo blanco que vio en un potrero camino al colegio. Y la tarea para el natalicio del libertador Bernardo O'Higgins, abandonado por su padre el virrey, que luego se hace héroe para merecer su nombre, para explicar la noche en que durante una inspección de rutina del gobernador de Chile, fue engendrado. El bastardo Riquelme, futuro O'Higgins, que nunca odia a su padre pero que destroza el imperio que este representa. El bastardo Riquelme que el bastardo Labbé había imaginado en su trabajo escolar: burlado por sus compañeros de curso, solo y triste como lo veía Neruda en un poema: «Un poncho de provincia, / un niño que no sabe su nombre todavía, / un niño férreo y tímido en la escuela, / un jovencito triste de provincia…».

Y siente que su pene se yergue, que sus caricias se entibian. Un niño que no sabe su nombre todavía, pero que toca algo parecido a su rostro detrás de una sábana blanca. Un niño que no sabe su nombre todavía, que vive para preguntar «¿Cómo me llamo?, ¿cómo tengo yo derecho a llamarme?». Un niño que no sabe su nombre todavía, un niño que conquista su nombre matando a todos los usurpadores, los ladrones, a todos los mentirosos del mundo. Un niño que no sabe su nombre todavía es lo que Pablo ha sido, lo que siente que ya no es. No le importa lo falsas y torpes que puedan parecer hoy esas promesas infantiles de caballos blancos, padres de la patria y poemas de Neruda: rescata ahora la seguridad de ser un elegido, de ser un día algún tipo de prócer indestructible.

Su destino que parece que se empieza a cumplir, aquí y ahora, una mujer muy rubia en sus brazos muy morenos. Todo eso se confunde en la misma marea irreal que no quiere cuestionar, que simplemente lo excita. Así, a ciegas, rompe la neutralidad del abrazo y empuja con su pene erguido las caderas de la recién desvirgada María de los Ángeles. La niña se queja apenas ahora, ruega apenas que sí y que no mientras, recostada en el borde del sillón, se deja penetrar suavemente, consiguiendo semidormida algo parecido al gozo por primera vez en su vida.

33

De día Juan Carlos se volcaba a esa forma de olvido que es la acción. Siempre había algo que hacer en la cárcel, alguien que necesitaba hablar con él, algún papel que rellenar. Sonreía, caminaba, comía, se abandonaba. De noche, en cambio, ya no había nadie ni nada.

No dormía, llevaba tres años sin hacerlo. Su insomnio le permitió trabajar de recepcionista en Ciudad del Este y antes, en Santiago, le había permitido trabajar para quince clientes al mismo tiempo. En la celda de la Penitenciaría no servía para nada. A las tres de la mañana repetía a solas algunas palabras de las que olvidaba adrede el sentido hasta que el frío de la noche traía a su mente su miedo más antiguo, el miedo de volverse loco. El miedo de ser loco ya y no haberse dado cuenta aún. El miedo de ser de pronto descubierto y denunciado y no tener vuelta atrás.

Sin poder definirla del todo, Juan Carlos sabía qué era la locura. Volverse loco era ceder, como esas ramas que se tuercen sin romperse bajo un peso enorme, que soportan la presión sin crecer ni rendirse, acumulando en su materia toda la energía del universo. Era eso, pero también era otra cosa: estar solo, completa y radicalmente solo, ni tan solo acompañado por sí mismo. Hablar sin que nadie, ni siquiera la idea de nadie, ni la sombra de nadie que has inventado para conversar, te escuche.

La cárcel no era su condena. Su condena era estar solo. Solo con esa idea de la locura, con esa certeza que no podía tocar. Solo en la recepción del hotel Los Cisnes, donde hasta las paredes sudaban. Solo en la estación Constitución de Buenos Aires, fingiendo ser boliviano para que lo subieran de noche en un camión e irse lejos a cocer ladrillos o doblar con una masa dos pilares de acero. Solo también al comienzo de todo, solo en la oficina cuando todos los otros se han ido a dormir, solo en el salón de su casa mirando el televisor sin sonido, solo a la hora de la comida borrando fotos de choques automovilísticos del computador, cuerpos retorcidos entre los hierros de una carrocería, cabezas abiertas en dos, brazos cercenados, todo en silencio, en blanco y negro o en colores. Ni un solo grito.

Aterrado por la amenaza que olía siempre en el silencio, se escondía en su litera mientras un preso a lo lejos gritaba como un mandril. Otro eco y otra puerta que se cierra y después la electricidad que cecea en los cables, una gota, otra, una enorme casa sin dueños donde le parece a Juan Carlos imposible la idea misma de dormir. En silencio, sudando, se levantaba, movía los labios, preguntaba, gemía, un puño

cerrado sobre el vientre, como si se acuchillara a sí mismo. «No», decía en voz alta, solamente para no olvidar su voz, para tenerla de su lado. «No», repetía inútilmente hasta que de pronto el frío se posesionaba de la noche y, lentamente, con los ladridos de los perros, el rugido de las micros, el sonido de unos pasos, el día. Como un indulto, cada mañana la luz del sol, la sirena que los llama a formarse en el patio para ser contados por los gendarmes.

Sonreía así, a primera hora, Juan Carlos Riquelme, recitando su número en la fila. Otros presos reían, se empujaban, se insultaban, pero él era el único que sin contradicciones se levantaba completamente feliz todas las mañanas en la cárcel.

Feliz también de recibir después a Pablo y revisar su pasado, ese pasado que durante la noche le parecía imposible. Esa vida con ruido, odio, gente, facturas del 91, declaraciones de impuestos del 94, que cuando el silencio lo mordía, cuando el tiempo se suspendía, resultaba ser su único refugio. Esas vidas ajenas, la de Fernando, la de Pablo, en las que se alojaba como Dionisio en la pierna herida de Zeus. Mordiendo, como el dios, para no morir de hambre, una vena llena de sangre.

¿Vengarse? No trataba de mostrar ningún entusiasmo con la querella de Labbé. ¿Perdonar? Eso tampoco, porque perdonar es quedarse solo, soltar las amarras que lo mantenían entre los vivos. Un día lo haría, quería creer, un día salvaría a Fernando, pero antes necesitaba su rostro, su mano, su presencia que negaba siquiera acercarse de lejos. Un día, cuando estuvieran frente a frente, todo se disolvería como un sueño, como el sueño que era: por el momento no le quedaba otra que mantenerse sonriente y feliz en medio de la pesadilla.

34

Después de convertirse casi oficialmente en el novio de María de los Ángeles Lehuedé, Pablo ya no dudó de la pertinencia y la justicia del caso Videos-Cancillería, como lo había llamado la prensa. Sentía Pablo Labbé que su nuevo amor estaba atado al caso, que este era por entero una prueba donde tenía que elegir entre el pasado, simbolizado por Girón y sus triquiñuelas, y el futuro, simbolizado por la cada vez más rubia María de los Ángeles. Pronto quedó establecido su papel, el de coordinarse con el contador, al que todos los días le aparecían dudas y escrúpulos nuevos que se sumaban a la indiferencia por colaborar que mostró desde un principio.

Pablo Labbé discutía, así, con vehemencia sobre los videos inexistentes, los fondos reservados de los ministerios que iban a parar a las campañas, solo para recibir después su recompensa. En medio de un pasillo cualquiera de la sede de la UDI, de pronto una mano pequeña, casi inocente, que lo llevaba a la diminuta despensa de las escobas y el amoniaco, para besarlo como una salvaje.

—Me voy a ir al infierno por culpa tuya —suspiraba María de los Ángeles cuando recuperaba el aliento.

—Mejor, el paraíso es muy aburrido. Hay mucha más gente divertida en el infierno —respondía Pablo, con el mismo tono murmurado de las películas.

—No digas ordinarieces, por favor. El paraíso es lo más entretenido que hay. Son los pecadores los que son una lata. Rodeado de borrachos, de puteros. ¿Tú has leído a santo Tomás? La *Suma teológica* es lo más divertido que hay. No sabes nada tú, eres una bestia salvaje.

Volvían, desarrugando sus faldas y chaquetas, a las reuniones de planificación estratégica. Venegas parecía ahora, a ojos de Pablo, envidiablemente inteligente, astuto, buen padre, buen marido, buen amigo de sus amigos. Lo mismo le pasaba con todos los diputados y senadores del partido, que le pedían como distraídamente consejos y asesorías bien pagadas sobre los más variados temas legales. Su vida iba por fin hacia alguna parte y odiaba un poco más todavía a los girones de este mundo por haberle hecho creer que ellos eran los buenos y la gente de la UDI los malos.

Sentía que también debía cobrarle a Fernando Girón ese tiempo perdido dando vueltas en la estrecha moralina de la izquierda, lejos del mundo amplio de los prados cuidados, de las niñas blancas, de los cerros verdes. La izquierda lo quería auténtico, es decir, cagado, le ordenaba seguir igual, le rogaba a todo el mundo no moverse

demasiado, pero nadie está condenado a ser pobre, y nadie es pobre porque otros son ricos, todo depende de tu capacidad de emprender, de soñar una vida mejor.

—Mírate a ti mismo —se emocionaba María de los Ángeles—, tú no te rendiste, tú no te quedaste esperando que papá Estado te regalara todo. Tú eres un emprendedor, un tipo que lucha por conseguir sus sueños. Eso es lo que queremos en la UDI, que haya más gente como tú, que todos los niños de Cerrillos, ¿de ahí eres tú, no?, o de La Pincoya o de La Legua o de donde sean, puedan hacer lo que tú hiciste.

Y así Fernando deja de ser el enemigo fantasmal de su padre para convertirse en un enemigo de su propia felicidad futura y de la felicidad de todos esos niños de Cerrillos, de La Pincoya o de La Legua, que tienen derecho a besar a una rubia como esta y a no seguir pidiendo disculpas por existir.

35

En el lado contrario del caso y la ciudad, el abogado Figueroa-Henning intenta infructuosamente transmitirle a Fernando Girón el mismo tipo de seguridad que exultaban sus contendores de la UDI.

—Por favor, no te pongas paranoico, hombre —trata de calmar a Fernando, que una y otra vez le pregunta por el peor escenario—. Claro que es posible, todo es posible en este mundo, pero es lo menos probable que hay. Esto lo hacen solo para las municipales. Lo más seguro, incluso, es que se cansen antes estos gallos. Ya, pues, hombre, no me mires así. Levanta ese ánimo, no estás en ningún matadero. Cree en mí, yo si de algo sé es de estas cosas.

—¿Qué significa esto entonces? —desafiante, Fernando vuelve a preguntarle al abogado por su citación al tribunal.

—Nada, lo que dice, que tienes que ir el jueves a hablar con el juez, nada más. Pura burocracia, no te preocupes. Yo voy a ir contigo. No te va a pasar nada, ya vas a ver. Es como ir al dentista, una lata, pero hay que ir igual. Pásame ese papel, lo voy a mandar a fotocopiar y poner en tu carpeta. Ya, pues, hombre, una sonrisa, esto no es el fin del mundo. Anímate, pásalo bien estos días, haz tu vida como siempre, yo me encargo del resto.

Fernando Girón sale de la oficina de su abogado tan intranquilo como entró. Tiene un mal presentimiento. Levanta el pecho en el ascensor, tratando de ser digno ante el peligro. No está calmado, no puede estarlo, pero tampoco está del todo nervioso. Ha visto cómo no le responden los llamados el antiguo canciller y toda suerte de parlamentarios involucrados en el asunto. Y, en el canal donde trabaja, un cubano de Miami al que no conocía pero que lo trataba como si fuesen íntimos amigos, de pronto le dio licencia indefinida para que preparara el caso, pero también, o quizás sobre todo, para que no manchara la oficina con su polémica presencia.

No, esto no va bien; no, esto es una cagada. Estoy mal, estoy equivocado pero no puedo hacer nada, estoy cagado. Sabe lo que le espera, pero ha decidido ser un tipo sereno y valiente. De alguna manera, espera con ansias el enfrentamiento. ¿Qué es lo más terrible que puede pasar? Tiene un abogado famoso, tiene una esposa que conoce a todo Chile, tiene amigos importantes. No está solo. Sube entre el eco de la multitud hasta la iglesia de los Agustinos. Entra en ella como un prócer de la patria que quiere que la Virgen bendiga sus armas antes de la batalla. Se arrodilla en la nave central y se pone a rezar.

36

—Yo te amo, Dios mío, mi Dios, Dios —le dice al Cristo de madera colonial que cuelga con sus muñecas y sus brazos sostenidos a la cruz gracias a unas tiras de cinta adhesiva plateada—. Te amo, mi Dios, te amo. Dame fuerzas para amarte más, para amarte siempre. Tú eres todo lo que tengo, tú eres mi Dios. Yo me rindo ante ti, yo soy tuyo, todo tuyo, mi Dios…

Y sin poder refrenar su instinto dramático baja la cabeza y murmura el padrenuestro: «Padre nuestro que estás en los cielos…», solo para darse cuenta con horror de que solo puede llegar a la parte del pan nuestro de cada día. «Danos hoy nuestro pan de cada día…, pan nuestro de cada día…, pan nuestro de cada día dánoslo hoy…» y después solo palabras sueltas… «vénganos tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo, como en la tierra, como en la tierra como en los cielos o como en los cielos como en la tierra, no sé muy bien…».

Colegio, universidad, familia, la Vicaría de la Solidaridad, la Izquierda Cristiana, el nombre del partido en que militó más tiempo… Todo cristiano en su vida, todo católico incluso. Amigos curas, monjas, lector voraz de libros de teología cuando era joven, católico por todos lados, y no se sabe el padrenuestro entero… ¿Cuándo fue la última vez que recé? ¿La última vez que fui a la iglesia?, se pregunta apurado. ¿Cuándo fue eso? Algún entierro, algún matrimonio…

«Recemos todos juntos la oración que Nuestro Señor nos enseñó. » Y la multitud masticando la misma plegaria sin palabras, oración en grupo murmurada sin pensar. Eso no era rezar, eso era cumplir para ver pasar a la novia, ir al cóctel, dar el pésame luego. Rezar como se repite una canción de cuna, y la sensación de estar protegido por Dios que esta forma de oración deja entrever, la sensación de haber pagado sus impuestos a la divinidad, de no necesitar siquiera rezar tus oraciones para que Dios esté contigo.

El peor tipo de ateos es el que no odia a Dios, el que no desprecia la fe sino el que la olvida como una asignatura que ya aprobó en el colegio. La razón por la que Jehová destruyó Sodoma y Gomorra no es el pecado sino el olvido de Dios, la simple distracción criminal que Fernando siente ahora que ha ensuciado su vida hasta dejarlo indefenso ante el Señor.

—Soy una mierda, estoy perdido, no te merezco, mi Dios, soy un pobre pecador. —Y baja la cerviz en medio de la nave de la iglesia como si esperara ser decapitado por un enorme verdugo turco—. Me

olvidé, te olvidé, es un pecado, el peor de todos los pecados. Ódiame, aplástame si quieres, pero no me pases por alto. Por favor, no me olvides. Por favor, no me hagas a mí lo mismo que te hice yo a ti.

Pero sabe, sudoroso y extasiado, que Dios perdona su olvido, que se venga justamente así, limpiándole las lágrimas del rostro, disolviendo la angustia de su pecho. Esa es su astucia, se admira Fernando, su fuerza callada, ese silencio que sabe modular mejor que cualquier palabra.

—Te amo tanto, Dios mío, cómo te amo, mi Dios. —Le sonríe con complicidad escolar a la divinidad omnisciente—. Tú sabes todo. Tú no te equivocas nunca.

Desahogado y complacido, felicita a Dios por su astucia y se levanta del suelo. Está con Dios y Dios está con él: un padre pequeño, familiar, propio, que quizás no lo salvará en la batalla pero al menos estará ahí cuando él yazga en el suelo, que lo acompañará cuando no quede nadie a su lado, que le dará a beber un poco de agua de la cantimplora cuando sus labios ardan de fiebre.

Mareado, camina como un recién nacido hacia la salida de la iglesia, la luz violenta en los ojos, el ruido, los bocinazos, el centro de Santiago.

37

Esto no es un juicio, piensa al bajar las escalinatas de la iglesia y encaminarse por la calle Estado, esto es un duelo. Un duelo, como en las novelas, dos contrincantes vestidos de negro a primera hora de la mañana. De un solo disparo el honor queda restituido y los duelistas pueden darse la mano como amigos, se dice Fernando, súbitamente aliviado. E intenta ahora imitar la calma con que los caballeros esperan el gran momento, riendo con sus compañeros de regimiento, regalando sus objetos personales y acariciándose parsimoniosamente los bigotes.

Un duelo entre caballeros. Pero Fernando se sentía orgulloso de no ser un caballero, de ser solo un burgués de Macul que se hizo a sí mismo, un hombre que vive como puede, que defiende lo que gana, que no quiere morir. Por el contrario, un caballero es alguien que se caracteriza por querer morir, por saber morir. Para el caballero la vida es solo un trampolín que le permite ejecutar sus piruetas en la muerte.

Fernando no es un caballero, no puede ni quiere serlo. ¿Lo es entonces Juan Carlos Riquelme? Debe serlo, en cierto modo, porque ha sido él, mal que mal, quien le ha retado a un duelo. Por lo demás, un caballero no se mide por lo que tiene sino por lo que está dispuesto a perder, y Juan Carlos ha estado desde siempre dispuesto a perderlo todo por un gesto, por una palabra de más o de menos, la vida entera de un solo disparo. Hidalgamente le ha concedido a Fernando el privilegio de escoger las armas. Le ha dado todo el tiempo del mundo para acostumbrarse a la idea de que obligatoriamente tienen que quedarse solos frente a frente, esperando, como en un juego, que uno de los dos tome ventaja de la distracción del otro y acabe con su vida para restituir su honor.

Pálido, sonriente, mojado como un recién nacido, esa mañana de julio, en la luminosa calle Estado, Fernando acepta el desafío del contador. Un breve temblor lo llena de una rara alegría. No tiene escape, pero tampoco tiene miedo, va derecho como un caballero a enfrentar a su enemigo. Ganar o perder, da lo mismo: lo que quiere ahora, con todas sus fuerzas, es ver la cara y el temblor y la palidez y la orfandad de Juan Carlos, terminar de una vez por todas con esta confusión.

38

Antes de relatar los pormenores del duelo, una pequeña nota sobre Fernanda.

Como hemos contado, la gerente de comunicaciones de TVN intentó con todas sus fuerzas quedar al margen de los preparativos del torneo. Le fue fácil mantenerse distante mientras creyó que el enfrentamiento nunca se concretaría. Los hombres suelen agotar sus energías en vestirse para la batalla en vez de pelear, sabía ella. Si algo pueden aprender y envidiar de ellos las mujeres, son las miles de formas que tienen de rendirse sin humillarse. Esperó, pues, que Fernando se sacara del sombrero alguno de sus armisticios conceptuales pero, para su sorpresa, su marido permaneció erguido y caminando a paso firme hacia la contienda. La carta del juez y la licencia indefinida en Chilevisión, las conversaciones de pasillo, la desaparición progresiva de más y más amigos incondicionales, no hacían otra cosa que acrecentar su temor. Pero, ¿qué podía hacer? Se enojaba a solas consigo misma y con él, ambos confundidos en una sola y misma circunvalación que la mareaba hasta el asco.

Finalmente, ante el peligro cada vez más inminente, Fernanda decide intentarlo e invita al abogado de la contraparte a almorzar con ella en la terraza cubierta de la dulcería Las Palmas.

—Yo adoraba a tu papá —le miente a Pablo Labbé, aunque en realidad Gastón solamente le daba risa y en pequeñas dosis y muy de tarde en tarde—. Era una persona original, tu papá. Un loco, un volcán, pero muy amoroso en el fondo. Un tierno…

Dice, mientras contempla con admiración la exactitud con que el abogado separa las espinas del pescado, pues curiosamente en esa dulcería se come pescado. El cuchillo que acaricia la carne blanca, que encuentra el accidente, los dedos largos y morenos que sostienen con imperceptible armonía el mango del cuchillo y del tenedor como si fuera un violoncello. Y las uñas perfectamente recortadas, y la mano entera que separa la carne del esqueleto y lo deja en el borde del plato como si se tratara de una diadema de cristal.

Fernanda siente que no tiene por qué esconderle nada a Labbé y bruscamente cambia de estrategia. Se lanza frontal y sin rodeos a la conquista de su objetivo.

—Qué bueno hablar contigo. Justamente hoy estábamos buscando un abogado en el canal. Tenemos un nuevo programa de servicio público. Tú sabes de los programas de servicio público, ¿no? La gente llama, cuenta sus problemas y un abogado, un doctor y un sicólogo les

responden. Nosotros queremos hacerlo bien bonito, llevar a una tarotista y a un siquiatra bien loco que ve el aura. ¿A ti te interesa la tele?

—No demasiado —responde su interlocutor, que vuelve los ojos hacia el pescado para que Fernanda no detecte el brillo en sus ojos, la timidez, pero también la secreta felicidad con que escucha sus propuestas—. La televisión no, pero el servicio público sí.

Desde que está en la universidad, explica, ha estado involucrado en distintas iniciativas, en el matadero Lo Valledor, donde daba asesoría legal gratuita a los trabajadores, y también en la población Santa Julia y en la junta de vecinos de la casa de su madre en Cerrillos, explica moviendo el cuchillo en el aire.

—Tú definitivamente tienes potencial —remata Fernanda, que ya cree tenerlo por completo en su bolsillo, a punto de rendirse sin condiciones—. Eres bien hechito de cara, tienes las facciones bien dibujadas, totalmente telegénico.

No hay manera, se refocila Fernanda en su propia astucia, definitivamente la vanidad de los hombres no tiene límites.

—Buen porte, buen estilo para vestirse, buena dicción. Definitivamente estás bien hecho tú. No te pongas rojo, te hablo como profesional. En la vida hay que usar todos los talentos que Dios te da. Ven a verme al canal cualquier día y te presento a la gente del programa. Estamos justamente ahora proponiendo conceptos, viendo ideas. Le vas a encantar al equipo, estoy segura.

Fernanda espera unos segundos a que el veneno haga del todo su efecto.

—¿Qué tal si nos saltamos toda esa lata de los tribunales, todo ese papeleo de la demanda y resolvemos esto de tú a tú, como dos personas civilizadas?

Pablo parece inseguro, atrapado como un conejo que siente cómo los dientes de la trampa amenazan con cerrarse sobre sus patas.

—La ley es la ley. Yo no puedo cambiar la ley —contesta, volviendo la mirada hacia el plato frío, como si todas sus fuerzas se hubiesen quedado allí—. Podemos conversar todo lo que quieras de cualquier otro tema, no tengo problema alguno. Soy una persona abierta, pero ante todo yo me debo a mis clientes.

Qué cara más grande, piensa Fernanda, qué descaro. ¿Pensará realmente este idiota que lo voy a contratar en la televisión aunque no desista de la querella contra mi marido? Pero calla su indignación para abalanzarse con otro argumento.

—¿Pero quién es tu cliente? ¿Tu papá?

Pablo responde con un pequeño movimiento afirmativo de la cabeza.

—¡Pero si tu papá está muerto! —Y Fernanda se arrepiente al

instante de su brusquedad. Para borrar el efecto de la misma, toma la mano del abogado por sobre la mesa—. ¿Qué sabemos nosotros sobre lo que haría tu papá ahora? Tú sabes cómo era de temperamental, a estas alturas seguro que sería de nuevo el mejor amigo de mi marido. —Pero ve que no avanza, que el cerco se está cerrando aun más—. Tú tienes mucho futuro por delante. Eres inteligente, eres buenmozo, eres capaz, no es justo que te inmoles por lo que hizo o no hizo tu papá hace miles de años…

—Es mi trabajo. —Y por primera vez sus mejillas rojas hacen gala de la reconcentrada rabia que lo habita—. Soy abogado.

No cede nada, se cierra totalmente, pero Fernanda siente sin embargo que todavía hay algún espacio, que los ojos de Pablo piden una oportunidad. Le acaricia la mano con cuidado, detrás de la piel de lagarto hasta los huesos, que siente que responden a su llamado.

—A ver, ¿qué es lo que más quieres tú en la vida?

Quizá no es más que una cuestión de dosis, piensa de pronto Fernanda. Hasta ahora ha usado esa sutil mezcla de coquetería que le era más que suficiente con su marido. Con este niño quizás hay que ser más violenta, más directa.

—¿Cuál es tu sueño más grande en la vida?

—¿Por qué me preguntas eso? —desconfía Pablo.

—Imagina que soy el genio de la lámpara que puede cumplir todos tus sueños.

—No te preocupes, yo estoy feliz con lo que tengo, no quiero nada más en la vida. Soy feliz, completamente feliz —sonríe Pablo con incomodidad, retirando su mano del contacto de Fernanda—. Quizá casarme, tener hijos a futuro, pero no ahora.

—Ya, pues, no seas aburrido. Juguemos, dime algo, lo que sea. ¿Qué es lo que más te interesa en el mundo?

—Mmm, tal vez la política… —confiesa finalmente el abogado querellante después de una breve vacilación—. Tal vez ser diputado, senador más adelante, en un futuro.

—¿Eso quieres? —sonríe Fernanda, orgullosa de tenerlo de nuevo a su alcance gracias a un truco tan simple como viejo—. Pero eso te lo arreglo en dos minutos y medio. ¿Por qué partido quieres ir? Yo te puedo conseguir cupo en cualquiera menos en la UDI, claro. A esos te los consigues tú, son tus amiguitos ahora. Pero en cualquier otro partido yo te coloco de diputado, senador, alcalde, de lo que se te ocurra. Tendría que ser en regiones, eso sí: en Santiago está muy peleada la cosa, no puedes imaginar los codazos para conseguir un cupo… Te vas tranquilo a Chañaral o a Parral, y sales automáticamente…

—Pero no sé…, no ahora… —se resiste como puede Pablo, mientras sus párpados revolotean como una *prima donna* bajo una lluvia de

pétalos de rosa.

Imagina, aunque sabe que es absurdo, su campaña, sus discursos, su victoria. El diputado, el senador Labbé. Su venganza, la pobreza, su padre, los hijos que no tiene, la madre que no sabe ya cómo hablarle, la casa derruida frente a la suya llena de envases sin dueños, de bolsas sin contenido que le parecían alas de gaviotas que no se atrevían a volar. Ve convertida su vida en un torbellino de rayos y de centellas que él dirige como un profeta en lo alto de la cima del monte.

Pero luego vuelve a él la imagen de María de los Ángeles arrastrándolo al lanzamiento del nuevo vino de ensamblaje que presenta en sociedad el padre de ella. Se ve caminar pálido entre las mesas etiquetadas de blanco, con flores y candelabros, como si se tratara de su propia boda, y vuelve a sentir los brazos de su novia como garras, su rostro crispado que le ordena que sonría, que levante la cabeza, que no tenga vergüenza ni miedo. María de los Ángeles, que le exige que desafíe con la mirada, con el porte, con el nudo apretado de la corbata a todos esos parientes, esos amigos de sus padres, esos periodistas gastronómicos, esos enólogos aficionados que son sus enemigos por el solo hecho de ser felices, por el solo hecho de ser inocentes, por no saber, como solo sabe ella, ella y él ahora, lo cruel, lo rápido, lo terrible que es la vida de verdad.

—Serías un gran diputado. El más guapo de la Cámara, para empezar —vuelve Fernanda a insistir delicadamente—. ¿Viste? Todo es posible en esta vida. Es cosa de pedir.

—Bueno, falta mucho para las elecciones… —sonríe coquetamente el candidato, que no está seguro de haber aceptado la postulación, pero que se deja guiar por una incomprensible tibieza que sube de su pecho y le impide retroceder.

—No falta tanto, hay que empezar desde ahora. Déjamelo a mí. Me encantan las campañas electorales, te ayudo feliz, *ad honorem*, solo para entretenerme un rato. Viste, yo te cumplo todos tus sueños, pero tú me tienes que ayudar a cumplir un sueño mío, un sueño chiquitito, una tontería…

—¿El caso?

Una mueca de disculpa invade el rostro del abogado. No sabe, no está seguro de nada: a él también le cansa el caso, la verdad, confiesa. Y esa sonrisa adulta, femenina y sin ambigüedad alguna de Fernanda Valdés, que lo atrae más de lo que puede confesar, quizás porque contrasta tanto con la mirada abiertamente infantil de María de los Ángeles. Las dos niñas de la Católica que se abren a él y la posibilidad de otras cien que siente que están esperando para ofrecérsele desnudas y lubricadas…

—No es tan fácil, es mi papá después de todo… Podría yo dejar el caso y dejar a otros a cargo. Quizá si me alejara un poco, por un

tiempo…

Y Fernanda no sabe si le asquea más la venalidad del abogado, la incomodidad de su sonrisa o, ahora de repente, su propia astucia, que para su espanto gana siempre la partida.

—Hay otra gente en el caso, esto no depende solo de mí, pero todo se puede arreglar, habría que hablar…

¿Qué va a hacer ahora con ese niño conquistado en sus manos? ¿Dónde va a guardar su voluntad destrozada? ¿Cómo va a tomar en su mano a ese petirrojo asustado sin quebrarle el cuello con el pulgar?

—No me hagas caso. Sigue en lo tuyo —Fernanda termina por liberar de todo compromiso a su contrincante derrotado—. Haz lo que tengas que hacer. Es tu vida, ya no importa —dice con toda seriedad, pensando ya en cómo salir de allí e ir al baño a retocarse el maquillaje para ser todo lo fría, terrible y felina que quiere ser esta tarde en que por primera vez deja totalmente librado a su suerte a su marido.

39

Para un duelo, entonces, y no para una entrevista con el juez, se prepara Fernando Girón esa mañana de jueves. Pálido, se sostiene el nudo demasiado apretado de su corbata para no desmayarse. No ve hacia dónde camina, zigzagueando. En la sombra hace demasiado frío para él, en el sol la luz lo ciega. Sonríe a la multitud que Fernanda ha reunido, con la intención de convertir el camino hacia los tribunales en un mitin de apoyo a su marido. No sabe qué decir, cómo moverse. Está congelado dentro de sí mismo, tratando de reconocer a su esposa entre todas las caras que le gritan fuerza, ánimo, sigue adelante.

Sufre, pero al mismo tiempo está excitado, casi feliz de encontrarse al fin frente a frente con su enemigo, de resolver la incógnita, de quebrar con su sola presencia el misterioso poder del invasor.

Figueroa-Henning mira impaciente a la multitud que acompaña a su cliente.

—Ya, tranquilo. Te cambiaron de juez, pero no importa. Es un viejo jodido el de ahora, pero se le puede ganar. Tú, respuestas sencillas. No digas nada más que lo que te pregunten. Sí, no, fechas, nombres: nada más. Ya, vamos, no hagamos esperar a este viejo de mierda.

—¿Son ellos? —pregunta Fernando, señalando hacia el final de la balaustrada del segundo piso a Pablo Labbé, que subía la escalera a trompicones seguido de Venegas y María de los Ángeles.

—No les hagas caso. Estos gallos están locos.

Fernando recuerda vagamente el rostro de Pablo, a quien solo saludó en el entierro de Gastón hace tres años y medio. Busca en su ropa, en los gestos o el color de su piel, los rasgos de Gastón, pero no encuentra nada. El joven mira el suelo, vigila sus pasos. Es también su duelo. ¿Pero puede haber un duelo de a tres? Ese es el problema: hay demasiada gente en este lance, demasiada bruma en el campo de honor. No se sabe de dónde va a salir el disparo, quién va a hacer de vencedor, quién va a hacer de muerto.

—Ya, te toca a ti —le avisa Figueroa-Henning, y Fernando entra agachando la cabeza como si no cupiera por la puerta de la oficina.

40

El interrogatorio dura apenas tres minutos. El juez, la cara borroneada de puro sonrojada, unos anteojos enormes color caramelo, los labios mojados, se limita a mostrarle papeles, copias, formularios, preguntándole si esa es su firma, si esa es su declaración, si ese es su nombre. Fernando dice que sí a todo, pensando absurdamente que eso va a acelerar el proceso y permitirle estar en dos segundos más de vuelta en el pasillo del tribunal con su mujer y los amigos.

—Falta fijar el valor de la fianza, entonces. Vamos a tener que dejar esto para mañana. Gallardo, Ruiz, llévense al señor al calabozo.

—Pero…, ¿qué? —pregunta Fernando, que tiene la esperanza de que todo sea una broma simpática del juez, que parece sin embargo la persona menos bromista del mundo.

—¿Qué pasó? —volvió a preguntar al ver que su sorpresa no lograba cambiar nada.

Sin esposarlo siquiera, los gendarmes lo levantan de la silla y le murmuran al oído:

—Ya, vamos. Síganos.

41

—¡No pueden hacer esto! ¡Es ilegal! —chilla Fernanda, que sigue como una gaviota hambrienta a los gendarmes y al preso por los pasillos del tribunal—. ¡Suéltenlo! ¡Ya, desgraciados de mierda, déjenlo ir!

—Es su trabajo, no los insultes —defiende tímidamente el preso a sus captores.

—¡Pero qué se han imaginado esos desgraciados! —sigue gritando la gerente de comunicaciones de Televisión Nacional, atrayendo hacia el cortejo las miradas de todos los abogados presentes—. ¿Cómo se atreven a tocarlo con sus manos mugrientas? ¿Qué se creen todos en este país de mierda?

E intenta empujar a los guardianes para liberar a su marido, justo cuando, para alivio de estos, bajan por una escalera hacia un subterráneo donde solo puede entrar personal autorizado.

Fernanda desvía entonces toda su furia hacia el abogado Figueroa-Henning.

—¡No puede ser, haga algo, suéltelo…!

—Cálmese, señora, está todo bajo control.

—Está preso, ¿cómo va a estar bajo control? ¿Qué se han creído? Lo tienen preso en ese hoyo… Apúrese, haga algo ¡Esto es un asco, están locos, están todos locos en este país de mierda!…

Y sus manos, cerradas en un puño, golpean todas las chaquetas y corbatas que encuentra a su paso.

—¡Ya, pues! —vuelve a la carga, sobre todo para darse ánimo a sí misma, que necesita fuerzas y espacio a su alrededor para dar el salto y devorar a sus enemigos.

Y va a saltar, está lista, cuando de pronto siente que su aliento retrocede en vez de avanzar, que su cuerpo lentamente desfallece y la abandona.

—Me siento pésimo —le confiesa a su hermana Bernardita, que providencialmente la toma del brazo.

Sonríe con la cabeza gacha mientras busca aliento en el suelo de damero color damasco y vainilla de los tribunales. De pronto, le complace lo mismo que la desespera, la desobediencia de sus pulmones y de sus rodillas. Las fuerzas que de pronto no la acompañan, que le recuerdan que ella no es un solo cuerpo indivisible, que depende de infinitos pactos y acuerdos que ahora fallan todos, uno tras otro.

No puede. Por primera vez no importa lo que quiere o no quiere, lo

que decida o no: simplemente no puede. Sus músculos se rinden.

—Berni, no sé qué me pasa, me estoy muriendo —le confiesa a su hermana.

Tiene que sentarse en la primera grada que encuentran, tiene que dejarle la multitud un poco de aire y espacio. Necesita concentrarse. Su debilidad la vuelve delicada cortesana rodeada de doncellas que la abanican, que le sacan los zapatos, que miden sus palpitaciones en la muñeca, que vigilan su palidez.

—Yo te llevo a casa —se ofrece el Mono Lynch, su cuñado.

—No puedo irme…, lo tomaron preso, lo tomaron preso estos carajos… —insiste vacilante Fernanda.

—Ándate y acuéstate apenas llegues a tu casa —le aconseja su hermana—. No seas loca, Paquita, descansa, no te muevas, no te preocupes de nada más.

—Está preso… Lo lograron, está preso.

Y le maravilla una vez más la profundidad de su impotencia. No puede tocar, sentir, oír nada. Vuelve a ser una niña castigada que adivina los ruidos de los adultos desde el segundo piso mientras se esconde donde nadie la pueda encontrar para olerse las rodillas sudadas y manchadas. Mareada, ida, ausente, se levanta sin embargo con sus últimas fuerzas.

—Suéltenlo, suéltenlo ahora… —ruega a solas mientras avanza tambaleante por el vestíbulo de la corte, antes de que el mareo y el desmayo se adueñen por completo de ella.

42

Ahí está, sentado en el calabozo, sus dedos que sostienen un cigarrillo inexistente. A eso llegó Fernando, a eso nada más. Lo han destilado hasta dejar de él solo los restos, los desperdicios, el cuesco, la médula de sus huesos, dos rodillas flexionadas, unos zapatos gastados y desatados y una cabeza que mira hacia el suelo. Eso y un diminuto cubo de agua que no sabe si contiene orina, lágrimas, sudor o coca-cola de un preso anterior.

Esto no tiene ningún sentido, piensa, esto no tiene ningún sentido, y por eso mismo siente que debe obedecer sin resistirse a todas las órdenes. Hacer todo lo que le dicen y nada más de lo que le dicen, como en las pesadillas, que solo se disuelven cuando nadie las cuestiona, cuando se las trata como si fuesen lo más lógico del mundo.

Hasta que de pronto un preso encerrado en una celda de castigo vecina patea con rabia la barrera que lo separa del resto del calabozo. Fernando se levanta, mira discretamente hacia la ranura del suelo y no ve luz alguna. ¿Y si es Juan Carlos?, piensa absurdamente. Juan Carlos hecho una furia, que le ha pedido a los gendarmes que lo encierren junto a Fernando para morderlo apenas lo suelten. Pero si Juan Carlos pudiera patear así, si pudiera gritar y gemir como una bestia salvaje, nada de esto habría pasado.

Era precisamente la falta de esas patadas contra la puerta lo que tenía preso a Fernando. Preso Fernando, preso Juan Carlos, los dos estamos presos. Eso es lo que quería, que Fernando y él fuesen por fin completamente iguales. Los duelistas tienen que usar la misma ropa, tienen que honrar el mismo reglamento, que en este caso no es ni más ni menos que el reglamento penitenciario. Esta cárcel, esta condena, esta comedia absurda, es eso, solo un preparativo más para el duelo que tendrá lugar en este bosque, en esta planicie, en este desierto, en esta cárcel.

Y aunque le parecía a cada segundo más improbable que Juan Carlos lo hubiera ido a buscar al fondo mismo del calabozo, le preguntó sin embargo al gendarme de guardia quién era su compañero de celda.

—El Jaiba, un cliente frecuente. No se preocupe, ladra pero no muerde —respondió el gendarme—. Ahí viene su abogado. Seguro que a usted lo sueltan rápido —lo consoló, y aprovechó para rememorar a todos los periodistas famosos, escritores o diputados que había encerrado en el mismo calabozo—. Usted, que trabaja en la tele, seguramente los conoce a todos. Mándeles saludos de mi parte. El de

tribunales, el capitán Reyes, dígales, seguro que se acuerdan de mí.

Fernando promete entregar los saludos mientras Figueroa-Henning entra con impaciencia en el calabozo.

—No sé lo que pasó. Tu juez se volvió loco. Se quiere hacer famoso a costa nuestra. Pero no te preocupes, mañana los vamos a aplastar en la corte. Esto no va a quedar así, eso te lo puedo jurar yo. Ese tipo no aguanta un año más en el Poder Judicial. Es un escándalo, un verdadero escándalo lo que te hizo este tipo. Pero no te preocupes, una noche en Capuchinos no le hace mal a nadie. Ya vas a ver, aquello es muy cómodo. Te va a interesar para tus películas, tus programas de televisión, tus cosas. Yo, a primera hora de la mañana, te voy a buscar para que te suelten. Confía en mí, hombre, estamos todos contigo…

Sus últimas palabras coinciden con la llegada de dos gendarmes nuevos que se acercan para esposar a Fernando. Al ver las esposas, a Fernando se le acaba toda la calma. Está preso, indudablemente preso, no por una hora o dos, sino quién sabe por cuánto, para siempre quizás.

—¡Habla con el ministro, habla con Monegal! —se desespera Fernando como un fusilado que grita consignas guerrilleras camino al paredón—. Ellos me metieron en esto, ellos me tienen que sacar. Háblale, dile algo, esto es un escándalo…

—Sí, claro, no te preocupes —responde Figueroa-Henning, como quien calma a un loco delirante.

—Es a ellos a quienes están persiguiendo estos huevones de la UDI, no a mí —sigue razonando Fernando—. En todo esto yo solo soy un chivo expiatorio. Se los quieren cagar a ellos, no a mí.

Pero Figueroa-Henning ya ni siquiera se da el trabajo de responder a las imprecaciones de su cliente, que es arrastrado con suaves empujones hacia las escaleras del tribunal primero, luego a la explanada, de ahí a la vereda y finalmente al camión blindado.

—Cuídenmelo mucho —le repite el abogado a los gendarmes—. Es completamente inocente. Es un gallo muy valioso para Chile.

43

Pero retrocedamos unos minutos y unos metros. Volvamos al Palacio de Tribunales, al segundo piso, para ser más específicos, donde María de los Ángeles, triunfante, siente que baila sobre su propia tela de araña.

Feliz, liviana, salpicada de sangre, cruel hasta decir basta, dulce como una niña que recibe su primera paleta de caramelo, la abogada siente que acaba de graduarse, que es una niña pero también una adulta de temer, dura, que lleva sus batallas hasta el final y que gana.

Una victoria de ópera, un incendio en Atlanta, una maravillosa masacre como la que preparaba María de los Ángeles de pequeña, quemando hormigas debajo de la cama de la casa de campo de sus padres. Una mujer como ella, pero grande, adulta, madre, suponía ella, cayendo rendida, desmayada a sus pies de pequeña Robin Hood que salta de árbol en árbol venciendo a los traidores. De nuevo, como si nada, David contra Goliat, una historia cuyo final era lo que más gustaba a ella, el momento en que el pequeño pastor judío corta la cabeza al gigante y la levanta de los pelos para mostrársela triunfante a su tribu.

Camina abrazada a la baranda hasta que se topa con Pablo, que palidece al ver a la esposa de Fernando desfallecer y ser arrastrada por las hormigas fuera de la escena.

—¿Qué te pasa, mi amor? —acaricia el pelo sudado de su novio, el novio que se atreve ahora a presentar como a un triunfador, a reconocerle como tal delante de Venegas y los amigos del partido.

—Él no quería eso.

—¿Quién no quería eso?

—Juan Carlos. Me hizo jurarle mil veces que esto no iba a pasar. Hay que avisarle: lo puede saber por el diario. Alguien tiene que informarle. Tengo que hablar con él, tengo que explicarle lo que pasó antes de que se vuelva loco.

Venegas y María de los Ángeles se miran sin comprender.

—Llámalo por teléfono si quieres —dice Venegas—. Llámalo ahora. Pero déjate de cosas raras. Pablito, en el fondo Juan Carlos nunca desistió de la querella, te entregó todo sin chistar. Ya, pues, no pongas esa cara, tenemos que celebrarlo. Vamos a la oficina, terminemos todo aquí y después, si quieres, almorzamos en un buen restaurante, yo invito. Esto es un gran triunfo, esto es un punto de inflexión en la forma de actuar de este gobierno, esto les va a doler a los frescos de raja de la Concertación.

Pablo aprueba con la cabeza, mastica, sonríe incluso a María de los Ángeles. Avanza unos pasos entre sus caricias, sus sonrisas, sus felicitaciones, hasta que bruscamente retrocede.

—Lo siento, no puedo. Es mi cliente. Tengo que hablar con él primero. Antes de cualquier cosa tengo que hablar con Juan Carlos.

—¿Pero estás tonto, Pablo? —chilla su novia—. Deja de complicar las cosas, escucha a Venegas, no seas idiota. Ven con nosotros.

—No puedo… —Retrocede unos pasos—. Ahora no puedo… Lo siento, tengo que hablar primero con él.

Y justo antes de que las escaleras lo obliguen a hacerlo, gira y baja corriendo hasta la entrada, la luz, los bocinazos de las micros, las lágrimas.

44

De pie frente a la sombra del edificio de los tribunales, Pablo se siente perfecta y completamente equivocado. Los neones del City Hotel, el Museo Precolombino, los jardines del antiguo Congreso Nacional y un cañón que dispara una salva justo a las doce del día. El centro de Santiago permanece completamente indiferente a su angustia. Sin remedio, por primera vez realmente a contracorriente, está empeñado en hacer algo que no le conviene por ningún lado. Además, no es día de visita. Seguro que Juan Carlos sabe todo ya, seguro que no quiere volver a hablar con él… ¿Y qué le va a decir y cómo se lo explica?

Se da cuenta con incómoda lucidez de que no es capaz de ver a su cliente y explicarle lo que pasó. Y decide que necesita darse fuerzas. Camina hasta el bar más oscuro que encuentra y pide un vodka tónica en la barra.

Pablo no sabe beber. Eso lo distinguía de la borrachera permanente de su padre y su hermano. Bebe, entonces, apurado, sin disfrutar el sabor quemante del alcohol, sin comer ni conversar con sus vecinos de barra. De pronto encuentra una solución a todos sus problemas: hablar con la esposa de Juan Carlos, rogarle a ella que interceda por él.

La idea es absurda, complicada y depende de la buena voluntad de demasiadas personas, pero el vodka la hace ver posible, estimulante incluso. Encendido y tibio, paga sus tragos y sale cuidándose de no tropezar. Vuelve a la calle. Un taxi, otro y otro más que no quieren detenerse y finalmente uno que se apiada y lo lleva hacia la mujer. No la escucha, no la ve, no le pregunta nada. Encerrado en su propia fiebre, habla solo, repite, cuenta, subraya, hay que hacer algo, dice, no puedo entrar, no es día de visita, tendría que ir usted por mí, tendría que hablar usted con él.

—Viste, al final siempre ganan ellos —redondea la casi viuda o la casi esposa, convencida de que esa es la moraleja de esta historia.

Pablo tartamudea sin saber qué decir.

—Tenemos que hacer algo, algo tenemos que hacer, no podemos dejar esto así.

La mujer recorre con la mirada al abogado. La corbata exprimida, su cuello manchado de contaminación y sudor. Un niño que no puede controlar ni sus manos, un niño sin padre que no sabe cómo pedir abrigo. La Nelly es incapaz de no salvar a un huérfano en aprietos. En medio de otra ronda de suspiros, la esposa se levanta de su silla, aprueba su propia resolución y se resigna.

—Ya, vamos.

—Todo se hace por mayoría aquí. —Los dos encargados del tercer piso de Capuchinos le explican el sistema de turnos al recién llegado—. Te vamos a dar una semana de gracia, para que veas el sistema, después te asignamos turno a ti también.

—No se preocupen, yo me voy mañana. Estoy aquí solamente por un problema administrativo. No era día laborable en la Corte de Apelaciones. Por eso estoy aquí.

Los dos encargados sonríen al unísono. Llaman con la mirada a un señor de barba larga y pinta de profesor de matemáticas comunista.

—Este dice que se va mañana… —se burlan suavemente.

—Todos nos vamos mañana aquí —alecciona a Fernando el profesor de matemáticas al sentarse a la mesa—. Siéntese, amigo, vamos a almorzar. Yo llevo cinco años yéndome mañana. ¿Cuánto llevas tú yéndote mañana, Abdala?

—Dos años.

Y se van sentando a la mesa más y más presos: un año, dice uno; seis meses, responde otro de mala gana; tres años, nunca más de cinco. Un hotel de provincias, piensa Fernando, unas termas venidas a menos. Puros hombres, puras voces graves, puros chistes bruscos cuando a él se le ocurre pedir la sal.

—La sal, quería el huevón.

—La sal, dijo el huevón.

—Ya, pues, no sean maricones, pásenle la sal —termina por ordenar uno de los dos líderes del grupo.

Y todos se ríen sin dignarse a explicarle a Fernando qué hizo mal. No importa, lo importante es que sepa que las reglas no las fija él: lo importante es que recuerde que, a todos los efectos, él es el nuevo.

—Yo estuve en la Peni antes —le dice a modo de confesión un preso más viejo y pequeño que el resto—. Ahí sí que es terrible. Cuando llegué a Capuchinos me dijeron «siéntate» y yo pensé que me estaban tomando el pelo.

—Y los políticos, ¿por qué no te ayudan, compadre? —pregunta con cierta agresividad el profesor de matemáticas.

—¿Por qué los políticos? —pregunta el antiguo reo de la Penitenciaría, evidentemente desinformado.

—Este gallo conseguía plata para los políticos —explica con hastío uno de los palestinos a cargo del piso.

El sonido de las cucharas revolviendo el postre, las cabezas gachas y el carraspeo de alguna garganta le hacen notar a Fernando que su

crimen aquí no es bien mirado. Empresarios, después de todo, los presos de Capuchinos no sienten por los políticos y por sus chanchullos la menor simpatía.

—Me demandó el mismo huevón que me estafó —Fernando trata de congraciarse con sus compañeros de cautiverio, que seguramente pasaron por algo parecido—. Me estafó primero y después me demandó —subraya sin lograr por eso mayor simpatía.

—No te preocupes, aquí no juzgamos a nadie —dice con voz de condena inapelable el profesor de matemáticas.

La sobremesa se alarga. Nadie tiene nada que hacer, nada que contar que los otros no sepan. Se habla entonces de nada, con descuido y con cuidado al mismo tiempo. Hasta que el olor de la comida consumida y fría se hace insoportable, y el profesor, con un «buenas tardes», da por terminada la jornada.

Se pierden entonces los presos por el pasillo de madera hacia sus habitaciones con pantallas de plasma, guitarras eléctricas, pastorcitos de porcelana, colecciones de tinteros. Sonríen incómodos cuando Fernando los sorprende acomodándose en sus respectivos cubículos. Todo aquí, los gestos más cotidianos, son privados, todos aquí viven para no ser vistos, para ser olvidados, para no ser.

Fernando aprende su lección y para no incomodar a sus compañeros baja la mirada hasta que finalmente el antiguo reo de la Penitenciaría le muestra su habitación, la 14. Un armario, una cama estrecha con un cobertor color gris ratón, las paredes descoloridas, una ventana que da a la piscina donde las dos únicas mujeres del penal disfrutan su día de nado, mojándose apenas sus pies hinchados.

47

Sentado sobre su camastro, por primera vez en tres, en cinco, quizás en diez años, quizás por primera vez en su vida, Fernando Girón siente que no tiene nada que hacer. Antes, con frecuencia se había desesperado justamente por no hacer lo que tenía que hacer o por hacer lo que no tenía que hacer. Ahora, realmente, sin excusas ni pretensión alguna, no puede hacer nada. Quedarse ahí a lo más, no hablar, mirar la puerta entreabierta, lograr que alguien pase por ahí y lo mire, sonreírle o no, y después seguir así, sin más. Nada. No puede pasarle nada peor, no puede caer más bajo. No hay manera de equivocarse más. Fernando está solo, tranquilo, inmóvil.

Le sorprende alegremente ver cómo su condena borra, en vez de aumentar, el fantasma de Juan Carlos. Por primera vez en años siente que no lo vigila su contador. Juan Carlos ya logró todo lo que quería, ya no puede hundirlo más. Ya no existe, ya no importa. Siente su aliento, sus piernas, un enorme espacio habitado por su enemigo que de pronto es un vacío enorme y seco. La cárcel, desde donde contempla ahora la contaminación de la ciudad, acaba de romper el círculo de la culpa.

La culpa, que es nuestra primera aproximación al otro, que nos hace sentir que ese otro quizás es igual a nosotros y tiene por lo tanto los mismos derechos. A través del miedo y del remordimiento, nos obliga a esa empatía sin la cual ninguna sociedad es posible. Pero luego nos engaña, porque no compadecemos al otro en tanto que otro, sino en tanto que versión de nosotros mismos: imaginamos cómo sufriríamos nosotros de estar en ese sillón solo, en esa esquina perdida de Tokio, en esa cárcel encerrados solos. Así, la humildad inicial de quien se siente culpable se transforma de algún modo en una egolatría que vuelve a todo el mundo un sucedáneo de sí mismo, en una expresión extraviada del yo.

Fernando, preso, no descansa de su contador, sino de su propio fantasma que había vestido de Juan Carlos. Una versión suya, pero travestido, sucio, gastado y desleal, que no se había atrevido a matar hasta hoy cuando la injusticia total de la que es víctima —una injusticia limpia, pura y absurda como un hilo de cristal— logra acabar con el parásito que ha vivido y comido de su aire, de su sangre, durante estos últimos tres años.

Victorioso, se estira sobre la cama de su celda. Luego, no obstante, no puede dejar de preguntarse qué hora es. Las tres y media. Tan temprano, por la chucha, tanto día aún por delante, tanta luz que

baja, y el cielo raso y el frío y la terrible incapacidad de leer, de dormir, de moverse, de quedarse, que siente ahora. La incomprensible excitación, las ganas de correr, de reír, de incendiar toda la ciudad con apenas un fósforo. Nada que hacer, nada que pensar, solo su cuerpo estirado sobre la cama, solo sus piernas que cuelgan de esta como las del púber ocioso que nunca fue, preocupado como estaba de complacer a los que lo becaban, a los dieciséis, diecisiete, dieciocho años. ¿Para qué? Sin cometer ni un crimen está preso; sin una culpa, es culpable.

Qué tiempo perdido, qué imbecilidad. ¿A qué le tenía tanto miedo yo? Lo peor me pasó, la pesadilla me agarró despierto y estoy tranquilo y estoy feliz.

En la mitad del camino de la vida, piensa de pronto, sin saber por qué. En la mitad del camino de la vida, me encontré en una selva oscura…

48

Rompe la inmovilidad del cautiverio el aviso de que tiene visitas.

—Se supone que hoy no están permitidas —le explica uno de los administradores del piso—. Hicieron una excepción contigo, compadre, vas a tener que mandarles un regalito a los gendarmes.

Fernanda, piensa instantáneamente el reo al bajar las escaleras, Fernanda pasando por alto todas las prohibiciones del universo, todas las rejas, las oficinas, los turnos, las revisiones para saltar juntos sobre los techos, para volar sin esfuerzo entre los mástiles y las banderas ondeantes. Y Fernando corre hacia su esposa sin ver los gimnasios ni a los gendarmes a su paso, la luz mortecina de la tarde, las sillas de respaldo rojo en el galpón. Al fondo, detrás de una mesa, el ministro Carvallo, un subsecretario y el abogado Figueroa-Henning que le sonríen como un jurado de profesores dispuestos a examinarlo.

—¿Cómo te han tratado? —pregunta el ministro del Interior.

Fernando no lo conoce. Figueroa-Henning lo eligió justamente porque es uno de los pocos miembros del gabinete que no tiene nada que ver con el caso.

Bromea el ministro sobre su propio paso por la cárcel en los años ochenta, cuando era parte de la Asamblea de la Civilidad. Luego le pregunta al reo por las instalaciones. Bien, todo bien, solo que no sabe hasta cuándo va a estar acá. Eso lo pone nervioso, no lo va a negar.

—Mañana, hombre, mañana a más tardar —sonríe el abogado, orgulloso de su logro.

Ha conseguido comprometer al actual gobierno con el caso y transformar esto en un asunto político que debe resolverse políticamente.

—Estamos haciendo todo lo posible, no te preocupes —confirma el ministro—. Esto es una caza de brujas. No saben qué inventar estos carajos. Lo importante es que te mantengas con el ánimo bien arriba, con fuerzas. Les vamos a ganar a estos gallos, al final siempre les ganamos. Por eso nos odian tanto, porque al final siempre les ganamos.

Y luego le pregunta si es pariente de un embajador y de un exportador de vinos de apellido Girón. Fernando aclara que no es pariente de nadie. Lo hace con orgullo, feliz, quién sabe por qué, de negarle algo a su nuevo protector. Su mujer sí es pariente de todo el mundo, pero él no. Pura clase media chilena esforzada, de Macul para adentro, cero contactos, cero apellidos vinosos o bancarios.

—¿Y quién es tu mujer? —pregunta el ministro.

—Fernanda Valdés, trabaja en TVN —responde Figueroa-Henning por su cliente.

Las visitas levantan las cejas y sonríen.

—Fernanda Valdés. ¿No será la hija del loco Valdés?…, pero si la conozco desde niña a la Fernandita… Su papá era un genio. Se puso demasiado pinochetista al final, eso sí. Es un encanto, la Fernandita, linda, un amor. ¿En qué está ella ahora?

—Pensé que iba a venir… —lanza el preso hacia su abogado.

—Se sentía un poco mal en la mañana. Se fue para su casa —informa el abogado.

—¿Qué tiene, qué le pasó? —se alarma Fernando.

—Está bien, no te preocupes. Un desmayo. Nada grave, tú sabes, la emoción, el estrés.

—Ella no se desmaya nunca —sigue preocupándose Fernando.

—No te vayas agitando, por favor, hombre. Está todo bajo control. No te hagas mala sangre, ahorra energía. Mañana es un día duro, tienes que estar fuerte para mañana.

—Estamos contigo —agrega el ministro—. Pase lo que pase, cuenta con todo nuestro apoyo.

—Fuerza, amigo —le da la mano el hasta ahora silente subsecretario.

Un par de chistes y la delegación va dejando a Fernando pálido y desconcertado en medio del gimnasio vacío.

49

En ese mismo minuto, el destino de Fernando se juega en otra cárcel, a pocos kilómetros de Capuchinos.

Ahí, delante de los muros blancos de la Penitenciaría, Pablo Labbé se desespera inútilmente. No sabe muy bien qué hacer ni qué decir. Los efectos del vodka lo han abandonado, toda su vida pende de un hilo pero ahora no sabe de cuál. Tampoco sabe cuál es su error, venir hasta aquí, haberse ido de allá, haber empezado esto, terminarlo así. Hasta que por fin la Nelly sale del recinto escondiendo los ojos llorosos detrás de unos anteojos oscuros.

—De todo, hablamos de todo —contesta apurada y llorosa a la insistencia de Pablo por saber de qué conversó con su marido—. Tan tranquilo él, tan tranquilo siempre, tan horriblemente tranquilo que es el Juano.

Intimidado por las lágrimas, Pablo no se atreve a preguntar «¿Y mi caso, y Fernando, y la demanda, qué dijo de todo eso Juan Carlos?».

—¿Por qué nos tocó a nosotros? ¿Por qué todo nos toca siempre a nosotros? —gimotea la mujer en el auto, reviviendo en un solo minuto tres años, casi cuatro, de apretar la mandíbula y aguantar.

Tres años, casi cuatro, de evitar las preguntas, de verse aplastada ante un muro de cristal, de hielo, de nada. Tres años, casi cuatro, de atarse su escaso pelo graso para que nada de ella flote, se abandone, coquetee, se escape.

—Pobrecito, está tan solo el Juano. —Y pasa de lamentarse por ella a lamentarse por su marido, como si fuesen de nuevo una misma cosa.

Y nuevamente las lágrimas, pero ahora de felicidad, de complicidad, de placer incluso de ver cómo vuelve a su cuerpo la levedad, esa brisa a la que había olvidado que tenía derecho.

Pablo, de pie a su lado, reteniendo con su cuerpo la puerta del auto, no sabe qué decir. Trata de acariciar la espalda de la Nelly, sin atreverse finalmente a tocarla, hasta que de pronto ella se suena ruidosamente y levanta la cara, digna y sobria.

—Desistió —le informa la mujer al pasar—. Quiere que lo saques de todos los documentos. Va a negar todo lo que le pregunten sobre eso. No le importa quedarse en la cárcel, le da lo mismo lo que digan de él. Girón es inocente, eso es lo que va a decir a todos los que le pregunten, Girón es completamente inocente.

50

De vuelta de la sala de visita, a Fernando le pareció que su celda era inaguantablemente estrecha. Acostumbrado a la salud de hierro de su esposa, Fernando no sabía cómo preocuparse por Fernanda. Está sola, quizás a punto de morir. ¿Qué hago? ¿Qué digo? Desesperado, terminó por sentarse en un pequeño desván donde el profesor de matemáticas hojeaba números atrasados de la revista *Cosas*. Se puso a esperar ahí la alarma de las seis, como si saber que había un horario, un orden, pudiera de alguna forma consolarlo.

—¿Tú sabes lo que hacen en España cuando la gente no paga sus deudas? —le preguntó el profesor de matemáticas, que no es profesor y que estaba preso justamente por no controlar del todo las matemáticas—. Arriendan a un tipo vestido con un frac que sigue a todas partes al que no te paga. Eso deberían hacer aquí en Chile: con lo vergonzosos que somos los chilenos, pagarían todos los huevones al instante.

Y, animado por la sonrisa amable de Fernando Girón, el profesor empezó a alabar su región, la Tercera: Vallenar, Inca de Oro, Copiapó, Bahía Inglesa, el desierto florido, las playas más espectaculares de Chile.

—Te voy a invitar un día, vas a ver, las playas, el mar, la gente. Hay que puro invertir ahí. Un buen hotel boutique, a todo lujo, tipo spa, con masajes, aromaterapia, comida zen, esa onda espiritual que les encanta a los europeos.

Habló de hacer algo con unos españoles alguna vez, pero le gustaría más tener un socio chileno. Tengo un amigo arquitecto que hizo ya los planos, si quieres te los muestro después. Fernando espera con tanta ansia como temor el momento en que su nuevo amigo le pida hacerse socio de su hotel espiritual.

Pero de pronto el timbre del pasillo y las sirenas del patio les recuerdan que son las seis de la tarde y que están presos. Tímidamente, el profesor y Fernando se separan con una sonrisa incómoda y caminan con los hombros hundidos por el pasillo hasta el comedor. Allí toman té los presos, descansan apenas una hora y media, y cenan todos juntos y a coro antes de instalarse frente al televisor común, el único que tiene cable. Nastassja Kinski cambiándose un suéter ante un enorme espejo que refleja su piel blanquísima, su sostén de encaje del mismo color, y Mastroianni que la espera nervioso en la sala del apartamento de estudiantes.

—No va a pasar nada —decreta Fernando, que reconoce la película

aunque no se acuerda del nombre—. Ella es la hija de él.

Los presos lo buscan con mirada amenazante. Fernando se disculpa como puede.

—Parece que la cagué. —Y con una gran sonrisa inútil se retira a sus aposentos.

Su audacia, quitarles a un grupo de reos su única distracción, su torpeza increíble, su franqueza suicida, le alegran paradójicamente la noche. Aligerado, casi sonriente, se acuesta tratando de leer algunas páginas de *Contrapunto*, de Aldous Huxley, que encontró en la pequeña biblioteca comunitaria del tercer piso. Pero las letras se le confunden, no puede pasar del primer párrafo. Su esposa enferma, por la que no logra preocuparse convincentemente, esa habitación que es en el fondo una celda, el tribunal que parece haberlo condenado hace siglos, aunque fue recién esta mañana, hace siete u ocho horas solamente…

Abandona el libro después de intentarlo tres o cuatro veces más y se queda vestido y acostado sobre los cobertores, convencido de que no va a poder dormir, dispuesto a sacrificarse y quedarse pensando en todo y en nada. Más en nada que en todo. La nada como un perdón. La nada como una promesa, sigue intentando metáforas, justificaciones… Pero bruscamente el sueño lo toma por asalto y, sin siquiera intentar resistirse, se duerme.

51

Despierta a las siete de la mañana para ser contado en el patio a las ocho con el resto de los reclusos. Figueroa-Henning espera el final del conteo para mandar a buscarlo en la fila y llevarlo a la portería del penal.

—Buenas noticias, está todo solucionado. Ayer hablé con todo el mundo. Ya vas a ver, esto es pan comido. Damos un paseíto cortito por tribunales y quedas libre de polvo y paja.

Antes, dos gendarmes lo devuelven al coche blindado y al calabozo amarillo. Ahí Fernando se prepara para quedarse mil años o dos minutos, da lo mismo. No tiene derecho a tener esperanzas. Tampoco tiene derecho a desesperar. Espera neutral. Se sienta, se levanta, juega a silbar sin saber silbar, mira cómo el frío entra por las suelas de sus zapatos hasta que al final alguien golpea la puerta. Espera ver aparecer a su abogado, pero es el de la contraparte, delgado, enjuto, pálido y sudoroso, quien aparece en el umbral.

—Pablo Labbé —se presenta a toda velocidad el joven litigante—. Está libre. Ya pagaron la fianza allá arriba. Vine a avisarle, quiero que lo sepa por mí, ya lo soltaron. Se puede ir cuando quiera.

Fernando, tan aliviado que llega a dolerle, siente que tiene que ser compasivo y perdonar a este niño que ha tenido al menos la amabilidad de ofrecerle lo que él cree es un saludo de paz. Le da la mano al abogado de la contraparte y, con la sonrisa más cómplice que puede, le dice:

—Al margen de todo esto que pasó, pasado todo este malentendido desagradable, yo quería decir que siento mucho lo que le pasó a tu papá. Yo lo quería mucho a tu papá, era como un hermano para mí…

—No hable de mi padre. No puede defenderse —rebate febrilmente Pablo, las orejas en llamas, la voz metálica en completa insurrección —. A mí me da lo mismo si sale libre o no usted, a mí no me importa lo que haga con su vida. Lo único que le pido es que no manche el nombre de mi padre con su boca.

Busca más rabia para arrojar, más altura desde la cual lanzarse.

—Tú realmente me odias —se sorprende Fernando, soltando la mano fría que se dejó estrechar sin inmutarse.

—No me importa lo que piense o no piense usted de mí. Lo único que me importa es que no manche a mi padre con sus palabras.

—Tu padre no me odiaba. Tu padre no era capaz de odiar a nadie de esa manera que odias tú…

—No hable de mi padre, ya le dije. Mi padre no era ningún

corrupto, mi padre no era ningún hipócrita. Mi padre murió por lo que creía. Usted no sabe de qué era capaz mi padre. Usted no tiene idea, no se puede ni imaginar quién era mi padre…

Fernando sabe que no hay espacio para conversar, que la rabia de su enemigo es demasiado compacta, perfecta. Lo que él tendría que alegar es justamente imperfecto, vacilante, dudoso, y por eso mismo cierto. Así, sin énfasis, sin odio, sin fuerzas, como si hablara para sí mismo, dice:

—Yo sé perfectamente de lo que era capaz tu padre. El que no lo sabe eres tú.

Y, sintiéndose de alguna manera justificado por la precisión de su frase, avanza tranquilamente, sin la sombra de otra emoción que la responsabilidad y el hastío, hasta la puerta del calabozo.

52

Después de este breve choque, nuestros dos átomos, protones, moléculas, planetas gigantes, meteoros o como prefiera usted llamarlos, se separan en paralelo, dando pequeños desvíos, girando ambos en su propia órbita, sin sospechar que el otro, a idéntico y descosido ritmo, hace exactamente lo mismo por su lado.

Así, Fernando Girón, así, Pablo Labbé corren lenta, casi imperceptiblemente por las calles del centro de la ciudad al encuentro de una mujer que los espera en casa. Pero antes Pablo desvía su trayectoria y decide darse fuerza y valor en el mismo bar oscuro en que se emborrachó el día anterior.

A Fernando, por su parte, lo desvían en la calle los abrazos, las felicitaciones, el militante entusiasmo de su cuñada Bernardita dirigiendo el coro de parientes, amigos y periodistas, declaraciones a grabadoras y teléfonos, cámaras y libretas, felicitaciones y flashes.

53

Fernanda, encerrada en la casa con reposo estricto ordenado por el doctor, enciende la radio para escuchar a su marido. Sintoniza una radio tras otra, pero no lo encuentra. Se sienta, se levanta, mira hacia el ventanal lleno de luz, se enfada con la Lili por no saber usar la plancha nueva, después le pide perdón. Vuelve a sentir que sus rodillas, interiormente, sin flexionarse, se desmayan. Siente que transpira hambre, debilidad, torpeza.

Es mejor que espere sentada a que se me pase el mareo, piensa. Me siento pésimo. Me voy a morir antes de que llegue este gallo. Mira que es lento este huevón, no termina nunca de llegar. Sus quince minutos de fama, qué horror, va a llegar todo hinchado, creyéndose la muerte…

Todo gira sin control, todo ahora la abandona y la confunde. Suspira una y otra vez, combate, siente que puede ganar, que simplemente es cuestión de mantenerse erguida, como una actriz de carácter que oculta sus dudas y su dolor poniéndose de pie justo encima de una candileja, que ahoga con su luz las vacilaciones de su rostro.

—Lili, me voy a la cama. Despiértame en media hora más. No, mejor en una hora.

Y lentamente, como un vetusto cardenal que abandona rodeado de sacristanes el concilio, camina hacia su cama deshecha sobre la que descuidadamente se deja caer.

Fernando llega una hora y media después. Su esposa, semidormida, apenas distingue su rostro y ni siquiera intenta levantarse de la cama. Hipnotizada, acaricia los contornos de la cara de su marido. Su mandíbula huesuda, su barba de dos días, sus ojos endurecidos, su rostro al fin compacto, listo para envejecer, es decir, para empequeñecerse, hacerse amable y perdonable.

—¿Cómo estuvo todo? Cuéntame —sonríe Fernanda, orgullosa de su cansancio, que la obliga a cumplir solo con los gestos más esenciales, eliminando por decreto todo lo superfluo de su vida.

—Muchas entrevistas, mucho ruido, una lata —coquetea Fernando, inconfesablemente feliz con la atención mediática.

—Te apuesto a que estuviste fantástico. Eres tan valiente, mi amor, eres tan lúcido cuando quieres… ¿Qué es ese olor tuyo, tan raro?

Fernanda percibe una mezcla de humedad y parafina, de uso y de frío, por encima del acostumbrado aroma de su marido.

—¿Qué será? —se pregunta él, oliéndose a sí mismo con

preocupación.

—Tienes olor a cárcel —sonríe Fernanda, acariciando a su marido con más ternura aún—. Tienes olor a cárcel, pobrecito. Mi pobre delincuente. Te quiero tanto, pobre turquito mío.

—¿Por qué turco?

—No sé, llegaste con cara de turquito. Te quiero tanto. Eres tan lindo, eres tan frágil.

Y, con los ojos nuevamente cerrados, Fernanda se acomoda en el olor de su marido, en su ropa y en su cuello, hundiéndose a ciegas en él hasta que, sonriendo por su torpeza, recuerda lo que llevaba horas esperando decir a su marido:

—Estoy embarazada, mi amor. Tengo casi tres meses. Me siento pésimo, vomité toda la noche, estoy feliz.

54

—Es su amigo, parece —se alarma la empleada, mostrándole a María de los Ángeles la sombra torcida de Pablo abrazado a un árbol.

La niña, ahora reconciliada con su familia, que se apresta a una nueva cena familiar, complacida con su cuerpo de mujer desvirgada, por unos segundos no sabe qué hacer ante la imagen de su novio mojado. La vergüenza, la sorpresa, ella que está acostumbrada a no sorprenderse de nada, la toma por asalto. Una extraña tibieza la invade luego. La piedad, por supuesto, pero de manera tan urgente, tan básica, tan primordial que le cuesta reconocerla. Pablo vino a humillarla. Vino a burlarse de ella. Pero también vino, como un príncipe azul, a buscarla, a reclamarla como suya. Vino, y de pronto eso es lo único que importa. Vino. Mojado o limpio, vivo o muerto, está aquí.

—Si quieres lo mando a echar —dice el padre, sorprendido por la súbita palidez de su hija.

—¡Déjenlo, no lo toquen, es mío! —exclama la niña mientras flota hacia el jardín.

Se queda a dos metros de distancia, contemplando el espectáculo. Las fieras heridas, sabe por instinto, son las más peligrosas. Se acerca con cuidado, paso a paso, hasta estar segura de su calma.

—No te muevas. No digas nada —le pide a su novio hasta alcanzar una distancia sin peligros.

—¿Dónde estabas? —balbucea Pablo cuando ella al fin lo abraza—. Fui a la oficina, fui al partido, te busqué por todas partes, no estabas, no estabas en ninguna parte…

—Tranquilo, mi amor. Tranquilo, no sigas. Tranquilito, vámonos de aquí.

—Está libre… Soy un traidor… Fernando está libre. —Habla como en un sueño, mientras su novia logra separar su derrumbado cuerpo del tronco del árbol—. Yo lo solté. Yo lo liberé… Es mi culpa, es todo mi culpa…

—Tienes fiebre, mi amor, estás ardiendo de fiebre —descubre María de los Ángeles mientras intenta que su novio dé un paso adelante y recale en sus brazos.

—Está libre —sigue disculpándose suavemente Pablo—. Yo le salvé la vida y él se ríe de mí, el hijo de puta. Yo lo salvé, sin mí no es nadie, sin mí no existe…

El aliento a alcohol planea a su alrededor. ¿Vino, vodka, pisco? No es aún capaz María de los Ángeles de distinguir los distintos tipos de

alientos alcohólicos. Antes que a cualquier tipo de alcohol en particular, tiene olor a disculpa, a eso tiene olor, a disculpa, piensa. Flores que se pudren solas en la casa de una viuda a la que nadie va a visitar. Frutos que no se atreven a caer y se ponen rojos y luego negros sobre las ramas del árbol.

—Vamos a casa, mi amor. Te van a dar un caldito rico en casa.

—Tu casa no, tu casa ni cagando, tu papá, tu mamá… No, no, déjame aquí. Yo estoy bien aquí, no me muevo, déjame.

Y con inesperada fuerza se deshace del abrazo de su novia y vuelve hacia el patio.

—No seas tonto, mi amor —acaricia María de los Ángeles el cuello, los hombros, la cabeza de su amante—, vamos a casa. Está empezando a hacer frío, no puedes seguir aquí toda la tarde. Es absurdo. Vamos.

Pablo se resiste sin resistirse, aceptando que el cuerpo de su amada se abrace al suyo.

—Se acabó… —promete María de los Ángeles, sin sospechar que nada se acaba aquí.

Las flores podridas, los frutos que no caen, el olor a disculpa entraron en su vida para siempre. Porque no hay nada que vicie más que ese olor a disculpas. María de los Ángeles no puede ahora imaginar la inmensidad del abismo que se abre bajo sus pies junto con ese olor. Horas y meses esperando que Pablo llegue sin ese brillo en los ojos, que camine derecho, que no grite o no llore toda la noche, que sea un hombre y no un niño o un ogro. Y la ropa llena de escondites y las noches que no llegan y las manos que tiemblan cuando ya no saben qué explicar. Años que son un minuto y minutos que son años y años. Todo eso en ese abrazo, todo eso en ese segundo queda consagrado.

Por ahora la satisface ser alguien que impide que otro caiga. Le gusta ser útil, le ilusiona ser necesaria, sin saber que ese es justamente el comienzo del vicio. Una vida entera de explicaciones, de escondites, de errores, de despiadadas mentiras piadosas. Se abrazan así a contraluz. Hunden sus rostros en el hombro, en el olor, en el pecho del otro. Giran ciegos sobre sí mismos, lentamente, hasta que la luz de un foco los convierte en una sola silueta, en una sola bestia de cuatro brazos y una sola cabeza sin ojos ni boca. Un monstruo en el medio del jardín.

55

La historia podría fácilmente terminar aquí. Ambos, Pablo y Fernando, encuentran refugio en mujeres con pecas en el pecho y estudios en el Villa María Academy. Una pareja empieza, lo habrán notado los más perspicaces, y los otros también, justo donde la otra termina: unos se asoman a la planicie de la que los otros se despiden. Una pareja empieza a ser dos y otra tres: un final perfecto, una moraleja servida.

Pero Fernando quiere una respuesta. Aunque sea una evasiva, aunque sea una mentira, quiere una respuesta, y sabe que solo Juan Carlos puede dársela. Pero Juan Carlos está preso y no quiere hablar. Además, ¿qué puede decirle?, ¿cómo empieza? Decide que irá a visitarlo solamente después de que nazca su hija. Piensa que con ella sobre los hombros estará más protegido. Tiene pesadillas, sin embargo. Ve a Juan Carlos bloqueando el cordón umbilical del feto o contaminando el líquido amniótico hasta ahogarla. Todo es tan transparente en las ecografías que vio, todo es tan frágil, tan fantasmal. Si le pasa cualquier cosa a su hija nonata, piensa con espanto, será Juan Carlos el que gane la partida. Y tiene miedo y suda frío y se siente un imperdonable imbécil por haber expuesto a su hija, aunque solo fuera mentalmente, a la radiación de Juan Carlos Riquelme. Para empezar su nueva vida, antes tiene que terminar por completo con la antigua, concluye entonces nerviosamente. Se desvive en supersticiones, no sabe qué hacer cuando Fernanda guía su mano hacia el vientre donde la niña se mueve. A ver, a ver, pero, ¿y si dejó de moverse?, se preocupa, sin atreverse a expresar su pavor porque eso haría fatal la desgracia, inevitable el horror. ¿Cuánto tiempo? ¿Diez segundos, veinte? ¿Está viva todavía?

Se maldice, se perdona y decide que lo mejor es ir a visitar a Juan Carlos y destruir de una vez por todas el fantasma de su contador. Tiene que hacerlo por su hija, por su esposa, por su vida nueva juntos. Después decide que no, que eso solamente va a hundirlo más en la mierda. Finalmente, no obstante, no aguanta más y decide ir, pero esa semana hay que entregar la nueva programación del canal y no podrá ser, quizás el próximo miércoles, aunque ahora recuerda que ese día hay control con el obstetra y debería ser antes del control, antes de la próxima ecografía. El martes entonces. Aunque… ¿qué chucha tengo que hacer el martes que no me va a dejar ir?

56

Después de un incendio que desató un escándalo por el hacinamiento de los reclusos, fueron trasladados fuera de la Penitenciaría los delincuentes primerizos de baja peligrosidad, Juan Carlos Riquelme entre ellos. Seguido de cerca por la prensa, Gendarmería decidió repartir a esos delincuentes sobrantes en distintas cárceles de provincia, pequeñas y deshabitadas. A Juan Carlos le tocó la cárcel de Buin, suficientemente cerca para sentirse próximo de Santiago y su familia, y suficientemente lejos para que esta familia tuviera siempre un pretexto para no emprender el viaje y visitarlo.

Separado de sus amigos, los presos políticos, el contador se volvió aún más solitario y taciturno. Con una suave sonrisa se fue alejando de sus compañeros de cautiverio, ladrones de bodegas, golpeadores de mujeres, saqueadores de condominios, borrachos y marihuaneros varios.

Está en el patio de la prisión, escuchando un casete con un método para aprender alemán, cuando el gendarme Mardones lo llama tres veces a la sala de visitas por megáfono. El reo ni se inmuta. Manda finalmente a Juvenal, un preso modelo que hace de júnior de los gendarmes, a que lo busque. Con una sonrisa distraída, Juan Carlos obedece. Atraviesa el patio brillante, exultante de sol, le cuesta unos segundos adaptarse a la sombra fría de la sala. Luego reconoce en ella a Fernando Girón, muy envarado, las manos estiradas sobre la mesa blanca.

—Hola, perdona la demora —dice el contador mientras se sienta con torpeza—. Estaba escuchando un casete cuando me llamaron. Estoy intentando aprender alemán, me sirve para una cosa que estoy estudiando…

—No importa —responde Fernando.

Los nervios los salvan a ambos de distinguir algo más que los contornos, de apreciar los detalles, el temblor, la timidez, en el rostro del otro.

—¿Cómo te tratan aquí?

Fernando nota ahora cierta rigidez en su enemigo, menos sonrisas, algunas canas. No, no era dulce, no, no era bueno Juan Carlos Riquelme, piensa Fernando. Nunca fue bueno. Era cosa de mirarlo, realmente no engañaba a nadie este huevón, solo yo me empeñé en creerle. Solo yo no veía lo evidente.

—Todo bien, aquí es muy tranquilo —responde el contador—. Demasiado tranquilo, la verdad…

Una pequeña sonrisa cómplice deja paso a un silencio más incómodo todavía.

—Un hijo me contaron que…

—Sí, una niña —se apura en responder Fernando, orgulloso de ver tropezar a su enemigo, pero al mismo tiempo incapaz de no ir en su auxilio.

—¿Cuánto tiene?

—No ha nacido aún. Faltan dos meses. Da vértigo, es para cagarse de susto eso de esperar un hijo.

—Tú vas a ser un excelente papá, ya vas a ver. Te va a volver loco de felicidad cuando nazca. ¿Es niña, me dijiste? Las niñas son lo mejor que hay en el mundo. La mía está preciosa. Está en plena edad del pavo. Odia a su papá, odia a su mamá, pero está preciosa igual.

¿No tenías también un hijo?, casi pregunta Fernando antes de recordar que murió al comienzo mismo del caso. Pero no quiere apiadarse, no quiere verse atraído al baile de Juan Carlos, a quien ahora por fin reconoce plenamente como el hombre que lo engañó. Él mismo, exacto, solo que más pequeño, con la voz más aguda, más chileno, es decir más niño, más inofensivo, más difícil de tomar en serio.

—¿Tu mujer se ha sentido bien? —pregunta el contador.

—Está feliz. Nació para ser mamá. La tienen en reposo absoluto, eso sí. La niña salió un poco pequeña en la última ecografía, pero al margen de eso está bien. Feliz… ¿Qué haces aquí todo el día?

—Leo mucho. Hago jardinería, un poco de ejercicio. Duermo. Duermo harto también. No hay mucho que hacer aquí, la verdad.

—¿Te vienen a ver gente?

—Mi hermano, a veces… No, no lo conociste. Germán, uno gordo. Tengo una hermana también, pero hace años que no la veo… Mi mujer viene para la Pascua, para mi cumpleaños y para el de la niña, que ahora que es adolescente casi no quiere venir. Una estudiante de periodismo también venía por una tesis, pero parece que ya la aprobaron, porque no volvió más.

Y nuevamente el silencio, un suspiro, el calor que los rodea, que entra por una de las ventanas.

¿Cuándo cresta se va a poner a llorar?, se impacienta Fernando. ¿Cuándo va a empezar a morder? ¿Cuándo va a lanzarse desesperadamente a lamerme las botas?

—Me alegro mucho por lo de la niña que viene en camino. Los niños te cambian la vida.

—En realidad, mi vida ya ha cambiado demasiado estos años, no sé si quiero que siga cambiando tanto.

Fernando quiere que Juan Carlos hable del pasado, de estos cuatro años en que no se han visto pero durante los cuales no han dejado de

olerse, de adivinarse a distancia, de tocarse con la punta de los dedos. Pero renuncia otra vez a dar el primer paso y le habla como a un viejo amigo que no ve hace muchos años.

—Trabajo en la tele ahora, en Chilevisión. Contacto con productoras externas, soy subgerente de programación. Un trabajo más bien administrativo, pero me entretengo, fíjate. No pensé que me iba a entretener tanto hablando con todo tipo de gente y preocupándome de los presupuestos, revisando proyectos, pero me entretengo.

—¿Y la película?

—¿Qué película?

—Tu película.

Y de pronto Fernando se da cuenta de que es él quien ha caído sin escapatoria en la trampa que Juan Carlos cuidadosamente le ha tendido. Su película, la culpable de todo esto, el padre o la madre de la estafa, que Juan Carlos, desde la nada, desde el cielo o el infierno o desde esa mezcla perfecta de ambos que es el pasado, le lanza a la cara ahora que la ha olvidado casi por completo.

—Ahí está la película… —explica Fernando con fingido descuido—. Es muy difícil de producir. Pero el guión está listo. Algún día, cuando junte la plata…

—A mí me gustaba —no tiene cuidado Juan Carlos en interrumpir a su ex jefe—. El guión que leí me gustó mucho, me acuerdo.

Hijo de puta, piensa Fernando, esta alimaña infecta vive para verme caer, me muestra justamente lo que robó, la valentía de filmar, el orgullo de ser un artista.

Pero decide no darle en el gusto, no entramparse, ser valiente y digno.

—Con los años he descubierto que hay cosas más importantes en la vida que hacer películas. Antes era un poco monotemático con la huevada del cine. Estaba obsesionado con la obra maestra —explica, sin entender por qué se siente obligado a justificarse ante el hombre que lo estafó—. Ahora me parece una huevada con patas tanta obsesión. Hay que vivir primero antes de filmar, me parece a mí. Y si uno no filma nunca, tampoco es tan grave. Lo importante es vivir, querer la vida u odiarla, pero vivir, antes que nada. No importa lo que haces, lo importante es quién eres. No sé si me entiendes…

—Por supuesto, hay muchas cosas más importantes en la vida que el cine. Pero era buena tu película, me acuerdo. La idea, por lo menos, a mí me gustaba mucho.

—Bueno, algún día la voy a hacer.

—Claro, algún día… —y una ligera sonrisa, acerada y afilada como una hoja de afeitar, se asoma en los labios de Juan Carlos Riquelme.

57

—No pensé que ibas a venir a verme —se atreve por fin el preso a romper el silencio que volvió incómodamente a posarse entre ellos—. Te juro. Me sorprendió, la verdad, verte aquí. Pero me alegra verte tan bien…

Fernando, disfrutando al menos de esa venganza, no dice nada, no completa ni una sola frase de su antiguo empleado, no apura el trámite y deja a Juan Carlos la responsabilidad de sacarlos a ambos del anegado pantano en que se hunden de la mano.

—Me alegra lo de la niña que viene en camino, lo del trabajo. Me siento muy… —iba a decir «satisfecho», pero siente que el adjetivo, propio de un padre o de un patrón, está fuera de contexto aquí—, me siento muy contento de verte tan bien.

—Gracias —se apiada al fin el antiguo cineasta.

Le bastaría con decir «No siempre estuve tan bien en estos tres años» o «Yo también pensé que nunca iba a venir, pero lo hice porque quería preguntarte una cosa…», para reorientar la conversación hacia algo menos vago. Pero la comodidad lo turba, la necesidad lo distrae. Sospecha nuevamente un ardid y retrocede antes de avanzar. Así reemplaza la pregunta alarmante, el urgente «¿Por qué me robaste?», que estaba a punto de proferir, por ese otro interrogante, tanto más inofensivo:

—¿Cuánto te queda aquí?

—Un año y medio como mucho, por irreprochable conducta anterior.

—Pasa rápido un año. Aunque estar en la cárcel siempre es terrible. Yo estuve en la cárcel una noche, no sé si supiste… —Es absurdo que le pregunte, piensa, si él fue quien me mandó a la cárcel—. En una cárcel de lujo estuve yo, en Capuchinos, pero igualmente lo pasé como las huevas. Estar preso siempre es estar preso, da lo mismo dónde… Bueno. Me tengo que ir. Si necesitas libros, discos, cosas… —Le avergüenza su entrega total, su infantil necesidad de caer bien incluso a su enemigo—. No le dije a Fernanda que iba a venir. Me carga mentirle. Es imposible, además, mentirle a ella. Adivina todo. Tiene sexto, qué, octavo, noveno sentido. Bueno, me voy. Gusto en verte. Será hasta la próxima…

Se acomoda la ropa, se peina distraídamente, le sonríe una vez más a su enemigo, sin dulzura, con pura y estricta incomodidad. Va a levantarse, pero el peso de la pregunta inconclusa no le deja alzar la cabeza. Como imantado, se levanta, arrastra lentamente la silla hacia

atrás. Tiene que preguntar, aunque corra para no escuchar la respuesta, aunque no sirva para nada, para nadie, pero no puede marcharse sin preguntar.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué hiciste esto?

—No sé, necesitaba plata —responde el contador evitando cualquier entonación, volviendo sin darse cuenta a la seriedad metálica del primer día, los ojos en la mesa, la frente, las manos, todo el cuerpo esquivo y helado.

—¿Pero por qué no me la pediste si la necesitabas? Si era para tu hijo, yo habría estado honrado de ayudarte. Yo era tu amigo, trabajábamos en la misma oficina, era cosa de golpearme la puerta y pedirme la plata.

—Es que a mí no me gusta pedir.

58

«A mí no me gusta pedir. » Está todo dicho. Los dos saben que es inútil aguar con explicaciones esa revelación compacta, dura como la piedra con que un pescador destroza la superficie de hielo del lago para poder pescar después.

Huevón orgulloso, vanidoso de mierda, trata de pensar Fernando. Pero a él tampoco le gusta pedir. También él es capaz de hacer y deshacer cualquier cosa con tal de no tener que pedir nada a nadie. Solo que no ha estado tan obligado a hacerlo como Juan Carlos. Esa es la única diferencia entre ellos. Uno tuvo que pedir mucho y otro tuvo que pedir menos. A los pobres no les duele el hambre, sino esa obligación de rogar. El estómago puede llenarse con cualquier cosa, pero el orgullo, esa necesidad sin órgano, esa condena sin ley, no se llena con nada.

—Mi plata, huevón. ¿Te llevaste toda mi plata solo porque no te gusta pedir? —insiste Fernando, que aunque sabe que está todo dicho, necesita más, mucho más.

—Plata de la empresa —precisa el contador.

—Da lo mismo, no era tu plata.

—No, no da lo mismo. Yo no te robé nada. A la empresa sí, pero no a ti. Puede ser un detalle para ti, pero para mí es muy importante.

—¿Pero a los otros? A ellos sí les robaste su plata.

—Yo estoy hablando contigo, no con los otros. A ti no te robé nada.

Por las mejillas rojas, la tensión en la mandíbula del reo, adivina Fernando que ha logrado por fin que los dos hablen la misma lengua, la de la pasión, la de la deuda.

—¿Pero todo eso de la UDI, toda esa denuncia, todo ese circo que armaste al final, qué significa?

—Eso no importa ahora. Eso es el pasado. Tú tienes una nueva vida. Vas a tener una hija, tienes un buen trabajo, una esposa que te quiere. Pudiste rehacer tu vida, te felicito, me alegro mucho por ti. Yo no pude, yo nunca voy a poder. Mi vida es esto. Siempre fue esto. —Y muestra con un gesto mustio los muros descoloridos de la sala de visitas—. Esta es mi vida.

—¿Pero por qué lo hiciste? —insiste Fernando.

—Porque me dejaste hacerlo. Estaba la plata, estaba yo, no tenía a nadie que me dijera que no lo hiciera, nadie que me cuidara. —Y siente el contador que acaba de excederse, que tiene que retroceder un paso fuera de las arenas movedizas—. Tuve la plata al frente y lo hice. Lo siento, no tengo otra explicación mejor.

¿Qué le cuesta terminar pidiendo perdón? ¿Por qué detiene entre los dientes ese perdón que con toda naturalidad está dispuesto a ser pronunciado? Porque esa palabra, esa idea, la del perdón, es una admisión de la derrota, descubre Fernando. El que pide perdón paga los gastos del proceso, el que pide perdón renunciará al sol de las víctimas, el sol que, como si no brillara sobre el planeta entero, obliga a pelearse por recibir sus rayos helados.

—¿Ves a gente de la productora? —cambia con rara alegría el tema de conversación Juan Carlos—. ¿A la Pilar, a Walter, a los gemelos?

—No, no veo a nadie —responde pensativo Fernando.

Sus antiguos empleados huían de él, y él de ellos. De todo ese mundo sumergido e improbable de hace cuatro años, solo quedaba Juan Carlos. La estafa, la deuda, paradójicamente, convertían a Juan Carlos en su empleado más fiel.

—Ahora sí que me tengo que ir.

59

De pie o casi, ve a su enemigo empequeñecido, sonriente, solo. No puede pedir perdón, entiende de pronto Fernando. Su venganza, su odio, su calmado resentimiento de santo en ayuno es lo que le mantiene unido a su cuerpo, a su pasado, a su nombre. Una sola pasión es la que nos encadena, como un imán que atrae azarosos trozos de metal destinados a flotar en medio de la noche. Si Juan Carlos pide perdón ya no tendrá objetivo ni método, se hará gaseoso, invisible. Una rabia blanca, la rabia que sonríe, que concede, que hasta bendice, pero que no perdona: eso es Juan Carlos Riquelme, eso es lo único que queda de él.

Pero Fernando, bruscamente, ha decidido ser piadoso y regalar el perdón, es decir, la victoria. Al que regala le sobra, piensa Girón. Y así, discretamente envuelto en una frase cualquiera, le obsequia el perdón.

—Perdona por la lata, no quiero quitarte más tiempo —dice Fernando, mientras se deshace de la silla que testarudamente se mezcla con sus piernas.

—No te preocupes. A mí me sobra el tiempo. Ven cuando quieras. —Sonriente, el contador interpreta la disculpa en su sentido literal—. Saludos a tu esposa. Va a salir todo bien con la niña. Ya vas a ver, va a ser maravilloso.

—Gracias —dice con una sinceridad completamente desconocida Fernando.

No sabe si darle la mano o no. Lo intenta, se arrepiente. Hasta que siente por su contador, por fin sinceramente, la compasión que ha fingido todos estos años. Tiene por primera vez en su vida frente a sí a un hombre y no a una idea, a un gesto y no a una profecía, a alguien y no a él mismo. Perdió la contienda, regaló a Juan Carlos la victoria. Pero por eso mismo gana, porque ahora tiene a un hombre frente a sí, porque ahora comprende lo que le sucedió. Porque ahora comprende que no es necesario comprender lo sucedido.

A esa nueva compasión, a la nueva comprensión, la nueva cercanía, que llena a Fernando por entero, Juan Carlos contesta con una sonrisa que parece decir: «No te preocupes. Ándate tranquilo». No es un perdón, pero casi lo es. Es al menos una sonrisa que Fernando responde con otra sonrisa.

Finalmente, el gendarme se acerca y le informa a Fernando que la visita ha terminado y que la salida queda a la derecha, por esa puerta y no por la otra. Fernando da la espalda a Juan Carlos, sabiendo que

esta vez no mirará hacia atrás.

AGRADECIMIENTOS

Eterna gratitud a Beatrice Gumucio y Kristina Cordero, a quienes les robé tiempo y paciencia para escribir esta novela.

Agradecimientos a Patricio Fernández, Ignacio Gumucio, Nicolás Poblete, Andrea Palet y Constantino Bértolo por haberme orientado en medio de la niebla.

Gracias también a Juan Díaz, Mercedes Casanovas, Claudio López y a todo el equipo de Random House Mondadori.

Edición en formato digital: enero de 2011

© 2009, Rafael Gumucio
© 2009, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2441-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

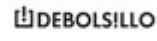
Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

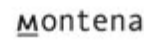
Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

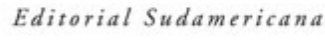
Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

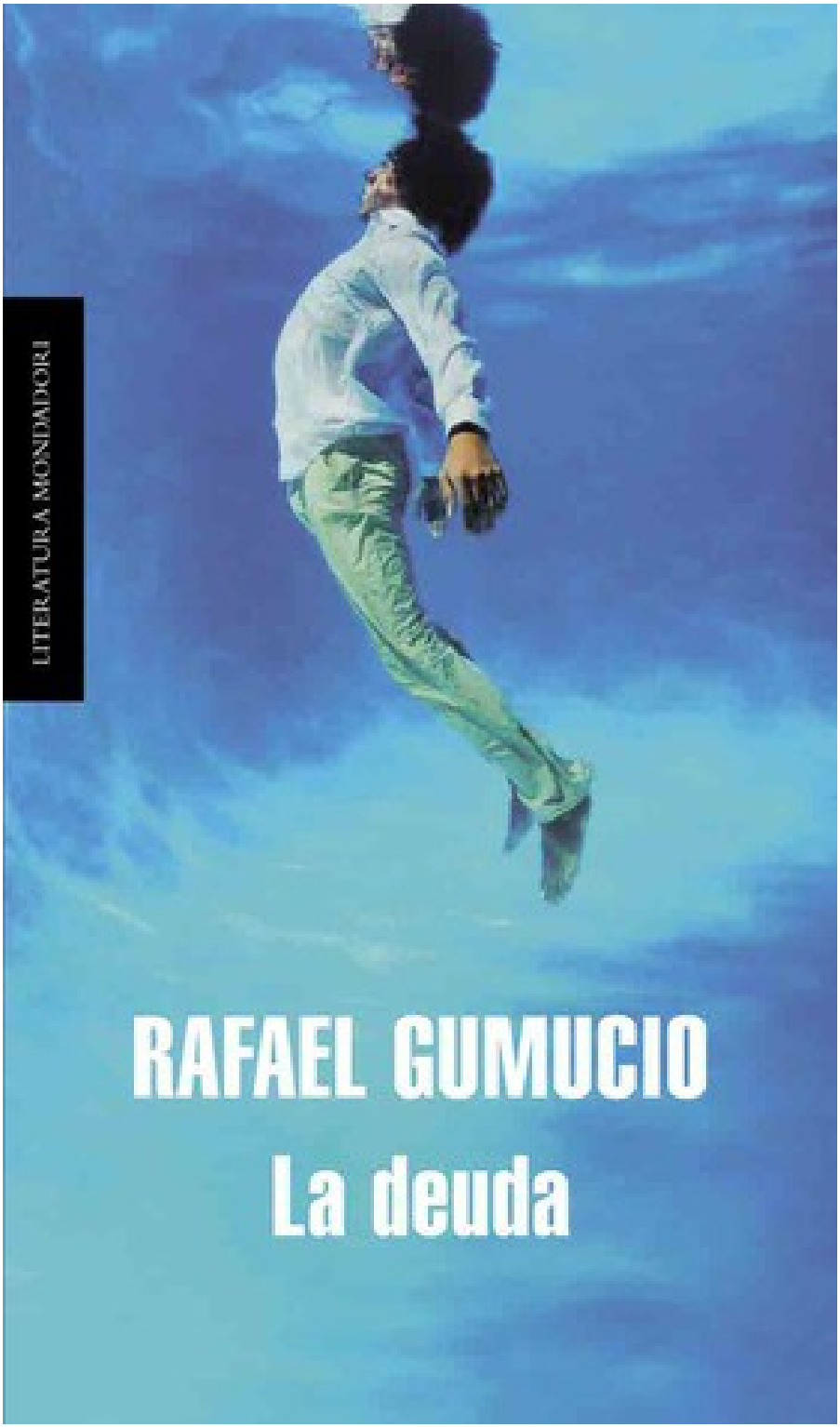
Sede Madrid:
Agustín de Betancourt, 19
28003 MADRID
España
Tel.: +34 91 535 81 90
Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.








LITERATURA MONDADORI
RAFAEL GUMUCIO
La deuda